

OBRAS
PÓSTUMAS

ALLAN KARDEC

OBRAS PÓSTUMAS

“Es necesario propagar la moral y la verdad.”
MUMS.

Traducción de Gustavo N. Martínez y Marta H. Gazzaniga



CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA

Copyright © 2009 by
CONSEJO ESPÍRITA INTERNACIONAL (CEI)
SGAN Q. 909 – Conjunto F
70790-090 – Brasilia (DF) – Brasil

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida, total o parcialmente, por cualquier método o proceso, sin autorización del detentor del copyright.

ISBN 978-85-7945-339-7

Título del original francés:
OEUVRES POSTHUMES

(París, 1890)

Traducción del original francés: Gustavo N. Martínez y Marta Haydee Gazzaniga
Diagramación editorial: Inés Shute Dinamarca

Edición de la
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)
Sánchez de Bustamante 463
(1173) Buenos Aires - Argentina
+ 54 1 1 - 4 8 6 2 - 6 3 1 4
www.ceanet.com.ar
ceaespiritista@gmail.com

DATOS INTERNACIONALES PARA CATALOGACIÓN EN LA PUBLICACIÓN (CIP)

K27 Kardec, Allan, 1804-1869

Obras póstumas / por Allan Kardec; traducción de Gustavo N. Martínez y Marta H. Gazzaniga. Buenos Aires (Argentina): Confederación Espiritista Argentina, 2014. 400 p.; 21 cm

Título del original: OEUVRES POSTHUMES

ISBN 978-85-7945-339-7

1. Espiritismo. I. Kardec, Allan, 1804-1869. II.

CDD: 133.9

CDU: 133.7

CONSIDERACIONES ACERCA DE LA TRADUCCIÓN

La presente traducción se basa en la primera edición del original francés *Œuvres Posthumes*, publicado en París, Francia, en el año 1890, por la *Société de Librairie Spirite* (1, rue Chabanais).

Nos valimos de un ejemplar de dicha edición, que se conserva en la biblioteca de la *Confederación Espiritista Argentina*.

En esta obra, el Sr. Pierre-Gaëtan Leymarie, discípulo de Allan Kardec, ha compilado una serie de documentos inéditos hallados en casa de su maestro poco tiempo después de que este falleciera, algunos de los cuales ya habían sido publicados en la *Revista Espírita* del año 1869.

Conforme lo hemos hecho en las demás traducciones de las obras de Allan Kardec publicadas por el *Consejo Espírita Internacional - CEI*, el criterio seguido en el presente trabajo no ha sido otro que mantener una absoluta fidelidad al contenido del original.

LOS TRADUCTORES

Buenos Aires, 3 de octubre de 2011.

BIOGRAFÍA DE ALLAN KARDEC

Aún bajo el efecto del profundo dolor que nos ha causado la prematura partida del venerable fundador de la doctrina espírita, nos entregamos a una tarea que habría sido simple y fácil para sus manos sabias y experimentadas, pero cuyo peso e importancia nos abrumarían si no contásemos con el auxilio eficaz de los Espíritus buenos y con la indulgencia de nuestros lectores.

¿Quién entre nosotros podría, sin que se lo tildara de presuntuoso, vanagloriarse de poseer el espíritu de método y organización con que están iluminados cada uno de los trabajos del maestro? Sólo su pujante inteligencia podía reunir tantos materiales diversos, desmenuzarlos y transformarlos, para luego esparcirlos como rocío bienhechor sobre las almas sedientas de conocimiento y amor.

Incisivo, conciso, profundo, sabía agradecer y hacerse comprender en un lenguaje simple y elevado a la vez, alejado del estilo familiar tanto como de las oscuridades de la metafísica.

Se multiplicaba incesantemente, y así pudo hasta ahora ocuparse de todo. No obstante, el incremento diario de sus relaciones y el continuo desarrollo del espiritismo le hacían sentir la necesidad de reunir alrededor suyo algunos auxiliares inteligentes, y simultáneamente preparaba la nueva organización de la doctrina y de sus actividades, cuando nos dejó para ir a recibir, en un mundo mejor, la aprobación de la misión que ha cumplido y recolectar los elementos para una nueva obra de devoción y sacrificio.

¡Él estaba a solas!... Nosotros nos denominaremos *legión* y, por más débiles e inexpertos que seamos, alimentamos la íntima convicción de que hemos de mantenernos a la altura de la situación, en la medida en que, partiendo de los principios establecidos y de una indiscutible

evidencia, nos consagremos a llevar a cabo, tanto como nos sea posible y de acuerdo con las necesidades del momento, los proyectos que Allan Kardec se proponía realizar en el futuro.

Mientras sigamos sus pasos y todas las personas de buena voluntad se unan en un esfuerzo común para el progreso y la regeneración intelectual y moral de la humanidad, el Espíritu del gran filósofo permanecerá con nosotros y nos secundará con su poderoso ascendiente. Pueda él suplir nuestras deficiencias, y podamos nosotros mostrarnos dignos de su colaboración, dedicándonos a la obra con la misma devoción y la misma honestidad con que él lo hizo, aunque no con tanta sabiduría e inteligencia.

En su emblema, él había inscripto estas palabras: *Trabajo, solidaridad, tolerancia*. Seamos, como él, incansables; seamos, de conformidad con sus anhelos, tolerantes y solidarios, y no dudemos en seguir su ejemplo, reconsiderando tantas veces como sean necesarias los principios que todavía están sujetos a controversias. Apelamos al concurso y a las luces de todos. Intentemos avanzar, con certeza antes que con rapidez. Estamos convencidos -y seremos los primeros en dar el ejemplo- de que nuestros esfuerzos no serán infructíferos si cada uno se ocupa de cumplir su deber, dejando a un lado todas las cuestiones personales a fin de contribuir al bien general.

No podríamos ingresar con auspicios más favorables en la nueva fase que se abre para el espiritismo, que dando a conocer a nuestros lectores, en rápidas pinceladas, lo que ha sido durante su vida el hombre íntegro y honrado, el sabio inteligente y fecundo, cuyo recuerdo se transmitirá a los siglos venideros con la aureola de los benefactores de la humanidad.

Nacido en Lyon, el 3 de octubre de 1804, de una antigua familia que se distinguió en la magistratura y la abogacía, el señor Allan Kardec (*Léon-Hippolyte-Denizart Rivail*) no siguió esas carreras. Desde la primera juventud se sintió inclinado al estudio de las ciencias y de la filosofía.

Educado en la Escuela de Pestalozzi, en Yverdun (Suiza), se convirtió en uno de los más eminentes discípulos de ese célebre profesor, así como en uno de los celosos propagandistas de su sistema de educación, que ejerció tan grande influencia sobre la reforma de la enseñanza en Alemania y en Francia.

Dotado de una extraordinaria inteligencia, y atraído hacia la enseñanza por su carácter y sus aptitudes especiales, desde los catorce años enseñaba lo que sabía a aquellos de sus condiscípulos que habían aprendido menos que él. En esa escuela desarrolló las ideas que más tarde habrían de ubicarlo en la categoría de los hombres progresistas y librepensadores.

Nacido dentro de la religión católica, pero educado en un país protestante, los actos de intolerancia que por ese motivo debió soportar, pronto lo llevaron a concebir la idea de una reforma religiosa, en la cual trabajó silenciosamente durante largos años, con el propósito de alcanzar la unificación de las creencias. No obstante, le faltaba el elemento indispensable para la solución de ese complejo problema. Rocién más adelante el espiritismo acudiría a imprimirle una dirección especial a esos trabajos.

Concluidos sus estudios, regresó a Francia. Puesto que conocía en profundidad la lengua alemana, tradujo al alemán diversas obras de educación y moral, y lo que es muy significativo: las obras de Fennelón, que lo habían seducido de modo especial.

Era miembro de varias sociedades científicas, entre otras, de la Academia Real de Arras, que, en su concurso de 1831, premió una notable memoria de su autoría sobre la siguiente cuestión: *¿Cuál es el sistema de estudios que se halla más en armonía con las necesidades de la época?*

Entre 1835 y 1840, en su casa de la calle de Sèvres, dictó cursos gratuitos de Química, Física, Anatomía comparada, Astronomía, etc., iniciativa digna de elogios en todos los tiempos, y particularmente en una época en la que sólo una cantidad muy reducida de inteligencias osaba transitar ese camino.

Constantemente ocupado en hacer atractivos e interesantes los sistemas de educación, inventó en esa misma época un método ingenioso para enseñar a contar, así como un cuadro mnemónico de la Historia de Francia, con el objetivo de grabar en la memoria las fechas de los acontecimientos de mayor relevancia y los descubrimientos que ilustraron a cada reinado.

Entre sus numerosas obras educativas citaremos las siguientes: *Plan propuesto para el mejoramiento de la instrucción pública* (1828); *Curso práctico y teórico de Aritmética*, según el método de Pestalozzi, para uso de los profesores y de las madres de familia (1824); *Gramática francesa clásica* (1831); *Manual de exámenes para los certificados de capacidad*; *Soluciones racionales de las cuestiones y los problemas de Aritmética y Geometría* (1846); *Catecismo gramatical de la lengua francesa* (1848); *Programa de los cursos usuales de Química, Física, Astronomía, Fisiología*, que él dictaba en el Liceo Polimático; *Dictados normales de los exámenes de la Municipalidad y de la Sorbona*, seguidos de *Dictados especiales sobre las dificultades ortográficas* (1849), obra muy apreciada en la época de su aparición, y de la cual todavía recientemente se imprimían nuevas ediciones.

Antes de que el espiritismo popularizara su seudónimo de Allan Kardec, él ya se había hecho ilustre, como puede observarse, mediante trabajos de naturaleza muy diferente, si bien todos tenían en común el objetivo de esclarecer a las masas y de arraigarlas mejor a las respectivas familias y países.

“Aproximadamente en 1855, cuando se discutía la cuestión de las manifestaciones de los Espíritus, el señor Allan Kardec se dedicó a hacer observaciones perseverantes sobre ese fenómeno, tendiendo principalmente a deducir sus consecuencias filosóficas. De inmediato vislumbró el principio de nuevas leyes naturales: las que rigen las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible. Reconoció, en la acción de este último, una de las fuerzas de la naturaleza, cuyo conocimiento habría de proyectar luz sobre una

inmensidad de problemas considerados insolubles, y comprendió su alcance desde el punto de vista religioso.

”Sus obras principales sobre esta materia son: *El libro de los Espíritus*, referente a la parte filosófica, cuya primera edición apareció el 18 de abril de 1857; *El libro de los médiums*, relativo a la parte experimental y científica (enero de 1861); *El Evangelio según el espiritismo*, concerniente a la parte moral (abril de 1864); *El Cielo y el Infierno, o la justicia de Dios según el espiritismo* (agosto de 1865); *La génesis, los milagros y las predicciones* (enero de 1868); la *Revista Espírita, periódico de estudios psicológicos*, publicación mensual lanzada el 1.º de enero de 1858. Fundó en París, el 1.º de abril de 1858, la primera sociedad espírita regularmente constituida, con la denominación de *Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas*, cuya finalidad exclusiva era el estudio de todo aquello que pudiera contribuir al progreso de la nueva ciencia. El señor Allan Kardec se justificó, con absoluto fundamento, de no haber escrito nada bajo la influencia de ideas preconcebidas o sistemáticas. Hombre de carácter impassible y calmo, observó los hechos, y de sus observaciones dedujo las leyes que los rigen. Fue el primero en presentar la teoría relativa a tales hechos y en formar con ellos un cuerpo de doctrina metódico y regular.

”Al demostrar que los hechos erróneamente calificados de sobrenaturales se hallan sometidos a leyes, los incluyó en el orden de los fenómenos de la naturaleza, y destruyó de ese modo el último bastión de lo maravilloso y uno de los elementos de la superstición.

”Durante los primeros años en que se trató con fenómenos espíritas, esas manifestaciones constituyeron un objeto de curiosidad más que de meditaciones serias. *El Libro de los Espíritus* hizo que el asunto fuese considerado desde un aspecto muy diferente. Entonces, se dejaron de lado las mesas giratorias, que sólo habían sido un preludio, y se comenzó a atender a la doctrina, que abarca todas las cuestiones de interés para la humanidad.

”La verdadera fundación del espiritismo se remonta a la aparición de *El libro de los Espíritus*, pues hasta entonces sólo ha-

bía contado con elementos dispersos, sin coordinación, y cuyo alcance no todos podían llegar a captar. A partir de aquel momento, la doctrina atrajo la atención de hombres serios y tuvo un rápido desarrollo. En pocos años, aquellas ideas conquistaron numerosos adherentes en todas las clases de la sociedad y en todos los países. Ese éxito sin precedentes provino sin duda de la simpatía que tales ideas despertaron, y también se debió en gran parte a la claridad con que fueron expuestas, lo que es una de las características que distinguen a los escritos de Allan Kardec.

”Prescindiendo de las fórmulas abstractas de la metafísica, el autor supo hacer que todos lo leyeran sin fatigarse: condición esencial para la vulgarización de una idea. Sobre todos los puntos controvertidos, su argumentación, de una lógica estricta, casi no ofrece oportunidad para refutaciones y predispone a la convicción. Las pruebas materiales que el espiritismo ofrece acerca de la existencia del alma y de la vida futura, tienden a destruir las ideas materialistas y panteístas. Uno de los principios más fecundos de esa doctrina, que deriva del precedente, es el de la *pluralidad de las existencias*, ya vislumbrado por una multitud de filósofos antiguos y modernos, y en estos últimos tiempos por *Jean Reynaud*, *Charles Fourier*, *Eugène Sue* y otros. No obstante, ese principio se mantuvo en estado de hipótesis y de sistema, mientras que el espiritismo demuestra su realidad y prueba que allí reside uno de los atributos esenciales de la humanidad. De él deriva la solución de todas las aparentes anomalías de la vida humana, de todas las desigualdades intelectuales, morales y sociales. De ese modo, el hombre sabe de dónde viene, hacia dónde va, con qué finalidad se encuentra en la Tierra y por qué sufre en ella.

”Las ideas innatas se explican por los conocimientos adquiridos en las vidas precedentes; la marcha de los pueblos y de la humanidad, por la acción de los hombres de épocas pasadas, que vuelven a vivir después de que han progresado; las simpatías y antipatías, por la naturaleza de las relaciones anteriores. Esas relaciones, que

religan a la gran familia humana de todas las épocas, hacen que los grandes principios de fraternidad, de igualdad, de libertad y de solidaridad universal se basen en las leyes mismas de la naturaleza, y ya no en una simple teoría.

”En vez del principio: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*, que alimenta la división y la animosidad entre las diferentes sectas, y que ha hecho correr tanta sangre, el espiritismo tiene como máxima: *Fuera de la caridad no hay salvación*, es decir, la igualdad de los hombres ante Dios, la tolerancia, la libertad de conciencia y la benevolencia mutua.

”En vez de la *fe ciega*, que anula la libertad de pensar, el espiritismo dice: *Sólo es inquebrantable la fe que puede mirar a la razón cara a cara, en todas las épocas de la humanidad. La fe necesita una base, y esa base es la comprensión plena de aquello en lo que se debe creer. Para creer no alcanza con ver, es necesario sobre todo comprender. La fe ciega ya no es para este siglo. Ahora bien, el dogma de la fe ciega es, precisamente, el que produce en la actualidad el mayor número de incrédulos, porque pretende imponerse al hombre y le exige la abdicación de una de sus más valiosas facultades: el razonamiento y el libre albedrío. (El Evangelio según el espiritismo).*”

Trabajador infatigable, siempre el primero en poner manos a la obra y el último en dejarla, Allan Kardec sucumbió el 31 de marzo de 1869, cuando se preparaba para una mudanza de local, obligado por la ampliación considerable de sus múltiples ocupaciones. Diversas obras que él estaba casi a punto de terminar, o que aguardaban el momento oportuno para su publicación, demostrarán un día, más aún, la magnitud y el poder de sus concepciones.

Murió conforme vivió: trabajando. Sufría, hacía muchos años, de una enfermedad del corazón, a la que sólo se podía combatir por medio del reposo intelectual y una reducida actividad material. No obstante, consagrado por completo a su obra, rechazaba todo lo que pudiese absorber aunque sólo fuese uno de sus instantes, en perjuicio de sus

ocupaciones predilectas. En su caso, como en el de todas las almas de fuerte temple, la lámina gastó la *vaina*.

Su cuerpo se entorpecía y se negaba a servirlo, mientras que su Espíritu, cada vez más vivo, más enérgico, más fecundo, ampliaba siempre el círculo de su actividad.

En esa lucha desigual, la materia no podía resistir eternamente, y un día fue vencida: se rompió un aneurisma y Allan Kardec cayó fulminado. Un hombre dejaba la Tierra, pero un gran nombre ocupaba el lugar que le correspondía entre los nombres ilustres de este siglo. ¡Un gran Espíritu iba a fortalecerse en el Infinito, donde todos aquellos a los que había dado consuelo y esclarecimiento aguardaban impacientes su llegada!

Poco tiempo antes, él decía: “¡La muerte redobla sus golpes en las filas ilustres!... ¿A quién vendrá ahora a liberar?”

Allan Kardec fue, como tantos otros, a fortalecerse en el Espacio, en busca de elementos nuevos para el restablecimiento de su organismo, agotado por una vida de incesante trabajo. Partió junto con los que serán los faros de la nueva generación, para regresar en breve con ellos, a fin de continuar y acabar la obra confiada a manos devotas.

El hombre ya no existe; pero su alma permanece entre nosotros. Será un protector innegable, una luz adicional, un trabajador infatigable que se sumará a las falanges del Espacio. Como en la Tierra, sin ocasionar molestia a quienquiera que fuese, hará que cada uno escuche sus consejos oportunos; atenuará el entusiasmo prematuro de los impetuosos, ayudará a los sinceros y a los desinteresados, y estimulará a los débiles. ¡Ahora ve y conoce todo lo que hasta hace poco presentía! Ya no está sometido a la incertidumbre ni al desaliento, y nos hará partícipes de su convicción, haciéndonos tocar la meta con los dedos, indicándonos el camino, con ese lenguaje claro, preciso, que lo convirtió en un modelo en los anales literarios.

El hombre ya no existe, reiteramos. Sin embargo, Allan Kardec es inmortal, y su recuerdo, sus trabajos, su Espíritu, estarán siempre

con los que enarbolan con fuerza y dignidad el emblema que él siempre supo hacer que fuera respetado.

Una individualidad poderosa constituyó la obra. Era el guía y la luz de todos. La obra, en la Tierra, tomará el lugar del obrero. Nadie se congregará en torno de Allan Kardec; todos habrán de unirse alrededor del espiritismo, tal como él lo constituyó, y con sus consejos, con su influencia, avanzaremos con pasos firmes hacia las fases venturosas prometidas a la humanidad regenerada.

(Revista Espírita, mayo de 1869.)

DISCURSO PRONUNCIADO JUNTO A LA TUMBA DE ALLAN KARDEC POR CAMILLE FLAMMARION

Señores:

He aceptado con deferencia la cordial invitación de los amigos del pensador laborioso cuyo cuerpo terrestre yace ahora a nuestros pies, y recuerdo un día sombrío del mes de diciembre de 1865, en que pronuncié palabras de postrer adiós junto a la tumba del fundador de la Librería Académica: el honorable Didier, que como editor fue el colaborador convencido de Allan Kardec en la publicación de las obras fundamentales de una doctrina que le era estimada. También él murió súbitamente, como si el Cielo hubiese querido ahorrar a esos dos Espíritus íntegros, el inconveniente filosófico de salir de esta vida por una vía distinta de la seguida comúnmente. La misma reflexión se aplica a la muerte de nuestro ex colega Jobard, de Bruselas.

Hoy mi tarea es mayor aún, pues desearía poder delinear, para la mente de quienes me escuchan y para la de los millones de hombres que en el Nuevo Mundo se han ocupado del problema aún misterioso de los fenómenos denominados espíritas, el interés científico y el porvenir filosófico del estudio de esos fenómenos, al cual se han consagrado, como nadie ignora, hombres eminentes entre nuestros contemporáneos. Quisiera hacer que vislumbren los horizontes desconocidos que el pensamiento humano verá desplegarse delante de sí, a medida que él amplíe el conocimiento positivo de las fuerzas naturales que actúan alrededor nuestro; quisiera mostrarles que esas constataciones son el antídoto más eficaz contra la plaga del ateísmo, de que parece atacada particularmente

nuestra época de transición; quisiera dar aquí, por último, el testimonio público del eminente servicio que el autor de *El libro de los Espíritus* ha prestado a la filosofía, *al despertar la atención y provocar discusiones* sobre hechos que hasta entonces pertenecían al dominio mórbido y funesto de las supersticiones religiosas.

En efecto, sería un acto trascendental establecer aquí, junto a esta tumba elocuente, que el examen metódico de los fenómenos denominados erróneamente sobrenaturales, lejos de renovar el espíritu supersticioso y de debilitar la energía de la razón, aparta, por el contrario, los errores y las fantasías de la ignorancia, *y sirve mejor al progreso*, mucho mejor que la ilegítima negación de los que no quieren tomarse el trabajo de ver.

Pero este no es el lugar adecuado para instalar una controversia con las discusiones irrespetuosas. ¡Dejemos apenas que desciendan de nuestras mentes, sobre el rostro impasible del hombre que ahora yace ante nosotros, testimonios de afecto y sentimientos de pesar, que permanezcan rodeándolo en su tumba, como un embalsamamiento del corazón! Y visto que sabemos que su alma eterna sobrevive a estos despojos mortales, del mismo modo que ha preexistido a ellos; visto que sabemos que lazos indestructibles unen a nuestro mundo visible con el mundo invisible; visto que esta alma existe hoy tanto como hace tres días, y que no es imposible que se encuentre ahora en mi presencia, digámosle que no quisimos que se desvaneciese su imagen corpórea encerrada en el sepulcro, sin que unánimemente rindiéramos homenaje a sus trabajos y a su memoria, sin que pagáramos un tributo de reconocimiento a su encarnación terrena, tan útil y tan dignamente completada.

Trazaré primero, en un esbozo breve, las líneas principales de su carrera literaria.

Muerto a la edad de 65 años, Allan Kardec consagró la primera parte de su vida a escribir obras clásicas, elementales, destinadas principalmente para uso de los educadores de la juventud. Cuando en el

año 1854, las manifestaciones -nuevas en apariencia- de las mesas giratorias, de los golpes sin una causa ostensiva, de los movimientos insólitos de objetos y muebles comenzaron a atraer la atención pública, determinando incluso en las personas de imaginación temeraria una especie de fiebre, debida a la novedad de esas experiencias, Allan Kardec, que había estudiado simultáneamente el magnetismo y sus singulares efectos, acompañó con la mayor paciencia y una juiciosa clarividencia las experiencias y las tentativas tan numerosas que por entonces se hacían en París. Reunió y ordenó los resultados obtenidos mediante esa prolongada observación, y con ellos compuso el cuerpo de doctrina que publicó en 1857, en la primera edición de *El libro de los Espíritus*. Todos vosotros sabéis del éxito alcanzado por esa obra, tanto en Francia como en el extranjero.

Habiendo llegado a la 15.^a edición, ha difundido en todas las clases sociales ese cuerpo de doctrina elemental, que en su esencia no es nuevo, visto que la escuela de Pitágoras, en Grecia, y la de los druidas, en nuestra propia¹ Galia, enseñaban sus principios fundamentales, pero que ahora reviste una forma de verdadera actualidad por su correspondencia con los fenómenos.

Después de esa primera obra aparecieron, sucesivamente, *El libro de los médiums o espiritismo experimental*; *Qué es el espiritismo*, o resumen bajo la forma de preguntas y respuestas; *El Evangelio según el espiritismo*; *El Cielo y el Infierno*; *La Génesis*. La muerte lo sorprendió en el momento en que, con su infatigable actividad, trabajaba en otra obra sobre las relaciones entre el magnetismo y el espiritismo.

Por medio de la *Revista Espírita* y de la Sociedad de París, de la cual era presidente, Allan Kardec se había constituido en cierto modo en el centro hacia donde todo convergía, el lazo de unión de todos los experimentadores. Hace algunos meses, sintiendo que se aproximaba su fin, preparó las condiciones de vitalidad de esos

¹ En vez de *pobre*, como consta en el original francés, el término correcto es *propia*. Véase la *Revista Espírita* de mayo de 1869, donde este discurso fue publicado por primera vez. (N. del T.)

estudios para después de su muerte, y constituyó el Comité central que lo sucede.

Suscitó rivalidades; hizo escuela de modo un tanto personal; aún hay algunas divergencias entre los “espiritualistas” y los “espíritas”. De ahora en más, señores -tales son, al menos, los votos que formulan los amigos de la verdad-, debemos unirnos todos con una solidaridad fraterna, con los mismos esfuerzos a favor de la elucidación del problema, con el deseo general e impersonal de lo verdadero y del bien.

Se ha dicho, señores, del digno amigo al que rendimos hoy los últimos homenajes, que no era lo que se denomina *un científico*, que no había sido, en primer lugar, físico, naturalista o astrónomo, y que había preferido constituir un cuerpo de doctrina moral antes de haber sometido a la discusión científica la realidad y la naturaleza de los fenómenos.

Tal vez, señores, sea preferible que las cosas hayan comenzado así. No siempre se debe restar valor al sentimiento. ¡Cuántos corazones han sido consolados por esa creencia religiosa! ¡Cuántas lágrimas han sido enjugadas! ¡Cuántas conciencias se han abierto a las irradiaciones de la belleza espiritual! No todas las personas son felices en este mundo. ¡Muchos son los afectos destrozados! ¡Muchas almas se han aletargado en el escepticismo! Entonces, ¿nada representa el hecho de haber llevado hacia el espiritualismo a tantos seres que fluctuaban en la duda y que ya no amaban la vida, ni la vida física ni la intelectual?

Si Allan Kardec hubiese sido un científico, por cierto no habría podido prestar este primer servicio y difundirlo hasta tan lejos, como una invitación a todos los corazones. Él, no obstante, era lo que llamaré sencillamente “el buen sentido encarnado”. Razón recta y juiciosa, sin cesar aplicaba a su obra permanente las indicaciones íntimas del sentido común. No era esa una cualidad de menor importancia en el orden de cosas que nos ocupan. Era -y podemos afirmarlo- la primera de todas y las más valiosa, pues sin ella la obra no hubiera podido llegar a ser popular, ni extender sus inmensas raíces

por todo el mundo. La mayoría de los que se han dedicado a estos estudios tienen presente que en la juventud, o en ciertas circunstancias especiales, fueron testigos de manifestaciones inexplicables. Pocas son las familias que no cuenten en su historia testimonios de esta índole. El punto de partida era aplicarles la razón firme del simple buen sentido y examinarlas según el principio del método positivo.

Conforme previó su propio organizador, ese estudio, que fue lento, difícil y complejo, debe ingresar ahora en un período científico. Los fenómenos físicos, sobre los cuales al principio no se insistía, tienen que volverse objeto de la crítica experimental, a la que debemos la gloria del progreso moderno y las maravillas de la electricidad y del vapor. Ese método debe tomar los fenómenos de orden misterioso que hemos presenciado para disecarlos, medirlos y definirlos.

Porque, señores, el espiritismo no es una religión, sino una ciencia, de la que conocemos apenas el *abecé*. El tiempo de los dogmas concluyó. La naturaleza abarca el universo, y el propio Dios, hecho otrora a imagen del hombre, no puede ser considerado por la metafísica moderna más que como *un Espíritu en la naturaleza*. Lo sobrenatural no existe. Las manifestaciones obtenidas a través de los médiums, así como las del magnetismo y del sonambulismo, *son de orden natural* y deben ser severamente sometidas al control de la experiencia. Ya no existen los milagros. Asistimos a la alborada de una ciencia desconocida. ¿Quién podrá prever a qué consecuencias conducirá, en el mundo del pensamiento, el estudio positivo de esta nueva psicología?

De ahora en adelante, el mundo será regido por la ciencia. Además, señores, no estará fuera de propósito, en este discurso fúnebre, señalar su obra actual y las nuevas inducciones que ella nos revela, precisamente del punto de vista de nuestras investigaciones.

En ninguna época de la historia la ciencia ha desplegado, ante la mirada asombrada del hombre, tan grandiosos horizontes. Sabemos ahora que la *Tierra es un astro* y que *nuestra vida actual se comple-*

ta en el cielo. Mediante el análisis de la luz, conocemos los elementos que arden en el Sol y en las estrellas, a millones y a trillones de leguas de nuestro observatorio terrestre. Por medio del cálculo, poseemos la historia del cielo y de la Tierra, tanto en el pasado lejano como en el futuro, que no existen para las leyes inmutables. Por la observación, hemos pesado las tierras celestes que gravitan en la inmensidad. El globo en el que nos encontramos se ha convertido en un átomo estelar que vuela en el espacio dentro de las profundidades infinitas, y nuestra propia existencia en este globo se ha vuelto una fracción infinitesimal de nuestra vida eterna. Pero lo que, con razón, nos puede tocar todavía más vivamente es ese sorprendente resultado de los trabajos físicos realizados en estos últimos años: que *vivimos en medio de un mundo invisible*, que actúa incesantemente alrededor nuestro.

En efecto, señores, esta es para nosotros una inmensa revelación. Contemplad, por ejemplo, la luz que a esta hora el Sol brillante difunde en la atmósfera; contemplad ese azul tan suave de la bóveda celeste; notad los efluvios de este aire tibio que viene a acariciar nuestros rostros; admirad estos monumentos y esta tierra. ¡Pues bien! ¡Por más que abramos nuestros ojos desmesuradamente, no vemos lo que sucede aquí! De cien rayos emanados del Sol, apenas un tercio de ellos es accesible a nuestra vista, ya directamente, ya reflejados por todos los cuerpos; los dos tercios restantes existen y actúan alrededor nuestro, pero de manera invisible aunque real. Son cálidos, sin que nos resulten luminosos y, con todo, son mucho más activos que los que nos impresionan, porque son ellos los que atraen las flores hacia el lado del Sol, que producen todas las acciones químicas² y también que elevan, bajo una forma igualmente invisible, el vapor del agua en la atmósfera para formar las nubes, ¡y ejercen de ese modo, sin cesar

² Nuestra retina es insensible a esos rayos; pero hay sustancias que los ven, como el yodo y las sales de plata, por ejemplo. Al ser fotografiado el espectro solar químico, que nuestra mirada no divisa, no se percibe ninguna imagen visible en la chapa fotográfica recién salida de la cámara oscura, pero esa imagen *existe* en ella, visto que una operación química hace que aparezca. (Nota de la primera edición francesa.)

en torno nuestro, de manera oculta y silenciosa, una fuerza colosal, mecánicamente equiparable al trabajo de muchos billones de caballos!

Si los rayos calóricos y los rayos químicos que actúan constantemente en la naturaleza son invisibles para nosotros, se debe a que los primeros no nos hieren la retina con demasiada rapidez, y a que los segundos la hieren con rapidez excesiva. Nuestros ojos sólo ven las cosas entre dos límites, más acá y más allá de los cuales nada divisan. Nuestro organismo terreno puede ser comparado con un arpa de dos cuerdas, que son el nervio óptico y el nervio auditivo. Cierta especie de movimientos pone en vibración a la primera, y otra especie de movimientos hace vibrar a la segunda: en esto se resume *toda la sensación humana*, más restringida en este punto que la de algunos seres vivos, como algunos insectos, por ejemplo, en los cuales esas mismas cuerdas de la visión y de la audición son más delicadas. Ahora bien, en realidad existen en la naturaleza no dos, sino diez, cien, mil especies de movimientos. La ciencia física nos enseña, pues, que vivimos dentro de un mundo invisible para nosotros, y que no es imposible que seres (también invisibles para nosotros) vivan igualmente en la Tierra con un orden de sensaciones absolutamente diferente del nuestro, y sin que podamos apreciar su presencia, a menos que se nos pongan de manifiesto por hechos que quepan en el orden de nuestras sensaciones.

Ante tales verdades, que apenas comienzan a brotar, ¡qué absurda y sin valor se revela la negación *a priori*! Cuando se compara lo poco que sabemos y la exigüidad de nuestra esfera de percepción con la cantidad de lo que existe, no se puede dejar de concluir que no sabemos nada, que todo nos resta por saber. ¿Con qué derecho pronunciaríamos entonces la palabra “imposible”, en presencia de hechos de los que hemos sido testigos sin que podamos descubrir su causa única?

La ciencia nos abre perspectivas tan autorizadas como las precedentes sobre los fenómenos de la vida y de la muerte y sobre la fuerza que nos anima. Basta con observar la circulación de las existencias.

Todo no es más que metamorfosis. Arrastrados en su curso eterno, los átomos constitutivos de la materia pasan incesantemente de un cuerpo a otro, del animal a la planta, de la planta a la atmósfera, de la atmósfera al hombre, y nuestro propio cuerpo, mientras nos dura la vida, cambia continuamente de sustancia constitutiva, del mismo modo que la llama, que sólo brilla por medio de los elementos que de continuo se renuevan. Y cuando el alma levanta vuelo, ese mismo cuerpo, ya tantas veces transformado durante la vida, restituye definitivamente a la naturaleza todas las moléculas, para no volver a recuperarlas. El dogma inadmisible de la resurrección de la carne ha sido sustituido por la elevada doctrina de la transmigración de las almas.

El sol de abril irradia en los cielos y nos inunda con su primer rocío calorífero. Las campiñas ya despiertan, los primeros brotes se abren, la primavera vuelve a florecer, el azul celeste sonrío, y la resurrección se opera. Aún así, ¿esta vida nueva está formada por la muerte y sólo cubre ruinas! ¿De dónde proviene la savia de estos árboles que reverdecen en los campos de los muertos? ¿De dónde viene esa unidad que nutre sus raíces? ¿De dónde vienen todos los elementos que harán que aparezcan, bajo las caricias de mayo, las florecillas silenciosas y los pájaros melodiosos? ¿De la muerte!... ¡Señores!... ¡De estos cadáveres sepultados en la noche siniestra de las tumbas!... Ley suprema de la naturaleza, el cuerpo material no pasa de un agregado transitorio de partículas que no le pertenecen y a las que el alma agrupó, según su propio tipo, a fin de crear para sí órganos que la pongan en relación con nuestro mundo físico. Y mientras nuestro cuerpo se renueva de ese modo, pieza por pieza, mediante el cambio perpetuo de las materias; mientras un día este cae, masa inerte, para no levantarse más, nuestro Espíritu, ser personal, mantuvo constantemente su *identidad* indestructible, reinó soberano sobre la materia con que se revestía, estableciendo por medio de ese hecho perpetuo y universal su personalidad independiente, su esencia espiritual no sometida al imperio del espacio ni del tiempo, su grandeza individual, *su inmortalidad*.

¿En qué consiste el misterio de la vida? ¿Por qué lazos el alma se vincula al organismo? ¿Por efecto de qué desenlace se escapa de él? ¿Bajo qué forma y en qué condiciones existe ella después de la muerte? ¿Qué recuerdos, qué afectos conserva? ¿Cómo se manifiesta? Esos son, señores, problemas que lejos se hallan de estar resueltos y que, en su conjunto, constituirán la ciencia psicológica del futuro. Ciertos hombres pueden negar la existencia del alma, como la de Dios, y afirmar que la verdad moral no existe, que no hay leyes inteligentes en la naturaleza y que nosotros, los espiritualistas, somos víctimas de una inmensa ilusión. Otros, por el contrario, pueden declarar que conocen, por un especial privilegio, la esencia del alma humana, la forma del Ser supremo, el estado de la vida futura, y tratarnos de ateos, porque nuestra razón se niega a adoptar la fe que ellos profesan. Unos y otros, señores, no impedirán que estemos aquí en presencia de los mayores problemas, que nos intereseamos por estas cosas (que de ningún modo nos son extrañas), y que tengamos el derecho de aplicar el método experimental de la ciencia contemporánea a la investigación de la verdad.

Mediante el estudio positivo de los efectos nos remontamos a la apreciación de las causas. En el orden de los estudios que se agrupan bajo la denominación genérica de “espiritismo”, *los hechos existen*, aunque ninguno conozca el modo en que se producen. Existen tanto como los fenómenos eléctricos, luminosos, calóricos; con todo, señores, nosotros no conocemos ni la Biología ni la Fisiología. ¿Qué es el cuerpo humano? ¿Qué es el cerebro? ¿Cuál es la acción absoluta del alma? Lo ignoramos. También ignoramos la esencia de la electricidad, la esencia de la luz. Así pues, es prudente que observemos con imparcialidad todos esos hechos e intentemos determinar sus causas, que tal vez sean de especies diversas y más numerosas de lo que hasta ahora habíamos supuesto.

Poco importa que aquellos cuya vista está limitada por el orgullo o por el prejuicio no comprendan en absoluto los anhelos de nuestras

mentes ávidas de conocer, y lancen sobre este género de estudios su sarcasmo o sus anatemas. ¡Nosotros colocamos más alto nuestras contemplaciones!... Tú has sido el primero, ¡oh, maestro y amigo! Tú has sido el primero en dar, desde el comienzo de mi carrera astronómica, testimonio de viva simpatía a mis deducciones relativas a la existencia de las humanidades celestes, pues, teniendo a la vista el libro sobre la *Pluralidad de los mundos habitados*, las pusiste de inmediato en la base del edificio doctrinario con que soñabas. Muchas veces conversábamos sobre esa vida celeste tan misteriosa; ahora, ¡oh alma!, sabes por visión directa en qué consiste esa vida espiritual a la que volveremos todos, la vida que olvidamos durante la existencia en la Tierra.

Ahora has regresado a ese mundo de donde hemos venido, y recoges el fruto de tus estudios terrestres. Tu envoltura duerme a nuestros pies, tu cerebro se ha apagado, tus ojos se han cerrado para no volver a abrirse, tu palabra no se dejará escuchar más... Todos sabemos que hemos de sumergirnos en ese mismo último sueño, que hemos de volver a esa misma inmovilidad, a ese mismo polvo. Pero no es en esa envoltura donde depositamos nuestra gloria y nuestra esperanza. El cuerpo cae, el alma permanece y retorna al Espacio. Hemos de encontrarnos en un mundo mejor; y en el Cielo inmenso donde han de ejercitarse nuestras más poderosas facultades, proseguiremos los estudios que en la Tierra encontraban un escenario demasiado estrecho para contenerlos.

Preferimos saber esta verdad a creer que yaces por entero en ese cadáver y que tu alma ha sido aniquilada por la cesación del funcionamiento de un órgano. La inmortalidad es la luz de la vida, del mismo modo que este sol resplandeciente es la luz de la naturaleza.

¡Hasta pronto, mi querido Allan Kardec, hasta pronto!

A LOS SUSCRIPTORES DE LA REVISTA ESPÍRITA

Hasta hoy la *Revista Espírita* ha sido esencialmente obra y creación de Allan Kardec, como también todas las obras doctrinarias que él publicó.

Cuando la muerte lo sorprendió, la multiplicidad de sus ocupaciones y la nueva fase en que entraba el espiritismo lo hacían desear la compañía de algunos colaboradores convencidos, a fin de que bajo su dirección ejecutasen tareas a las que ya no podía abarcar por sí solo.

Procuraremos no apartarnos de la vía que él nos trazó. No obstante, nos pareció que era nuestro deber consagrar a los trabajos del maestro, con el título de *Obras Póstumas*, algunas páginas que él habría reservado para sí en caso de que hubiese permanecido corporalmente entre nosotros. La abundancia de los documentos acumulados en su gabinete de trabajo nos permitirá, durante muchos años, publicar en cada número, además de las instrucciones que él tenga a bien darnos como Espíritu, uno de esos interesantes artículos que tan bien sabía hacer comprensibles a todos.

Estamos persuadidos de satisfacer así los deseos de aquellos a quienes la filosofía espírita reunió en nuestras filas, y que han sabido apreciar, en el autor de *El libro de los Espíritus*, al hombre de bien, al trabajador infatigable y devoto, al espírita convencido que se aplicó en la vida privada a poner en práctica los principios que enseñaba en sus obras.

Revista Espírita, Año XII, junio de 1869.

Primera Parte



OBRAS PÓSTUMAS
de
ALLAN KARDEC

Profesión de fe espírita razonada

I. Dios

1. *Hay un Dios, inteligencia suprema, causa primera de todas las cosas.*

La prueba de la existencia de Dios se encuentra en este axioma: *No hay efecto sin causa.* Vemos constantemente una inmensidad de efectos, cuya causa no está en la humanidad, puesto que la humanidad no puede producirlos y ni siquiera explicarlos. La causa está, pues, por encima de la humanidad. Esa causa se denomina *Dios, Jehová, Alá, Brahma, Fo-Hi, Gran Espíritu,* etc., conforme a las lenguas, los tiempos y los lugares.

Esos efectos no se producen al acaso, fortuitamente y sin un orden. Desde la organización del más pequeño insecto y de la más insignificante simiente, hasta la ley que rige los mundos que circulan en el espacio, todo atestigua un pensamiento, una combinación, una previsión, una solicitud, que superan todas las concepciones humanas. Esa causa es, pues, soberanamente inteligente.

2. *Dios es eterno, inmutable, inmaterial, único, todopoderoso, soberanamente justo y bueno.*

Dios es *eterno.* Si hubiese tenido comienzo, algo habría existido antes de Él; habría salido de la nada, o un ser anterior lo habría creado. De ese modo, poco a poco, nos remontamos a lo infinito en la eternidad.

Es *inmutable.* Si estuviese sujeto a cambios, las leyes que rigen el universo no tendrían ninguna estabilidad.

Es *immaterial*. Su naturaleza difiere de todo lo que llamamos materia, pues de lo contrario estaría sujeto a las fluctuaciones y a las transformaciones de la materia, y no sería *inmutable*.

Es *único*. Si hubiese muchos dioses, habría muchas voluntades; y en ese caso no existiría unidad de miras ni unidad de poder en el ordenamiento del universo.

Es *todopoderoso*, porque es *único*. Si no tuviera el poder soberano, habría algo más poderoso que Él; no habría hecho todas las cosas, y las que Él no hubiese hecho serían obra de otro Dios.

Es *soberanamente justo y bueno*. La sabiduría providencial de las leyes divinas se revela tanto en las más pequeñas cosas como en las más grandes, y esa sabiduría no permite que se dude ni de su justicia ni de su bondad.

3. *Dios es infinito en todas sus perfecciones.*

Si supusiéramos imperfecto uno solo de los atributos de Dios, si le quitáramos la menor porción de *eternidad*, de *inmutabilidad*, de *immaterialidad*, de *unidad*, de *omnipotencia*, de *justicia* y de *bondad*, podríamos pensar en un ser que poseyera lo que a Él le faltara, y ese ser, más perfecto que Él, sería Dios.

II. El alma

4. *En el hombre hay un principio inteligente al que se llama ALMA o ESPÍRITU, independiente de la materia, y que le da el sentido moral y la facultad de pensar.*

Si el pensamiento fuese una propiedad de la materia, veríamos a la materia bruta pensando. Ahora bien, como nunca se ha visto materia inerte dotada de facultades intelectuales, y dado que cuando el cuerpo muere deja de pensar, es preciso concluir que el alma es independiente de la materia, y que los órganos no son más que instrumentos con cuyo auxilio el hombre manifiesta su pensamiento.

5. *Las doctrinas materialistas son incompatibles con la moral y subvierten el orden social.*

Si el pensamiento fuese segregado por el cerebro, como la bilis lo es por el hígado -conforme pretenden los materialistas-, de ahí resultaría que, muerto el cuerpo, la inteligencia del hombre y todas sus cualidades morales caerían en la nada; que nuestros parientes, nuestros amigos y todos quienes hubiesen gozado de nuestro afecto estarían perdidos para siempre; que el hombre de genio no tendría mérito alguno, visto que solamente le debería sus facultades trascendentes al acaso de su organización; que entre el imbécil y el sabio sólo existiría como diferencia una mayor o menor capacidad cerebral.

Las consecuencias de esa doctrina serían las siguientes: al no esperar nada para después de esta vida, el hombre no tendría ningún interés en hacer el bien; sería para él muy natural procurar la mayor suma posible de gozos, incluso a costa de los demás; sería una estupidez que se privara de algo en beneficio del prójimo; el egoísmo sería el sentimiento más racional; aquel que fuese persistentemente desventurado en la Tierra, no tendría nada mejor que hacer que matarse, puesto que, destinado a sumergirse en la nada, eso no sería ni peor ni mejor para él, mientras que de ese modo abreviaría sus padecimientos.

La doctrina materialista es, pues, la sanción del egoísmo, el origen de todos los vicios, la negación de la caridad -fuente de todas las virtudes y base del orden social-, y la justificación del suicidio.

6. El espiritismo prueba la independencia del alma.

La existencia del alma está probada por los actos inteligentes del hombre, que deben tener una causa inteligente y no una causa inerte. Su independencia de la materia está demostrada de modo patente por los fenómenos espíritas que la muestran obrando por sí misma y, sobre todo, por la experiencia de su aislamiento *durante la vida*, lo que le permite manifestarse, pensar y obrar en la ausencia del cuerpo.

Podemos decir que si la química aisló los elementos del agua, poniendo de esa manera al descubierto las propiedades de esos ele-

mentos, y que si puede, según su voluntad, deshacer y volver a formar un cuerpo compuesto, el espiritismo también puede aislar los dos elementos constitutivos del hombre: *el espíritu y la materia, el alma y el cuerpo*, separarlos y reunirlos a voluntad, lo que no puede dejar duda alguna sobre la independencia de cada uno de ellos.

7. *El alma del hombre sobrevive al cuerpo y conserva su individualidad después de la muerte.*

Si el alma no sobreviviese al cuerpo, el hombre sólo tendría como perspectiva la nada, del mismo modo que si la facultad de pensar fuese producto de la materia. Si no conservase su individualidad, es decir, si se perdiera en el reservorio común al que se denomina el *gran todo*, como las gotas de agua en el océano, también resultaría para el hombre la nada del pensamiento, y las consecuencias serían absolutamente las mismas que si no tuviese alma.

La supervivencia del alma después de la muerte está probada de manera irrefutable, y hasta cierto punto palpable, por las comunicaciones espíritas. Su individualidad queda demostrada por el carácter y por las cualidades propias de cada una. Esas cualidades, que distinguen a las almas unas de otras, constituyen su personalidad. Si las almas se confundieran en un todo común, sus cualidades serían uniformes.

Además de esas pruebas inteligentes, está también la prueba material de las manifestaciones visuales o apariciones, tan frecuentes y auténticas que no es lícito ponerlas en duda.

8. *El alma del hombre es feliz o desdichada después de la muerte, de conformidad con el bien o el mal que haya hecho durante la vida.*

A partir de que se admita un Dios soberanamente justo, no se puede admitir que todas las almas tengan una suerte común. Si la posición futura del criminal fuera la misma que la del virtuoso, la práctica del bien no tendría ninguna utilidad. Ahora bien, suponer que Dios no hace diferencia entre el que practica el bien y el que practica el mal sería negar su justicia. Como durante la vida terrena no siempre el mal recibe su castigo, ni el bien su recom-

pensa, se debe inferir de ahí que la justicia será hecha después, de lo contrario Dios no sería justo.

Además, las penas y los goces futuros están probados materialmente por las comunicaciones que los hombres establecen con las almas de los que han vivido aquí, y que vienen a describir el estado feliz o desdichado en que se encuentran, la naturaleza de sus alegrías o de sus padecimientos, y a enumerar sus causas.

9. Dios, el alma, la supervivencia y la individualidad del alma después de la muerte del cuerpo, las penas y las recompensas futuras, constituyen los principios fundamentales de todas las religiones.

El espiritismo viene a agregar, a las pruebas morales de esos principios, las pruebas materiales de los hechos y de la experimentación, y pone término a los sofismas del materialismo. En presencia de los hechos, la incredulidad ya no tiene razón de ser. De ese modo, el espiritismo restituye la fe a los que la habían perdido y disipa las dudas de los incrédulos.

III. Creación

10. Dios es el creador de todas las cosas.

Esta proposición es consecuencia de la prueba de la existencia de Dios (véase el § 1).

11. El principio de las cosas forma parte de los secretos de Dios.

Todo indica que Dios es el autor de todas las cosas, pero ¿cómo y cuándo las creó? La materia, ¿es eterna como Él? Eso lo ignoramos. Acerca de todo lo que Él no juzgó conveniente revelarnos, apenas es posible establecer sistemas más o menos probables. De los efectos que observamos, podemos remontarnos a algunas causas. No obstante, hay un límite que es imposible traspasar. Pretender ir más allá es, simultáneamente, perder el tiempo y exponerse a caer en el error.

12. En la investigación de lo desconocido, el hombre tiene por guía los atributos de Dios.

En la investigación de los misterios que nos está permitido sondear por medio del razonamiento, hay un criterio seguro, una guía infalible: los atributos de Dios.

Desde que se admite que Dios debe ser *eterno, inmutable, inmateral, único, todopoderoso, soberanamente justo y bueno*, así como que es infinito en sus perfecciones, toda doctrina o teoría, sea científica o religiosa, que tienda a quitarle cualquier porción de uno solo de sus atributos, será necesariamente falsa, puesto que tiende a la negación de la propia Divinidad.

13. *Los mundos materiales tuvieron un comienzo y tendrán un fin.*

Ya sea que la materia sea eterna como Dios, o que haya sido creada en una época cualquiera, es evidente, según lo que ocurre a diario ante nuestra vista, que las transformaciones de la materia son temporarias, y que de esas transformaciones resultan los diferentes cuerpos que nacen y se destruyen sin cesar.

Como los diferentes mundos son el resultado de la aglomeración y la transformación de la materia, deben haber tenido, como todos los cuerpos materiales, un comienzo y tendrán un fin, según leyes que no conocemos. Hasta cierto punto, la ciencia puede formular las leyes que han regido su formación y remontarse a su estado primitivo. Toda teoría filosófica en contradicción con los hechos demostrados por la ciencia es necesariamente falsa, a menos que se pruebe que la ciencia está en un error.

14. Al crear los mundos materiales, Dios también creó seres inteligentes a los que damos el nombre de Espíritus.

15. El origen y el modo de creación de los Espíritus nos son desconocidos; apenas sabemos que son creados simples e ignorantes, es decir, sin ciencia y sin conocimiento del bien y del mal, aunque perfectibles y con igual aptitud para adquirir y conocer todo, con el tiempo. Al principio, se encuentran en una especie de infancia, sin voluntad propia y sin conciencia plena de su existencia.

16. A medida que el Espíritu se aparta del punto de partida, las ideas se desarrollan en él, como en el niño; y junto con las ideas se desarrolla el libre albedrío, es decir, la libertad de hacer o no hacer, de

seguir tal o cual camino para su adelanto, lo que constituye uno de los atributos esenciales del Espíritu.

17. El objetivo final de todos los Espíritus consiste en alcanzar la perfección de que es susceptible la criatura. El resultado de esa perfección es el goce de la suprema felicidad, a la que llegan más o menos rápidamente, según el uso que hacen del libre albedrío.

18. Los Espíritus son los agentes del poder divino; constituyen la fuerza inteligente de la naturaleza y colaboran en la ejecución de los designios del Creador para el mantenimiento de la armonía general del universo y de las leyes inmutables que rigen la creación.

19. Para colaborar como agentes del poder divino en la obra de los mundos materiales, los Espíritus se revisten temporalmente con un cuerpo material.

Los Espíritus encarnados constituyen la humanidad. El alma del hombre es un Espíritu encarnado.

20. La vida espiritual es la vida normal del Espíritu; es eterna. La vida corporal es transitoria y pasajera; no es más que un instante en la eternidad.

21. La encarnación de los Espíritus está en las leyes de la naturaleza; es necesaria para su adelanto y para la ejecución de las obras de Dios. Por el trabajo que requiere su existencia corporal, estos perfeccionan su inteligencia y adquieren, mediante la observancia de la ley de Dios, los méritos que habrán de conducirlos a la felicidad eterna.

De ahí resulta que, a la vez que colaboran en la obra general de la creación, los Espíritus trabajan por su propio adelanto.

22. El perfeccionamiento del Espíritu es fruto de su propio trabajo; avanza en razón de su mayor o menor actividad, o de su buena voluntad para adquirir las cualidades que le faltan.

23. El Espíritu no puede adquirir en una sola existencia corporal todas las cualidades morales e intelectuales que habrán de conducirlo a la meta, de modo que llega a ella por medio de una sucesión de

existencias, en cada una de las cuales da algunos pasos adelante en la senda del progreso y se purifica de algunas imperfecciones.

24. En cada nueva existencia, el Espíritu lleva consigo lo que adquirió en inteligencia y en moralidad en sus existencias precedentes, así como los gérmenes de las imperfecciones de las que aún no se ha despojado.

25. Cuando el Espíritu empleó mal una existencia, es decir, cuando no realizó ningún progreso en la senda del bien, esa existencia resulta sin provecho para él, de modo que tendrá que volver a comenzarla en condiciones más o menos penosas, en razón de su negligencia y su mala voluntad.

26. Como el Espíritu debe, en cada existencia corporal, adquirir alguna cosa en el sentido del bien y despojarse de algo en el sentido del mal, se sigue de ahí que, después de un cierto número de encarnaciones, se encuentra purificado y alcanza el estado de Espíritu puro.

27. El número de las existencias corporales es indeterminado: depende de la voluntad del Espíritu reducir ese número mediante el trabajo activo en favor de su perfeccionamiento moral.

28. En el intervalo de las existencias corporales, el Espíritu está *errante* y vive la vida espiritual. La erraticidad no tiene una duración determinada.

29. Cuando los Espíritus adquieren en un mundo la suma del progreso que el estado de ese mundo les faculta, lo abandonan para encarnar en otro más adelantado, donde adquieren nuevos conocimientos, y así sucesivamente hasta que, cuando la encarnación en un cuerpo material ya no les es de utilidad, pasan a vivir exclusivamente la vida espiritual, en la que también progresan en otro sentido y por otros medios. Llegados al punto culminante del progreso, gozan de la felicidad suprema. Admitidos en los consejos del Todopoderoso, se identifican con el pensamiento de Él y se convierten en sus mensajeros, en sus ministros directos para el gobierno de los mundos, y tienen bajo sus órdenes a los Espíritus que se encuentran en diferentes grados de adelanto.

Manifestaciones de los Espíritus

Carácter y consecuencias religiosas de las manifestaciones espíritas

1. Las almas o Espíritus de los que han vivido constituyen el mundo invisible que puebla el espacio y en medio del cual vivimos. De ahí resulta que desde que hay hombres hay Espíritus, y que si estos últimos tienen el poder de manifestarse, deben haberlo tenido en todas las épocas. Es lo que comprueban la historia y las religiones de todos los pueblos. No obstante, en estos últimos tiempos las manifestaciones de los Espíritus han adquirido un gran desarrollo y adoptaron un carácter de autenticidad aún mayor, porque estaba en los designios de la Providencia poner término a la plaga de la incredulidad y el materialismo, por medio de pruebas evidentes, permitiendo que los que dejaron la Tierra viniesen a testimoniar su existencia y a revelarnos su situación feliz o desventurada.

2. Como el mundo visible vive en medio del mundo invisible, con el cual se halla en contacto perpetuo, se sigue de ahí que reaccionan incesantemente uno sobre otro. Esa reacción constituye el origen de una inmensidad de fenómenos, que fueron considerados sobrenaturales porque no se conocía su causa.

La acción del mundo invisible sobre el mundo visible, y viceversa, es una de las leyes, una de las fuerzas de la naturaleza necesaria para la armonía universal, como lo es la ley de atracción. Si esta cesase, la armonía

sería perturbada, conforme sucede en un mecanismo del cual se suprime una pieza. Dado que esta acción se funda en una ley de la naturaleza, los fenómenos que esta produce nada tienen de sobrenaturales. Parecían extraordinarios porque era desconocida la causa que los producía. Lo mismo ocurrió con algunos efectos de la electricidad, de la luz, etc.

3. Todas las religiones se basan en la existencia de Dios, y tienen por meta el porvenir del hombre después de la muerte. Ese porvenir, que es de capital interés para el hombre, se encuentra necesariamente ligado a la existencia del mundo invisible, de suerte que el conocimiento de ese mundo ha constituido, desde todos los tiempos, el objeto de sus pesquisas y preocupaciones. La atención del hombre fue naturalmente atraída hacia los fenómenos que tienden a probar la existencia de aquel mundo, y ninguno de ellos fue tan concluyente como el de las manifestaciones de los Espíritus, por medio de las cuales los propios habitantes de ese mundo revelaron sus existencias. Por esa razón esos fenómenos llegaron a ser la base de la mayor parte de los dogmas de todas las religiones.

4. Dado que el hombre tiene instintivamente la intuición de un poder superior, ha sido conducido en todas las épocas a atribuir a la acción *directa* de ese poder los fenómenos cuya causa le resultaba desconocida, y que a su modo de ver pasaban por prodigios y efectos sobrenaturales. Los incrédulos consideran que esa tendencia es la consecuencia del apego del hombre a lo maravilloso, pero no buscan el origen de esa inclinación. Con todo, esta reside simplemente en la intuición imprecisa de un orden de cosas extracorporal. Con el progreso de la ciencia y el conocimiento de las leyes de la naturaleza, esos fenómenos pasaron poco a poco del dominio de lo maravilloso al de los efectos naturales, de modo que aquello que otrora parecía sobrenatural ya no lo es hoy, y que aquello que todavía hoy es sobrenatural ya no lo será mañana.

Los fenómenos derivados de la manifestación de los Espíritus proporcionaron, por su propia naturaleza, una amplia contribución a los hechos conceptuados como maravillosos. No obstante, habría de

llegar el tiempo en que, conocida la ley que los rige, entrarían, como aquellos otros fenómenos, en el orden de los hechos naturales. Ese tiempo ha llegado, y el espiritismo, al dar a conocer esa ley, proporciona la clave para la interpretación de la mayor parte de los pasajes incomprensibles de las sagradas Escrituras que hacen alusión a él, así como para la de los hechos que se consideran milagrosos.

5. El hecho milagroso se caracteriza por ser insólito y excepcional; constituye una derogación de las leyes de la naturaleza. Si un fenómeno se reproduce en condiciones idénticas, está sometido a una ley y no es milagroso. Esa ley puede ser desconocida, pero su existencia no es menos real por eso. El tiempo se encargará de revelarla.

El movimiento del Sol -o mejor, de la Tierra-, interrumpido por Josué, sería un verdadero milagro, porque implicaría la derogación manifiesta de la ley que rige el movimiento de los astros. Pero si el hecho pudiera reproducirse en determinadas condiciones, estaría sujeto a una ley y dejaría, por consiguiente, de ser milagroso.

6. La Iglesia se equivoca al atemorizarse cuando ve que se restringe el círculo de los hechos milagrosos, porque Dios prueba mejor su grandeza y su poder con el admirable conjunto de sus leyes, que con algunas infracciones de esas mismas leyes. Y se equivoca más aún cuando atribuye al demonio el poder de hacer prodigios, pues eso implica que el demonio, al ser capaz de interrumpir el curso de las leyes divinas, es tan poderoso como Dios. Osar decir que el Espíritu del mal puede interrumpir la acción de las leyes de Dios es una blasfemia y un sacrilegio.

La religión, lejos de perder su autoridad porque los hechos calificados de milagrosos pasen al orden de los hechos naturales, solamente puede ganar con eso; en primer lugar, porque se trata de un error considerar que un hecho es milagroso cuando no lo es, y la religión no puede más que perder si se apoya en un error, sobre todo si se obstina en ver un milagro donde no lo hay; en segundo lugar, porque muchas personas, al no admitir la posibilidad de los milagros, niegan los hechos calificados de

milagrosos y, por consiguiente, niegan la religión que se apoya en ellos. Si, por el contrario, la posibilidad de esos hechos es demostrada como consecuencia de las leyes naturales, ya no hay posibilidad de que alguien los rechace, como tampoco a la religión que los proclama.

7. Los hechos que la ciencia comprueba de manera indiscutible no pueden ser revocados por ninguna creencia religiosa que se les oponga. La religión no tiene más que ganar en autoridad cuando acompaña el progreso de los conocimientos científicos, y sólo tiene que perder si se mantiene en la retaguardia o protesta contra esos mismos conocimientos en nombre de sus dogmas, pues ningún dogma podrá prevalecer en oposición a las leyes de la naturaleza o anulándolas. Un dogma fundado en la negación de una ley de la naturaleza no puede ser expresión de la verdad.

El espiritismo, que tiene por base el conocimiento de leyes que hasta ahora no se comprendían, no viene a destruir los hechos religiosos, sino a sancionarlos, al darles una explicación racional. Sólo viene a destruir las falsas consecuencias que de ellos se han deducido, en virtud de la ignorancia o de la interpretación equivocada de esas leyes.

8. La ignorancia de las leyes de la naturaleza, dado que lleva al hombre a procurar causas fantásticas para los fenómenos que no comprende, es la fuente de las ideas supersticiosas, algunas de las cuales se deben a los fenómenos espíritas que han sido mal comprendidos. El conocimiento de las leyes que rigen los fenómenos destruye esas ideas supersticiosas, encamina las cosas hacia la realidad y demuestra, en relación con ellas, el límite de lo posible y de lo imposible.

§ I. El periespíritu: principio de las manifestaciones

9. Como ya se ha dicho, los Espíritus tienen un cuerpo fluídico al que se da el nombre de *periespíritu*. Su sustancia es extraída del fluido universal o cósmico, que lo forma y alimenta, como el aire

forma y alimenta el cuerpo material del hombre. El periespíritu es más o menos etéreo, según los mundos y el grado de purificación del Espíritu. En los mundos y en los Espíritus inferiores su naturaleza es más densa y se aproxima mucho a la materia bruta.

10. Durante la encarnación, el Espíritu conserva su periespíritu; para él, el cuerpo no es más que una segunda envoltura, más densa, más resistente, apropiada a las funciones que debe ejecutar, de la cual se despoja en ocasión de la muerte.

El periespíritu es el intermediario entre el Espíritu y el cuerpo; es el órgano de transmisión de todas las sensaciones. En relación a las que provienen del exterior, se puede decir que el cuerpo recibe la impresión, el periespíritu la transmite, y el Espíritu -que es el ser sensible e inteligente- la recibe. Cuando el acto comienza en el Espíritu, se puede decir que el Espíritu quiere, el periespíritu transmite, y el cuerpo ejecuta.

11. El periespíritu no se encuentra encerrado dentro de los límites del cuerpo como en una caja. Por su naturaleza fluídica es expansible; irradia hacia el exterior y forma alrededor del cuerpo una especie de atmósfera, que el pensamiento y la fuerza de la voluntad pueden extender más o menos. De ahí se sigue que las personas que no están en contacto corporalmente pueden estarlo a través de sus periespíritus, y transmitirse sin que se lo propongan sus impresiones, y algunas veces hasta la intuición de sus pensamientos.

12. Dado que es uno de los elementos constitutivos del hombre, el periespíritu desempeña un importante rol en todos los fenómenos psicológicos y, hasta cierto punto, en los fenómenos fisiológicos y patológicos. Cuando las ciencias médicas tomen en cuenta la influencia del elemento espiritual en la economía del cuerpo, habrán dado un gran paso y se abrirán horizontes completamente nuevos para ellas. Las causas de muchas enfermedades serán entonces explicadas y se hallarán poderosos recursos para combatirlos.

13. Por medio del periespíritu, los Espíritus actúan sobre la materia inerte y producen los diversos fenómenos de las manifesta-

ciones. Su naturaleza etérea no puede ser considerada un obstáculo para que estos se produzcan, pues es sabido que los más poderosos motores se encuentran en los fluidos más enrarecidos y en los fluidos imponderables. Así pues, no hay motivo para el asombro cuando se ve que, con la ayuda de esa palanca, los Espíritus producen ciertos efectos físicos, tales como golpes y ruidos de toda clase, así como la elevación, el transporte o el lanzamiento de objetos en el espacio. Para explicar esos hechos, no hay ninguna necesidad de que se recurra a lo maravilloso ni a los efectos sobrenaturales.

14. Mediante su acción sobre la materia, los Espíritus pueden manifestarse de muchas maneras diferentes; por efectos físicos, tales como los ruidos y el movimiento de objetos; por la transmisión del pensamiento, por la visión, la audición, la palabra, el tacto, la escritura, el dibujo, la música, etc. En una palabra, por todos los medios que sirvan para ponerlos en comunicación con los hombres.

15. Las manifestaciones de los Espíritus pueden ser espontáneas o provocadas. Las primeras ocurren inopinadamente y de improviso. A menudo se producen entre personas totalmente ajenas a las ideas espíritas. En ciertos casos, bajo el dominio de determinadas circunstancias, las manifestaciones pueden ser provocadas por la voluntad, mediante la influencia de personas dotadas de facultades especiales al efecto.

Las manifestaciones espontáneas se han producido en todas las épocas y en todos los países. Por cierto, en la antigüedad ya se conocía la manera de provocarlas, pero ese medio constituía un privilegio de ciertas castas que sólo lo revelaban a escasos iniciados, en condiciones rigurosas, a escondidas del vulgo, a fin de ejercer su dominio mediante el prestigio de un poder oculto. No obstante, los fenómenos se perpetuaron a través de las épocas hasta nuestros días, entre algunos individuos, pero casi siempre desfigurados por la superstición o asociados a las prácticas ridículas de la magia, lo que contribuyó a su descrédito. Hasta entonces, no fueron más que gérmenes lanzados aquí y

allá. La Providencia había reservado a nuestra época el conocimiento completo y la vulgarización de esos fenómenos, para expurgarlos de las impurezas y hacerlos útiles al mejoramiento de la humanidad, que ahora está madura para comprenderlos y deducir sus consecuencias.

§ II. Manifestaciones visuales

16. Por su naturaleza y en su estado normal, el periespíritu es invisible, y eso tiene en común con una cantidad de fluidos de cuya existencia sabemos, pese a que nunca los hemos visto. Sin embargo, al igual que algunos fluidos, también puede sufrir modificaciones que lo vuelven perceptible a la vista, sea por una especie de condensación o por un cambio en la disposición molecular. Puede incluso adquirir las propiedades de un cuerpo sólido y tangible, y recuperar al instante su estado etéreo e invisible. Es posible hacerse una idea de ese efecto por lo que sucede con el vapor, que puede pasar del estado de invisibilidad al estado brumoso, después al líquido, a continuación al sólido y viceversa.

Esos diferentes estados del periespíritu resultan de la voluntad del Espíritu, y no de una causa física exterior, como sucede con los gases. Cuando un Espíritu aparece, es porque él pone su periespíritu en el estado adecuado para hacerlo visible. Con todo, no siempre basta con su voluntad. Para que esa modificación del periespíritu se produzca, es preciso el concurso de circunstancias que no dependen del Espíritu. Es preciso, además, que le esté permitido hacerse visible a cierta persona, permiso que no siempre se le concede, o solamente en determinadas circunstancias y por motivos que escapan a nuestra apreciación. (Véase *El libro de los médiums*, Segunda Parte, Capítulo VI, § 105.)

Otra propiedad del periespíritu, vinculada a su naturaleza etérea, es la *penetrabilidad*. Ninguna materia le resulta un obstáculo: las atraviesa todas, como la luz atraviesa los cuerpos transparentes. Por esa razón, no hay manera de impedir que los Espíritus

entren en un lugar cerrado. Visitan al prisionero en su cárcel tan fácilmente como al hombre que se encuentra en medio del campo.

17. Las manifestaciones visuales más comunes ocurren durante el dormir, por medio de los sueños; son las *visiones*. Las *apariciones* propiamente dichas se dan en estado de vigilia, cuando quien las percibe se encuentra en pleno goce de sus facultades y de la libertad de hacer uso de ellas. Se presentan, en general, con una forma vaporosa y diáfana, algunas veces vaga e imprecisa: con frecuencia, a primera vista, se trata de un resplandor blanquecino, cuyos contornos se definen poco a poco. En otras ocasiones, las formas están nítidamente acentuadas, y se distinguen los menores rasgos del rostro, a tal punto que se lo puede describir con precisión. Los gestos y el aspecto son semejantes a los que el Espíritu tenía cuando estaba encarnado.

18. Como puede asumir todas las apariencias, el Espíritu se presenta con aquella que lo hace más reconocible, en caso de que ese sea su deseo. Así, aunque como Espíritu no tenga ninguna enfermedad corporal, se mostrará estropeado, cojo, herido, con cicatrices, si eso fuera necesario para comprobar su identidad. Lo mismo se observa en relación con la vestimenta: la de los Espíritus que no han conservado nada de las debilidades terrenales está compuesta generalmente de amplios tejidos fluctuantes, con una cabellera ondulante y agradable.

Muchas veces los Espíritus se presentan con los atributos característicos de su elevación, tales como una aureola, alas en los que pueden ser considerados ángeles, un aspecto luminoso y resplandeciente, mientras que otros llevan objetos que recuerdan sus ocupaciones terrestres. De ese modo, un guerrero aparecerá con su armadura, un sabio con libros, un asesino con un puñal, etc. La figura de los Espíritus superiores es hermosa, digna y serena. Por su parte, los más inferiores tienen algo de feroz y bestial, y en ocasiones conservan vestigios de los crímenes que cometieron o de los suplicios por los que pasaron; para ellos, esa apariencia es una realidad: se consideran tal como aparecen, lo cual es un castigo.

19. El Espíritu que quiere o puede aparecerse toma a veces una forma aún más precisa, que tiene todas las apariencias de un cuerpo sólido, a tal punto de causar una ilusión completa y de hacernos creer que tenemos delante un ser corporal.

En algunos casos, y bajo el predominio de ciertas circunstancias, la tangibilidad³ puede volverse real, es decir que es posible tocar la aparición, palparla, sentir la misma resistencia y el mismo calor que los de un cuerpo vivo, lo que no impide que se desvanezca con la rapidez del relámpago. Podríamos, pues, estar en presencia de un Espíritu, intercambiar con él palabras y acciones, y suponer que tratamos con un simple mortal, sin sospechar siquiera que se trata de un Espíritu.

20. Sea cual fuere el aspecto con el cual un Espíritu se presente, incluso con la forma tangible, él puede, en el mismo instante, hacerse visible sólo para algunas personas. Así pues, en una reunión, podría mostrarse apenas a uno o a varios de sus integrantes. De dos personas que se encuentren una junto a la otra, puede ocurrir que una lo vea y lo toque, mientras que la otra no vea ni sienta nada.

El fenómeno de la aparición a una sola persona, entre muchas que se encuentren reunidas, se explica por la necesidad, para que este se produzca, de una combinación del fluido periespiritual del Espíritu con el de la persona. Para eso es preciso que haya entre esos fluidos una especie de afinidad que favorezca la combinación. Si el Espíritu no encuentra la aptitud orgánica necesaria, el fenómeno de la aparición no puede producirse; si la aptitud existe, el Espíritu es libre de aprovecharla o no. De ahí resulta que si dos personas igualmente dotadas en ese aspecto se encuentran juntas, el Espíritu puede operar la combinación fluídica apenas con aquella a quien él quiere mostrarse; si no lo hace con la otra, esta no lo verá. Es como si se tratase de dos individuos cuyos ojos estuvieran vendados; si un tercero quisiera mostrarse apenas a uno de los dos, sólo quitaría la venda de ese. No

³ En francés: *tangibilité*. Estado propio de lo que es tangible. Véase el § 98 de *El libro de los médiums*, Brasilia: CEI, 2010. (N. del T.)

obstante, si alguno fuera ciego, de nada serviría quitarle la venda, pues no por eso adquiriría la facultad de ver.

21. Las apariciones tangibles son muy raras, pero las vaporosas son frecuentes, sobre todo en el momento de la muerte. Es como si el Espíritu recién desprendido tuviese prisa de ir a ver otra vez a sus parientes y amigos, tal vez para avisarles que acaba de dejar la Tierra y decirles que continúa vivo. Apele cada uno a sus recuerdos y verificará cuántos hechos auténticos de ese género, a los cuales no prestó la debida atención, ocurrieron no solamente de noche sino en pleno día, y en el más completo estado de vigilia.

§ III. Transfiguración. Invisibilidad

22. El periespíritu de las personas vivas goza de las mismas propiedades que el de los Espíritus. Como ya se ha dicho, el de aquellas no se halla confinado en el cuerpo, sino que irradia y forma alrededor de él una especie de atmósfera fluídica. Ahora bien, puede suceder que en ciertos casos, y bajo el imperio de las mismas circunstancias, el periespíritu sufra una transformación análoga a la que fue descripta: la forma real y material del cuerpo desaparece bajo esa capa fluídica, si así nos podemos expresar, y adopta momentáneamente una apariencia por completo diferente, incluso la de otra persona o la del Espíritu que combina su fluido con el del individuo, o puede dar a un semblante desagradable un aspecto bello y radiante. Ese fenómeno, que se designa con el nombre de transfiguración, es bastante frecuente y se produce principalmente cuando las circunstancias provocan una expansión más abundante de fluido.

El fenómeno de la transfiguración puede manifestarse con intensidades muy diferentes, de conformidad con el grado de purificación del periespíritu, grado que siempre está en correspondencia con el de la elevación moral del Espíritu. Algunas veces se limita a un simple cambio en el aspecto general de la fisonomía, y otras puede conferir al periespíritu una apariencia luminosa y espléndida.

La forma material puede, pues, desaparecer bajo el fluido periespiritual, sin que para eso sea preciso que el fluido tome otro aspecto. En algunas ocasiones, simplemente oculta un cuerpo inerte o vivo, y lo vuelve invisible a los ojos de una o de muchas personas, como lo haría una capa de vapor.

Tomamos estos elementos actuales únicamente como términos de comparación, y no con el fin de establecer una analogía absoluta, que no existe.

23. Estos fenómenos sólo pueden parecer extraños para aquellos que no conocen las propiedades del fluido periespiritual. Para nosotros se trata de un cuerpo nuevo, que debe poseer propiedades nuevas, las cuales no se pueden estudiar mediante los procedimientos ordinarios de la ciencia, aunque no dejan por eso de ser propiedades naturales, que sólo tienen de maravilloso la novedad.

§ IV. Emancipación del alma

24. Durante el dormir, sólo el cuerpo reposa, pues el Espíritu no duerme; aprovecha el reposo del cuerpo, y los momentos en que su presencia no es necesaria, para actuar separadamente e ir adonde quiera; goza de su libertad y de la plenitud de sus facultades. Durante la encarnación, el Espíritu nunca se encuentra completamente separado del cuerpo; sea cual fuere la distancia a la que se transporte, siempre está unido a él mediante un lazo fluídico que sirve para atraerlo cuando su presencia es necesaria. Ese lazo sólo se rompe con la muerte.

“El dormir libera, en parte, el alma del cuerpo. Cuando dormís, vuestra alma se halla momentáneamente en el estado en que se encontrará de manera definitiva después de la muerte. Los Espíritus que al morir se desprenden pronto de la materia, han tenido sueños inteligentes. Durante el dormir, se reúnen con el conjunto de los otros seres, superiores a ellos, con los cuales viajan, conversan y se instruyen. Incluso trabajan en obras que encuentran concluidas al

morir. Eso debe enseñaros una vez más a no temerle a la muerte, puesto que morís todos los días, conforme las palabras de un santo.

”Eso sucede con los Espíritus elevados. En cambio, los hombres comunes -que una vez muertos deben permanecer largas horas en esa perturbación, en esa incertidumbre de la que ellos os han hablado-, se dirigen a mundos inferiores a la Tierra, donde antiguos afectos los reclaman, o bien buscan placeres tal vez aún más bajos que los que encuentran aquí. También aprenden doctrinas aún más viles, indignas y nocivas que las que profesan entre vosotros. Lo que engendra la simpatía en la Tierra no es otra cosa que el hecho de sentirse, al despertar, unido por el corazón a aquellos con quienes acaba de pasar ocho o nueve horas de dicha o de placer. Asimismo, lo que explica esas antipatías insuperables es que se sabe en el fondo del corazón que esas personas tienen otra conciencia que la nuestra, porque se las conoce sin que jamás se las haya visto con los ojos. Esto explica incluso la indiferencia, puesto que no intenta hacer nuevos amigos cuando se sabe que hay otros que nos aman y reconfortan. En pocas palabras: el dormir influye en vuestra vida más de lo que pensáis.

”A causa del dormir los Espíritus encarnados están siempre en relación con el mundo de los Espíritus. Eso hace que los Espíritus superiores consientan, sin demasiado rechazo, en encarnar entre vosotros. Dios ha querido que mientras dura su contacto con el vicio puedan dirigirse a la fuente del bien en busca de fuerzas para no flaquear ellos mismos, dado que han ido a la Tierra con el fin de instruir a los demás. El dormir es la puerta que Dios les ha abierto hacia sus amigos del Cielo; es el recreo posterior al trabajo, en tanto aguardan la gran liberación, la liberación final que habrá de restituirlos a su verdadero medio.

”El sueño es el recuerdo de lo que vuestro Espíritu vio durante el dormir. Sin embargo, observad que no siempre soñáis, porque no siempre recordáis lo que habéis visto o todo lo que habéis visto. Vuestra alma no alcanzó su pleno desarrollo. A menudo

sólo conserváis el recuerdo de la turbación que acompaña vuestra partida o vuestro retorno, al que se suma el recuerdo de lo que habéis hecho o de lo que os preocupa en el estado de vigilia. De lo contrario, ¿cómo explicaríais esos sueños absurdos, que experimentan tanto los más sabios como los más simples? Por su parte, los Espíritus malos se sirven también de los sueños para atormentar a las almas débiles y pusilánimes.

”La incoherencia de los sueños tiene otra explicación en las lagunas que produce el recuerdo incompleto de aquello que se nos apareció mientras dormíamos. Sería como un relato al que se le quitaron palabras o frases al azar: los fragmentos restantes, una vez reunidos, perderían todo significado razonable.

”Por lo demás, dentro de poco veréis desarrollarse otra especie de sueños, tan antigua como la que vosotros conocéis, pero a la que ignoráis: los sueños de Juana, de Jacob, de los profetas judíos y de algunos adivinos hindúes. Dichos sueños son el recuerdo de lo que experimentó el alma completamente desprendida del cuerpo, el recuerdo de esa segunda vida de la que os hablé hace un momento.” (*El libro de los Espíritus*, § 402.)

25. La independencia y la emancipación del alma se ponen de manifiesto, de manera evidente, sobre todo en el fenómeno del sonambulismo natural y magnético, en la catalepsia y en la letargia. La lucidez sonambúlica no es más que la facultad que tiene el alma de ver y de sentir sin el auxilio de los órganos materiales. Esa facultad es uno de sus atributos y reside en todo su ser; los órganos del cuerpo son los estrechos canales por donde le llegan ciertas percepciones. La visión a distancia que poseen algunos sonámbulos proviene del desplazamiento del alma, que ve lo que ocurre en los lugares adonde se transporta. En sus peregrinaciones, el alma se halla siempre revestida de su periespíritu, agente de sus sensaciones, pero este, como ya hemos dicho, nunca de separa por completo del cuerpo. El desprendimiento del alma produce la inercia del cuerpo, que algunas veces parece sin vida.

26. Ese desprendimiento también puede ocurrir, en grados diversos, en el estado de vigilia. Pero, en ese caso, el cuerpo nunca goza por completo de su actividad normal; existe siempre una cierta absorción, un desapego más o menos completo de las cosas terrenales. El cuerpo no duerme, camina, obra, pero los ojos miran sin ver; se nota que el alma está en otro lugar. Como en el sonambulismo, ve las cosas ausentes; tiene percepciones y sensaciones que ignoramos; a veces tiene la presciencia de algunos acontecimientos futuros por el vínculo que percibe entre estos y los hechos del presente. Al penetrar en el mundo invisible, ve a los Espíritus, con los cuales conversa y cuyos pensamientos puede transmitirnos.

El olvido del pasado sobreviene, por lo general, cuando el alma regresa a su estado normal. Algunas veces, sin embargo, esta conserva un recuerdo más o menos vago de lo ocurrido, como si hubiera soñado.

27. En ciertas ocasiones, la emancipación del alma atenúa las sensaciones físicas a tal punto que produce una verdadera falta de sensibilidad, que en los momentos de exaltación le permite soportar con indiferencia los más vivos dolores. Esa falta de sensibilidad proviene del desprendimiento del periespíritu, agente transmisor de las sensaciones corporales. Así, el Espíritu ausente no siente las heridas del cuerpo.

28. La facultad que tiene el alma de emanciparse, en su manifestación más simple, produce lo que se denomina soñar despierto. Esa emancipación también confiere a algunas personas la presciencia, que constituye los presentimientos; en un grado más avanzado de desprendimiento, produce el fenómeno designado con el nombre de segunda vista, doble vista o sonambulismo despierto.

29. El *éxtasis* es el grado máximo de emancipación del alma. “En el soñar y en el sonambulismo el alma deambula por los mundos terrenales. En el éxtasis penetra en un mundo desconocido, el de los Espíritus etéreos con quienes se comunica. Sin embargo, no puede ir más allá de ciertos límites, pues para superarlos ten-

dría que romper por completo los lazos que la unen al cuerpo. Un brillo resplandeciente y enteramente nuevo la rodea; armonías desconocidas en la Tierra la embelesan; un bienestar indefinible la penetra. El alma goza por anticipado de la beatitud celestial. *Se puede decir que pone un pie en el umbral de la eternidad.* En el estado de éxtasis la aniquilación del cuerpo es casi completa. Sólo tiene, por decirlo así, la vida orgánica. Se siente que el alma está unida a él apenas por un hilo que un esfuerzo mayor cortaría para siempre.” (*El libro de los Espíritus*, § 455.)

30. Del mismo modo que sucede con los otros grados de emancipación del alma, el éxtasis no está exento de errores, razón por la cual las revelaciones de los extáticos están lejos de expresar, en todos los casos, la verdad absoluta. La causa de ello reside en la imperfección del Espíritu humano; sólo cuando éste ha llegado a la cima de la escala puede juzgar las cosas correctamente; hasta entonces, no le es dado verlo ni comprenderlo todo. Si después de la muerte, cuando el desprendimiento es completo, el Espíritu no siempre ve con exactitud; si muchos aún permanecen imbuidos de los prejuicios de la vida, y no comprenden las cosas del mundo invisible donde se encuentran, con mayor razón habrá de suceder lo mismo con el Espíritu que todavía está retenido en la carne.

En ocasiones hay en los extáticos más exaltación que auténtica lucidez, o mejor dicho, la exaltación que presentan perjudica su lucidez; por eso sus revelaciones son con frecuencia una mezcla de verdades y errores, de cosas sublimes e incluso ridículas. Algunos Espíritus inferiores también se aprovechan de esa exaltación -que es en todos los casos una causa de debilidad, cuando no se sabe gobernarla- para dominar al extático; y con ese fin asumen ante él *apariencias* que lo vinculan a sus ideas y prejuicios, de modo que sus visiones y revelaciones suelen ser apenas un reflejo de sus creencias. Se trata de un escollo que sólo sortean los Espíritus de un orden elevado, y contra el cual el observador debe mantenerse en guardia.

31. Hay personas cuyo periespíritu se identifica de tal manera con el cuerpo, que el desprendimiento del alma sólo se produce con suma dificultad, incluso en el momento de la muerte; se trata, por lo general, de personas que han vivido más para la materia; son también aquellas para las cuales la muerte es más penosa, más llena de angustias, más prolongada y dolorosa la agonía. No obstante, por otro lado, existen otras cuyas almas están presas al cuerpo por lazos tan frágiles que la separación se lleva a cabo sin estremecimientos, con la mayor facilidad y frecuentemente antes de que el cuerpo muera. Cuando se aproximan al término de la vida, esas almas ya vislumbran el mundo donde van a ingresar y ansían el momento de su completa liberación.

§ V. Aparición de personas vivas. Bicorporeidad

32. La facultad que tiene el alma de emanciparse y de desprenderse del cuerpo durante la vida puede dar origen a fenómenos análogos a los que producen los Espíritus desencarnados. Mientras el cuerpo se encuentra sumergido en el sueño, el Espíritu puede transportarse a diversos lugares, volverse visible y aparecer con una forma vaporosa, sea durante el sueño o en estado de vigilia de quien lo ve. También puede presentarse con la forma tangible o, por lo menos, con una apariencia tan idéntica a la realidad que es probable que muchas personas digan la verdad cuando afirman que han visto a alguien al mismo tiempo en dos puntos diferentes. De hecho, estaba en ambos, pero el cuerpo verdadero sólo se encontraba en uno, y en el otro se encontraba el Espíritu. Este fenómeno -muy raro, por otra parte- dio origen a la creencia en los hombres dobles, y se denomina *bicorporeidad*.

Por más extraordinario que sea, dicho fenómeno, como todos los otros, no sale del orden de los fenómenos naturales, dado que se basa en las propiedades del periespíritu y en una ley de la naturaleza.

§ VI. Acerca de los médiums

33. Los médiums son personas aptas para sentir la influencia de los Espíritus y transmitir los pensamientos de estos.

Toda persona que siente, con mayor o menor intensidad, la influencia de los Espíritus es médium. Esa facultad es inherente al hombre, de modo que no constituye un privilegio exclusivo, y son pocos los que no poseen algún rudimento de ella. Por consiguiente, podemos decir que todas las personas, poco más o menos, son médiums. Sin embargo, en la práctica, esa calificación sólo se aplica a aquellos en quienes la facultad mediúmnica se manifiesta por efectos ostensivos cuya intensidad es indudable.

34. El fluido periespiritual es el agente de todos los fenómenos espíritas. Esos fenómenos sólo se pueden producir por la acción recíproca de los fluidos que el médium y el Espíritu emiten. El desarrollo de la facultad mediúmnica depende de la naturaleza más o menos expansible del periespíritu del médium, así como de la mayor o menor facilidad de su asimilación por parte del de los Espíritus; esta facultad depende, por consiguiente, de la organización, y puede ser desarrollada cuando el principio existe, pero no puede ser adquirida cuando ese principio no existe. La predisposición mediúmnica es independiente del sexo, de la edad y del temperamento. Existen médiums en todas las categorías de individuos, desde la más tierna edad hasta la más avanzada.

35. Las relaciones entre los Espíritus y los médiums se establecen por medio de los respectivos periespíritus; la facilidad de esas relaciones depende del grado de afinidad existente entre ambos fluidos. Algunos de ellos se asimilan fácilmente, mientras que otros se repelen; de ahí se sigue que no basta con que una persona sea médium para que se comunique indistintamente con todos los Espíritus. Hay médiums que sólo pueden comunicarse con ciertos Espíritus o con Espíritus de determinadas categorías, y otros que

sólo pueden hacerlo mediante la transmisión del pensamiento, sin ninguna manifestación exterior.

36. Por la asimilación de los fluidos periespirituales, el Espíritu se identifica, por así decirlo, con la persona que él desea influenciar; no sólo le transmite su pensamiento, sino que también puede ejercer sobre ella una acción física, la hace obrar o hablar conforme a su voluntad, la obliga a decir lo que él desea; en una palabra, puede servirse de los órganos del médium como si fuesen sus propios órganos. Por último, puede neutralizar la acción del propio Espíritu de la persona y paralizar su libre albedrío. Los Espíritus buenos se sirven de esa influencia para el bien, y los malos para el mal.

37. Los Espíritus pueden manifestarse de muchas maneras diferentes, pero sólo con la condición de que hallen una persona apta para recibir y transmitir impresiones de este o aquel tipo, según sus aptitudes. Ahora bien, como no existe ninguna persona que reúna en el mismo grado todas las aptitudes, resulta que unas obtienen efectos que son imposibles en otras. Esa diversidad de aptitudes produce diferentes variedades de médiums.

38. La voluntad del médium no siempre es necesaria. El Espíritu que quiere manifestarse busca al individuo apto para recibir su impresión y a menudo se sirve de él sin que este lo sepa. Otras personas, por el contrario, conscientes de su facultad, pueden provocar ciertas manifestaciones. De ahí dos categorías de médiums: los *médiums inconscientes* y los *médiums facultativos*.

En el primer caso, la iniciativa es del Espíritu; en el segundo, del médium.

39. Los *médiums facultativos* sólo se encuentran entre las personas que tienen un conocimiento más o menos completo de los medios de comunicación con los Espíritus, lo que les permite servirse por su propia voluntad de sus facultades. Los *médiums inconscientes*, por el contrario, existen entre las personas que no tienen la menor idea del espiritismo ni de los Espíritus, incluso entre las más

incrédulas, y que sirven de instrumento sin saberlo y sin proponérselo. Los fenómenos espíritas de todos los géneros pueden producirse por influencia de estos últimos, que siempre han existido, en todas las épocas y en todos los pueblos. La ignorancia y la credulidad les atribuyeron un poder sobrenatural y, conforme los tiempos y los lugares, se los ha tomado por santos, hechiceros, locos o visionarios. El espiritismo nos muestra que en ellos se produce simplemente la manifestación espontánea de una facultad natural.

40. Entre las diferentes variedades de médiums, se distinguen principalmente los *médiums de efectos físicos*; los *médiums sensitivos o impresionables*; los *médiums auditivos, parlantes, videntes, inspirados, sonámbulos, curativos, escribientes o psicógrafos*. Aquí describiremos solamente las variedades principales.⁴

41. *Médiums de efectos físicos*.- Son más especialmente aptos para producir fenómenos materiales, tales como el movimiento de cuerpos inertes, los ruidos, el desplazamiento, el levantamiento y la traslación de objetos, etc. Esos fenómenos pueden ser espontáneos o provocados. En todos los casos exigen la participación voluntaria o involuntaria de médiums dotados de facultades especiales. En general, son provocados por Espíritus de un orden inferior, dado que los Espíritus elevados sólo se ocupan de las comunicaciones inteligentes e instructivas.

42. *Médiums sensitivos o impresionables*.- Designamos de ese modo a las personas capaces de sentir la presencia de los Espíritus por medio de una vaga impresión, una especie de roce sobre todos sus miembros, que ellas mismas no pueden comprender. Esa facultad puede adquirir tal sutileza que aquel que la posee reconoce, por la impresión que experimenta, no sólo la naturaleza buena o mala del Espíritu que está a su lado, sino también su individualidad, como el ciego reconoce instintivamente la aproximación de tal o cual persona. Un Espíritu bueno causa siempre una impresión delicada y agrada-

⁴ Véanse los detalles completos en *El libro de los médiums*. (Nota de la primera edición francesa.)

ble; la de un Espíritu malo, por el contrario, es penosa, angustiante y desagradable; tiene como un olor a impureza.

43. *Médiums auditivos*.- Estos oyen la voz de los Espíritus. Se trata a veces de una voz interior que resuena en su fuero interno; En otras ocasiones es una voz exterior, clara y distinta, como la de una persona viva. Los médiums auditivos pueden, de ese modo, conversar con los Espíritus. Cuando tienen el hábito de comunicarse con ciertos Espíritus, los reconocen de inmediato por el timbre de la voz. La persona que no es médium auditivo puede comunicarse con un Espíritu a través de un médium auditivo que transmita sus palabras.

44. *Médiums parlantes*.- Los médiums auditivos, que se limitan a transmitir lo que oyen, nos son, hablando con propiedad, *médiums parlantes*. Estos últimos la mayor parte de las veces no oyen nada. En ellos el Espíritu actúa sobre los órganos de la palabra, del mismo modo que lo hace sobre la mano en el caso de los médiums escribientes. Cuando quiere comunicarse, el Espíritu se sirve del órgano que encuentra más dócil. De uno, utiliza la mano; de otro, la palabra; de un tercero, el oído. En general, el médium parlante se expresa sin tener conciencia de lo que dice, y a menudo dice cosas que son completamente ajenas a sus ideas habituales, a sus conocimientos e, incluso, que están más allá del alcance de su inteligencia. Algunas veces se ve a personas iletradas y de inteligencia común que en esos momentos se expresan con verdadera elocuencia, y tratan con irrefutable superioridad temas sobre los cuales serían incapaces de emitir una opinión en su estado normal.

Aunque el médium parlante esté perfectamente despierto cuando ejerce su facultad, es raro que conserve el recuerdo de lo que dijo. Con todo, la pasividad no siempre es completa. Algunos tienen la intuición de lo que dicen en el momento exacto en que pronuncian las palabras.

La palabra es, en el médium parlante, un instrumento del que se sirve el Espíritu, con el cual una tercera persona puede comuni-

carse, así como lo hace a través de un médium auditivo. Entre el médium parlante y el médium auditivo existe la diferencia de que este habla voluntariamente para repetir lo que oye, mientras que el otro habla involuntariamente.

45. *Médiums videntes.* - Se denomina así a las personas que, en el estado normal y perfectamente despiertas, gozan de la facultad de ver a los Espíritus. La posibilidad de verlos en sueños es, sin duda, producto de una especie de mediumnidad, pero no constituye la de los médiums videntes propiamente dichos. Hemos expuesto la teoría de ese fenómeno en el capítulo “Visiones y Apariciones”, de *El libro de los médiums*.

Las apariciones accidentales de personas que hemos amado o conocido en la Tierra son muy frecuentes. Si bien quienes las han presenciado pueden ser considerados médiums videntes, esta denominación en general sólo se aplica a los que gozan, de un modo más o menos permanente, de la facultad de ver a casi todos los Espíritus. En ese número están los que apenas ven a los Espíritus que han sido evocados, cuya descripción pueden hacer con minuciosa exactitud. Describen hasta en sus menores detalles los gestos, la expresión de la fisonomía, las facciones del rostro, la vestimenta y hasta los sentimientos de que esos Espíritus parecen animados. Hay otros médiums en los que esa facultad es aún más general, pues ven toda la población espírita que los circunda: Espíritus que van y vienen y que, por decirlo así, se ocupan de sus negocios. Esos médiums nunca están solos: los acompaña siempre una sociedad que pueden elegir libremente, según sus gustos, dado que por la acción de la voluntad pueden apartar a los Espíritus que no les convienen, o atraer a los que les son simpáticos.

46. *Médiums sonámbulos.* - El sonambulismo puede ser considerado una variedad de la facultad mediúmnic; o mejor dicho, ambos órdenes de fenómenos se encuentran juntos con mucha frecuencia. El sonámbulo actúa bajo la influencia de su propio Espíritu. Su alma, en los momentos de emancipación, ve, oye y percibe más allá

de los límites de los sentidos. El sonámbulo extrae de sí mismo lo que expresa. En general, sus ideas son más precisas que cuando se halla en estado normal, y también son más amplios sus conocimientos, porque su alma está libre. En una palabra, vive por anticipado la vida de los Espíritus. El médium, por el contrario, es el instrumento de una inteligencia extraña. Es pasivo, y lo que dice no proviene de él. En resumen, el sonámbulo expresa su propio pensamiento, en tanto que el médium expresa el pensamiento de otro. No obstante, el Espíritu que se comunica a través de un médium común, también puede hacerlo a través de un sonámbulo. Muchas veces, incluso, el estado de emancipación del alma que se produce durante el sonambulismo facilita esa comunicación. Muchos sonámbulos ven perfectamente a los Espíritus y los describen con tanta precisión como los médiums videntes. Pueden conversar con ellos y transmitirnos su pensamiento. Lo que dicen, fuera del ámbito de sus conocimientos personales, casi siempre les es sugerido por otros Espíritus.

47. *Médiums inspirados.*- Son aquellos en quienes las señales exteriores de la mediumnidad son las menos aparentes. La acción que los Espíritus ejercen sobre ellos es por completo intelectual y moral, y se revela en las menores circunstancias de la vida, tanto como en las más importantes concepciones. Principalmente en ese aspecto, se puede decir que todos somos médiums, porque no hay quien no tenga sus Espíritus protectores y familiares, que se esfuerzan al máximo para sugerir ideas saludables a sus protegidos. Muchas veces en el médium inspirado resulta difícil distinguir el pensamiento propio de aquel que le es sugerido. Lo que caracteriza a esta variedad es, sobre todo, la espontaneidad.

La inspiración se torna más evidente en las elaboraciones complejas de la inteligencia. Los hombres de genio de todas las especies: artistas, científicos, literatos, oradores, son sin duda Espíritus adelantados, capaces de comprender y de conocer grandes cosas por sí mismos. Ahora bien, precisamente porque los juzgan capaces, los Es-

píritus que quieren concretar ciertos trabajos les sugieren las ideas necesarias, de modo que la mayoría de las veces son *médiums sin saberlo*. No obstante, tienen una vaga intuición de una asistencia extraña, visto que todo el que apela a la inspiración no hace otra cosa que una evocación. Si no esperase ser escuchado, ¿por qué exclamaría tan a menudo: “Mi genio bueno, ven en mi ayuda”?

48. *Médiums de presentimientos*.- Son aquellas personas que en ciertas circunstancias tienen una vaga intuición de las cosas futuras comunes. Esa intuición puede provenir de una especie de doble vista, que les permite entrever las consecuencias de las cosas presentes, así como la conexión que existe entre los acontecimientos. No obstante, muchas veces es el resultado de comunicaciones ocultas, que hacen de esas personas una variedad de los *médiums inspirados*.

49. *Médiums proféticos*.- Es también una variedad de los médiums inspirados. Reciben, con el permiso de Dios, y con mayor exactitud que los médiums de presentimientos, la revelación de los acontecimientos futuros de interés general, y están encargados de transmitirlos a los hombres, a fin de que se instruyan. En cierto modo, el presentimiento se le da a la mayoría de los hombres para su uso personal. El don de la profecía es, por el contrario, excepcional e implica la idea de una misión en la Tierra.

Si bien hay verdaderos profetas, también los hay falsos. Estos últimos son mucho más numerosos, y confunden los devaneos de su propia imaginación con revelaciones, en caso de que no sean bribones que, por ambición, se presentan como profetas. “El auténtico profeta es *un hombre de bien inspirado por Dios*. Se lo puede reconocer en sus palabras y en sus acciones. Dios no puede servirse de los labios del mentiroso para enseñar la verdad.” (*El libro de los Espíritus*, § 624.)

50. *Médiums escribientes o psicógrafos*.- Designamos con ese nombre a las personas que escriben bajo la influencia de los Espíritus. Del mismo modo que un Espíritu puede obrar sobre los órganos vocales de un médium parlante, para hacer que pronuncie palabras, también

puede servirse de su mano para hacer que escriba. La mediumnidad psicográfica presenta tres variedades bien diferenciadas: los médiums *mecánicos*, los *intuitivos* y los *semimecánicos*.

En el *médium mecánico* el Espíritu obra directamente sobre la mano, a la que da impulso. Lo que caracteriza esta clase de mediumnidad es que el médium no tiene la menor conciencia de lo que escribe. El movimiento de la mano es independiente de la voluntad del médium. Mientras el Espíritu tenga algo para decir, la mano se moverá sin interrupción y a pesar del médium, y se detendrá cuando el Espíritu haya concluido.

En el *médium intuitivo* la transmisión del pensamiento se hace por intermedio del Espíritu del médium. En este caso, el Espíritu que desea comunicarse no actúa sobre la mano del médium para moverla, sino sobre su alma, con la cual se identifica, imprimiéndole su voluntad y sus ideas. El alma del médium recibe el pensamiento del Espíritu comunicante y lo transcribe. En esa situación, el médium escribe voluntariamente y tiene conciencia de lo que escribe, aunque no se trate de su propio pensamiento.

A menudo resulta difícil distinguir entre el pensamiento del médium y el que se le sugiere, lo que lleva a *muchos médiums de esta clase a dudar de su facultad*. El pensamiento sugerido por el Espíritu se puede reconocer por el hecho de que nunca es preconcebido; surge a medida que el médium escribe, y muchas veces es contrario a la idea que este tenía previamente acerca del tema. Incluso, ese pensamiento puede ser ajeno a los conocimientos y a la capacidad del médium.

Existe una gran analogía entre la mediumnidad intuitiva y la inspiración. La diferencia consiste en que la primera se restringe casi siempre a cuestiones de actualidad, y puede aplicarse a lo que esté fuera de la capacidad intelectual del médium. Un médium puede tratar por intuición un asunto que le sea completamente extraño. La inspiración se extiende a un campo más vasto y generalmente viene en ayuda de las capacidades y las preocupaciones del Espíritu encarnado. Los indicios de la mediumnidad son, en general, menos evidentes.

El *médium semimecánico* o *semiintuitivo* participa de los otros dos géneros. En el médium puramente mecánico, el movimiento de la mano es independiente de su voluntad; en el médium intuitivo, el movimiento es voluntario y facultativo. El médium semimecánico siente que su mano recibe un impulso a pesar suyo, pero al mismo tiempo tiene conciencia de lo que escribe, a medida que las palabras se forman. En el primero, el pensamiento es posterior al acto de la escritura; en el segundo, lo precede; en el tercero, lo acompaña.

51. Como el médium no es más que un instrumento que recibe y transmite el pensamiento de un Espíritu extraño, y que obedece al impulso mecánico que se le da, no hay nada que él no pueda hacer fuera del ámbito de sus conocimientos, en caso de que esté dotado de la flexibilidad y la aptitud mediúmnica necesarias. Por eso hay médiums *dibujantes*, *pintores*, *músicos*, *versificadores*, aunque sean ajenos al arte del dibujo, de la pintura, de la música y de la poesía respectivamente; médiums analfabetos, que escriben sin saber leer ni escribir; médiums *polígrafos*, que reproducen diferentes tipos de escritura y, algunas veces, exactamente igual a la que el Espíritu tenía en vida; médiums *políglotas*, que hablan o escriben en lenguas que no conocen, etc.

52. *Médiums curadores*. - Este género de mediumnidad consiste en la facultad que poseen ciertas personas de curar con el simple toque, con la imposición de las manos, con la mirada e incluso con un gesto, sin el auxilio de ninguna medicación. Esta facultad indudablemente tiene su principio en el poder magnético; sin embargo, difiere de este por la energía y la instantaneidad de la acción, en tanto que las curas magnéticas requieren un tratamiento metódico más o menos prolongado. Todos los magnetizadores son más o menos aptos para curar, siempre que sepan conducirse convenientemente, mientras que en los médiums curativos la facultad es espontánea, e incluso algunos la poseen sin jamás haber oído hablar del magnetismo.

La facultad de curar mediante la imposición de las manos tiene evidentemente su principio en un poder excepcional de expansión,

si bien concurren diversas causas para aumentarla, entre las cuales es necesario colocar en primera línea la pureza de los sentimientos, el desinterés, la benevolencia, el deseo ardiente de proporcionar alivio, la plegaria ferviente y la confianza en Dios; en una palabra, todas las cualidades morales. El poder magnético es puramente orgánico; puede, como la fuerza muscular, ser dada a todas las personas, incluso al hombre perverso; pero sólo el hombre de bien se vale de ella exclusivamente para el bien, sin segundas intenciones ni para la satisfacción del orgullo o la vanidad. Por ser más depurado, el fluido del hombre de bien posee propiedades benéficas y reparadoras que no puede tener el del hombre vicioso o egoísta.

Como ya hemos dicho, todo efecto mediúmnico es el resultado de la combinación de los fluidos que emite tanto el Espíritu como el médium. Por medio de esa unión, esos fluidos adquieren propiedades nuevas que no tendrían por separado, o al menos que no tendrían en el mismo grado. La plegaria, que es una verdadera evocación, atrae a los Espíritus buenos, siempre diligentes para secundar los esfuerzos del hombre bien intencionado; el fluido benéfico de los primeros se une fácilmente con el del segundo, en tanto que el fluido del hombre vicioso se suma al de los Espíritus malos que lo rodean.

El hombre de bien que no dispusiera del poder fluídico no conseguiría hacer gran cosa por sí mismo, a no ser que apelara a la asistencia de los Espíritus buenos, pues su acción personal sería casi nula. Una poderosa fuerza fluídica aliada a la mayor suma posible de cualidades morales puede operar, en materia de curaciones, verdaderos prodigios.

53. La acción fluídica es, además, poderosamente secundada por la confianza del enfermo, y a menudo Dios recompensa su fe concediéndole el éxito esperado.

54. Sólo la superstición puede atribuir una virtud a ciertas palabras, y únicamente los Espíritus ignorantes y mentirosos pueden alimentar esas ideas, mediante la prescripción de tal o cual fórmula. No obstante, puede ocurrir que, para personas poco ilustradas e incapaces

de comprender las cosas puramente espirituales, el empleo de una fórmula de plegaria o de una práctica determinada contribuya a infundirles confianza. En ese caso, no se trata de que la fórmula sea eficaz, sino de que la fe aumentó con la idea relacionada al empleo de la fórmula.

55. No se deben confundir los *médiums curativos* con los *médiums recetadores*; estos últimos son simples médiums escribientes, cuya especialidad consiste en que sirvan más fácilmente de intérpretes a los Espíritus para las prescripciones médicas; pero no hacen más que transmitir el pensamiento del Espíritu, sin que por sí mismos ejerzan influencia alguna.

§ VII. Obsesión y posesión

56. La obsesión es el dominio que los Espíritus malos ejercen sobre ciertas personas, con el objetivo de dominarlas y someterlas a su voluntad, por el placer que experimentan al hacer el mal.

Cuando un Espíritu, bueno o malo, quiere actuar sobre un individuo, lo envuelve por así decirlo con su periespíritu como si fuera un manto. Al combinarse los fluidos, los pensamientos y las voluntades de los dos se confunden, y el Espíritu puede entonces servirse del cuerpo del individuo como si fuese suyo, haciendo que obre según su voluntad, ya sea para hablar, escribir, dibujar, como hacen los médiums. Si el Espíritu es bueno, su acción es suave, benéfica, y sólo induce al individuo a la práctica de buenas obras; si es malo, lo obliga a que haga cosas malas. Si es perverso y maligno, lo ciñe como en una red, paraliza su voluntad e incluso su juicio, al que sofoca con su fluido del mismo modo que se apaga el fuego con el agua. Lleva al individuo a que piense, hable y actúe en su lugar; lo impulsa contra su voluntad a cometer actos extravagantes o ridículos; en suma, lo magnetiza y lo sume en un estado de catalepsia moral, hasta convertirlo en un instrumento ciego de su voluntad. Tal es la causa de la obsesión, de la fascinación y de la subyugación, que se producen en grados de intensidad muy diversos.

Cuando llega al paroxismo, la subyugación se denomina vulgarmente *posesión*. Es de destacarse que en este estado, el individuo por lo general tiene conciencia de que lo que hace es ridículo, pero está forzado a hacerlo, como si un hombre más vigoroso que él lo obligara a mover, contra su voluntad, los brazos, las piernas y la lengua.

57. Dado que en todos los tiempos han existido Espíritus, también desde todos los tiempos han representado el mismo rol, porque ese rol está en la naturaleza y porque la prueba de eso radica en la gran cantidad de personas obsesas o poseídas, si se prefiere, que hubo antes de que se pensara en Espíritus o que en nuestros días se oyese hablar de espiritismo y de médiums. Así pues, la acción de los Espíritus, buenos o malos, es espontánea; la de los malos produce una enorme cantidad de perturbaciones en la economía moral e incluso física, que por ignorancia de la verdadera causa eran atribuidas a causas erróneas. Los Espíritus malos son enemigos invisibles, tanto más peligrosos cuanto que no se sospechaba de la acción que ejercían. El espiritismo, al desenmascararlos, revela una nueva causa de ciertos males de la humanidad. Una vez conocida la causa, ya no se intentará combatir el mal por medios que se sabrán inútiles; se buscarán otros más eficaces. Ahora bien, ¿qué es lo que condujo al descubrimiento de esa causa? La mediumnidad. Gracias a ella esos enemigos ocultos delataron su presencia; la mediumnidad fue para ellos lo que el microscopio representó para los infinitamente pequeños: reveló todo un mundo. El espiritismo no atrajo a los Espíritus malos; apenas los puso en evidencia y proporcionó los medios de paralizar su acción y, por consiguiente, de alejarlos. No ha sido el espiritismo, pues, quien trajo el mal, puesto que el mal existe desde todas las épocas; por el contrario, brinda un remedio para el mal al indicar su causa. Una vez reconocida la acción del mundo invisible, se tendrá la explicación de una infinidad de fenómenos incomprensibles; y la *ciencia*, enriquecida con el conocimiento de esa nueva ley, verá abrirse delante de ella nuevos horizontes. ¿CUÁNDO LLEGARÁ A ESO? *Cuando deje de*

profesar el materialismo, pues el materialismo intercepta su vuelo al oponerle una barrera insuperable.

58. Dado que existen Espíritus malos que obsesionan y Espíritus buenos que protegen, muchos se preguntan si los primeros son más poderosos que los segundos.

No se trata de que el Espíritu bueno sea más débil; ocurre que el médium no tiene fuerza suficiente para liberarse del manto que le han arrojado encima, ni para desasirse de los brazos que lo sujetan y en los cuales -cabe decirlo- a veces se complace. En ese caso se comprende que el Espíritu bueno no pueda llevar ventaja, puesto que se prefiere al malo. Admitamos, con todo, que la víctima desee desembarazarse de la envoltura fluídica que penetra la suya como la humedad en las ropas. Ese deseo no bastará. La voluntad sola no siempre es suficiente.

Se trata de luchar contra un adversario. Ahora bien, cuando dos hombres luchan cuerpo a cuerpo, el que tiene músculos más fuertes es el que derriba al otro. Con un Espíritu se debe luchar, no cuerpo a cuerpo, sino Espíritu a Espíritu, y también el que vence es el más fuerte. En este caso, la fuerza reside en la *autoridad* que se pueda ejercer sobre el Espíritu obsesor, y esa autoridad está subordinada a la superioridad moral. Esa superioridad es como el sol que disipa la niebla con la potencia de sus rayos. Esforzarse para ser bueno, para llegar a ser mejor si ya se es bueno, para purificarse de las imperfecciones; en suma, para elevarse moralmente lo más posible, tal es el medio para que adquiramos el poder de dominar a los Espíritus inferiores, a fin de apartarlos. De otro modo, ellos se burlarán de nuestras órdenes. (*El libro de los médiums*, §§ 252 y 279.)

No obstante, se nos preguntará por qué los Espíritus protectores no les ordenan que se retiren. No cabe duda de que pueden hacerlo, y en ocasiones lo hacen. Pero al permitir la lucha, dejan también el mérito de la victoria. Si permiten que se debatan personas que en ciertos aspectos tienen sus merecimientos, es para poner a prueba su perseve-

rancia y hacerles adquirir *más fuerza* en el terreno del bien. La lucha representa una especie de *gimnasia moral*.

Algunas personas preferirían, sin duda, otra receta más sencilla para expulsar a los Espíritus malos: por ejemplo, emplear ciertas palabras o que se hiciesen algunos signos, lo que sería más cómodo que corregir sus defectos. Lo sentimos mucho, pero no conocemos ningún procedimiento eficaz para *derrotar a un enemigo, salvo el de hacerse más poderoso que él*. Cuando estamos enfermos, debemos resignarnos a tomar un remedio, por más amargo que sea; pero si hemos tenido el valor de beberlo, ¡qué bien y qué fuertes nos sentimos! Tenemos, pues, que convencernos de que para alcanzar ese objetivo no existen ni palabras sacramentales, ni fórmulas, ni talismanes, ni ningún signo material. Los Espíritus malos se mofan de todo eso y no es raro que se complazcan en indicar algunos, teniendo siempre el cuidado de decir que son infalibles, a fin de captar mejor la confianza de aquellos a quienes quieren engañar, porque entonces estos, confiados en las virtudes del procedimiento aconsejado, se entregan sin recelo.

Antes de que alguien se proponga doblegar a un Espíritu malo, es preciso que se ocupe de doblegarse a sí mismo. Entre todos los medios de adquirir la fuerza para conseguirlo, el más efectivo es la voluntad secundada por la plegaria; se entiende que nos referimos a la plegaria que procede del corazón y no a la que se hace apenas con palabras, de las cuales la boca participa más que el pensamiento. Es necesario rogar a nuestro ángel de la guarda y a los Espíritus buenos que nos asistan en la lucha; aunque no alcanza con que les pidamos que aparten al Espíritu malo, pues debemos tener presente esta máxima: *ayúdate y el Cielo te ayudará*; es necesario rogarles sobre todo la fuerza de que carecemos para derrotar a nuestras malas inclinaciones, que son para nosotros peores que los Espíritus malos, porque son esas inclinaciones las que los atraen, así como la carroña atrae a las aves de rapiña. Al orar también por el Espíritu obsesor, le retribuimos con bien el mal que nos hace; y demostrarle que somos mejores que él,

constituye de por sí una superioridad. Con perseverancia, la mayoría de las veces se acaba por inducirlo al cultivo de mejores sentimientos, y entonces el perseguidor se transforma en un amigo agradecido.

En resumen, la plegaria fervorosa y los esfuerzos sinceros que se hagan para mejorarse son los únicos medios de alejar a los Espíritus malos, que reconocen como sus amos a aquellos que practican el bien, en tanto que las fórmulas les provocan risa, del mismo modo que la cólera y la impaciencia los estimulan. Es preciso hastiarlos, mostrándose más paciente que ellos.

En ocasiones sucede que la subyugación llega al punto de paralizar la voluntad del obseso, del cual no se puede esperar ninguna colaboración importante. En ese caso, sobre todo, se hace necesaria la intercesión de terceros, sea a través de la plegaria o por la acción magnética. No obstante, el poder de esa intercesión dependerá también del ascendiente moral que los intercesores tengan sobre los Espíritus, pues si no valen más que estos, su acción resultará inútil. La acción magnética tiene por objeto introducir en el fluido del obseso un fluido mejor, y desprender el del Espíritu malo. Al operar, el magnetizador debe proponerse un doble objetivo: oponer a una fuerza moral otra fuerza moral, y producir en el sujeto una especie de reacción química -para servirnos de una comparación material-, a fin de expulsar un fluido con la ayuda de otro fluido. De ese modo, no sólo produce un desprendimiento saludable, sino que también fortalece los órganos debilitados por una prolongada y muchas veces rigurosa opresión. Se entiende, además, que el poder de la acción fluídica depende no sólo de la energía de la voluntad, sino sobre todo de la calidad del fluido introducido, y que esa calidad -de acuerdo con lo que hemos dicho- depende de la instrucción y de las cualidades morales del magnetizador. De ahí se deduce que un magnetizador ordinario que actúe maquinalmente, pura y simplemente para magnetizar, producirá poco o ningún efecto. Resulta absolutamente necesario un magnetizador *espírita*, que actúe con conocimiento de causa y con la

intención de obtener, no el sonambulismo o una curación orgánica, sino los efectos que acabamos de describir. Por otra parte, es evidente que una acción magnética dirigida en este sentido, no puede dejar de ser muy efectiva en los casos de obsesión ordinaria, porque entonces, si el magnetizador está secundado por la voluntad del obseso, el Espíritu se ve combatido por dos antagonistas en lugar de uno.

También es preciso decir que a menudo se atribuyen a los Espíritus maldades de las que son inocentes. Ciertos estados enfermizos y ciertas aberraciones atribuidas a una causa oculta, provienen a veces del Espíritu del propio individuo. Las contrariedades que comúnmente cada uno concentra en sí mismo, sobre todo los disgustos amorosos, conducen con frecuencia a actos excéntricos que sería erróneo atribuir a la obsesión. Muchas veces el hombre es el obsesor de sí mismo.

Por último, agregaremos que ciertas obsesiones tenaces, sobre todo en personas meritorias, a veces forman parte de las pruebas a que esas personas son sometidas. “Ocurre incluso que la obsesión, cuando es simple, constituye una tarea impuesta al obseso, que debe trabajar para el mejoramiento del obsesor, del mismo modo que un padre trabaja para la recuperación de un hijo vicioso.” (Para más detalles, véase *El libro de los médiums*.)

En general, la oración es un poderoso medio para ayudar a la liberación de los obsesos; pero una oración hecha apenas con palabras, pronunciada con indiferencia y como una fórmula trivial, no será eficaz en esos casos. Hace falta una oración fervorosa que sea al mismo tiempo una especie de magnetización mental. Por medio del pensamiento se puede dirigir hacia el paciente una corriente fluídica saludable, cuyo poder depende de la intención. La plegaria, entonces, no tiene solamente por efecto invocar el socorro ajeno, sino ejercer una acción fluídica. Lo que una persona no puede hacer por sí sola, muchas personas unidas por la intención en una plegaria colectiva y reiterada habrán de conseguirlo con frecuencia, dado que la cantidad aumenta el poder de acción.

59. La experiencia demuestra la ineficacia del exorcismo en los casos de posesión, y está probado que la mayor parte de las veces aumenta el mal en lugar de atenuarlo. Eso se debe a que la influencia sobre los Espíritus malos reside por completo en el ascendiente moral que se ejerce sobre ellos, y no en un acto exterior, en la virtud de las palabras o de los gestos. El exorcismo consiste en ceremonias y fórmulas de las cuales los Espíritus malos se burlan, mientras que ceden a la superioridad moral que se les impone. Si ven que se pretende dominarlos con métodos inconsistentes, o intimidarlos con un vano aparato, se empeñan en mostrarse más fuertes y redoblan sus esfuerzos. Son como el caballo espantadizo que arroja al suelo al jinete torpe, pero que obedece cuando se topa con uno que los maneja. Ahora bien, aquí quien realmente manda es el hombre de corazón más puro, porque es a él a quien los Espíritus buenos prefieren atender.

60. Lo que un Espíritu puede hacer con un individuo, varios Espíritus pueden hacerlo simultáneamente con muchos individuos, y dar a la obsesión un carácter epidémico. Una nube de Espíritus malos puede invadir una localidad y manifestarse en ella de diversos modos. Fue una epidemia de esa especie la que se abatió sobre Judea en la época de Cristo. Ahora bien, por su inmensa superioridad moral, Cristo tenía tal autoridad sobre los demonios o Espíritus malos, que bastaba con que les ordenase que se retiraran para que ellos lo hicieran, sin que empleara para eso ni signos ni fórmulas.

61. El espiritismo se basa en la observación de los hechos que resultan de las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible. Como están en la naturaleza, esos hechos se han producido en todas las épocas, y abundan principalmente en los libros sagrados de todas las religiones, porque han servido de base a la mayoría de las creencias. La *Biblia* y los Evangelios presentan tantos pasajes oscuros, que han sido interpretados en sentidos diferentes, debido a que esos hechos no se comprenden. El espiritismo es la clave que habrá de facilitar su comprensión.

Hombres dobles y apariciones de personas vivas

En la actualidad está probado y perfectamente explicado el hecho de que si el Espíritu se aparta del cuerpo vivo, con el auxilio de su envoltura fluídica periespiritual puede aparecer en un lugar diferente de aquel donde se encuentra su cuerpo material. Sin embargo, hasta ahora y de acuerdo con la experiencia, la teoría parece demostrar que esa separación sólo ocurre durante el sueño o, al menos, cuando los sentidos corporales están inactivos. Los hechos siguientes, en caso de que sean fidedignos, prueban que dicha separación también se produce en estado de vigilia. Los hemos extraído de la obra alemana *Los fenómenos místicos de la vida humana*, por Maximiliano Perty, profesor de la Universidad de Berna, publicada en 1861. (Leipzig y Heidelberg.)

1. “Un propietario rural fue visto por su cochero en la caballeriza de su propiedad, observando a los animales en el momento exacto en que comulgaba en la iglesia. Con posterioridad, al narrar el hecho a su pastor, este le preguntó en qué pensaba en el momento de la comunión. ‘Para decir la verdad -respondió el campesino- pensaba en mis animales’. A lo que el sacerdote replicó: ‘Ahí queda explicada su aparición’.”

El clérigo estaba en lo cierto, porque dado que el pensamiento es un atributo esencial del Espíritu, este debe encontrarse donde se halle su pensamiento. La cuestión es saber si, en el

estado de vigilia, el desprendimiento del periespíritu puede ser suficientemente considerable para que produzca una aparición, lo que implicaría una especie de desdoblamiento del Espíritu, en el cual una parte de él animaría el cuerpo fluídico y la otra el cuerpo material. Esto no tendría nada de imposible si consideráramos que, cuando el pensamiento se concentra en un punto distante, el cuerpo sólo obra automáticamente, por efecto de una especie de impulso mecánico, lo que sucede sobre todo con las personas distraídas. El cuerpo sólo está animado de la vida material, mientras que la vida espiritual acompaña al Espíritu. Por consiguiente, es probable que el hombre en cuestión haya tenido en aquel momento una distracción grande, y que sus animales lo preocupasen más que su comunión.

Este otro acontecimiento es de la misma categoría, aunque presenta una particularidad más notable.

2. “El Juez de cantón, J..., en Fr..., mandó cierto día a su dependiente a una aldea de los alrededores. Pasado un tiempo lo vio entrar nuevamente, tomar un libro del armario y hojearlo. Le preguntó bruscamente por qué no se había marchado aún. Ante esas palabras el empleado desapareció. El libro cayó al piso y el juez lo colocó sobre una mesa, abierto tal como había caído. Por la noche, cuando el dependiente regresó, el juez le preguntó si le había pasado algo por el camino, y si había regresado a la sala donde ambos se encontraban en aquel momento. ‘No -respondió el empleado-, he hecho el viaje en compañía de un amigo; al atravesar el bosque comenzamos a discutir acerca de una planta que habíamos encontrado, y yo le dije que si estuviera en casa, me sería fácil mostrarle una página de Linneo que me daría la razón’. Ese era justamente el libro que había quedado abierto en la página indicada”.

Por más extraordinario que sea el hecho, no podríamos calificarlo como materialmente imposible, dado que todavía estamos lejos de conocer todos los fenómenos de la vida espiritual. Sin embargo, este

hecho necesita una confirmación. En un caso semejante, habría que comprobar de manera positiva el estado del cuerpo en el momento de la aparición. Hasta que se pruebe lo contrario, dudamos de que el hecho sea posible mientras el cuerpo se halle en una actividad inteligente.

Los sucesos siguientes son más extraordinarios que los primeros, y con toda franqueza confesamos que nos inspiran dudas mayores aún. Se comprende fácilmente que la aparición del Espíritu de una persona viva sea vista por una tercera persona, pero no que un individuo pueda ver su propia aparición, sobre todo en las circunstancias que se relatan a continuación.

3. “El Secretario de gobierno de Triptis, en Weimar, fue a la cancillería para buscar un conjunto de documentos que le hacían mucha falta, y se encontró con que él mismo estaba sentado en su silla habitual, y tenía delante los documentos que buscaba. Asustado, volvió a su casa y envió a su empleada doméstica con la orden de tomar los documentos del lugar de costumbre. Esta fue al lugar indicado y también vio a su patrón sentado en su silla.”

4. “Becker, profesor de matemática en Rostok, estaba en su casa sentado a la mesa con algunos amigos, entre los cuales se promovió una controversia teológica. Becker fue a su biblioteca en busca de una obra que decidiría la cuestión, y entonces se vio sentado en el lugar de costumbre. Al mirar por encima de los hombros de su otro yo, notó que este le mostraba el siguiente pasaje de la *Biblia*, en un volumen abierto: ‘Ordena tu casa, porque vas a morir’. Volvió junto a sus amigos, que en vano se esforzaron por demostrarle que era una locura dar la menor importancia a aquella visión. *Becker murió al día siguiente.*”

5. “Hoppack, autor de la obra *Materiales para el estudio de la psicología*, manifiesta que el abate Steinmetz, en una ocasión en que había recibido visitas en su casa, mientras estaba en su cuarto se vio al mismo tiempo en el jardín, en su lugar preferido. Señalándose a sí mismo y después a su semejante, dijo: ‘Aquí está Steinmetz el mortal; allá está el inmortal.’”

6. “F... , de la ciudad de Z... , que más tarde fue juez, se encontraba en el campo, en su juventud, cuando recibió el pedido de una joven de la casa para que fuese a buscar una sombrilla que ella había olvidado en su cuarto. Él fue, y vio a la muchacha sentada ante su mesa de trabajo, pero más pálida que cuando la había dejado. La joven miraba hacia adelante. A pesar del miedo que le dio, F... tomó la sombrilla, que estaba al lado de ella, y se la llevó. Cuando lo vio con el semblante alterado, la muchacha le dijo: ‘Confiesa que has visto algo, que me viste en el cuarto. Pero no te preocupes, porque no me voy a morir. Soy doble (en alemán *Doppelgaenger*, que quiere decir literalmente: alguien que anda doble). Yo estaba junto a mi trabajo con el pensamiento, y ya me he encontrado muchas veces con mi imagen a mi lado. No nos hacemos nada una a la otra.’”

7. “El conde D... y los centinelas creyeron que habían visto cierta noche a la emperatriz Elisabeth de Rusia, sentada en su trono, en la sala donde este se levantaba, en traje de gran gala, mientras que en aquel momento ella estaba acostada en su cuarto, durmiendo. La dama de honor, convencida de lo que ocurría, fue a despertarla. La emperatriz se dirigió también a la sala del trono y vio allí su imagen. Entonces ordenó a un centinela que disparase su arma, e inmediatamente la imagen desapareció. La emperatriz murió tres meses después.”

8. “Un estudiante, llamado Elger, se volvió muy melancólico después de que se viera a sí mismo en varias ocasiones con el traje de color rojo que solía usar. Nunca veía su rostro, sino los contornos de una forma vaporosa que se le parecía, siempre al caer la tarde o a la luz de la luna. Veía su imagen en el mismo lugar en que había estado estudiando durante largo tiempo”.

9. “Una maestra francesa, Emilia Sagée, perdió en diecinueve ocasiones su cargo porque aparecía por todas partes *en duplicado*. Las jóvenes de un internado de Neuwelke, en Livonia, la vieron algunas veces en el salón o en el jardín, cuando en realidad se encontraba en otra parte. En otras ocasiones veían delante del piza-

rrón, durante las clases, dos señoritas Sagée, una al lado de la otra, exactamente iguales y haciendo los mismos movimientos, con la diferencia de que sólo la verdadera Sagée tenía en la mano un trozo de tiza, con el que escribía en el pizarrón.”

La obra del Sr. Perty contiene una gran cantidad de casos de esta naturaleza. Vale destacar que en todos los ejemplos citados, el principio inteligente se muestra igualmente activo en los dos individuos, e incluso más activo en el ser material, cuando lo correcto sería lo contrario. Con todo, lo que nos parece sustancialmente imposible es que haya antagonismo, divergencia de ideas, de pensamientos y de sentimientos en los dos seres. Esta divergencia se manifiesta en el caso n.º 4, en el que uno avisa al otro su muerte, y en el caso n.º 7, en el que la Emperatriz manda hacer un disparo sobre su otro yo.

Aunque se admita la división del periespíritu y un poder fluídico suficiente para mantener la actividad normal del cuerpo; y se suponga también la división del principio inteligente, o una irradiación suya capaz de animar a los dos seres y de conferirle una especie de ubicuidad, ese principio es único y debe permanecer idéntico. No podría, pues, de un lado haber una voluntad que no existiera en el otro, a menos que se admita que haya Espíritus gemelos, así como hay cuerpos gemelos, es decir que dos Espíritus se identifiquen para encarnar en un solo cuerpo, lo que no es concebible.

En todas esas historias fantásticas, si bien hay elementos para tomar en cuenta, también hay muchos para rechazar, sin mencionar las que pertenecen al dominio de la leyenda. Lejos de inducirnos a aceptarlas ciegamente, el espiritismo nos ayuda a separar lo verdadero de lo falso, lo posible de lo imposible, mediante las leyes que nos revela acerca de la constitución y el rol del elemento espiritual. No nos precipitemos, con todo, a rechazar *a priori* todo lo que no comprendemos, porque estamos muy lejos de conocer todas estas leyes, y porque la naturaleza aún no nos ha revelado todos sus secretos. El mundo invisible es aún un campo de observaciones nuevo, y seríamos presuntuosos si pretendiéramos

mos haber sondeado todas sus profundidades cuando nuevas maravillas se despliegan incesantemente ante nuestra mirada. Sin embargo, hay hechos cuya imposibilidad material es demostrada por la lógica y las leyes conocidas. Tal es, por ejemplo, el relato que figura en la *Revista Espírita* de febrero de 1859, p. 41, con el título *Mi amigo Hermann*. Se trata de un joven alemán de la alta sociedad, refinado, atento y de buen carácter, que todas las noches al ponerse el sol caía en un estado de muerte aparente, durante el cual su Espíritu se despertaba en las antípodas, en Australia, en el cuerpo de un delincuente que acabó en la horca.

El simple buen sentido demuestra que, admitida como posible esa dualidad corporal, el mismo Espíritu no puede ser alternativamente un hombre honesto durante el día, y por la noche un criminal en otro cuerpo. Sostener que el espiritismo da crédito a semejantes historias, sería probar que no se lo conoce, puesto que él proporciona los medios de probar que son absurdas. No obstante, al mismo tiempo que demuestra el error de una creencia, prueba que a menudo esa creencia se basa en un principio verdadero, desnaturalizado o exagerado por la superstición. Se trata de quitarle al fruto la cáscara que lo envuelve.

¡Cuántos cuentos ridículos se inventaron acerca del rayo antes de que se conociese la ley de la electricidad! Lo mismo ocurre en lo concerniente a las relaciones con el mundo invisible. Al dar a conocer la ley que rige esas relaciones, el espiritismo las reduce a la realidad. Sin embargo, esa realidad es aún excesiva para aquellos que no admiten ni las almas ni el mundo invisible. Según esas personas, todo lo que está fuera de los límites del mundo visible y tangible es superstición; por eso denigran al espiritismo.

Nota.- La muy interesante cuestión de los *hombres dobles*, al igual que la de los *agéneres*, relacionada íntimamente con aquella, ha sido hasta ahora relegada a un segundo plano por la ciencia espírita, debido a la carencia de documentos suficientes para la dilucidación completa de ambas. Esas manifestaciones, por más extrañas que sean, por más increíbles que parezcan a primera vista, sancionadas

por las narraciones de los historiadores más serios de la Antigüedad y de la Edad Media, confirmadas por acontecimientos recientes, anteriores al advenimiento del espiritismo o contemporáneos de él, de ningún modo pueden ser puestas en duda. *El libro de los médiums*, en el artículo titulado: “Visitas espirituales entre personas vivas”, y la *Revista Espírita*, en muchos pasajes, confirman la realidad de esas manifestaciones de forma absolutamente irrefutable. De una confrontación y de un examen profundo de todos esos hechos, tal vez resultase una solución al menos parcial de la cuestión, y se eliminarían algunas de las dificultades que parecen envolverla.

Agradeceríamos mucho a nuestros corresponsales que se dignasen hacer un estudio especial de esa cuestión, ya sea personalmente o por intermedio de los Espíritus, y que nos comunicaran el resultado de sus investigaciones, en interés, por supuesto, de la difusión de la verdad.

Al revisar rápidamente los años anteriores de la *Revista Espírita*, y considerando los hechos señalados y las teorías enunciadas para explicarlos, hemos llegado a la conclusión de que tal vez fuese conveniente dividir los fenómenos en dos categorías distintas, lo que permitiría darles explicaciones diferentes y demostrar que los impedimentos que se presentan para la aceptación pura y simple de esos fenómenos son más aparentes que reales. (Véanse al respecto los artículos de la *Revista Espírita* de enero de 1859, “El Duende de Bayonne”; febrero de 1859, “Los agéneres” y “Mi amigo Hermann”; mayo de 1859, “El vínculo entre el Espíritu y el cuerpo”; noviembre de 1859, “El alma errante”; enero de 1860, “El Espíritu de un lado y el cuerpo del otro”; marzo de 1860, “Estudio sobre el Espíritu de las personas vivas: el Doctor V ... y la Señorita S...” ; abril de 1860, “El fabricante de San Petersburgo” y “Apariciones tangibles”; noviembre de 1860, “Historia de María de Agreda”; julio de 1861, “Una aparición providencial”, etc., etc.)

La facultad de expansión de los fluidos periespirituales está hoy sobradamente demostrada por las operaciones quirúrgicas más dolo-

rosas, realizadas en enfermos dormidos, ya sea por el cloroformo y el éter o por el magnetismo animal. En efecto, no es raro que se vea a estos últimos conversando sobre cosas agradables y alegres con los asistentes, o que se transporten a la distancia en Espíritu, mientras que el cuerpo se contorsiona con todas las apariencias de que estuviera experimentando horribles torturas. La máquina humana, inmovilizada en su totalidad o en parte, es escindida por el escalpelo agresivo del cirujano, los músculos se agitan, los nervios se crispan y transmiten la sensación al aparato *cerebroespinal*; pero el alma, que en el estado normal siente el dolor y lo manifiesta exteriormente, cuando se encuentra apartada en forma momentánea del cuerpo que está siendo operado, y es dominada por otras ideas, por otras acciones, sólo recibe veladamente el aviso de lo que acontece en su envoltura mortal, y permanece completamente insensible. ¿No hemos visto muchas veces a soldados gravemente heridos entregados al ardor del combate, que aunque perdieran sangre y fuerzas luchaban durante mucho tiempo aún sin que se dieran cuenta de sus heridas? Un hombre, intensamente preocupado, recibe un golpe violento sin sentir nada, y sólo cuando cesa la abstracción de su inteligencia se da cuenta de que fue herido, por la sensación dolorosa que experimenta. ¿A quién no le ha sucedido, durante una intensa lucha del espíritu, pasar en medio de una multitud tumultuosa que emite aullidos, sin ver ni oír nada, pese a que el nervio óptico y el aparato auditivo hayan percibido y transmitido fielmente las sensaciones al alma?

Según los ejemplos precedentes y debido a una infinidad de hechos que sería largo reproducir aquí, pero que todos pueden conocer y apreciar, está fuera de toda duda que el cuerpo puede desempeñar sus funciones orgánicas mientras que el Espíritu es llevado lejos por preocupaciones de otra índole. El periespíritu, indefinidamente expansible, al conservar la elasticidad y la actividad necesarias para la existencia del cuerpo, acompaña constantemente al Espíritu durante su prolongado viaje por el mundo ideal.

Por otra parte, si consideramos la propiedad muy conocida que este posee de condensarse, propiedad que le permite hacerse visible con apariencias corporales a los médiums videntes, y más raramente a cualquier persona que se encuentre en el lugar hacia donde el Espíritu se haya trasladado, ya no podremos poner en duda la posibilidad de los fenómenos de la ubicuidad.

Hemos demostrado, pues, que una persona viva puede aparecer en forma simultánea en dos lugares alejados uno del otro; en uno con su cuerpo real, y en el otro con su periespíritu condensado momentáneamente con la apariencia de sus formas materiales. Sin embargo, de acuerdo en esto, como siempre, con Allan Kardec, sólo podemos admitir la ubicuidad cuando reconocemos una absoluta similitud en el comportamiento del ser aparente. Tales son, por ejemplo, los hechos citados anteriormente en los números 1 y 2. En cuanto a los otros hechos, que nos resultan inexplicables, al aplicarles la teoría de la ubicuidad nos parecen, si no indiscutibles, por lo menos admisibles, a partir de que los consideremos desde otro punto de vista.

Ninguno de nuestros lectores ignora la facultad que poseen los Espíritus desencarnados de mostrarse con la apariencia material, en determinadas circunstancias y en particular a los médiums videntes. No obstante, en cierto número de casos, tales como los de las apariciones visibles y tangibles para una multitud o para una cierta cantidad de personas, es evidente que la percepción de la aparición no se debe a la facultad mediúmnica de los presentes, sino a la realidad de la apariencia corporal del Espíritu, y en esa circunstancia, tanto como en los casos de ubicuidad, esa apariencia corporal se debe a la condensación del aparato periespiritual. Ahora bien, si a fin de hacerse reconocibles, la mayoría de las veces los Espíritus se aparecen tales como eran cuando vivían, con las vestimentas habituales, no les será imposible que se presenten vestidos de modo diferente, o incluso bajo otros semblantes, como el *Duende de Bayonne*,

por ejemplo, que aparecía algunas veces con su aspecto personal, otras con el de un hermano suyo que también había muerto, o bien con el aspecto de personas vivas y además presentes. El Espíritu tenía el cuidado de dar a conocer su identidad, a pesar de las diversas formas con las cuales se presentaba. Con todo, él no hubiese hecho nada si los testigos de la manifestación no estuvieran convencidos de que asistían a un fenómeno de ubicuidad.

Si consideramos ese hecho como un precedente, hecho que está lejos de ser aislado, y procurásemos explicar de la misma manera los de los números 3, 4, 5, 6, 8 y 9, tal vez podríamos admitir su condición de reales, mientras que si admitimos la ubicuidad, resulta que la incompatibilidad de las ideas, el antagonismo de los sentimientos y la actividad del organismo de las dos partes no nos permiten considerarlos como posibles.

Si en el hecho n.º 4, en vez de que imagináramos al profesor Becker en presencia de su sosías, admitiéramos que él tenía delante un Espíritu que se le aparecía con su propio aspecto, deja de haber antagonismo y el fenómeno entra en el dominio de lo posible. Lo mismo sucede con el caso n.º 7. No se comprende que Elisabeth de Rusia haya ordenado que se disparase un proyectil sobre su propia imagen, pero se admite perfectamente que lo haya hecho contra un Espíritu que tomara su apariencia para engañarla. Algunos Espíritus toman a veces nombres que no les pertenecen, y adoptan el estilo y las formas de otro para ganar la confianza de los médiums y así penetrar en los grupos. ¿Qué habría de imposible en que un Espíritu orgulloso se deleitara en tomar la apariencia de la emperatriz Elisabeth, y se sentara en su trono para dar una vana satisfacción a sus sueños ambiciosos? Lo mismo se puede decir en relación con los demás casos.

Sólo damos esta explicación por lo que pudiera valer. Para nosotros es apenas una suposición bastante plausible; no es la solución real del problema. Con todo, tal como la presentamos, nos ha parecido adecuada para el esclarecimiento de la cuestión y para atraer hacia ella

las luces de las discusiones y la refutación. Desde ese punto de vista la sometemos a nuestros lectores. Puedan las reflexiones que provoque y las meditaciones a las que dé lugar, contribuir a la dilucidación de un problema que sólo hemos encarado muy someramente, dejando que otros más dignos de hacerlo disipen las sombras que aún lo envuelven.

(Nota de la Redacción)

Controversias sobre la idea de la existencia de seres intermediarios entre el hombre y Dios

N., 4 de febrero de 1867.

Querido Maestro:

Hace algún tiempo que no doy señales de vida. Siempre con muchas ocupaciones, durante mi permanencia en Lyon no he podido acompañar como hubiera sido mi deseo el estado actual de la doctrina en ese importante centro. Solamente he asistido a una reunión espírita. No obstante, he llegado a constatar que en ese medio la primitiva fe continúa siendo como debe ser en los corazones verdaderamente sinceros.

En otros diversos centros del sur de Francia he oído que se discutía la opinión, expuesta por algunos magnetizadores, según la cual muchos fenómenos *denominados espíritas* son simples efectos del sonambulismo, y que el espiritismo no ha hecho más que sustituir al magnetismo, o mejor, se ha enmascarado con su nombre. Se trata, como veis, de un nuevo ataque dirigido contra la mediumnidad. Así, según esas personas, todo lo que los médiums escriben es el resultado de las facultades del alma encarnada; es ella la que, al desprenderse momentáneamente, puede leer en el pensamiento de las personas

presentes; es ella la que ve a distancia y prevé los acontecimientos; la que por medio de un fluido magnético espiritual, agita, levanta, derriba las mesas, percibe sonidos, etc. Todo, en suma, se apoyaría en la esencia anímica, sin la intervención de seres puramente espirituales.

Manifestaréis que no os apporto ninguna novedad. En efecto, desde algunos años a la fecha, yo mismo he estado escuchando a ciertos magnetizadores que sostienen esta tesis. Sin embargo, ahora tratan de implantar esas ideas, que según veo son contrarias a la verdad. Siempre es un error caer en los extremos, y existe tanta exageración en que todo se atribuya al sonambulismo, como exceso de parte de los espíritas en negar las leyes del magnetismo. No sería posible arrebatar a la materia las leyes magnéticas, como tampoco sería posible arrebatar al Espíritu las leyes puramente espirituales.

¿Dónde cesa el poder del alma sobre los cuerpos? ¿Cuál es la parte de esa fuerza inteligente en los fenómenos del magnetismo? ¿Cuál es la parte del organismo? Esas son cuestiones de sumo interés, cuestiones graves tanto para la filosofía como para la medicina.

A la espera de la solución de esos problemas, voy a citaros algunos pasajes de Charpignon, ese doctor de Orleáns que es partidario de la transmisión del pensamiento. Constataréis que él se reconoce impotente para demostrar que, *en la visión propiamente dicha*, la causa reside en la extensión del *simpático orgánico*, como pretenden muchos autores.

En la página 289, dice: “Académicos, duplicad el trabajo de vuestros candidatos; moralistas, promulgad leyes para la sociedad, para el mundo, ese mundo que se burla de todo, que quiere su satisfacción en desmedro de las leyes de Dios y de los derechos del hombre, y que se mofa de vuestros esfuerzos, porque tiene a su servicio una fuerza que no sospecháis, y que habéis dejado que crezca de tal manera que ya no sois dueños de contenerla”.

En la página 323: “Hasta aquí comprendemos perfectamente el modo de transmisión del pensamiento, pero somos incapaces para comprender, por medio de esas leyes de simpatía armónica, el sistema

por el cual el hombre forma en sí mismo tal o cual pensamiento, tal o cual imagen, y esa sollicitación de objetos exteriores. Eso está más allá de las propiedades del organismo, y la psicología, al hallar en esa facultad rememorativa o *creadora*, de conformidad con el deseo del hombre, algo que es antagónico con las propiedades del organismo, hace que ella dependa de un ser substancial diferente de la materia. Comenzamos, entonces, a encontrar en el fenómeno del pensamiento algunas lagunas entre la capacidad de las leyes fisiológicas del organismo y el resultado obtenido. El rudimento del fenómeno, si así podemos expresarnos, es fisiológico, pero su extensión verdaderamente prodigiosa *no lo es*. Y aquí es preciso admitir que el hombre goza de una facultad que no pertenece a ninguno de los dos elementos materiales de que, hasta el presente, lo hemos visto compuesto. El observador de buena fe reconocerá, pues, *una tercera parte* que entrará en la composición del hombre, parte que comienza a revelarse en él, desde el punto de vista de la psicología magnética, por medio de caracteres nuevos, que se relacionan con los que los filósofos atribuyen al alma.

”No obstante, la existencia del alma se encuentra más firmemente demostrada por el estudio de algunas otras facultades del sonambulismo magnético. De ese modo, la visión a distancia, cuando es completa y nítidamente diferenciada de la transmisión del pensamiento, no podría, según nuestra manera de ver, explicarse por la extensión del simpático orgánico”.

Más adelante, en la página 330: “Como se ve, teníamos grandes motivos para adelantar que el *estudio* de los fenómenos magnéticos guarda estrecha relación con la filosofía y la psicología. Destacamos un *trabajo* que está por hacerse, e invitamos a que lo hagan los hombres de la especialidad”.

En las páginas siguientes, trata de los seres inmateriales y de sus posibles relaciones con nuestras individualidades.

Página 349: “Para nosotros está fuera de duda, y precisamente debido a las leyes psicológicas que esbozamos en este trabajo, que el

alma humana puede ser ilustrada directamente, ya sea por Dios o por alguna otra inteligencia. Consideramos que esa comunicación sobrenatural puede tener lugar tanto en el estado normal como en el estado extático, sea este espontáneo o artificial”.

Página 351: “Pero insistimos en manifestar que la previsión natural en el hombre es limitada, y no podía ser tan precisa, tan constante, ni tan ampliamente expuesta como las previsiones hechas por los profetas sagrados, o por hombres que eran inspirados por una inteligencia superior al alma humana”.

Página 391: “La ciencia y la creencia en el mundo sobrenatural son dos términos antagónicos; no obstante -nos apresuramos a manifestarlo-, ese antagonismo es consecuencia de las exageraciones que surgieron de ambas partes. A nuestro entender, es posible que la ciencia y la fe establezcan una alianza, y entonces el espíritu humano se hallará en el nivel de su perfectibilidad terrenal”.

Página 396: “Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, así como los anales de todos los pueblos, abundan en hechos que no se pueden explicar si no es mediante la acción de *seres superiores* al hombre. Por otra parte, los estudios de antropología, de metafísica y de ontología prueban la realidad de la existencia de *seres inmateriales* entre el hombre y Dios, así como la posibilidad de su influencia sobre la especie humana”.

Veamos ahora lo que opina una de las principales autoridades en magnetismo acerca de la existencia de seres que se hallan fuera de la humanidad. La hemos extraído de la correspondencia de Deleuze con el doctor Billot:

“El único fenómeno que parece demostrar la comunicación con los seres inmateriales es el de las apariciones, de las cuales hay muchos ejemplos. Como estoy convencido de la inmortalidad del alma, no encuentro razones para negar la posibilidad de la aparición de personas que, habiendo abandonado esta vida, *se ocupan de aquellos a quienes han querido*, y vienen a presentarse ante ellos para darles saludables consejos.”

El doctor Ordinaire, de Macón, otra autoridad en esta materia, se expresa así:

“El fuego sagrado, la influencia secreta (de Boileau), la inspiración, no proviene, pues, de tal o cual contextura, como lo pretenden los frenólogos, sino de un alma poética, *relacionada con un Genio más poético aún*. Lo mismo sucede con la música, la pintura, etc. Esas inteligencias superiores, ¿no serían almas desprendidas de la materia, que se elevan gradualmente a medida que se purifican hasta la grande, la universal inteligencia que las abarca a todas, es decir, hasta Dios? Nuestras almas, *después de varias migraciones*, ¿no tomarían un lugar entre esos seres inmateriales?

”Concluamos de lo precedente -dice el mismo autor-, que el estudio del alma está aún en la infancia; que puesto que existe entre el pólipo y el hombre una serie de inteligencias, y que nada en la naturaleza se interrumpe bruscamente, es racional que exista entre el hombre y Dios otra serie de inteligencias. El hombre es el eslabón que une las inteligencias inferiores, asociadas a la materia, con las inteligencias superiores inmateriales. Desde el hombre hasta Dios se despliega una serie semejante a la que va desde el pólipo al hombre, es decir, una serie de seres etéreos, más o menos perfectos, que gozan de especialidades diversas, con empleos y funciones variadas.

”Concluamos -continúa-, que esas inteligencias superiores se revelan tangiblemente en el sonambulismo artificial; que mantienen relaciones íntimas con nuestras almas; que a esas inteligencias *debemos el remordimiento* cuando practicamos el mal, y la satisfacción cuando practicamos una buena obra; que los hombres superiores deben a ellas las buenas inspiraciones; y los extáticos, la facultad de prever el futuro y de anunciar los acontecimientos que habrán de ocurrir; en definitiva, que para obrar sobre esas inteligencias y hacerlas propicias, *la virtud y la plegaria* ejercen una acción poderosa.”

Nota.- La opinión de esos hombres, y no son los únicos, tiene por cierto un valor que nadie podría poner en duda. No obstante, si

la observación no la confirmase, nunca iría más allá de una opinión más o menos racional. El espiritismo se encuentra por completo en las ideas que acabamos de citar; apenas viene a completarlas por medio de observaciones especiales y las coordina, para darles la sanción de la experiencia.

Aquellos que se obstinan en negar la existencia del mundo espiritual, pese a que no pueden negar los hechos, están empeñados en encontrar su causa exclusivamente en el mundo corporal. Sin embargo, para que sea verdadera, una teoría debe explicar todos los hechos relacionados con ella; un solo hecho contradictorio la destruye, porque en las leyes de la naturaleza no hay excepciones. Eso fue lo que sucedió a la mayoría de las teorías que en un principio fueron formuladas para explicar los fenómenos espíritas. Casi todas cayeron, una a una, ante los hechos que no abarcaban. Los estudiosos, después de que agotaron sin ningún resultado todos los sistemas, se vieron obligados a recurrir a las teorías espíritas, por ser estas las más concluyentes, pues como no fueron formuladas prematuramente ni sobre observaciones hechas a la ligera, abarcan todas las variedades, todos los matices de los fenómenos. La mayoría de los investigadores las aceptó tan rápidamente porque cada uno encontró en ellas la solución completa y satisfactoria de lo que habían tratado de resolver inútilmente por otras vías.

Sin embargo, muchos aún las rechazan, tal como sucede en el caso de las grandes ideas nuevas que modifican las costumbres y las creencias, y que se topan durante largo tiempo con contradictores obstinados, incluso entre los hombres más ilustres. No obstante, llega el día en que lo verdadero supera a lo falso, y entonces todos se asombran de la oposición presentada contra aquello que ahora resulta tan natural. Lo mismo ocurrirá con el espiritismo, y es para destacar que de todas las grandes ideas que han revolucionado al mundo, ninguna ha conquistado en tan poco tiempo una cantidad tan grande de adeptos en todos los países y en todas las clases sociales. A eso se debe

que los espíritas -cuya fe no es ciega, sino que, contrariamente a lo que suponen sus adversarios, está fundada en la observación- no se preocupen por sus detractores ni tampoco por aquellos que no comparten sus ideas. Sostienen que la doctrina, que se basa en las leyes de la naturaleza y no en su derogación, terminará por prevalecer cuando esas leyes sean reconocidas.

Como todos saben, la idea de la existencia de seres intermedios entre el hombre y Dios no es nueva. Con todo, por lo general se suponía que esos seres constituían una creación aparte. Las religiones los han designado con el nombre de ángeles y demonios, y los paganos los llamaban dioses. El espiritismo, al probar que esos seres no son sino las almas de los hombres que han alcanzado diferentes grados de la escala espiritual, reconduce la Creación a la unidad grandiosa que es la esencia de las leyes divinas. En vez de una inmensidad de creaciones estancadas, que implicarían de parte de la Divinidad el capricho o la parcialidad, existe sólo una, esencialmente progresiva, sin privilegios para ninguna de las criaturas, en la cual cada individualidad se eleva del estado de embrión al de desarrollo completo, como el germen que a partir de la semilla se eleva al estado de árbol. El espiritismo, pues, nos revela la unidad, la armonía y la justicia en la Creación. Según él, los demonios son las almas atrasadas, manchadas aún con los vicios de la humanidad; los ángeles son esas mismas almas purificadas y desmaterializadas; y entre esos dos puntos extremos se halla la multitud de las almas en los diferentes grados de la escala progresiva. De ese modo, el espiritismo establece la solidaridad entre el mundo espiritual y el mundo corporal.

En cuanto a la cuestión propuesta, acerca de cuál es, en los fenómenos espíritas o sonambúlicos, el límite donde cesa la acción propia del alma humana y comienza la de los Espíritus, diremos que ese límite no existe, o mejor, que no tiene nada de absoluto. A partir del momento en que no existen especies distintas, que el alma no es otra cosa que un Espíritu encarnado, que el Espíritu es un alma

desprendida de los lazos terrenales, y que una y otro son el mismo ser en medios diferentes, resulta que las facultades y las aptitudes deben ser las mismas. El sonambulismo es un estado transitorio entre la encarnación y la desencarnación, un estado de desprendimiento parcial, un pie colocado anticipadamente en el mundo espiritual. Así pues, el alma encarnada o, si se prefiere, el propio Espíritu del sonámbulo o del médium, puede hacer poco más o menos lo que hará el alma desencarnada, y más aún si tiene mayor adelanto, aunque con la única diferencia de que, cuando el desprendimiento es completo, el alma está más libre y tiene percepciones especiales inherentes a su estado.

En ocasiones, en un determinado efecto, es muy difícil distinguir lo que proviene directamente del alma del médium de lo que procede de una causa extraña, porque con mucha frecuencia esas dos acciones se confunden y se ratifican. Así, en las curaciones por imposición de las manos, el Espíritu del médium puede actuar por sí solo o con la asistencia de otro Espíritu, y la inspiración poética o artística puede tener un doble origen. Con todo, por el hecho de que sea difícil establecer una distinción, no se concluye que sea imposible. A menudo, la dualidad es evidente y, en todos los casos, se detecta casi siempre mediante una atenta observación.

Causa y naturaleza de la clarividencia sonambúlica

Explicación del fenómeno de la lucidez

Debido a que son de una naturaleza diferente de las que ocurren en el estado de vigilia, las percepciones que se verifican en el estado sonambúlico no pueden ser transmitidas por los mismos órganos. Es sabido que, en ese caso, la visión no se efectúa por medio de los ojos, que por otra parte en general se mantienen cerrados, y que hasta pueden estar protegidos de los rayos luminosos a fin de alejar toda sospecha. Además, la visión a distancia y a través de los cuerpos opacos excluye la posibilidad del empleo de los órganos ordinarios de la visión. Es absolutamente necesario, pues, que en el estado de sonambulismo se admita el desarrollo de un nuevo sentido como sede de facultades y percepciones nuevas, que son desconocidas para nosotros y de las cuales sólo podemos darnos una idea mediante la analogía y el razonamiento. Se comprende que no hay nada de imposible en eso; pero ¿cuál es la sede de ese nuevo sentido? No es fácil determinarla con exactitud. Ni siquiera los sonámbulos proporcionan al respecto alguna indicación precisa. Los hay que para ver mejor aplican los objetos sobre el epigastrio, otros sobre la frente, otros en la región occipital. Parece, pues, que ese sentido no está circunscrito a un lugar determinado, aunque su mayor actividad reside en los centros nerviosos. El hecho positivo es que el sonámbulo ve. ¿Por dónde y cómo? Eso es lo que ni él mismo consigue explicar.

Observemos, sin embargo, que en el estado sonambúlico los fenómenos de la visión y las sensaciones que los acompañan son esencialmente diferentes de lo que sucede en el estado ordinario, razón por la cual no nos serviremos del término *ver* más que por comparación y porque nos falta naturalmente una palabra con la cual designar una cosa desconocida. Un pueblo compuesto por ciegos de nacimiento no tendría un término para expresar *la luz*, y referiría las sensaciones que esta produce a algunas de las que le resultasen familiares, por estar sometido a ellas.

Alguien procuraba explicar a un ciego la impresión viva y deslumbrante de la luz sobre los ojos. *Comprendo* -dijo este-, *es como el sonido de una trompeta*. Otro, algo más prosaico sin duda, a quien querían hacer que comprendiese la emisión de los rayos en haces o conos luminosos, respondió: *¡Ah! Sí, es como un terrón de azúcar*. Estamos en las mismas condiciones respecto de la lucidez sonambúlica: somos verdaderos ciegos y, del mismo modo que estos últimos con relación a la luz, la comparamos con aquello que tiene más analogía con nuestra facultad visual. Pero si quisiéramos establecer una analogía absoluta entre esas dos facultades, y juzgar a una a partir de la otra, nos engañaríamos forzosamente, como los dos ciegos que acabamos de citar. Ese es el error de casi todos los que pretenden convencerse por medio de la experiencia: quieren someter la clarividencia sonambúlica a las mismas pruebas que la vista ordinaria, sin reflexionar que la única relación que existe entre ellas es la del nombre que les damos. Por eso, como los resultados no siempre se corresponden con su expectativa, encuentran más sencilla la negación.

Si procedemos por analogía, diremos que el fluido magnético diseminado en toda la naturaleza, y cuyos focos principales parecen ser los cuerpos animados, es el vehículo de la clarividencia sonambúlica, así como el fluido luminoso es el vehículo de las imágenes que percibe nuestra facultad visual. Ahora bien, del mismo modo que el fluido luminoso hace transparentes los cuerpos que atraviesa

libremente, el fluido magnético, al penetrar todos los cuerpos sin excepción, hace que para los sonámbulos no haya cuerpos opacos. Esa es la explicación más sencilla y más material de la lucidez, considerada desde nuestro punto de vista. Nos parece exacta, porque no cabe duda de que el fluido magnético desempeña un importante rol en ese fenómeno; con todo, no sería capaz de explicar todos los hechos. Hay otra que los abarca a todos, pero para exponerla son indispensables algunas explicaciones preliminares.

En la visión a distancia, el sonámbulo no distingue un objeto lejano como lo haríamos nosotros con la ayuda de una lente. *El objeto no se aproxima a él por una ilusión óptica, sino que EL SONÁMBULO SE APROXIMA AL OBJETO.* Ve el objeto exactamente como si este se hallara a su lado; se ve a sí mismo en el lugar que observa; en una palabra, se transporta a ese lugar. En ese momento, su cuerpo parece exánime, la palabra le sale más débil, el sonido de su voz presenta algo extraño. Pareciera que la vida animal se le extingue, mientras que la vida espiritual está por completo en el lugar adonde lo transporta su pensamiento: solamente la materia permanece donde estaba. Hay, pues, una porción de nuestro ser que se separa del cuerpo y se transporta instantáneamente a través del espacio, conducida por el pensamiento y la voluntad. Esa porción, evidentemente, es inmaterial, pues de no ser así produciría algunos de los efectos que produce la materia. A esa porción de nosotros mismos la denominamos *alma*.

En efecto, es el alma la que confiere al sonámbulo las maravillosas facultades de que goza. Es el alma la que, bajo determinadas circunstancias, se manifiesta aislándose parcialmente y en forma temporaria de su envoltura corporal. Para quienquiera que haya observado con atención los fenómenos del sonambulismo en toda su pureza, la existencia del alma es patente, y la idea de que para nosotros todo acaba junto con la vida animal es una insensatez demostrada hasta la evidencia. Se puede, pues, decir con alguna razón que el magnetismo y el materialismo son incompatibles. Si algunos magnetizadores se apartan de esa

regla y profesan ideas materialistas, es sin duda porque han realizado un estudio muy superficial de los fenómenos físicos del magnetismo y porque no procuran seriamente la solución del problema de la visión a distancia. Sea como fuere, nunca hemos visto a un solo *sonámbulo* que no se mostrase imbuido de un profundo sentimiento religioso, *fuesen cuales fueran sus opiniones en el estado de vigilia*.

Volvamos a la teoría de la lucidez. Por ser el alma el principio básico de las facultades del sonámbulo, necesariamente es en ella donde reside la clarividencia, y no en esta o aquella parte circunscripta del cuerpo material. A eso se debe que el sonámbulo no pueda indicar el órgano de esa facultad, como designaría los ojos si se tratase de la visión exterior. Él ve con todo su ser moral, es decir, con toda su alma, pues la clarividencia es uno de los atributos de todas las partes del alma, así como la luz es uno de los atributos de todas las partes del fósforo. Así, hay clarividencia dondequiera que el alma penetre; esa es la causa de la lucidez de los sonámbulos a través de todos los cuerpos, bajo las más densas envolturas y sean cuales fueren las distancias.

A ese sistema se presenta naturalmente una objeción, por lo que nos apresuramos a responder a ella. Si las facultades sonambúlicas son las mismas que posee el alma desprendida de la materia, ¿por qué esas facultades no son constantes? ¿Por qué algunos sujetos son más lúcidos que otros? ¿Por qué la lucidez es variable en el mismo sujeto? Se concibe la imperfección física de un órgano, pero no la del alma.

El alma está unida al cuerpo mediante vínculos misteriosos que no se nos habían dado a conocer hasta que el espiritismo demostró la existencia y el rol del periespíritu. Dado que esta cuestión ha sido tratada de modo especial en la *Revista Espírita* y en las obras fundamentales de la doctrina, no nos extenderemos aquí sobre ella; sólo nos limitaremos a decir que el alma se manifiesta al exterior mediante los órganos materiales. En nuestro estado normal, esas manifestaciones quedan naturalmente subordinadas a la imperfección del instrumento, del mismo modo que el mejor obrero no pue-

de hacer una obra perfecta con herramientas de mala calidad. Así pues, por más admirable que sea la estructura de nuestro cuerpo, por más previsor que haya sido la naturaleza en relación con nuestro organismo para el ejercicio de las funciones vitales, más allá de esos órganos sujetos a todas las perturbaciones de la materia existe la sutileza de nuestra alma. En tanto que ella se mantiene unida al cuerpo, sufre sus impedimentos y sus vicisitudes.

El fluido magnético no es el alma: es un vínculo, un intermediario entre el alma y el cuerpo. Por medio de su mayor o menor acción sobre la materia, ese fluido hace que el alma sea más o menos libre; de ahí resulta la diversidad de las facultades sonambúlicas. El sonámbulo es el hombre despojado apenas de una parte de sus ropas, y cuyos movimientos aún están limitados por lo que le queda de ellas.

El alma sólo se hallará en la plenitud de sí misma y gozará de la libertad absoluta de sus facultades cuando se haya desprendido de los últimos restos de la envoltura terrenal, como la mariposa que abandona su crisálida. Si hubiese un magnetizador suficientemente poderoso para dar libertad absoluta al alma, se rompería el lazo terrestre que la liga al cuerpo, y este moriría inmediatamente. Por lo tanto, el sonambulismo hace que pongamos un pie en la vida futura; levanta un extremo del velo bajo el cual se ocultan las verdades que el espiritismo nos hace ahora entrever. Sin embargo, sólo la conoceremos en su esencia cuando nos hayamos desembarazado por completo del velo material que todavía la empaña.

La doble vista

Conocimiento del porvenir. Previsiones

Si bien en el estado sonambólico las manifestaciones del alma se vuelven en cierto modo ostensivas, sería absurdo suponer que en el estado normal esta se encuentre confinada de modo absoluto en su envoltura, como el caracol en su concha. La influencia magnética no desarrolla esa manifestación; sólo hace que se vuelva patente por la acción que ejerce en nuestros órganos. Ahora bien, el estado sonambólico no siempre es una condición indispensable para ello. Las facultades que hemos visto producirse en ese estado, algunas veces también se desarrollan espontáneamente en el estado normal en ciertos individuos. De ahí resulta su facultad de ver más allá del límite de nuestros sentidos. Ellos percibir las cosas ausentes dondequiera que el alma extienda su acción; ven, si nos podemos servir de esta expresión, a través de la vista ordinaria, y las escenas que describen y los hechos que narran se presentan ante ellos como por efecto de un espejismo. Se trata del fenómeno que se designa como *doble vista*. En el sonambulismo, la clarividencia es producida por la misma causa; la diferencia radica en que en ese estado se encuentra aislada, es independiente de la vista corporal, mientras que es simultánea en quienes la poseen en estado de vigilia.

La doble vista casi nunca es permanente. En general, el fenómeno se produce de modo espontáneo, en determinados momentos, sin que sea un efecto de la voluntad, y provoca una especie de crisis que en ocasiones modifica sensiblemente el estado físico: la mirada

tiene algo de vago; el sujeto parece mirar sin ver; toda su fisonomía refleja una especie de exaltación.

Vale destacar que las personas que gozan de doble vista ni siquiera sospechan que la poseen. Esa facultad les parece natural, como la de ver con los ojos. La consideran un atributo de su ser y nunca algo excepcional. Además, muchas veces el olvido sigue a esa lucidez pasajera, cuyo recuerdo cada vez más impreciso acaba por desvanecerse como el de un sueño.

Existen infinitos grados en el poder de la doble vista, desde la sensación confusa hasta una percepción tan clara y nítida como en el sonambulismo. Carecemos de un término para designar ese estado especial y, sobre todo, a los individuos susceptibles de experimentarlo. Se ha empleado la palabra *vidente*, que, aunque no exprese la idea con exactitud, hemos de adoptarla hasta nueva orden, a falta de otra mejor.

Si ahora comparamos los fenómenos de doble vista con los de clarividencia sonambúlica, comprenderemos que el vidente puede percibir cosas que están fuera del alcance de la visión ordinaria, del mismo modo que el sonámbulo ve a distancia, acompaña el curso de los acontecimientos, aprecia su tendencia y puede, en determinados casos, prever su desenlace.

Ese don de la doble vista es el que, en estado rudimentario, confiere a ciertas personas el tacto, la perspicacia, una especie de seguridad en los actos, que se puede con toda razón denominar: golpe de vista moral. Más desarrollado, despierta los presentimientos; más desarrollado aún, hace ver acontecimientos que ya han ocurrido o que están a punto de realizarse; finalmente, cuando llega al apogeo, es el éxtasis en estado de vigilia.

Como ya hemos dicho, el fenómeno de la doble vista es casi siempre natural y espontáneo, aunque parece que se produce con más frecuencia bajo la influencia de ciertas circunstancias. Los tiempos de crisis, de calamidades, de grandes emociones, todas las causas, en fin, que sobreexcitan lo moral, provocan su desarrollo. Podría decirse que

la Providencia, ante peligros inminentes, multiplica alrededor nuestro la facultad de prevenirlos.

Ha habido videntes en todos los tiempos y en todas las naciones, y parece que algunos pueblos están más naturalmente predispuestos a tenerlos. Se dice que en Escocia el don de la doble vista es muy común, y se lo encuentra tanto entre la gente que vive en el campo como entre la que vive en las montañas.

Los videntes han sido considerados de modo diverso conforme a los tiempos, las costumbres o el grado de civilización. Para los escépticos, no son más que cerebros trastornados, alucinados. Las sectas religiosas los transformaron en profetas, sibilas y oráculos; y durante los siglos de superstición e ignorancia eran hechiceros a quienes se quemaba en las hogueras. Para el hombre sensato, que cree en el poder infinito de la naturaleza y en la bondad inagotable del Creador, la doble vista es una facultad inherente a la especie humana, por medio de la cual Dios nos revela la existencia de nuestra esencia inmaterial⁵. ¿Quién no reconocería un don de esa naturaleza en Juana de Arco y en muchos otros personajes a los que la historia califica de inspirados?

Con frecuencia se ha hablado de personas que dicen cosas sorprendentemente verdaderas mientras tiran las cartas. De ningún modo pretendemos convertirnos en apologista de los decidores de la buenaventura, que explotan la credulidad de los espíritus débiles y cuyo lenguaje ambiguo se presta a todas las combinaciones de una imaginación perturbada, pero no es del todo imposible que ciertas personas, que han hecho de eso un oficio, tengan el don de la doble vista, incluso sin que lo sepan. En ese caso, las cartas en sus manos no son más que un medio, un pretexto, una base para la conversación. Hablan de acuerdo con lo que ven, y no según lo que indican las cartas, a las que apenas echan una mirada.

Lo mismo sucede con otros medios de adivinación, tales como las líneas de la mano, la borra de café, la clara de huevo y otros sím-

⁵ En el original francés se lee: *essence matérielle*. (N. del T.)

bolos místicos. Las líneas de la mano tal vez tengan más valor que los demás medios, no por lo que significan, sino porque el pretendido adivino, en caso de que esté dotado de doble vista, al tomar y palpar la mano del consultante establece una relación más directa con él, como se verifica en las consultas sonambúlicas.

Los médiums videntes pueden incluirse en la categoría de las personas que poseen doble vista. En efecto, del mismo modo que estas últimas, los médiums videntes suponen que ven con los ojos, pero en realidad es el alma la que ve, y por esa razón ven tanto con los ojos abiertos como con los ojos cerrados. De ahí se sigue necesariamente que un ciego podría ser médium vidente tanto como alguien que tenga una vista perfecta. Un estudio interesante sería averiguar si esa facultad es más frecuente en los ciegos. Somos inducidos a creer en esta posibilidad por el hecho de que, como se puede verificar mediante la experiencia, el estar privado de la comunicación con el medio exterior, debido a la carencia de ciertos sentidos, por lo general confiere mayor poder a la facultad de abstracción del alma y, por consiguiente, mayor desarrollo al sentido íntimo por el cual esta se pone en relación con el mundo espiritual.

Así pues, los médiums videntes pueden ser identificados con las personas que gozan de la vista espiritual; pero tal vez sería demasiado considerar a esas personas como médiums, visto que la mediumnidad consiste únicamente en la intervención de los Espíritus, y no se puede considerar como un hecho mediúmnicó lo que alguien hace por sí mismo. Aquel que posee la vista espiritual ve con su propio Espíritu, y el desarrollo de su facultad no requiere del concurso de un Espíritu extraño.

Veamos, entonces, hasta qué punto la facultad de la doble vista puede permitir que se descubran cosas ocultas y se penetre en el futuro.

En todas las épocas los hombres han querido conocer el futuro, y podríamos escribir libros enteros sobre los medios que la superstición inventó para levantar el velo que oculta nuestro destino.

La naturaleza ha sido muy sabia al ocultárnoslo. Cada uno de nosotros tiene su misión providencial en la inmensa colmena humana, y concurre a la obra común en su esfera de actividad. Si supiéramos por anticipado el final de cada cosa, no cabe duda de que la armonía general se vería afectada. La certeza de un futuro feliz libraría al hombre de toda actividad, dado que este no necesitaría emplear ningún esfuerzo para alcanzar el objetivo propuesto: su bienestar. Las fuerzas físicas y morales quedarían paralizadas y se detendría la marcha progresiva de la humanidad. La certeza de la desdicha acarrearía las mismas consecuencias: en virtud del desánimo que provocaría, nadie estaría dispuesto a luchar contra la sentencia definitiva del destino. El conocimiento absoluto del futuro sería, por lo tanto, un obsequio funesto que nos conduciría al dogma de la fatalidad: el más peligroso de todos, el más opuesto al desarrollo de las ideas. La incertidumbre acerca del momento de nuestro fin en este mundo es la que nos hace trabajar hasta el último latido de nuestro corazón. El viajero se entrega al movimiento del vehículo que lo hará llegar a su destino, sin pensar en imponerle algún desvío, porque tiene la seguridad de su impotencia para lograrlo. Lo mismo ocurriría con el hombre que conociera su destino irrevocable. Si los videntes pudiesen transgredir esa ley de la Providencia, serían iguales a la Divinidad. Por eso mismo, no es esa la misión que les cabe.

En el fenómeno de la doble vista, dado que el alma se halla parcialmente desprendida de la envoltura material que limita sus facultades, no existen para ella la duración ni las distancias; como abarca el tiempo y el espacio, todo se confunde en el presente. Libre de obstáculos, evalúa los efectos y las causas mejor que nosotros; ve las consecuencias de las cosas presentes y puede llevarnos a presentirlas. En ese sentido se debe entender el don de la presciencia atribuido a los videntes. Sus previsiones son el resultado de una conciencia más nítida de lo que existe, y no una predicción de cosas fortuitas sin conexión con el presente. Se trata de una deducción lógica a partir de lo conocido

para llegar a lo desconocido, que muy a menudo depende de nuestra manera de proceder. Cuando un peligro nos amenaza, si somos advertidos, quedamos en condiciones de intentar todo lo que sea preciso para evitarlo, y disponemos de la libertad para hacerlo o no.

En ese caso, el vidente se halla ante un peligro que se nos oculta; él lo señala e indica la manera de evitarlo; de no ser así, el acontecimiento seguirá su curso.

Supongamos que un coche avanza por una ruta que va a dar a un precipicio que el conductor no puede percibir. Es evidente que si nada lo desvía, se precipitará en el abismo. Supongamos también que un hombre, ubicado de modo tal que pueda dominar la ruta en toda su extensión, vea el peligro que corre aquel viajero y consiga avisarle a tiempo para que se desvíe. En ese caso, el peligro será superado. Desde su posición, dominando el recorrido, el observador ve lo que el viajero, cuya vista está limitada por los accidentes del terreno, no consigue divisar. Puede ver si una causa fortuita impedirá la caída del otro. Así pues, conoce por anticipado lo que ocurrirá, y está en condiciones de predecirlo.

Supongamos que ese mismo hombre, colocado en lo alto de una montaña, divise a lo lejos, por la ruta, una tropa enemiga que se dirige hacia una aldea a la que pretende incendiar. Será fácil para ese hombre, calculando la distancia y la velocidad, prever el momento de la llegada de la tropa. Entonces, si descendiera a la aldea y dijera simplemente: *A tal hora será incendiada la aldea*, en caso de que el hecho ocurriera, la multitud ignorante lo tomaría por un adivino o un hechicero, cuando en realidad apenas vio lo que los otros no podían ver, y a partir de ello dedujo las consecuencias.

Ahora bien, el vidente, como ese hombre, abarca y acompaña el curso de los acontecimientos; no prevé el resultado mediante el don de adivinar, sino que lo ve. De ese modo, puede decir si estáis en el camino correcto, indicar otro mejor y anunciar lo que habréis de hallar al final del viaje. Para vosotros es el hilo de Ariadna que os muestra la salida del laberinto.

Como se ve, eso está lejos de la predicción propiamente dicha, conforme la entendemos en la acepción vulgar del término. Al hombre no se le quita el libre albedrío, pues conserva siempre la libertad de obrar o no, de evitar o permitir que los acontecimientos se produzcan, sea por su voluntad o por su indiferencia; se le indica el modo de llegar al final, y a él le corresponde utilizarlo. Suponer que se encuentre sometido a una fatalidad inexorable hasta en los mínimos acontecimientos de la vida, sería despojarlo de su más hermoso atributo: la inteligencia; sería asemejarlo a los irracionales. El vidente, pues, no es un adivino; es un ser que percibe lo que no vemos; es para nosotros lo que el perro para el ciego. Por consiguiente, en esto no hay nada que se contraponga a los designios de la Providencia en cuanto al secreto de nuestro destino; es ella misma la que nos da un guía.

Ese es el punto de vista desde el cual se debe considerar el conocimiento del futuro por parte de las personas dotadas de doble vista. Si ese futuro fuese fortuito, si dependiera de aquello que se denomina acaso, si no tuviese alguna vinculación con las circunstancias del presente, ninguna clarividencia podría penetrarlo, y ninguna previsión, en ese caso, brindaría la menor certeza. El vidente, aquel que de hecho merece ese nombre, el vidente serio y no el charlatán que lo imita, el vidente verdadero, en definitiva, no dice lo que el vulgo denomina *buenaventura*; sólo prevé las consecuencias del presente; nada más, y eso ya es mucho.

¡Cuántos errores, cuántos pasos en falso, cuántas tentativas inútiles evitaríamos si tuviésemos siempre un guía seguro que nos esclareciera! ¡Cuántos hombres se encuentran desubicados en la vida por no haberse lanzado al camino que la naturaleza había trazado a sus facultades!

¡Cuántos fracasan por haber seguido los consejos de una obstinación irreflexiva! Alguien habría podido decirles: “No emprendáis ese proyecto, porque vuestras facultades intelectuales son insuficientes, porque no conviene a vuestro carácter ni a vuestra constitución

física, o porque no seréis secundados como sería preciso, o porque os engañáis en cuanto al alcance de lo que pretendéis y os toparéis con tal obstáculo que no habéis previsto”. En una circunstancia diferente, os habría dicho: “Os irá bien en ese proyecto si os conducís de tal o cual manera; si evitáis dar tal paso que podría comprometeros”. Finalmente, al sonar las disposiciones y los caracteres, podría decirles incluso: “Desconfiad de esa celada que os quieren preparar”, agregando a continuación: “Estad prevenidos, mi tarea terminó; os mostré el peligro; si sucumbís no acuséis a la suerte ni a la fatalidad, ni a la Providencia, sino apenas a vosotros mismos. ¿Qué puede hacer el médico cuando el enfermo no presta atención a los consejos que se le dan?”

Introducción al estudio de la fotografía y de la telegrafía del pensamiento

La acción fisiológica de individuo a individuo, con o sin contacto, es un hecho que no se puede poner en duda. Es evidente que esa acción sólo puede ser ejercida por un agente intermediario, del cual nuestro cuerpo es el reservorio, y nuestros ojos y nuestros dedos los principales órganos de emisión y de dirección. Ese agente invisible es necesariamente un fluido. ¿Cuál es su naturaleza, su esencia? ¿Cuáles son sus propiedades íntimas? ¿Será un fluido especial, o una modificación de la electricidad o de algún otro fluido conocido? ¿No se tratará de aquello a lo hace poco tiempo atrás se denominaba fluido nervioso? ¿No será más bien el agente al que en la actualidad damos el nombre de fluido cósmico cuando se halla difundido en la atmósfera, y fluido periespiritual cuando está individualizado?

Esta cuestión, por otra parte, es secundaria.

El fluido periespiritual es imponderable, como la luz, la electricidad y el fluido calórico. En su estado normal es invisible para nosotros, y solamente se revela por sus efectos. No obstante, se hace visible para las personas dotadas de doble vista en el estado de sonambulismo lúcido, e incluso en el estado de vigilia. En el estado de emisión, se presenta con el aspecto de haces luminosos muy semejantes a la luz eléctrica cuando se difunde en el vacío. A eso se limita, por otra parte, su analogía con este último fluido, visto que no produce, al menos ostensivamente, ninguno de los fenómenos físicos que conocemos.

En el estado ordinario, refleja matices diversos, según los individuos que lo emiten, ora rojo claro, ora azulado o ceniza, como una bruma liviana. La mayoría de las veces esparce sobre los cuerpos que lo circundan una coloración amarillenta, de mayor o menor intensidad.

Los relatos de los sonámbulos y de los videntes sobre esta cuestión son idénticos. Tendremos ocasión de tratar ese tema cuando nos refiramos a las cualidades que adquiere el fluido conforme al móvil que lo pone en movimiento y al grado de adelanto del individuo que lo emite.

Ningún cuerpo constituye para él un obstáculo; los penetra y los atraviesa a todos. Hasta ahora no se conoce ninguno que sea capaz de aislarlo. Solamente la voluntad puede ampliar o restringir su acción. La voluntad es, en efecto, su principio más poderoso. Por medio de la voluntad se dirigen sus efluvios a través del espacio, se lo acumula sobre un punto determinado, se saturan con él ciertos objetos o se lo retira de los lugares donde existe en abundancia. Digamos, de paso, que en este principio se basa la fuerza magnética. Por último, parece que es el vehículo de la vista psíquica, del mismo modo que el fluido luminoso es el vehículo de la vista ordinaria.

Aunque emane de una fuente universal, el fluido cósmico se individualiza -por así decirlo- en cada ser y adquiere propiedades características que permiten distinguirlo de los otros fluidos. Ni siquiera la muerte extingue esos caracteres de individualización, que persisten por largos años luego de la cesación de la vida, de conformidad con lo que hemos podido constatar. Cada uno de nosotros tiene, pues, su fluido propio, que lo circunda y lo acompaña en todos los movimientos, como la atmósfera acompaña a cada planeta. La extensión de la irradiación de esas atmósferas individuales es muy variable. Si el Espíritu se halla en estado de absoluto reposo, esa irradiación puede quedar circunscripta dentro de los límites de algunos pasos; no obstante, bajo el dominio de la voluntad puede alcanzar distancias infinitas. Parece que la voluntad dilata el fluido, así como el calor dilata los gases. Las diferentes atmósferas indivi-

duales se encuentran, se cruzan y se mezclan, pero jamás se confunden, exactamente como las ondas sonoras que permanecen diferenciadas a pesar de la infinidad de sonidos que agitan el aire al mismo tiempo. Podemos decir, pues, que cada individuo es el centro de una onda fluídica cuya extensión depende de la fuerza de la voluntad, del mismo modo que cada punto vibrante es el centro de una onda sonora cuya extensión depende de la fuerza de la vibración. La voluntad es la causa propulsora del fluido, como el choque es la causa vibrante del aire y el propulsor de las ondas sonoras.

De las cualidades particulares de cada fluido resulta una especie de armonía o de disonancia entre ellos, una tendencia a unirse o a evitarse, una atracción o una repulsión; en una palabra, se trata de simpatías o antipatías que se experimentan a menudo sin causas conocidas que las determinen. Si nos colocamos en la esfera de actividad de un individuo, su presencia algunas veces se nos revela por la impresión agradable o desagradable que nos produce su fluido. Si estamos entre personas cuyos sentimientos no compartimos, cuyos fluidos no se armonizan con los nuestros, ¿nos oprime una reacción penosa y nos sentimos allí como una nota disonante en un concierto! Por el contrario, si muchos individuos se hallan reunidos en una comunión de miras y de intenciones, los sentimientos de cada uno se exaltan en la misma proporción de la masa de las fuerzas actuantes. ¿Quién no conoce la fuerza del impulso que predomina en las muchedumbres donde existe homogeneidad de pensamientos y de voluntades? Nadie puede imaginar a cuántas influencias estamos de ese modo sometidos, incluso sin que nos demos cuenta de lo que sucede.

Esas influencias ocultas, ¿no pueden ser la causa determinante de ciertas ideas, de esas ideas que en cierto momento se vuelven comunes a nosotros y a otras personas, de esos vagos presentimientos que nos inducen a decir: “Hay algo en el aire que presagia tal o cual acontecimiento”? En fin, ciertas sensaciones indefinibles de bienestar o de malestar moral, de alegría o de tristeza, ¿no serán efectos de la

reacción del medio fluídico en el que nos encontramos, de los efluvios simpáticos o antipáticos que recibimos y que nos envuelven como las emanaciones de un cuerpo oloroso? No podemos pronunciarnos afirmativamente de modo absoluto sobre estas cuestiones, pero se debe admitir al menos que la teoría del fluido cósmico, individualizado en cada ser con el nombre de fluido periespiritual, abre un campo absolutamente nuevo para resolver una inmensidad de problemas que hasta ahora no tenían explicación.

En su movimiento de traslado, cada uno de nosotros lleva consigo su atmósfera fluídica, como el caracol lleva su concha. Con todo, ese fluido deja vestigios de su paso; deja una especie de surco luminoso, imperceptible para nuestros sentidos en el estado de vigilia, pero que sirve para que los sonámbulos, los videntes y los Espíritus desencarnados reconstituyan hechos ocurridos y analicen el móvil que los produjo.

Toda acción física o moral, evidente u oculta, de un ser sobre sí mismo o sobre otro, presupone por un lado un poder actuante, y por otro una sensibilidad pasiva. En todas las cosas, dos fuerzas iguales se neutralizan y la debilidad cede a la fuerza. Ahora bien, como no todos los hombres están dotados de la misma energía fluídica, o, dicho de otro modo, como el fluido periespiritual no tiene en todos el mismo poder activo, eso explica por qué en algunos ese poder es casi irresistible, mientras que es nulo en otros, y por qué algunas personas son muy accesibles a su acción, mientras otras son refractarias.

Esa superioridad y esa inferioridad relativas dependen evidentemente de la organización, pero sería un error suponer que estas guarden relación con la fuerza o con la debilidad físicas. La experiencia prueba que los hombres más robustos a veces sufren las influencias fluídicas más fácilmente que otros cuya constitución es mucho más delicada, mientras que con frecuencia se descubre entre estos últimos un poder que su frágil apariencia no permitiría que se sospechara. Esa diversidad en el modo de obrar puede ser explicada de varias maneras.

El poder fluídico aplicado a la acción recíproca entre los hombres, es decir, el magnetismo, puede depender: 1.º de la cantidad de fluido que cada uno posea; 2.º de la naturaleza intrínseca del fluido de cada uno, prescindiendo de la cantidad; 3.º del grado de energía de la fuerza impulsiva. Es posible, incluso, que dependa de esas tres causas reunidas. En la primera hipótesis, aquel que tiene más fluido lo cedería al que tiene menos, y lo recibiría de este en menor cantidad. Habría en ese caso una analogía perfecta con la permuta de fluido calórico entre dos cuerpos que se colocan en equilibrio de temperatura. Sea cual fuere la causa de aquella diferencia, podemos darnos cuenta del efecto que produce si imaginamos tres personas cuyo poder representamos con los números 10, 5 y 1. El 10 actuará sobre el 5 y sobre el 1, pero más enérgicamente sobre el 1 que sobre el 5; este actuará sobre el 1, pero será impotente para actuar sobre el 10; finalmente, el 1 no actuará sobre ninguno de los otros dos. Esa sería la razón por la cual ciertos sujetos son sensibles a la acción de determinado magnetizador e insensibles a la de otro.

También podemos, hasta cierto punto, explicar este fenómeno a partir de las consideraciones precedentes. Hemos dicho, en efecto, que los fluidos individuales son simpáticos o antipáticos unos con otros. Ahora bien, ¿no podría ocurrir que la acción recíproca de dos individuos guardase relación con la simpatía de los fluidos, es decir, con la tendencia de estos a confundirse en una especie de armonía, como las ondas sonoras producidas por los cuerpos vibrantes? Es indudable que esa armonía o simpatía de los fluidos es una condición, aunque no absolutamente indispensable, por lo menos muy preponderante, y que, cuando existe desacuerdo o antipatía, la acción no puede dejar de ser débil o hasta nula. Este sistema explica las condiciones previas de la acción, pero no nos dice de qué lado está el poder; si lo admitimos, estamos obligados a recurrir a nuestra primera suposición.

Por otra parte, ya sea que el fenómeno se produzca por una u otra de esas causas, eso no conduce a ninguna consecuencia. El hecho

existe; eso es lo esencial. Los fenómenos de la luz se explican también por la teoría de la emisión o por la de las ondulaciones; los de la electricidad, por los fluidos positivo y negativo, vítreo y resinoso.

En un próximo estudio, sobre la base de las consideraciones precedentes, procuraremos establecer qué entendemos por fotografía y telegrafía del pensamiento.

Fotografía y telegrafía del pensamiento

La fotografía y la telegrafía del pensamiento son cuestiones que hasta ahora han sido escasamente abordadas. Se las relegó a un segundo plano -como a todas las que no presentan un vínculo con las leyes que por su esencia deben ser universalmente difundidas-, si bien resultan de capital importancia y los elementos de estudio que contienen están llamados a resolver muchos problemas que aún no tienen solución.

Cuando un artista de talento pinta un cuadro, una obra magistral a la que consagra todo el genio que progresivamente ha adquirido, establece en primer término los trazos generales, de modo que se comprenda desde el principio la totalidad del partido que espera sacar de ahí. Recién después de que ha elaborado minuciosamente su plan general, procede a la ejecución de los detalles, y aunque es probable que este último trabajo requiera mayores cuidados que el esbozo, sin este el cuadro no sería posible. Lo mismo sucede con el espiritismo. Las leyes fundamentales, los principios generales cuyas raíces existen en el espíritu de todo ser creado, han sido elaboradas desde el origen. Todas las demás cuestiones, cualesquiera que sean, dependen de las primeras. Ha sido por esa razón que durante cierto tiempo se debió dejar de lado su estudio directo.

En efecto, no es lógico hablar de fotografía ni de telegrafía del pensamiento antes de que quede demostrada la existencia del alma que administra los elementos fluídicos, así como la de los fluidos que dan lugar a que se entablen relaciones entre dos almas diferen-

tes. ¡Hoy mismo, tal vez, apenas comenzamos a estar suficientemente esclarecidos para la elaboración definitiva de tan amplios problemas! Sin embargo, no serán inoportunas aquí algunas consideraciones que puedan preparar un estudio más completo del asunto.

Limitado en sus ideas y aspiraciones, con horizontes estrechos, el hombre necesita concretar todas las cosas y ponerles etiquetas, a fin de formarse de ellas un apreciable concepto y basar sus futuros estudios en los datos que haya reunido. Las primeras nociones del conocimiento llegaron a él a través del sentido de la vista. La imagen de un objeto le mostró la existencia de ese objeto. Cuando conoció muchos objetos, sacó conclusiones de las diversas impresiones que estos producían en la intimidad de su ser, y fijó en la inteligencia la quintaesencia de ellos mediante el fenómeno de la memoria. Ahora bien, ¿qué es la memoria sino una especie de álbum más o menos voluminoso que se hojea para encontrar de nuevo las ideas olvidadas y reconstruir los acontecimientos pasados? Ese álbum tiene marcas en los puntos principales. De algunos hechos el individuo se acuerda inmediatamente, pero para recordar otros precisa hojear el álbum por largo tiempo.

¡La memoria es como un libro! Algunos pasajes muy leídos se nos presentan fácilmente a la vista; en cambio, cuando se trata de hojas sin leer o raramente consultadas, es necesario pasarlas una a una para que se recuerde un hecho al que no hemos concedido la debida atención.

Cuando el Espíritu encarnado recuerda, su memoria le presenta en cierto modo la fotografía del hecho que él busca. En general, los encarnados que lo rodean no ven nada; el álbum se halla en un lugar inaccesible a su mirada; pero los Espíritus lo ven y lo hojean junto con nosotros. En determinadas circunstancias pueden incluso, intencionalmente, ayudarnos en la búsqueda o bien obstaculizarla.

Lo que se produce del Espíritu encarnado hacia el desencarnado también se verifica del desencarnado hacia el vidente. Cuando el Espíritu evoca el recuerdo de ciertos hechos de su existencia, la fotografía de esos hechos se le presenta, y el vidente, cuya situación espiritual es

análoga a la del Espíritu libre, ve como él, e incluso llega a ver en ciertas circunstancias lo que el Espíritu no ve por sí mismo, exactamente como un desencarnado puede hojear la memoria de un encarnado sin que este tenga conciencia de eso, y hacer que recuerde acontecimientos que había olvidado mucho tiempo antes. En cuanto a los pensamientos abstractos, por el solo hecho de que existen toman cuerpo para impresionar el cerebro; deben actuar naturalmente sobre este y, de cierto modo, grabarse en él. Incluso en este caso, como en el primero, la semejanza entre los hechos de la Tierra y los del Espacio parece perfecta.

Como el fenómeno de la fotografía del pensamiento ya ha sido objeto de algunas reflexiones en la *Revista Espírita*, reproduciremos para mayor claridad algunos trechos del artículo en el que ha sido tratado el tema, y lo complementaremos con nuevas observaciones.

Dado que los fluidos son el vehículo del pensamiento, este actúa sobre aquellos como el sonido sobre el aire; los fluidos son portadores del pensamiento como el aire es portador del sonido. Podemos decir, pues, con toda verdad, que en los fluidos hay ondas y radiaciones de pensamientos que se cruzan sin confundirse, así como en el aire hay ondas y radiaciones sonoras.

Más aún: dado que crea *imágenes fluidicas*, el pensamiento se refleja en la envoltura periespiritual como en un espejo, o bien como esas imágenes de objetos terrestres que se reflejan en los vapores del aire. La idea toma cuerpo ahí y, en cierto modo, se *fotografía*. Por ejemplo, si un hombre tiene la idea de matar a alguien, aunque su cuerpo material se conserve impasible, su cuerpo fluídico será accionado por esa idea y la reproducirá con todos los matices. Ese cuerpo ejecuta fluídicamente el gesto, el acto que ese hombre premeditó. Su pensamiento crea la imagen de la víctima, y la escena completa toma forma, como en un cuadro, tal como está en la mente.

De ese modo, los más secretos movimientos del alma repercuten en la envoltura fluídica. Un alma puede leer en otra como en un libro, y ver lo que no es perceptible con los ojos del cuerpo. Estos ven

las impresiones interiores que se reflejan en los rasgos fisonómicos: la cólera, la alegría, la tristeza; pero el alma ve en los rasgos del alma los pensamientos que no se exteriorizan.

No obstante, si bien el alma, al ver la intención, puede presentir el cumplimiento del acto que será su consecuencia, no puede determinar el momento en que este será ejecutado, ni precisar sus detalles, ni siquiera afirmar que se producirá, porque circunstancias posteriores pueden modificar los planes concebidos y cambiar las disposiciones. El alma no puede ver lo que todavía no está en el pensamiento; lo que ve es la preocupación ocasional o habitual del individuo, sus deseos, sus proyectos, sus intenciones buenas o malas. De ahí los errores en las previsiones de ciertos videntes. Cuando un acontecimiento está subordinado al libre albedrío de un hombre, los videntes apenas pueden presentir su probabilidad, de acuerdo con el pensamiento que ven; pero no pueden afirmar que se dará de tal forma o en tal momento. La mayor o menor exactitud en las previsiones depende, además, de la amplitud y de la claridad de la vista psíquica. En algunos individuos, encarnados o desencarnados, esa vista se limita a un punto o es difusa, mientras que en otros es nítida y abarca el conjunto de los pensamientos y de las intenciones que habrán de concurrir para la realización de un hecho. No obstante, por encima de todo, existe siempre una Voluntad superior que puede, en su sabiduría, permitir una revelación o impedirla. En este último caso, un velo impenetrable es arrojado sobre la más perspicaz vista psíquica. (Véase, en *La Génesis*, el capítulo sobre la *Presciencia*.)

La teoría de las creaciones fluídicas y, por consiguiente, de la fotografía del pensamiento, es una conquista del espiritismo moderno, y de ahora en adelante puede considerarse como confirmada en principio, salvo las aplicaciones de detalles que habrán de resultar de la observación. Este fenómeno es, sin duda, la fuente de las visiones fantásticas y desempeña un importante rol en ciertos sueños.

¿Quién en la Tierra sabría de qué manera se han establecido los primeros medios de comunicación del pensamiento? ¿Cómo han sido inventados, o mejor dicho, descubiertos, visto que nada se inventa? Todo existe en estado latente, y corresponde a los hombres buscar los medios que pongan en acción las fuerzas que ofrece la naturaleza. ¿Quién sabe cuánto tiempo ha sido necesario para que los hombres empleasen la palabra de un modo completamente inteligible?

Aquel que soltó el primer grito inarticulado tenía sin duda una cierta conciencia de lo que quería expresar, pero aquellos a quienes él se dirigió no entendieron nada al comienzo. Sólo después de un largo tiempo surgieron las palabras convencionales, después las frases abreviadas y, por último, discursos enteros. ¡Cuántos miles de años habrán sido necesarios para que la humanidad llegara al punto en el que hoy se encuentra! Cada progreso en los modos de comunicación, en las relaciones entre los hombres, siempre ha sido señalado por una mejora en el estado social de los seres. A medida que las relaciones de individuo a individuo se tornan más estrechas, más regulares, se siente la necesidad de una nueva y más rápida forma de lenguaje, más apropiada para poner a los hombres en comunicación instantánea y universalmente a unos con otros. ¿Por qué aquello que ocurre en el mundo físico, por medio de la telegrafía eléctrica, no podría ocurrir en el mundo moral, de encarnado a encarnado, por medio de la telegrafía humana? ¿Por qué las relaciones ocultas que vinculan de manera más o menos consciente los pensamientos de los hombres y de los Espíritus, por medio de la telegrafía espiritual, no habrían de generalizarse entre los hombres de una manera consciente?

¡La telegrafía humana! Eso es algo capaz de provocar las burlas de aquellos que se resisten a admitir lo que los sentidos materiales no perciben. ¿Pero qué importan las ironías de los presuntuosos? Sus negaciones no impedirán que las leyes naturales sigan su curso, ni que se encuentren nuevas aplicaciones de esas leyes a medida que la inteligencia humana esté en condiciones de experimentar sus efectos.

El hombre ejerce una acción directa sobre las cosas tanto como sobre las personas que lo rodean. A menudo, una persona a quien se valora poco ejerce una influencia decisiva sobre otras cuya reputación es muy superior. Eso se debe a que en la Tierra se ven más máscaras que semblantes, y a que la mirada es empañada por la vanidad, por el interés personal y por todas las pasiones malas. La experiencia demuestra que se puede actuar sobre el espíritu de los hombres sin el consentimiento de estos. Un pensamiento superior, *fuertemente pensado* -permítasenos la expresión-, puede pues, conforme a su fuerza y su elevación, afectar en mayor o menor medida a hombres que no tienen ninguna conciencia de la manera por la cual ese pensamiento les llega, de la misma forma que muchas veces aquel que lo emite no tiene idea del efecto producido por esa emisión. Se trata de un juego constante de las inteligencias humanas y de la acción recíproca de unas sobre otras. Agregadle la acción de las inteligencias de los que están desencarnados y calculad, si podéis, el poder incalculable de esa fuerza compuesta de tantas fuerzas reunidas.

Si se pudiera sospechar el inmenso mecanismo que el pensamiento pone en juego, así como los efectos que produce de un individuo a otro, de un grupo de seres a otro grupo y, por último, la acción universal que los pensamientos ejercen unos sobre otros, ¡el hombre quedaría sorprendido! Se sentiría anonado ante esa infinidad de pormenores, ante esas innumerables redes ligadas entre sí por una potente voluntad y actuando armónicamente para alcanzar un único objetivo: el progreso universal.

Mediante la telegrafía del pensamiento, el hombre apreciará en todo su valor la ley de la solidaridad, pues reconocerá que no hay un solo pensamiento, sea criminal, virtuoso o de otro tipo, que no ejerza una acción real sobre el conjunto de los pensamientos humanos y sobre cada uno de ellos. Y si el egoísmo lo llevaba a ignorar las consecuencias que un pensamiento personal perverso genera en los demás, ese mismo egoísmo lo inducirá a pensar bien, para elevar el

nivel moral de la generalidad, atento a las consecuencias que un mal pensamiento ajeno produciría sobre él mismo.

¿Qué otra cosa serán esos choques misteriosos que nos advierten de la alegría y del sufrimiento de un ser querido que se encuentra lejos de nosotros, sino el efecto de la telegrafía del pensamiento? ¿Acaso no debemos a un fenómeno de la misma clase los sentimientos de simpatía o de repulsión que nos arrastran hacia ciertos Espíritus y nos apartan de otros?

Tenemos aquí, por cierto, un inmenso campo para el estudio y la observación, pero del que no podemos percibir aún más que los contornos. El estudio de los detalles resultará de un conocimiento más completo de las leyes que rigen la acción recíproca de los fluidos.

Estudio sobre la naturaleza de Cristo

I. Fuente de las pruebas sobre la naturaleza de Cristo

La cuestión de la naturaleza de Cristo ha sido debatida desde los primeros siglos del cristianismo, y podemos decir que todavía no se ha resuelto, pues se sigue discutiendo hasta el presente. La divergencia de opiniones sobre ese punto dio origen a la mayoría de las sectas que dividieron a la Iglesia dieciocho siglos atrás, y vale destacar que todos los jefes de esas sectas fueron obispos o miembros jerarquizados del clero. Por consiguiente, se trataba de hombres ilustrados, muchos de ellos talentosos escritores versados en la ciencia teológica, que no hallaban concluyentes las razones invocadas a favor del dogma de la divinidad de Cristo. No obstante, al igual que hoy, las opiniones se fundaron más sobre abstracciones que sobre hechos. Se procuró saber, ante todo, si el contenido de ese dogma era admisible o irracional, y en general se omitió señalar, tanto de un lado como del otro, aquellos hechos que podían arrojar una luz decisiva sobre la cuestión.

Pero ¿dónde hallar esos hechos, si no es en los actos y en las palabras de Jesús?

Dado que Jesús no dejó nada escrito, sus únicos historiadores fueron los apóstoles, que tampoco escribieron nada mientras él estuvo vivo. Ningún historiador profano contemporáneo habló de él, de modo que no existe ningún documento, además de los Evangelios, sobre su

vida y su doctrina. Así pues, solamente en los Evangelios debemos buscar la solución del problema. Todos los escritos posteriores, incluidos los de san Pablo, no son y no pueden ser más que simples comentarios o apreciaciones, reflejos de opiniones personales a menudo contradictorias, que en ningún caso podrían tener la autoridad de la narrativa de quienes recibieron las instrucciones directamente del Maestro.

Sobre esta cuestión, como sobre la de todos los dogmas en general, el acuerdo entre los Padres de la Iglesia y otros escritores sagrados no podría ser invocado como argumento preponderante ni como una prueba irrefutable a favor de la opinión de unos y otros, visto que ninguno de ellos pudo citar, en relación con Jesús, un solo hecho fuera del Evangelio, y ninguno de ellos descubrió documentos nuevos que sus predecesores ignorasen.

Los autores sagrados no hicieron más que girar dentro del mismo círculo: dieron su apreciación personal, dedujeron consecuencias de acuerdo con sus puntos de vista, comentaron bajo nuevos aspectos y con mayor o menor desarrollo las opiniones contradictorias. Como todos pertenecían al mismo partido, se vieron en la obligación de escribir en el mismo sentido, cuando no en los mismos términos, so pena de que se los declarara heréticos, como en el caso de Orígenes y tantos otros. Naturalmente, la Iglesia sólo incluyó entre sus Padres a los escritores que consideró ortodoxos desde su punto de vista; solamente enaltecó, santificó y resguardó a quienes la defendieron, mientras que repudió a los otros y destruyó sus escritos tanto como pudo. De ese modo, el acuerdo de los Padres de la Iglesia no expresa nada concluyente, visto que constituyen una unanimidad consensuada, obtenida mediante la eliminación de los elementos contrarios. Si se hiciese una confrontación de todo lo escrito a favor y en contra, sería muy difícil decir para qué lado se inclinaría la balanza.

Eso nada quita al mérito personal de los defensores de la ortodoxia, ni a su valor como escritores y hombres de conciencia recta. Como abogados de una misma causa, a la que defendieron con indis-

cutible talento, debían forzosamente llegar a las mismas conclusiones. Lejos de desmerecerlos, apenas hemos querido refutar el valor de las consecuencias que se pretende extraer de su acuerdo.

En el análisis que vamos a hacer de la cuestión de la divinidad de Cristo -dejando a un lado las sutilezas de la escolástica, que sólo han servido para confundir en vez de esclarecer-, nos apoyaremos exclusivamente en los hechos que se destacan en el texto del Evangelio y que, analizados fríamente, a conciencia y sin prejuicios, ofrecen en abundancia todos los medios de convicción deseables. Ahora bien, entre esos hechos, no hay otros más preponderantes ni más concluyentes que las propias palabras de Cristo, palabras que nadie podría refutar sin invalidar la veracidad de los apóstoles. Una parábola, una alegoría, se pueden interpretar de diferentes maneras; pero afirmaciones precisas, sin ambigüedad, repetidas cien veces, no podrían tener un doble sentido. Nadie puede pretender saber mejor que Jesús lo que él quiso decir, como nadie puede pretender estar mejor informado que él sobre su propia naturaleza. Dado que Jesús comenta sus palabras y las explica para evitar todo equívoco, es a él a quien debemos recurrir, a menos que le neguemos la superioridad que se le atribuye y nos coloquemos por encima de su propia inteligencia. Si bien Jesús fue abstruso en ciertos puntos, porque empleó un lenguaje figurado, en lo que se refiere a su persona no hay equívoco posible. Antes de analizar las palabras, veamos los hechos.

II. ¿Prueban los milagros la divinidad de Cristo?

Según la Iglesia, la divinidad de Cristo está confirmada principalmente por los milagros, que dan testimonio de un poder sobrenatural. Es posible que esta consideración haya tenido cierto peso en una época en la que lo maravilloso era aceptado sin un estudio previo; pero hoy, que la ciencia ha conducido sus investigaciones hacia las le-

yes de la naturaleza, los milagros cuentan con más incrédulos que creyentes. Lo que ha contribuido considerablemente a su descrédito es el abuso de las imitaciones fraudulentas, así como la explotación que se ha hecho de esas imitaciones. La fe en los milagros fue destruida por el propio uso que se ha hecho de ellos, razón por la cual muchas personas consideran en la actualidad que los milagros del Evangelio son simples leyendas.

La propia Iglesia, por otra parte, hace que los milagros pierdan toda su importancia como prueba de la divinidad de Cristo, pues declara que el demonio puede hacer milagros tan prodigiosos como él. Resulta evidente que si el demonio posee un poder semejante, los hechos de ese género no tienen carácter exclusivamente divino. Si el demonio puede hacer cosas asombrosas, capaces de seducir a los propios elegidos, ¿cómo podrán los simples mortales distinguir los milagros buenos de los malos? ¿No es de temer que al observar hechos similares no distinguan a Dios de Satanás?

Asignar a Jesús semejante rival en habilidad fue una gran torpeza. Con todo, en materia de contradicciones y de incongruencias, no se consideraban las cosas con mucha atención en una época en que para los fieles sería un caso de conciencia el hecho de que pensarán por sí mismos y discutieran el menor artículo impuesto a su convicción. No se contaba entonces con el progreso, y nadie imaginaba que el reinado de la fe ciega e ingenua -reinado cómodo, como el del capricho- pudiese tener fin. A medida que los hombres se sintieron capaces de ver con sus propios ojos, el papel tan preponderante que la Iglesia se obstinó en atribuir al demonio tuvo consecuencias desastrosas para la fe. Después de que fuera explotado con éxito durante cierto tiempo, el demonio se convirtió en la piqueta descargada contra el vetusto edificio de las creencias, así como en una de las principales causas de incredulidad. Puede decirse que la Iglesia, al tomar al demonio como un auxiliar indispensable, alimentó en su seno a aquel que se volvería en contra de ella y socavaría sus cimientos.

Otra consideración no menos grave es la de que los hechos milagrosos no constituyen un privilegio exclusivo de la religión cristiana. No existe, en efecto, ninguna religión idólatra o pagana que no tenga sus milagros, tan maravillosos y tan auténticos -a juicio de los respectivos adeptos- como los del cristianismo. Y la Iglesia se privó del derecho de refutarlos a partir de que atribuyera a las potencias infernales el poder de producirlos.

En el sentido teológico, el carácter esencial del milagro es el de ser una excepción a las leyes de la naturaleza, de modo que es inexplicable por medio de esas mismas leyes. Desde el instante en que un hecho puede explicarse y está relacionado con una causa conocida, deja de ser milagroso. Así, los descubrimientos de la ciencia han colocado en el dominio de lo natural muchos efectos que eran calificados de prodigios mientras se ignoraban sus causas. Más tarde, el conocimiento del principio espiritual, de la acción de los fluidos sobre el organismo, del mundo invisible dentro del cual vivimos, de las facultades del alma, de la existencia y de las propiedades del *periespíritu*, permitió que se explicaran los fenómenos de orden psíquico, probando que esos fenómenos no constituyen derogaciones de las leyes de la naturaleza, sino que, por el contrario, son aplicaciones frecuentes de esas leyes. Todos los efectos del magnetismo, el sonambulismo, el éxtasis, la doble vista, el hipnotismo, la catalepsia, la anestesia, la transmisión del pensamiento, la presciencia, las curas instantáneas, las posesiones, las obsesiones, las apariciones y transfiguraciones, etc., que constituyen la casi totalidad de los milagros del Evangelio, pertenecen a aquella categoría de fenómenos.

Sabemos ahora que esos efectos son el resultado de aptitudes y disposiciones fisiológicas especiales, que se han producido en todas las épocas y en el seno de todos los pueblos, y que han sido considerados sobrenaturales por la misma razón que aquellos cuya causa no se conocía. Esto explica por qué todas las religiones tuvieron sus milagros, que no son más que hechos naturales, pero casi siempre

ampliados hasta el absurdo por la credulidad, la ignorancia y la superstición. Ahora, los conocimientos actuales los han reducidos a su justo valor, permitiendo que se separe de ellos lo que pertenece al ámbito de las leyendas.

La factibilidad de la mayoría de los hechos que el Evangelio cita como producidos por Jesús, se encuentra hoy completamente demostrada a través del magnetismo y del espiritismo, que hacen de esos hechos fenómenos naturales. Dado que se producen ante nuestros ojos, sea espontáneamente o cuando son provocados, no hay nada anormal en que Jesús poseyera facultades idénticas a las de nuestros magnetizadores, curadores, sonámbulos, videntes, médiums, etc. Ahora bien, desde el momento en que esas mismas facultades se vuelven a encontrar, en diferentes grados, en una multitud de individuos que nada tienen de divinos, incluso en hereáticos y en idólatras, no implican de manera alguna la existencia de una naturaleza sobrehumana.

Si Jesús mismo califica de *milagros* a sus actos, se debe a que en eso, como en muchas otras cosas, él debía adecuar el lenguaje a los conocimientos de sus contemporáneos. ¿Cómo podrían ellos captar los matices de una palabra que aún hoy no todos comprenden? Para el vulgo, las cosas extraordinarias que él hacía, y que parecían sobrenaturales en aquel tiempo e incluso mucho después, eran milagros. Jesús no podía darles otro nombre. Un hecho digno de notar es que él se valió de esos actos para dar prueba de la misión que, según sus propias expresiones, había recibido de Dios, pero nunca para atribuirse el poder divino.⁶

Es preciso, pues, que se borren los milagros de la lista de pruebas sobre las que se pretende fundar la divinidad de la persona de Cristo. Veamos ahora si encontramos esas pruebas en sus palabras.

⁶ Para el desarrollo completo de la cuestión de los milagros, véanse los capítulos XIII y siguientes de *La Génesis según el espiritismo*, donde se encuentran explicados por medio de las leyes naturales todos los milagros del Evangelio. (Nota de la primera edición francesa.)

III. Las palabras de Jesús, ¿prueban su divinidad?

Dirigiéndose a sus discípulos, que discutían para saber cuál entre ellos era el mayor, Jesús llamó a un niño, lo puso a su lado, y les dijo:

“Quienquiera que me reciba, recibe *a aquel que me envió*, porque aquel que es el más pequeño de entre vosotros, ese es el mayor.” (*San Lucas*, 9:48.)

“Quienquiera que reciba en mi nombre a un niño como este, a mí me recibe; y aquel que me recibe no me recibe sólo a mí, sino que recibe a *aquel que me envió*.” (*San Marcos*, 9:37.)

“Jesús les dijo entonces: ‘Si Dios fuese vuestro padre, vosotros me amaríais, porque ha sido de Dios que salí, y *fue de su parte que vine; porque no vine de mí mismo*, pues fue Él quien me envió.’” (*San Juan*, 8:42.)

“Jesús entonces le dijo: ‘Todavía estoy con vosotros por un poco de tiempo, y voy enseguida *hacia aquel que me envió*.’” (*San Juan*, 7:33.)

“Aquel que os oye a mí me oye; aquel que os desprecia a mí me desprecia; y *aquel que me desprecia, desprecia a aquel que me envió*.” (*San Lucas*, 10:16.)

El dogma de la divinidad de Jesús se basa en la igualdad absoluta entre su persona y Dios, visto que él mismo es Dios. Se trata de un artículo de fe. Ahora bien, estas palabras que Jesús tantas veces repitió: *Aquel que me envió*, no sólo prueban una dualidad de personas, como también excluyen, conforme hemos dicho, la igualdad absoluta entre ellas; porque aquel que es enviado está necesariamente *subordinado* al que envía, y practica un acto de *sumisión* al obedecer a este último. Un embajador, al mencionar a su soberano, dirá: *Mi señor, aquel que me envía*; pero, si quien viene es el soberano en persona, hablará en su propio nombre y no dirá: *Aquel que me envió*, puesto que no puede enviarse a sí mismo. Jesús lo expresó en términos categóricos con estas palabras: *No vine de mí mismo, fue Él quien me envió*.

Estas palabras: *Aquel que me desprecia, desprecia a aquel que me envió*, no implican la igualdad ni menos aún la identidad. En todas las épocas, el insulto a un embajador fue considerado como hecho al propio soberano. Los apóstoles tenían la palabra de Jesús, como este la de Dios. Cuando Jesús les dice: *Aquel que os oye a mí me oye*, por cierto no quería decir que sus apóstoles y él fuesen una sola y la misma persona, igual en todas las cosas.

Además, la dualidad de las personas, así como el estado secundario y de subordinación de Jesús en relación con Dios, resaltan sin equívoco posible de los siguientes pasajes:

“Vosotros sois los que permanecisteis siempre firmes conmigo en mis tentaciones. Por eso *os preparo el Reino, como mi Padre me lo preparó*, a fin de que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino, y que estéis sentados en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.” (*San Lucas*, 22:28 a 30.)

“Yo digo lo que *vi donde mi Padre*; y vosotros hacéis lo que oísteis donde vuestro padre.” (*San Juan*, 8:38.)

“Entonces apareció una nube que los cubrió, y de esa nube salió una voz que hizo que se oyesen estas palabras: *Este es mi hijo amado*; escuchadlo.” (La Transfiguración: *San Marcos*, 9:7.)

“Cuando el Hijo del hombre venga en su majestad, acompañado de todos los ángeles, entonces se sentará en el trono de su gloria. Serán reunidas todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos; y colocará a las ovejas a su derecha y a los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los que estén a su derecha: ‘Venid, *vosotros que fuisteis bendecidos por mi Padre*, a poseer el reino que ha sido preparado para vosotros desde el comienzo del mundo.’” (*San Mateo*, 25:31 a 34.)

“Al que me confiese y me reconozca delante de los hombres, yo también lo reconoceré y lo confesaré delante de mi Padre que está en los Cielos; pero al que me niegue delante de los hombres, *yo también lo negaré delante de mi Padre que está en los Cielos*.” (*San Mateo*, 10:32 y 33.)

“Ahora, yo os declaro que al que me confiese y me reconozca delante de los hombres, *el Hijo del hombre también lo reconocerá delante de los ángeles de Dios*; pero si alguno me niega delante de los hombres, *yo también lo negaré delante de los ángeles de Dios.*” (*San Lucas*, 12:8 y 9.)

“Porque si alguien se avergonzara de mí y de mis palabras, el Hijo del hombre también se avergonzará de él, cuando venga en su gloria *y en la de su Padre y de los santos ángeles.*” (*San Lucas*, 9:26.)

En estos dos últimos pasajes, parece incluso que Jesús coloca por encima de sí a los santos ángeles que componen el tribunal celestial, delante del cual él sería el defensor de los buenos y el acusador de los malos.

“... pero en lo que respecta a que os sentéis a mi derecha o a mi izquierda, *no me compete a mí que os lo conceda*, sino que eso será para quienes mi Padre lo ha preparado.” (*San Mateo*, 20:23.)

“Estando reunidos los fariseos, Jesús les hizo esta pregunta: ‘¿Qué pensáis acerca del Cristo? ¿De quién es hijo?’ Le respondieron: ‘De David’. ‘¿Cómo es entonces -respondió él- que David lo llama en espíritu su Señor, con estas palabras: El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que reduzca a tus enemigos a que te sirvan de escabel para los pies? *Si, pues, David lo llama su Señor, ¿cómo puede él ser su hijo?*’” (*San Mateo*, 22:41 a 45.)

“Pero Jesús, mientras enseñaba en el templo, les dijo: ‘¿Cómo es que los escribas dicen que el Cristo es el hijo de David, si el propio David dijo a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que haya reducido a tus enemigos a que te sirvan de escabel para los pies? *Si el propio David lo llama su Señor, ¿cómo entonces puede ser su hijo?*’” (*San Marcos*, 12:35 a 37; *San Lucas*, 20: 41 a 44.)

Con esas palabras, Jesús consagra el principio de la diferencia jerárquica que existe entre el Padre y el Hijo. Jesús podía ser hijo de David por filiación corporal, como descendiente de su raza, y fue por eso que tuvo el cuidado de agregar; “¿Cómo es que David lo llama *en espíritu* su Señor? Si existe una diferencia jerárquica entre el padre y el hijo, Jesús, como hijo de Dios, no puede ser igual a Dios.

Jesús confirma esta interpretación y reconoce su inferioridad en relación con Dios, en términos que no dejan equívoco posible:

“Habéis oído lo que os he dicho: ‘Me voy y volveré a vosotros’. Si me amaseis, tendríais gran júbilo de que voy hacia mi Padre, *porque mi Padre ES MÁS GRANDE QUE YO.*” (*San Juan, 14:28.*)

“Se aproxima entonces un joven y le dice: ‘Maestro bueno, ¿qué bien debo hacer para alcanzar la vida eterna?’ Jesús le respondió: ‘¿Por qué me llamas bueno? *Sólo Dios es bueno.* Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos’.” (*San Mateo, 19:16 y 17; San Marcos, 10:17 y 18; San Lucas, 18:18 y 19.*)

No sólo Jesús no se presentó, en ninguna circunstancia, como igual a Dios, sino que en este caso afirma de modo terminante lo contrario, pues se considera inferior a Dios en bondad. Ahora bien, declarar que Dios está por encima de él, tanto por el poder como por las cualidades morales, equivale a decir que él, Jesús, no es Dios. Los pasajes siguientes ratifican los que hemos citado y también son explícitos.

“*No he hablado por mí mismo; mi Padre, que me envió, fue quien me prescribió, por mandamiento suyo, lo que debo decir y cómo debo hablar; y sé que su mandamiento es la vida eterna; por eso, lo que yo digo es según lo que mi Padre me ordenó que diga.*” (*San Juan, 12:49 y 50.*)

“Jesús les respondió: ‘*Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado.* Si alguno quiere hacer la voluntad de Dios, reconocerá si mi doctrina es de él, o si hablo por mí mismo. Aquel que habla por su cuenta busca su propia gloria, pero el que busca la gloria de aquel que lo envió es veraz, y no hay injusticia en él.’” (*San Juan, 7:16 a 18.*)

“Aquél que no me ama no guarda mi palabra, *y la palabra que habéis oído no es mía, sino de mi Padre que me envió.*” (*San Juan, 14:24.*)

“¿No creéis que estoy en mi Padre y que mi Padre está en mí? Lo que os digo, no lo digo de mí mismo; mi Padre que mora en mí hace las obras que yo hago.” (*San Juan, 14:10.*)

“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Por lo que respecta al día y a la hora, nadie lo sabe, ni los ángeles que están

en el Cielo, *ni el Hijo*, sino solamente *el Padre*.” (*San Marcos*, 13:31 y 32; *San Mateo*, 24:35 y 36.)

“Les dijo, pues, Jesús: ‘Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces conoceréis lo que yo soy, porque *no hago nada por mí mismo, sino sólo digo lo que mi Padre me enseñó*; y aquel que me envió está conmigo, y no me ha dejado solo, porque *hago siempre lo que le agrada a él*.’” (*San Juan*, 8:28 y 29.)

“Descendí del Cielo, no para hacer mi voluntad, sino para hacer *la voluntad de aquel que me ha enviado*.” (*San Juan*, 6:38.)

“*Nada puedo hacer por mí mismo*. Juzgo según lo que oigo, y mi juicio es justo, *porque no busco mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me ha enviado*.” (*San Juan*, 5:30.)

“Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan, porque las obras que *mi Padre me dio el poder de hacer*, las mismas obras que realizo, dan testimonio de mí, de que mi Padre me ha enviado.” (*San Juan*, 5:36.)

“Pero ahora tratáis de matarme, a mí que os he dicho la verdad *que aprendí de Dios*; eso no lo hizo Abraham.” (*San Juan*, 8:40.)

Dado que Jesús *no dice nada por sí mismo*, y que la doctrina que enseña *no es suya*, sino que la recibió de Dios, quien le *ordenó* que viniese a darla a conocer; dado que Jesús no hace más que lo que Dios le dio *el poder de hacer*, y que la verdad que enseña *la aprendió de Dios*, a cuya voluntad se halla sujeto, resulta que Jesús no es Dios, sino su enviado, su mesías y su subordinado.

Jesús no habría podido rechazar de manera más explícita toda asimilación suya a la persona de Dios, ni determinar su papel principal en términos más precisos. En los párrafos precedentes no hay pensamientos ocultos bajo el velo de la alegoría, y que sólo se puedan descubrir por medio de interpretaciones. Son pensamientos expresados con sentido preciso, sin ambigüedades.

Si se objetara que Dios, por no haber querido darse a conocer en la persona de Jesús, nos ha engañado acerca de su individualidad, cabría preguntarse en qué se funda semejante opinión, y quién tiene

autoridad para sondear el fondo del pensamiento de Jesús y dar a sus palabras un sentido contrario al que estas expresan. Dado que en vida de Jesús nadie lo consideraba Dios, sino que, por el contrario, se lo veía como un Mesías, si él no hubiese querido que lo conocieran por lo que era, le habría bastado con no decir nada. De sus afirmaciones espontáneas, se debe concluir que Jesús no era Dios o que, si lo era, faltó a la verdad voluntariamente y sin beneficio alguno.

Vale destacar que san Juan, el Evangelista sobre cuya autoridad más han buscado apoyarse para establecer el dogma de la divinidad de Cristo, es justamente el que ofrece los más numerosos y efectivos argumentos en contrario. De eso pueden convencerse todos los que lean los pasajes siguientes, que nada agregan, es verdad, a las pruebas ya citadas, pero que las corroboran, porque de esos pasajes surge evidente *la dualidad y la desigualdad de las dos personas*.

“Por eso los judíos perseguían a Jesús y querían matarlo, porque había hecho esas cosas en día sábado. Pero Jesús les dijo: *Mi Padre trabaja hasta hoy, y yo trabajo también.*” (*San Juan, 5:16 y 17.*)

“Porque el Padre no juzga a nadie; sino que *todo el poder de juzgar lo ha dado al Hijo*, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. Aquel que no honra al Hijo no honra al Padre *que lo envió.*”

”En verdad, en verdad os digo: el que escucha mi palabra y cree en el que *me envió*, tiene la vida eterna y no cae en la condenación; sino que ya pasó de la muerte a la vida.

”En verdad, en verdad os digo: llega la hora, y ya ha llegado, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la escuchen vivirán; porque, así como el Padre tiene la vida en sí mismo, también dio al Hijo tener la vida en sí mismo, y le *dio el poder de juzgar*, porque es el Hijo del hombre.” (*San Juan, 5:22 a 27.*)

“Y el Padre, que me envió, es el que ha dado testimonio de mí. *Vosotros no habéis oído nunca su voz, ni visteis su rostro. Y su palabra no permanecerá en vosotros, porque no creéis en aquel que Él envió.*” (*San Juan, 5:37 y 38.*)

“Y cuando juzgue, mi juicio será verdadero, porque *no estoy solo*, sino que mi Padre que me ha enviado está conmigo.” (San Juan, 8:16.)

“Habiendo dicho estas cosas, Jesús levantó los ojos al cielo y dijo: ‘Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique. *Según el poder que le diste* sobre todos los hombres, dé él la vida eterna a todos los que tú le has dado. La vida eterna consiste en conocerte, *a ti que eres EL ÚNICO DIOS verdadero, y a Jesucristo que tú enviaste.*

”Yo te he glorificado en la Tierra; llevé a cabo *la obra que me encargaste.* Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con esa gloria que tuve a tu lado antes de que el mundo fuese.

”Dentro de poco ya no estaré en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, y *yo regreso a ti.* Padre santo, conserva en tu nombre a los que me diste, para que ellos sean uno como nosotros.

”Les di *tu palabra*, y el mundo los odió, porque ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo.

”Santificalos en la verdad. Tu palabra es la verdad. Así como *me enviaste* al mundo, también yo los envié al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad.

”No ruego sólo por ellos, sino también por los que habrán de creer en mí por la palabra de ellos; para que estén todos unidos, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti; que ellos también sean uno en nosotros, *a fin de que el mundo crea que tú me enviaste.*

”Padre, deseo que allá donde yo esté, los que Tú me diste también estén conmigo, para que contemplen mi gloria, *la que me has dado*, porque *me amaste* antes de la creación del mundo.

”Padre justo, el mundo no te conoció, pero yo te he conocido; y estos han conocido que tú *me enviaste.* Yo les he dado a conocer tu nombre, y todavía haré que lo conozcan, *para que el amor con que tú me has amado* esté en ellos y yo en ellos esté.” (San Juan, 17:1 a 5; 11 a 14; 17 a 26. *La oración de Jesús.*)

“Por eso mi Padre me ama, porque doy mi vida para recuperarla. Nadie me la quita; yo la doy por mí mismo; tengo el poder de

darla y tengo el poder de recuperarla. *Es el mandamiento que recibí de mi Padre.*” (*San Juan*, 10:17 y 18.)

“Sacaron la piedra, y Jesús, levantando los ojos hacia lo alto, dijo estas palabras: *Padre, te doy gracias porque me has escuchado.* Ya sabía yo que tú siempre me escuchas; pero digo eso para este pueblo que me rodea crea que *Tú me has enviado.*” (*San Juan*, 11:41 y 42. *Muerte de Lázaro.*)

“No más os hablaré, porque el príncipe de este mundo va a venir, aunque *nada haya en mí que le pertenezca*, sino para que el mundo conozca que amo a mi Padre y que *hago lo que mi Padre me ordenó.*” (*San Juan*, 14:30 y 31.)

“Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo *he guardado los mandamientos de mi Padre*, y permanezco en su amor.” (*San Juan*, 15:10.)

“Entonces Jesús, soltando un fuerte grito, dijo: ‘Padre, *a tus manos entrego mi alma.* Y habiendo pronunciado esas palabras, expiró.” (*San Lucas*, 23:46.)

Si Jesús, al morir, entrega su alma a las manos de Dios, es porque tenía un alma distinta de Dios, sometida a Dios. *Por consiguiente, Jesús no era Dios.*

Las palabras que siguen indican, de parte de Jesús, cierta debilidad humana, cierta aprehensión en cuanto a los padecimientos y a la muerte que habría de sufrir, lo que contrasta con la naturaleza esencialmente divina que se le atribuye. No obstante, esas palabras indican, al mismo tiempo, una sumisión propia del inferior para con el superior:

“Entonces llegó Jesús a un lugar llamado Getsemaní, y dijo a sus discípulos: ‘Sentaos aquí, mientras voy allá a orar’. Y, habiendo tomado consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, *comenzó a entristecerse y a estar en gran aflicción.* Les dijo entonces: ‘*Mi alma está triste hasta el punto de morir;* quedaos aquí y velad conmigo’. Y adelantándose un poco, se postró con el rostro en la tierra, y oró diciendo: ‘*Padre mío, si fuera posible, aparta este cáliz de mí;* pero no sea

como yo quiero, sino como *quieres tú*. Volvió enseguida junto a sus discípulos, y encontrándolos dormidos, dijo a Pedro: ‘¿No pudisteis velar una hora conmigo? Vigilad y orad, para que no caigáis en tentación. El espíritu está listo, pero la carne es débil’. Se fue de nuevo para orar por segunda vez, diciendo: ‘*Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad*’.” (San Mateo, 26:36 a 42. *Jesús en el Jardín de los Olivos.*)

“Les dijo entonces: ‘Mi alma está triste hasta el punto de morir; permaneced aquí y velad’. Y adelantándose un poco, se postró en tierra, rogando que si fuese posible *aquella hora fuese apartada de él*. Y decía: ‘¡Abbá, Padre!, *todo es posible para ti, aparta de mí este cáliz*; pero que se haga tu voluntad y no la mía’.” (San Marcos, 14:34 a 36.)

“Llegado a aquel lugar les dijo: ‘Orad para que no sucumbáis a la tentación’. Y habiéndose apartado de ellos como un tiro de piedra, se arrodilló diciendo: ‘Padre, si quieres, *aparta de mí este cáliz*; pero no se haga *mi voluntad*, sino *la tuya*’. Entonces se le apareció un ángel del cielo para fortalecerlo. Habiendo entrado en agonía, redoblabla sus plegarias. Y le vino un sudor de gotas de sangre que corría hasta el suelo.” (San Lucas, 22:40 a 44.)

“Cerca de la hora novena, soltó Jesús un terrible grito, diciendo: ‘¡Elí! ¡Elí! ¿Lemá sabactani?’ Es decir: ‘¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me abandonaste?’.” (San Mateo, 27:46.)

“A la hora novena soltó Jesús un terrible grito, diciendo: ‘¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me abandonaste?’.” (San Marcos, 15:34.)

Los pasajes siguientes podrían dejar alguna duda y dar lugar a que se crea en una identificación de Dios con la persona de Jesús. No obstante, además de que no podrían prevalecer sobre los términos precisos de las que las preceden, son portadoras de su rectificación:

“Le preguntaron: ‘¿Quién eres Tú entonces?’ Jesús les respondió: ‘*Soy el principio de todas las cosas*, yo que os hablo. Tengo muchas cosas por deciros; *pero aquel que me envió es verdadero*, y yo sólo digo aquello que de él aprendí’.” (San Juan, 8:25 y 26.)

“Lo que mi Padre me dio es mayor que todas las cosas, y ninguno lo puede arrebatarse de las manos de mi Padre. *Mi Padre y yo somos uno.*” (*San Juan*, 10:29 y 30.)

Esto significa que su Padre y él *son uno por el pensamiento*, puesto que él expresa *el pensamiento* de Dios, él tiene *la palabra* de Dios.

Entonces los judíos tomaron piedras para lapidarlo. Jesús les dijo: ‘He hecho muchas obras buenas delante de vosotros, *por el poder de mi Padre*. ¿Por cuál de ellas queréis lapidarme?’ Los judíos le respondieron: ‘No es por ninguna obra buena que te lapidamos, sino por tu blasfemia, y porque siendo hombre, te haces Dios’. Jesús les respondió: ‘¿No está escrito en vuestra ley: *He dicho que sois dioses?* Si la ley llama dioses a aquellos a quienes la palabra de Dios era dirigida -y la Escritura no puede fallar-, ¿cómo decís que blasfemo, yo a quien mi Padre santificó y envió al mundo, porque dije que soy el Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, cuando no queráis creer en mí, creed en mis obras, a fin de que sepáis y creáis que mi Padre está en mí y yo en él.’” (*San Juan*, 10:31 a 38.)

En otro capítulo, dirigiéndose a sus discípulos, dice:

“En ese día sabréis que *yo estoy en mi Padre y vosotros en mí, y yo en vosotros*”. (*San Juan*, 14:20.)

De estas palabras no se debe concluir que Dios y Jesús son *uno*, pues de otro modo también se debería concluir de las mismas palabras que los apóstoles y Dios son *uno*.

IV. Palabras de Jesús después de su muerte

“Jesús le respondió: ‘No me toques, porque todavía no subí a mi Padre. Pero vete donde mis hermanos y diles de mi parte: *Subo a mi Padre y vuestro Padre, a MI DIOS y vuestro Dios*.’” (*San Juan*, 20:17. *Aparición a María Magdalena.*)

“Pero Jesús se acercó a ellos y les habló así: ‘Todo poder *me fue dado* en el cielo y en la tierra.’” (*San Mateo*, 28:18. *Aparición a los Apóstoles.*)

“Vosotros sois testigos de estas cosas. Voy a enviaros *el don de mi Padre*, que se os prometió.” (*San Lucas*, 24:48 y 49. *Aparición a los Apóstoles*.)

Así pues, todo en las palabras de Jesús, tanto en las que pronunció en vida como después de su muerte, acusa una dualidad de personas completamente distintas, así como el profundo sentimiento de su inferioridad y de su subordinación en relación con el Ser supremo. Por su insistencia en afirmarlo espontáneamente, sin que fuera obligado o provocado por nadie, Jesús parece haber querido reclamar previamente contra el rol que, según lo preveía, habrían de atribuirle un día. Si hubiese guardado silencio sobre el carácter de su personalidad, el campo habría quedado abierto a todas las conjeturas, así como a todos los sistemas. No obstante, la precisión de su lenguaje aleja todas las dudas.

¿Qué autoridad mayor se puede pretender que la de las propias palabras de Jesús? Cuando él dice categóricamente: Yo soy o no soy esto o aquello, ¿quién osaría arrogarse el derecho de desmentirlo, aun cuando fuera para colocarlo más alto de lo que él se coloca a sí mismo? ¿Quién puede racionalmente pretender estar más esclarecido que él acerca de su propia naturaleza? Qué interpretaciones pueden prevalecer contra afirmaciones tan formales y tan reiteradas como estas:

“No vine de mí mismo, sino aquel que me envió es el único Dios verdadero. - Fue de su parte que vine. - Digo lo que vi junto a mi Padre. - No me cabe a mí concedérselo; eso será para aquellos a quienes mi Padre lo preparó. - Voy a mi Padre, porque mi Padre es más grande que yo. - ¿Por qué me llamáis bueno? Sólo Dios es bueno. - No he hablado por mí mismo; mi Padre, que me envió, fue quien me prescribió, por mandamiento suyo, lo que debo decir. - La doctrina que enseñé no es mía, sino de aquel que me envió. - La palabra que habéis oído no es mía, sino de mi Padre que me envió. - Nada hago por mí mismo; digo únicamente lo que mi Padre me enseñó. - Nada puedo hacer por mí mismo. - No trato de hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que

me envió. - Os he dicho la verdad que aprendí de Dios. - Mi alimento es hacer la voluntad de aquel que me envió. - Tú que eres el único Dios verdadero, y Jesucristo a quien enviaste. - Padre mío, a tus manos entrego mi alma. - Padre mío, si fuera posible haz que este cáliz se aparte de mí. - Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonaste? - Subo hacia mi Padre y vuestro Padre, hacia mi Dios y vuestro Dios”.

Cuando se leen estas palabras, uno se pregunta cómo habría llegado a la mente de alguien la idea de atribuirles un sentido diametralmente opuesto al que ellas expresan tan claramente, de concebir una identificación absoluta, de *naturaleza* y de *poder*, entre el Señor y aquel que se declara su servidor. En este importante proceso, que dura desde hace quince siglos, ¿cuáles son los elementos de persuasión? Los Evangelios -no hay otros-, que en el punto que se debate no suscitan duda alguna. A documentos auténticos, que no pueden ser objetados so pena de poner en duda la veracidad de los evangelistas y del propio Jesús, a documentos que se apoyan en testimonios oculares, ¿qué es lo que contraponen? Una doctrina teórica puramente especulativa, nacida tres siglos más tarde a partir de una polémica suscitada acerca de la naturaleza abstracta del Verbo, doctrina fuertemente combatida durante muchos siglos, y que sólo ha prevalecido debido a la presión de un poder civil absoluto.

V. Doble naturaleza de Jesús

Se podría objetar que, en virtud de la doble naturaleza de Jesús, las palabras de este expresaban su sentimiento como hombre y no como Dios. Sin analizar en este momento por qué sucesión de circunstancias se arribó, mucho más tarde, a la hipótesis de esa doble naturaleza, admitámosla por un instante, y veamos si, en vez de elucidar la cuestión, no la complica todavía más, al punto de tornarla insoluble.

Según esa hipótesis, lo que en Jesús había de humano era el cuerpo, la parte material, y desde este punto de vista se comprende que él

haya podido e incluso haya tenido que sufrir como hombre. El alma, el espíritu, la mente, en una palabra, la parte espiritual de su ser, es lo que había de divino en él. Así pues, si bien Jesús sentía y sufría como hombre, pensaba y hablaba como Dios. Pero ¿hablaba como Dios o como hombre? Esta es una cuestión importante, debido a la autoridad excepcional de sus enseñanzas. Si hablaba como hombre, sus palabras están sujetas a controversia; si hablaba como Dios, son indiscutibles y debemos aceptarlas y conformarnos con ellas so pena de deserción y herejía. El más ortodoxo será aquel que más se aproxime a ellas.

Podrá decirse que, bajo su envoltura corporal, Jesús no tenía conciencia de su naturaleza divina. Pero si así fuese, ni siquiera habría *pensado como Dios*; su naturaleza divina habría permanecido en estado latente, y sólo la naturaleza humana habría regido su misión, sus actos morales tanto como sus actos materiales. Es imposible, pues, hacer abstracción de la naturaleza divina de Jesús durante su vida, sin debilitar su autoridad.

Pero si Jesús *habló como Dios*, ¿a qué se debe esa incesante declaración en contra de su naturaleza divina, que en ese caso no podía ignorar? Se habría entonces engañado, lo que sería poco divino, o habría engañado conscientemente al mundo, lo que sería menos divino aún. Nos parece difícil salir de ese dilema.

Si admitimos que habló a veces como hombre y a veces como Dios, la cuestión se complica, porque sería imposible distinguir qué provenía del hombre y qué de Dios.

En caso de que Jesús hubiese tenido motivos para disimular su verdadera naturaleza durante la misión que desempeñaba, el medio más sencillo habría sido no hablar de ella o expresarse de modo vago y figurado, como lo hizo en otras circunstancias sobre los puntos cuyo conocimiento estaba reservado al futuro. Ahora bien, aquí no es ese el caso, dado que sus palabras no presentan ninguna ambigüedad.

Finalmente, si a pesar de todas estas consideraciones, aún pudiera suponerse que, cuando estuvo vivo, Jesús ignoraba su verdadera

naturaleza, eso no sería admisible después de su resurrección, visto que cuando se aparece a sus discípulos ya no es el hombre quien habla, sino el Espíritu desprendido de la materia, que ya debía haber recobrado la plenitud de sus facultades espirituales y la conciencia de su estado normal, de su identificación con la Divinidad. No obstante, en ese momento dijo: *¡Asciendo hacia mi Padre y vuestro Padre, hacia mi Dios y vuestro Dios!*

La subordinación de Jesús es además indicada por su cualidad de mediador, que implica la existencia de una persona distinta. Es él quien intercede ante su Padre, quien se ofrece en sacrificio para la redención de los pecadores. Ahora bien, si Jesús fuera el propio Dios, o si fuera *en todo igual* a Él, no precisería interceder, pues nadie intercede ante sí mismo.

VI. Opinión de los apóstoles

Hasta ahora nos hemos apoyado exclusivamente en las palabras de Cristo, como el único elemento decisivo de convicción, porque fuera de ahí sólo hay opiniones personales.

De todas esas opiniones, las de mayor valor son sin duda las de los apóstoles, dado que ellos asistieron a Jesús en su misión y, si él les hubiese dado instrucciones secretas acerca de su naturaleza, algunos indicios de esas instrucciones se descubrirían en sus escritos. Puesto que vivieron en su intimidad, debían conocerlo mejor que nadie. Veamos, pues, de qué manera lo han considerado.

“¡Oh! israelitas, escuchad las palabras que os voy a decir: Sabéis que *Jesús de Nazaret ha sido un hombre que Dios hizo célebre entre vosotros*, por las maravillas, los prodigios y los milagros que el mismo Dios ha hecho por su intermedio entre vosotros. No obstante, vosotros los crucificasteis y le disteis muerte por las manos de los malos, habiendo sido él entregado a vosotros *por orden expresa de la voluntad de Dios* y por decreto de su prescencia. *Pero Dios lo resucitó*, librándolo de los

dolores del infierno, ya que era imposible que él permaneciese allí. Porque David dijo en su nombre: ‘Yo tenía al Señor siempre presente delante de mí, porque él está a mi derecha, a fin de que yo no sea confundido. Es por eso que mi corazón se regocijó, que mi lengua cantó cánticos de alegría y que incluso mi carne reposará en esperanza; porque no dejarás mi alma en el infierno ni permitirás que tu santo experimente la corrupción. Me hiciste conocer el camino de la vida y me colmarás de la alegría que da la visión de tu rostro.’” (*Hechos de los Apóstoles*, 2:22 a 28. *Sermón de San Pedro*.)

“Después de que fue exaltado por el poder de Dios y que recibió el cumplimiento de la promesa que el *Padre le hiciera de enviarle el Espíritu Santo*, él esparció ese Espíritu Santo que ahora veis y oís; pues David no ascendió al cielo, y sin embargo él mismo dijo: ‘*El Señor dijo a mi Señor*: siéntate a mi derecha hasta que yo haya reducido a tus enemigos y te sirvan de escabel para tus pies’. Sepa, pues, toda la casa de Israel, con absoluta certeza que *Dios hizo Señor y Cristo a este Jesús que vosotros crucificasteis*.” (*Hechos de los Apóstoles*, 2:33 a 36. *Sermón de San Pedro*.)

“Moisés dijo a nuestros padres: ‘El Señor vuestro Dios *os suscitará de entre vuestros hermanos un profeta como yo*. Escuchadlo en todo lo que él diga. Quien no escuche a ese profeta será desterrado de en medio del pueblo’.

“Fue por vosotros primeramente que *Dios ha resucitado a su Hijo*, y os lo envió para bendeciros, a fin de que cada uno se convirtiese de su mala vida.” (*Hechos de los Apóstoles*, 3:22, 23 y 26. *Sermón de San Pedro*.)

“Declaramos a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel que es por el nombre de nuestro Señor *Jesucristo de Nazaret*, a quien habéis crucificado, y al que *Dios resucitó de entre los muertos*; es por él que este hombre está ahora curado, como lo veis, delante de vosotros.” (*Hechos de los Apóstoles*, 4:10. *Sermón de San Pedro*.)

“Los reyes de la tierra se levantaron y los príncipes se unieron contra el *Señor* y contra *su Cristo*. Porque Herodes y Poncio Pilatos con

los gentiles y el pueblo de Israel verdaderamente se confabularon en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien consagraste con tu unción, para hacer todo lo que tu poder y tu consejo habían ordenado que se hiciera.” (*Hechos de los Apóstoles*, 4:26 a 28. *Oración de los Apóstoles*.)

“Pedro y los demás apóstoles respondieron: ‘Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres *resucitó a Jesús al que vosotros disteis muerte colgándolo de un madero. A este Dios lo exaltó con su diestra*, como el príncipe y el salvador, para dar a Israel la gracia de la penitencia y la remisión de los pecados.’” (*Hechos de los Apóstoles*, 5:29 a 31. *Respuesta de los apóstoles al sumo sacerdote*.)

“Este es el Moisés que dijo a los hijos de Israel: ‘Dios os suscitará de entre vuestros hermanos *un profeta como yo*; escuchadlo’.

”Pero el Altísimo no habita en templos hechos por las manos de los hombres, según esta palabra del profeta: ‘El Cielo es mi trono y la tierra el escabel de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis, dice el Señor? ¿Y cuál podría ser el lugar de mi reposo?’” (*Hechos de los Apóstoles*, 7:37, 48 y 49. *Discurso de Esteban*.)

“Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, elevó los ojos al cielo y vio la gloria de Dios y a *Jesús que estaba de pie a la derecha de Dios*, y dijo: ‘Veo abiertos los cielos y al *Hijo del hombre* que está de pie a *la derecha de Dios*.’

”Entonces, lanzando grandes gritos, se taparon los oídos y se lanzaron todos juntos sobre él; y habiéndolo arrastrado fuera de los muros de la ciudad, lo apedrearon; y los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven llamado Saulo (más tarde Pablo). Mientras lo apedreaban, Esteban invocaba a Jesús y decía: ‘Señor JESÚS, *recibe a mi Espíritu*’.” (*Hechos de los Apóstoles*, 7:55 a 58. *Martirio de Esteban*.)

Estas citas demuestran claramente el carácter que los apóstoles atribuían a Jesús. La idea exclusiva que sobresale de esos textos es la de su subordinación a Dios, de la constante supremacía de Dios, y nada revela allí *algún pensamiento de asimilación de su naturaleza o de su poder*. Para ellos Jesús era un *hombre profeta*, elegido y bendecido

por Dios. No fue entre los apóstoles, pues, que tuvo origen la creencia en la divinidad de Jesús. San Pablo, que no conoció a Jesús, pero que de ardiente perseguidor se convirtió en el más celoso y en el más elocuente discípulo de la nueva fe, y cuyos escritos prepararon los primeros enunciados de la religión cristiana, no es menos explícito al respecto. Existe en él el mismo sentimiento de dos seres distintos, así como de la supremacía del Padre sobre el Hijo.

“Pablo, servidor de Jesucristo, apóstol por vocación divina, escogido y destinado para anunciar el Evangelio de Dios, que este antes había prometido a través de sus profetas en las sagradas escrituras, *acerca de su hijo, que nació según la carne, de la sangre y de la raza de David*, que fue predestinado a ser Hijo de Dios, con un soberano poder según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, digo, Jesucristo, nuestro Señor, por quien recibimos la gracia del apostolado, para hacer que todas las naciones obedezcan a la fe por la virtud de su nombre, entre las cuales también estáis vosotros, llamados por Jesucristo; a vosotros que estáis en Roma, que sois queridos de Dios y llamados a ser santos, *que Dios nuestro Padre, y Jesucristo nuestro Señor*, os den la gracia y la paz.” (*Romanos*, 1:1 a 7.)

“Estando de tal modo justificados por la fe, estamos en paz *con Dios por Jesucristo* nuestro Señor.

”Porque cuando todavía estábamos en la languidez del pecado, Jesucristo murió por impíos como nosotros, en el tiempo *destinado por Dios*.

”Jesucristo no dejó de morir por nosotros en el tiempo *destinado por Dios*. Así, estando ahora justificados por su sangre, seremos con más fuerte razón eximidos *por él de la cólera de Dios*.

”Y no solamente hemos sido reconciliados, sino que también nos glorificamos *en Dios por Jesucristo*, nuestro Señor, por quien hemos obtenido esa reconciliación.

”Si por el pecado de uno solo muchos han muerto, cuánto más la misericordia y el don de Dios se derramaron abundantemente

sobre muchos por la gracia *de un solo hombre, que es Jesucristo.*” (*Romanos*, 5:1, 6, 9, 11, 15 y 17.)

”Si somos hijos, somos también herederos, HEREDEROS *de Dios* y COHEREDEROS *de Jesucristo*, ya que sufrimos con Él.” (*Romanos*, 8:17.)

”Si confesáis con la boca que Jesucristo es el Señor, y creéis de corazón que *Dios lo resucitó* de entre los muertos, seréis salvos.” (*Romanos*, 10:9.)

”Luego vendrá la consumación de todas las cosas, *cuando él haya entregado su reino a Dios, su Padre*, y haya destruido todo el imperio, toda dominación, todo poder; porque Jesucristo habrá de reinar hasta que su Padre haya puesto a sus pies a todos sus enemigos. Entonces, la muerte será el último enemigo en ser destruido, pues la Escritura dice que Dios le puso todo bajo los pies y todo lo sometió a él, siendo indudable que de ahí se debe exceptuar a *aquel que sometió todas las cosas*. Cuando, pues, todas las cosas estén sometidas al Hijo, *entonces el Hijo se someterá a aquel que ha sometido a él todas las cosas*, para que Dios sea todo en todos”. (*I Corintios*, 15:24 a 28.)

”Pero vemos que Jesús, que fue hecho por un poco de tiempo inferior a los ángeles, fue coronado de gloria y honor por la muerte que padeció; Dios, en su bondad, quiso que él muriese por todos. Porque él era muy digno de Dios, para quien y por quien son todas las cosas; Dios quiso conducir a la gloria a muchos hijos, *perfeccionando por el sufrimiento* a aquel que habría de ser el jefe y el autor de la salvación de ellos.

”Pues tanto el que santifica y los que son santificados *vienen todos de un mismo principio*; por eso él no se avergüenza de llamarlos *hermanos*, diciendo: ‘Anunciaré tu nombre a mis hermanos; te cantaré alabanzas en medio de la *asamblea de tu pueblo*’. Y también: ‘Pondré en él mi confianza’. Y en otro lugar: ‘Heme aquí con *los hijos que Dios me dio*’.

”Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser *delante de Dios* un pontífice compasivo y fiel en su ministerio, a fin de que expiara los pecados del pueblo. Pues de las penas y padecimien-

tos mismos, por los cuales fue tentado y puesto a prueba, él extrae la virtud y la fuerza para socorrer a los que también son tentados.” (*Hebreos*, 2:9 a 13, 17 y 18.)

“Por lo tanto, mis santos hermanos, que tenéis parte en la vocación celestial, considerad a Jesús, que es *el apóstol y el pontífice* de la religión que profesamos; que es fiel *a aquel que lo instaló en ese cargo*, como Moisés le fue fiel en toda su casa; porque *él fue juzgado digno* de una gloria tanto mayor que la de Moisés, porque aquel que edificó la casa es más estimable que la propia casa; porque no hay casa que no haya sido edificada por alguien. Ahora bien, aquel que es el arquitecto *y el creador de todas las cosas es Dios.*” (*Hebreos*, 3:1 a 4.)

VII. Predicción de los profetas referente a Jesús

Además de las afirmaciones de Jesús y de la opinión de los apóstoles, existe un testimonio cuyo valor no podría ser refutado por los creyentes más ortodoxos, puesto que lo exhiben constantemente como un artículo de fe: se trata del testimonio de Dios mismo, es decir, del de los profetas, que hablan por inspiración y anuncian la venida del Mesías. Estos son los pasajes de la *Biblia* considerados como la predicción de ese gran acontecimiento.

“Lo veo, pero no ahora; lo miro, aunque no de cerca; una estrella proviene de Jacob, y un cetro se eleva de Israel, y atravesará a los jefes de Moab y destruirá a todos los hijos de Set.” (*Números*, 24:17.)

“Yo les suscitaré un profeta como tú, *de en medio de sus hermanos*, y pondré mis palabras en su boca, y él dirá *lo que yo le haya ordenado*. Y habrá de darse que aquel que no escuche las palabras *que él haya dicho en mi nombre*, a ese le pediré cuentas.” (*Deuteronomio*, 18:18 y 19.)

“Acontecerá, pues, cuando se cumplan tus días para que vayas con tus padres, que haré levantarse tu posteridad a *uno de tus hijos*, y estableceré su reino. Él me edificará una casa, y yo afirmaré su trono

para siempre. *Seré su padre y él será mi hijo*, y de él no apartaré mi misericordia, como la aparté de aquel que fue antes de ti, *y lo instalaré en mi casa y en mi reino para siempre, y su trono se afirmará para siempre.*” (*I Paralipómenos (I Crónicas)*, 17:11 a 14.)

“He aquí que el Señor mismo os dará una señal: una virgen quedará encinta y dará a luz un hijo, y se llamará Emmanuel.” (*Isaías*, 7:14.)

“Porque un niño nos ha nacido, un Hijo nos ha sido dado, y el imperio ha sido puesto sobre sus hombros y habrá de llamarse su nombre el Admirable, el Consejero, el Dios fuerte, el Poderoso, el Padre de la Eternidad, el Príncipe de la paz.” (*Isaías*, 9:5.)

“Aquí está *mi servidor*, yo lo sostendré; *es mi elegido, mi alma ha puesto en él su afecto; en él puse mi Espíritu*; él ejercerá la justicia entre las naciones.

”No se retirará ni se precipitará, hasta que yo haya establecido la justicia en la tierra, y los seres se hayan sometido a su ley.” (*Isaías*, 42:1 a 4.)

“Él gozará del trabajo de su alma y de él será harto; *y mi servidor* justo a muchos justificará, por el conocimiento que tendrán de él, y él mismo les arrebatará las iniquidades.” (*Isaías*, 53:11.)

“¡Regocíjate mucho, hija de Sión; suelta gritos de júbilo, hija de Jerusalén! He aquí que tu Rey vendrá a ti, justo y salvador humilde, y montado en un asno, sobre el pollino de una asna. Y yo haré desaparecer los carros de guerra de Efraim, y los caballos de Jerusalén, y el arco del combate también desaparecerá, y el rey hablará de la paz a las naciones. Y su dominación se extenderá de un mar a otro mar, y desde río hasta los confines de la Tierra.” (*Zacarías*, 9:9 y 10.)

“Y él (el Cristo) se mantendrá y gobernará por la fuerza del Eterno, y con la magnificencia del nombre del *Eterno su Dios*. Y ellos volverán y ahora él será glorificado hasta los confines de la tierra, y será él quien hará la paz.” (*Miqueas*, 5:4.)

La distinción entre Dios y su futuro enviado se caracteriza aquí del modo más formal. Dios lo designa como *su servidor* y, por consiguiente, como su subordinado. Nada hay en sus palabras que implique

la idea de igualdad de poder ni de consustancialidad entre las dos personas. ¿Se habrá Dios equivocado, y los hombres que vinieron tres siglos después de Jesucristo vieron con mayor exactitud que el propio Dios? Esa parece ser la pretensión de ellos.

VIII. El Verbo se hizo carne

“En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él y nada de lo que fue hecho se hizo sin Él. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.

”Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan. Él vino para servir de testimonio, para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. Él no era la luz, pero vino para dar testimonio de aquel que era la luz.

”Aquel era la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Él estaba en el mundo, el mundo fue hecho por Él, pero el mundo no lo conoció. Él vino a su casa y los suyos no lo recibieron. Pero Él dio a todos los que lo recibieron el poder de convertirse en hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre, los cuales no nacieron de la sangre ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios mismo.

”Y el Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, como la que el Hijo único habría de recibir del Padre; y Él -digo yo, Juan- vivió entre nosotros, lleno de gracia y de verdad.” (San Juan, 1:1 a 14.)

Este pasaje de los Evangelios es el único que, a primera vista, pareciera encerrar implícitamente una idea de identificación entre Dios y la persona de Jesús; es también el que más tarde sirvió de base a la controversia sobre el tema. La cuestión de la divinidad de Jesús surgió gradualmente; nació de las discusiones promovidas a propósito de las in-

terpretaciones que algunos dieron a las palabras *Verbo* e *Hijo*. Recién en el siglo IV una parte de la Iglesia la adoptó, en principio. Ese dogma resultó, pues, de una decisión de los hombres y no de una revelación divina.

Debemos destacar, ante todo, que las palabras citadas más arriba son de Juan y no de Jesús, y que, aunque se admita que no han sido alteradas, no expresan en realidad más que una opinión personal, una inducción, en la que se evidencia el misticismo habitual de su lenguaje. Así pues, esas palabras no podrían prevalecer contra las reiteradas afirmaciones del propio Jesús.

Con todo, aunque las aceptáramos tal como son, no resuelven de modo alguno la cuestión en el sentido de la divinidad, puesto que se aplicarían también a Jesús, criatura de Dios.

En efecto, el *Verbo* es Dios, porque es la palabra de Dios. Y Jesús lo asimiló, dado que recibió la palabra directamente de Dios, con la misión de revelarla a los hombres. La palabra divina de que estaba compenetrado se encarnó en él; Él la trajo consigo al nacer, y por eso Juan con razón pudo decir: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*. Jesús podía, pues, haber sido encargado de transmitir la palabra de Dios sin ser el propio Dios, como un embajador transmite las palabras del soberano, sin ser el soberano. Según el dogma de la divinidad, es Dios quien habla; en la otra hipótesis, Dios habla por la boca de su enviado, lo que no quita nada a la autoridad de sus palabras.

Pero ¿quién autoriza esta suposición de preferencia a alguna otra? La única autoridad competente para dirimir la cuestión radica en las propias palabras de Jesús, cuando dice: *“No he hablado por mí mismo; aquel que me envió fue quien me prescribió, por su mandato, lo que debo decir. La doctrina que enseño no es mía, sino de aquel que me envió. La palabra que habéis oído no es mi palabra, sino la de mi Padre que me ha enviado”*. Sería imposible expresarse con mayor claridad y precisión.

La calidad de *Mesías* o *enviado*, que se le atribuye a lo largo de los Evangelios, implica una posición subordinada en relación con aquel que ordena; el que obedece no puede ser igual al que manda.

Juan caracteriza esta posición secundaria y, por consiguiente, establece la dualidad de las personas, cuando dice: *Y vimos su gloria, tal como el Hijo único debía recibirla del Padre*, visto que aquel que recibe no puede ser igual al que da, y aquel que da la gloria no puede ser igual al que la recibe. Si Jesús es Dios, posee la gloria por sí mismo y no la espera de nadie. Si Dios y Jesús son un único ser bajo dos nombres diferentes, no podría existir entre ellos ni supremacía ni subordinación. Ahora bien, si no hay paridad absoluta de posiciones, se concluye que son dos seres distintos.

La calificación de *Mesías divino* no implica que haya igualdad entre el mandatario y el mandante, del mismo modo que no la hay entre un rey y su representante en la calificación de *enviado real*.

Jesús era un mesías divino por el doble motivo de que su misión procedía de Dios, y de que sus perfecciones lo mantenían en relación directa con el Padre.

IX. Hijo de Dios e Hijo del hombre

El título de *Hijo de Dios*, lejos de implicar igualdad es, por el contrario, indicio de una sumisión. Ahora bien, nadie está sometido a sí mismo sino a otro.

Para que Jesús fuese absolutamente igual a Dios habría sido preciso que él existiese, como Dios, desde siempre, es decir, que fuera *in-creado*. Pues bien, el dogma dice que Dios lo *engendró* desde toda la eternidad, pero quien dice *engendró* dice *creó*. Sea o no eterno, Jesús no deja por eso de ser una criatura y de estar, como tal, subordinada a su Creador. Esa es la idea contenida implícitamente en la palabra *Hijo*.

¿Nació Jesús en el tiempo? En otras palabras, ¿hubo un tiempo, en la eternidad transcurrida, en que él no existía? ¿O será él coeterno con el Padre? Esas son las sutilezas sobre las que se ha discutido durante siglos. ¿En qué autoridad se apoya la doctrina de la coeternidad, que pasó a la categoría de dogma? En la opinión de los hombres que

la instituyeron. Pero ¿en qué autoridad fundaron esos hombres tal opinión? No fue en la de Jesús, pues él se declara subordinado; tampoco en la de los profetas, que lo anuncian como el enviado y servidor de Dios. ¿En qué documentos desconocidos, más auténticos que los Evangelios, han encontrado esa doctrina? Aparentemente en la conciencia y en la superioridad de sus propias luces.

Dejemos, pues, esas discusiones vanas que a nada conducen, y cuya propia solución, en caso de que fuera posible, no haría mejores a los hombres. Digamos que Jesús es *Hijo de Dios* como todas las criaturas, que él lo llama su Padre, como nos enseñó a llamarlo *nuestro Padre*. Es el *Hijo bien amado de Dios*, porque habiendo alcanzado la perfección que aproxima a Dios, posee toda su confianza y todo su afecto. Se llama a sí mismo *Hijo único*, no porque sea el único ser que haya llegado a la perfección, sino porque era el único predestinado a desempeñar esa misión en la Tierra.

Si puede parecer que la calificación de *Hijo de Dios* se apoya en la doctrina de la divinidad, no se da lo mismo con la de *Hijo del hombre*, que Jesús también se atribuyó a sí mismo durante su misión, y que ha constituido el objeto de numerosos comentarios.

Para que comprendamos el verdadero sentido de esta calificación, debemos remontarnos a la *Biblia*, donde la encontramos empleada por el propio Dios al profeta Ezequiel.

“Tal era la imagen de la gloria del Señor que me ha sido presentada. Al ver aquellas cosas, caí rostro en tierra y oí una voz que me hablaba, y dijo: ‘*Hijo del hombre*, ponte en pie y hablaré contigo’. Y luego de que me habló de esa manera, el Espíritu entró en mí y me sostuvo sobre mis pies, y oí que me hablaba, diciendo: ‘*Hijo del hombre*, te envío a los hijos de Israel, a un pueblo apóstata que se apartó de mí. Ellos y sus padres violaron hasta hoy la alianza que yo había establecido con ellos.’” (*Ezequiel*, 2:1 a 3.)

“Hijo del hombre, he aquí que ellos te han preparado grilletes. Te encadenarán y de allí no saldrás.” (*Ezequiel*, 3:25.)

“El Señor me dirigió entonces la palabra, y me dijo: ‘Y tú, Hijo del hombre, escucha lo que dice el Señor Dios a la tierra de Israel: el fin se acerca; se acerca ese fin en los cuatro rincones de la tierra.’” (*Ezequiel*, 7:1 y 2.)

“Al décimo día del décimo mes del año noveno, el Señor me dirigió la palabra, y me dijo: ‘Hijo del hombre, marca bien este día en que el rey de Babilonia ha reunido sus tropas delante de Jerusalén’.” (*Ezequiel*, 24:1 y 2.)

“Además, el Señor me dijo estas palabras: ‘Hijo del hombre, voy a heriros con una llaga y os quitaré lo que hay de más agradable a vuestros ojos: pero no me haréis lamentaciones fúnebres; no lloraréis ni os correrán lágrimas por vuestros rostros. Gemiréis en secreto y no os cubriréis de luto, como se hace por los muertos; vuestro turbante seguirá ceñido a vuestra cabeza, y tendréis en los pies vuestras sandalias; no cubriréis vuestro rostro ni comeréis los alimentos que se dan a quienes están de luto’. Hablé entonces por la mañana al pueblo, y por la tarde mi mujer murió. Al día siguiente por la mañana, hice lo que Dios me había ordenado.” (*Ezequiel*, 24:15 a 18.)

“El Señor además me habló y me dijo: ‘Hijo del hombre, profetiza contra los pastores de Israel; profetiza y di a los pastores: ‘Esto dice el Señor Dios: ¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿No deben los pastores apacentar a sus rebaños?’.” (*Ezequiel*, 34:1 y 2.)

“Entonces oí que me hablaba desde la casa; y el hombre que estaba cerca de mí me dijo: ‘Hijo del hombre, este es el lugar de mi trono, el lugar donde pondré mis pies y donde me quedaré para siempre en medio de los hijos de Israel, y la casa de Israel no profanará más mi santo nombre en el futuro, ni ellos ni sus reyes con sus idolatrías, con los sepulcros de sus reyes, ni con las nobles descendencias.’” (*Ezequiel*, 43:6 y 7.)

“Porque Dios no amenaza como el hombre, y no entra en furor como el *Hijo del hombre*.” (*Judith*, 8:15.)

Es evidente que la calificación de *Hijo del hombre* quiere decir aquí *que ha nacido del hombre*, en oposición al que está fuera de la

humanidad. La última cita, tomada del libro de Judith, no deja duda sobre el significado de esa expresión, empleada en un sentido muy literal. Dios solamente designa de ese modo a Ezequiel, por cierto para recordarle que, a pesar del don de profecía que le había concedido, él no dejaba de pertenecer a la humanidad, y a fin de que no se considerase de una naturaleza excepcional.

Jesús se asigna esa calificación con una persistencia notable, pues sólo en muy raras circunstancias se llama a sí mismo *Hijo de Dios*. En su boca, no puede tener otro significado que no sea el de recordar que también él pertenece a la humanidad. De ese modo se identifica con los profetas que lo precedieron, y con los cuales se comparó al aludir a su propia muerte, cuando dijo: *¡Jerusalén, que matas a los profetas!* La insistencia con que se designa como hijo del hombre parece una declaración anticipada contra la cualidad que, según preveía, se le daría más tarde, a fin de que quede debidamente asentado que esa cualidad no había salido de su boca.

Es de notar que, durante esta interminable polémica que ha apasionado a los hombres a lo largo de muchos siglos y que aún continúa, que encendió hogueras e hizo correr ríos de sangre, lo que se discutía era una abstracción -la naturaleza de Jesús-, a la que convirtieron en piedra angular del edificio, pese a que Jesús no dijo nada al respecto. Además, se han olvidado de algo que Cristo señaló como *toda la ley y los profetas*: el amor a Dios y al prójimo, y la caridad que estableció como condición expresa para la salvación. Se aferraron a la cuestión de la afinidad de Jesús con Dios, y guardaron silencio acerca de las virtudes que él recomendó y de las cuales dio ejemplo.

Dios mismo quedó opacado ante la exaltación de la personalidad de Cristo. En el concilio de Nicea, se dice simplemente: Creemos en un solo Dios, etc. Pero ¿cómo es ese Dios? Allí no se mencionan sus atributos esenciales: la soberana bondad y la soberana justicia. Probablemente estas palabras hubieran sido la condenación de los dogmas que consagran su parcialidad para con

ciertas criaturas, su inexorabilidad, sus celos, su cólera y su espíritu vengativo, con lo que se han justificado las crueldades practicadas en su nombre.

Si el concilio de Nicea, que se convirtió en el fundamento de la fe católica, estaba conforme con el espíritu del Cristo, ¿a qué se debe el anatema con que termina? ¿No es esa una prueba de que es obra de la pasión de los hombres? Por otra parte, ¿a quién se debe su adopción? A la presión del emperador Constantino, que hizo de él una cuestión más política que religiosa. Sin su decisión, el concilio de Nicea no se hubiese llevado a cabo; sin la intimidación que él ejerció, es más que probable que hubiera triunfado el arrianismo. Así pues, de la autoridad soberana de un hombre que no pertenecía a la Iglesia, que más tarde reconoció públicamente el error que había cometido, y que inútilmente procuró volver atrás conciliando los partidos, dependió que actualmente no seamos arrianos en vez de católicos, y que el arrianismo no sea la ortodoxia y el catolicismo la herejía.

Al cabo de dieciocho siglos de luchas y disputas vanas, durante los cuales fue dejada por completo de lado la parte más esencial de la enseñanza de Cristo -la única que podía garantizar la paz para la humanidad-, los hombres están cansados de esas discusiones estériles, que sólo han causado perturbaciones y generaron la incredulidad, y cuyo objeto ya no satisface a la razón.

Actualmente, en la opinión general se registra una tendencia manifiesta en el sentido de volver a las ideas fundamentales de la Iglesia primitiva, así como a la parte moral de las enseñanzas del Cristo, porque es la única que puede hacer mejores a los hombres. Esa parte es clara, auténtica y no puede dar motivo a controversia alguna. Si la Iglesia hubiera tomado ese camino desde el principio, hoy sería omnipotente en vez de hallarse en su decadencia; habría congregado a la inmensa mayoría de los hombres, en lugar de que la devastaran las facciones.

Cuando los hombres se congreguen bajo ese estandarte, se tenderán las manos fraternalmente en vez de anatematizarse y maldecirse por cuestiones que la mayoría no comprende.

Esa tendencia de la opinión es señal de que llegó el momento de que se traslade la cuestión a su verdadero terreno.

Influencia perniciosa de las ideas materialistas

Sobre las artes en general y su regeneración por el espiritismo

Leemos en el *Correo de París*, suplemento del periódico *Mundo Ilustrado*, del 19 de diciembre de 1868, el siguiente artículo:

“Carmouche ha escrito más de doscientas comedias y vodeviles; sin embargo, nuestra época apenas conocerá su nombre. Sucede que la gloria dramática, que despierta tanta codicia, es terriblemente fugaz. A menos que un autor haya producido obras maestras excepcionales, se encuentra condenado a ver que su nombre cae en el olvido apenas sus obras bajan de la escena. Aun cuando se encuentra en la lucha, la mayoría ignora su existencia. En efecto, cuando el público lee la cartelera, sólo presta atención al título de la pieza; poco le importa el nombre de quien la escribió. Trate el lector de acordarse de quién escribió tal o cual obra encantadora, cuyo recuerdo conserva, y casi siempre verá que le resulta imposible enunciar ese nombre. Y cuanto más avancemos, tanto más será así, dado que *las preocupaciones de orden material se sobreponen cada vez más a las inquietudes artísticas*.

”Carmouche, precisamente, contaba sobre ese particular una anécdota típica. Durante una conversación con su librero acerca del estado de su negocio, este se expresaba así: ‘Esto no va mal, señor mío, pero las cosas cambian; los artículos que se venden ya no son los mismos. En otro tiempo, cuando venía un joven de dieciocho años,

nueve de cada diez veces buscaba un diccionario de rimas; pero hoy pide un manual de operaciones de la bolsa de valores'.”

Las preocupaciones de orden material se sobreponen a las inquietudes artísticas. ¿Acaso podría ser de otro modo cuando se hacen los mayores esfuerzos para concentrar todos los pensamientos del hombre en la vida carnal y para destruir en él toda esperanza, toda aspiración que trascienda la existencia actual? Esa consecuencia es lógica e inevitable para aquel que nada ve fuera del círculo efímero de la vida presente. Cuando el hombre no percibe nada detrás, ni delante ni encima de sí, ¿podrá concentrar sus pensamientos en otra cosa que no sea el punto donde se encuentra? Lo sublime del arte es la poesía del ideal, que nos transporta fuera de la estrecha esfera de nuestras actividades. Pero el ideal se cierne exactamente en esa región extramaterial donde sólo se penetra con el pensamiento, en esa región que la imaginación puede concebir cuando la vista corporal no penetra en ella. Ahora bien, ¿qué clase de inspiración puede el espíritu extraer de la idea de la nada?

El pintor que no haya visto más que el cielo brumoso, las estepas áridas y monótonas de Siberia, y que suponga que en eso consiste todo el universo, ¿será capaz de concebir el brillo y la riqueza de los tonos de la naturaleza tropical? ¿Cómo pretenderéis que vuestros artistas y poetas os transporten a regiones que no ven con los ojos del alma, que no comprenden y en las que ni siquiera creen?

El espíritu sólo puede identificarse con lo que sabe o cree que es la verdad, y esa verdad, aunque de orden moral, se convierte para él en una realidad a la que expresa tanto mejor cuanto mejor la siente. Entonces, si a la comprensión de la cosa se suma la flexibilidad del talento, consigue transmitir sus propias impresiones a las almas de los otros. Pero ¿qué impresiones puede provocar en los otros aquel que no las tiene?

Para el materialista, la realidad es la Tierra; su cuerpo es todo, visto que fuera de él nada existe y que su propio pensamiento se extingue con la desorganización de la materia, como el combustible con el fuego. Apenas puede expresar por medio del lenguaje del arte lo que

ve y siente. Ahora bien, si sólo ve y siente la materia tangible, no podrá expresar otra cosa. Allí donde no ve nada, no puede tomar nada. Si se aventura en ese mundo desconocido, entra en él como un ciego y, a pesar de los esfuerzos que hace para elevarse al nivel del idealismo, se queda en la tierra como un ave sin alas.

La decadencia de las artes, en este siglo, es el resultado inevitable de la concentración de las ideas en torno a las cosas materiales, y esa concentración es a su vez el resultado de la falta de toda creencia en la espiritualidad del ser. El siglo no cosecha más que lo que ha sembrado. *Quien siembra piedras no puede cosechar frutos.* Las artes sólo saldrán del letargo en que se encuentran mediante una reacción en el sentido de las ideas espiritualistas.

¿Cómo podrían el artista plástico, el poeta, el literato, el músico, asociar sus nombres a obras trascendentes cuando, en su mayoría, ni siquiera ellos creen en el porvenir de sus actividades, cuando no comprenden que la ley del progreso -esa fuerza invencible que arrastra a los universos por las rutas del infinito- les demanda algo más que copias pálidas de las creaciones magistrales de los artistas de tiempos lejanos? Todos recordamos a Fidias, Apeles, Rafael, Miguel Ángel: faros luminosos que se destacan en la oscuridad de los siglos pasados, como estrellas refulgentes en medio de profundas tinieblas. ¿Quién se detendrá, en cambio, a contemplar la luz de una lámpara que lucha contra el sol radiante de un hermoso día de verano?

Desde los tiempos históricos el mundo ha progresado a pasos gigantesco; los filósofos de los pueblos primitivos se han transformado gradualmente. Las artes que se sustentan en las filosofías, en relación con las cuales son su consagración idealizada, también han tenido que modificarse y transformarse. Es rigurosamente exacto lo que se dice acerca de que las artes, sin creencia, no tienen vitalidad, y que toda transformación filosófica implica necesariamente una transformación artística paralela.

En todas las épocas de transformación peligran las artes, porque la creencia en que se apoyan ya no es suficiente para las aspira-

ciones ampliadas de la humanidad, y porque, como los nuevos principios aún no han sido adoptados definitivamente por la mayoría de los hombres, los artistas no se atreven a explorar más que de un modo vacilante la mina desconocida que se abre a sus pasos.

Durante las épocas primitivas, en que los hombres no conocían otra cosa que la vida material, en que la filosofía divinizaba a la naturaleza, el arte buscó ante todo la perfección de la forma. La belleza corporal era entonces la primera de las cualidades; el arte se dedicó a reproducirla, a idealizarla. Más tarde, la filosofía tomó un nuevo rumbo; los hombres progresaron y reconocieron que por encima de la materia existía un poder creador y organizador, que recompensaba a los buenos, castigaba a los malos y hacía de la caridad una ley. Un mundo nuevo, el mundo moral, se edificó sobre las ruinas del mundo antiguo. De esa transformación nació un arte nuevo que hizo palpitar el alma bajo la forma, y que reunió la percepción plástica con la expresión de sentimientos que los antiguos no habían conocido.

La idea vivió bajo la materia, pero se revistió con las formas severas de la filosofía en que se inspiraba el arte. A las tragedias de *Esquilo*, a los mármoles de *Milo*, sucedieron las representaciones y las pinturas de las torturas físicas y morales de los condenados. El arte se elevó; asumió un carácter grandioso y sublime, pero todavía sombrío. En efecto, está por completo en la pintura del Infierno y del Cielo de la Edad Media, en la de los padecimientos eternos, o de una beatitud muy distante de nosotros, colocada tan alto que nos parece casi inaccesible. Por eso, tal vez, esta última nos conmueve tan poco cuando la vemos reproducida en la tela o en el mármol.

También hoy, nadie osaría negarlo, el mundo atraviesa un período de transición, atraído tanto por las costumbres obsoletas y las creencias precarias del pasado, como por las verdades nuevas que progresivamente le son develadas.

Así como el arte cristiano sucedió al arte pagano, al que transformó, el arte espírita será el complemento y la transformación del

arte cristiano. En efecto, el espiritismo nos muestra el porvenir bajo una nueva luz, y está más a nuestro alcance. A través de él, la dicha se encuentra más cerca de nosotros: está a nuestro lado, en los Espíritus que nos rodean y que jamás dejan de relacionarse con nosotros. Las moradas de los elegidos y las de los condenados ya no están aisladas; existe una incesante solidaridad entre el Cielo y la Tierra, entre todos los mundos de todos los universos. La dicha consiste en el amor mutuo de todas las criaturas llegadas a la perfección, así como en una constante actividad, cuyo objetivo es el de instruir y conducir hacia aquella misma perfección a los que se quedaron rezagados. El infierno se halla en el corazón del culpable, que encuentra el castigo en sus remordimientos, pero un castigo que no es eterno; y el malo que sigue el camino del arrepentimiento vuelve a encontrarse con la esperanza, ese sublime consuelo de los desventurados.

¡Qué inagotables manantiales de inspiración para el arte! ¡Cuántas obras maestras de todos los géneros habrán de suscitar las nuevas ideas, mediante la reproducción de las escenas tan múltiples y variadas de la vida espírita! En vez de representar despojos fríos e inanimados, se verá a la madre con la hija querida a su lado, en su forma radiante y etérea; la víctima que perdona a su verdugo; el criminal que huye en vano del espectáculo continuo y siempre repetido de sus acciones culposas; el aislamiento del egoísta y del orgulloso en medio de la multitud; la turbación del Espíritu que retorna a la vida espiritual etc., etc. Y cuando el artista quiera elevarse por encima de la esfera terrestre hasta los mundos superiores, verdaderos Edenes donde los Espíritus adelantados gozan de la felicidad que conquistaron, o cuando desee reproducir algunas escenas de los mundos inferiores, verdaderos infiernos donde las pasiones reinan soberanas, ¡qué conmovedoras escenas, qué cuadros palpitantes de interés se le brindarán!

No cabe duda de que el espiritismo abre al arte un campo nuevo, inmenso y todavía inexplorado. Cuando el artista reproduzca con

convicción el mundo espírita, recogerá en esa fuente las más sublimes inspiraciones, y su nombre perdurará por los siglos venideros, porque *a las preocupaciones materiales y efímeras de la vida presente sobrevendrá el estudio de la vida futura y eterna del alma.*



Teoría de la belleza

¿Será la belleza algo convencional y relativa a cada tipo? Lo que para ciertos pueblos constituye la belleza, ¿no será para otros una horrible fealdad? Los negros se consideran más agraciados que los blancos, y viceversa. En ese conflicto de gustos, ¿existirá una belleza absoluta? ¿En qué consistirá? ¿Seremos realmente más agraciados que los hotentotes y los cafres? ¿Por qué?

A primera vista, este problema parece extraño al objeto de nuestros estudios; sin embargo, está relacionado con ellos de un modo directo, y atañe al porvenir de la humanidad. Nos ha sido sugerido, al igual que su solución, por algunos pasajes de un libro muy interesante e instructivo, titulado: *Las revoluciones inevitables en el globo y en la humanidad*, de Charles Richard.

El autor combate la opinión de quienes sostienen la degeneración física del hombre a partir de los tiempos primitivos; refuta victoriosamente la creencia en la existencia de una raza primitiva de gigantes, y se ocupa en probar que, desde el punto de vista de la fuerza física y de la estatura, los hombres de hoy valen tanto como los antiguos, si es que no los superan.

Acerca de la belleza de las formas, se expresa así en la página 41 y siguientes:

“En lo que respecta a la belleza del rostro, a la gracia de la fisonomía, a ese conjunto que constituye la estética del cuerpo, es aún más fácil comprobar el adelanto que se ha producido.

”Basta para eso con echar una mirada sobre los tipos que las medallas y las estatuas antiguas nos han transmitido intactos a través de los siglos.

”La iconografía de Visconti y el museo del conde de Claroson, entre muchas otras, dos fuentes de donde se pueden tomar sin dificultad diversos elementos para este interesante estudio.

”Lo que más llama la atención en ese conjunto de imágenes es la rudeza de los rasgos, *la animalidad de la expresión, la crueldad de la mirada*. El observador siente una especie de escalofrío involuntario, como si se encontrase con alguien capaz de cortarlo en pedazos para darle de comer a sus murenas, como lo hacía Polión, adinerado gastrónomo, ciudadano de Roma y familiar de Augusto.

”El primer Bruto (Lucio Junio), aquel que ordenó decapitar a sus hijos y asistió con sangre fría al suplicio de ambos, se asemeja a una fiera. Su perfil siniestro tiene, tanto del águila como del mochuelo, lo que de más feroz ofrecen esos dos carnívoros del aire. Al mirarlo, nadie puede dudar de que haya merecido el ignominioso honor que le confirió la Historia. Así como mató a sus dos hijos, por cierto habría degollado a su propia madre por el mismo motivo.

”El segundo Bruto (Mario), que apuñaló a César, su padre adoptivo, precisamente en el momento en que éste más contaba con su reconocimiento y su amor, recuerda por su fisonomía a un obcecado asno: ni siquiera tiene la belleza siniestra que el artista descubre a menudo en esa energía desmesurada que impulsa al crimen.

”Cicerón, el orador brillante, el escritor ingenioso y profundo, que dejó tan importante recuerdo de su paso por este mundo, tiene un rostro achatado y vulgar, que sin duda hacía que fuera mucho menos agradable verlo que oírlo.

”Julio César, el grande, el incomparable vencedor, el héroe de las masacres, que hizo su entrada en el reino de las sombras con un cortejo de dos millones de almas, a las que previamente había despachado hacia allá, era tan feo como su predecesor, aunque de otro tipo. Su rostro magro y huesoso, colocado sobre un cuello largo, al que una nuez saliente lo hacía aún más desagradable, se asemejaba antes a un payaso que a un gran guerrero.

”Galba, Vespasiano, Nerva, Caracalla, Alejandro Severo, Balbino, no sólo eran feos, sino horribles. Sólo con dificultad, en ese museo de los antiguos tipos de nuestra especie, el observador consigue descubrir, aquí o allá, algunas figuras merecedoras de una mirada de simpatía. Las de Escipión el africano, de Pompeyo, de Cómodo, de Heliogábalo, de Antínoo, el favorito de Adriano, pertenecen a ese reducido número. Sin ser bellas, en el sentido moderno de la palabra, esas figuras son armoniosas y de aspecto agradable.

”Las mujeres no han sido mejor tratadas que los hombres y sugieren las mismas observaciones. Livia, hija de Augusto, tiene el perfil agudo de una garduña; Agripina inspira miedo, y Mesalina -como para desconcertar a Cabanis y Lavater- parece una servidora regordeta más inclinada a las sopas suculentas que a otra cosa.

”Los griegos, es preciso decirlo, son en general menos desproporcionados que los romanos. Las figuras de Temístocles y de Milcíades, entre otros, pueden compararse a los más bellos tipos modernos. Con todo, Alcibíades, ese antepasado lejano de nuestros Richelieu y Lauzun, cuyas proezas amorosas por sí solas llenaban las crónicas de Atenas, tenía, al igual que Mesalina, muy poco del físico que se correspondería con sus actividades. Al ver sus rasgos solemnes y su semblante reservado, las personas lo tomarían más por un jurisconsulto aferrado al texto de la ley que por ese audaz seductor que fue, a tal punto que se hizo exiliar en Esparta exclusivamente para *poner los cuernos* al pobre rey Agis, y vanagloriarse con posterioridad de haber sido el amante de una reina.

”Sea cual fuere la pequeña ventaja que en ese aspecto se puede conceder a los griegos sobre los romanos, quien se entregue a la tarea de comparar esos antiguos tipos con los de nuestro tiempo reconocerá sin esfuerzo que en ese sentido, como en todos los otros, ha habido progreso. Al hacer la comparación, conviene no olvidar que aquí se trata de las clases privilegiadas, invariablemente más bellas que las otras, y que, por consiguiente, los tipos modernos que se comparen

con los antiguos deberán ser elegidos en los salones y no en los antros. Se trata de que la pobreza, ¡ah! en todos los tiempos y desde todos los aspectos, jamás ha sido bella, y no lo es, precisamente, para avergonzarnos y obligarnos a que un día nos emancipemos de ella.

”No quiero, pues, decir en modo alguno que la fealdad ha desaparecido por completo de nuestros semblantes, y que el sello divino se encuentra en definitiva en todas las máscaras que ocultan al alma. Lejos de mí una afirmación que tan fácilmente podría ser refutada por todos. Mi pretensión se limita a constatar que en un período de dos mil años, *tan poca cosa para una humanidad a la que tanto le queda por vivir*, la fisonomía de la especie humana ha mejorado de una manera sensible.

”Considero, asimismo, que las más bellas figuras de la antigüedad son inferiores a las que a diario podemos admirar en nuestras reuniones públicas, en nuestras fiestas y hasta entre los transeúntes de nuestras calles. Si no temiese ofender a ciertas personas modestas, o excitar ciertos celos, con varios cientos de ejemplos conocidos de todos en el mundo contemporáneo confirmaría la evidencia del hecho.

”Los adoradores del pasado se llenan constantemente la boca con la famosa Venus de Médicis, que les parece el ideal de la belleza femenina, sin darse cuenta de que más de cincuenta ejemplares de esa misma Venus se pasean cada domingo por los bulevares de Arlés, y son pocas nuestras ciudades, sobre todo las del sur, que no posean algunos de ellos...

”...De lo que acabamos de decir, nos hemos limitado a comparar nuestro tipo actual con los de los pueblos que nos han precedido en apenas algunos miles de años. Pero si nos remontáramos más lejos a través de las edades y penetráramos en las capas terrestres, donde yacen los despojos de las primeras razas que habitaron en nuestro globo, la ventaja a nuestro favor se haría de tal modo sensible que toda negación a ese propósito se desvanecería por sí misma.

”Bajo aquella influencia teológica que paralizó a Copérnico y a Tico Brahe, que persiguió a Galileo y que, en estos últimos tiempos,

oscureció en algún momento el genio del propio Cuvier, la ciencia vacilaba en sondear los misterios de las épocas antediluvianas. El relato bíblico, tomado al pie de la letra en el más estricto sentido, parecía haber dicho la última palabra acerca de nuestro origen y de los siglos que nos separan de él. Pero la verdad, despiadada en sus aportes, acabó por rasgar la férrea túnica en la que se proponían aprisionarla para siempre, y desnudó formas que hasta entonces habían permanecido ocultas.

”El hombre que antes del diluvio vivía en compañía de los mastodontes, del oso de las cavernas y de otros monumentales mamíferos que han desaparecido, el hombre fósil, en una palabra, negado durante tanto tiempo, ha sido hallado al fin, y su existencia ya no se pone en duda. Los recientes trabajos de los geólogos, particularmente los de Boucher de Perthes⁷, de Filippi y de Lyell, permiten que apreciemos las características físicas de ese venerable antepasado del género humano. Ahora bien, a pesar de los cuentos imaginados por los poetas acerca de la belleza original, y más allá del respeto que se le debe en su carácter de antiguo jefe de nuestra raza, la ciencia está obligada a dar testimonio de que aquel hombre era de una prodigiosa fealdad.

”Su ángulo facial no superaba los 70°; sus mandíbulas, de un volumen considerable, estaban guarnecidas de dientes largos y salientes; su frente era poco acentuada; los temporales aplastados, la nariz achatada y amplias fosas nasales. En resumen, aquel venerable padre debía parecerse mucho más a un orangután que a sus lejanos hijos de la actualidad, y a tal punto es así que si no se hubiesen encontrado a su lado las hachas de sílice que había fabricado y, en otros casos, animales que aún conservaban las evidencias de las heridas provocadas por esas armas primitivas, se podría haber dudado del importante rol que desempeñaba en nuestra filiación terrestre. No sólo sabía fabricar hachas de sílice, sino también mazas y puntas de lanza de la misma materia. La galantería antediluviana llegaba

⁷ Véanse las dos obras eruditas de Boucher de Perthes: *El hombre antediluviano y sus obras y Utensilios de piedra*. París, Librería Espírita. (Nota de la primera edición francesa.)

incluso a la confección de brazaletes y collares de pequeñas piedras redondeadas, que en aquellos remotos tiempos servían de adorno para los brazos y el cuello del sexo seductor, que más adelante se hizo mucho más exigente, como todos pueden atestiguar.

”No sé qué pensarán al respecto las elegantes de nuestros días, en cuyos hombros destellan los diamantes. En cuanto a mí, lo confieso, no puedo sustraerme a una emoción profunda al pensar en ese primer esfuerzo que el hombre, *apenas diferenciado de los irracionales*, hizo para agradar a su compañera, desvalida y desnuda como él, en el seno de una naturaleza inhóspita sobre la cual sus descendientes habrían de reinar un día. ¡Oh! ¡Lejanos antepasados! Si ya sabíais amar con vuestro aspecto rudimentario, ¿cómo podríamos nosotros dudar de vuestra paternidad ante esa señal divina de nuestra especie?

”Es evidente, pues, que esos humanos toscos son nuestros padres, puesto que nos han dejado vestigios de su inteligencia y de su amor, atributos esenciales que nos diferencian de las bestias. Podemos, por lo tanto, analizándolos detenidamente, despojados de los aluviones que los cubren, medir con un compás el progreso físico realizado por nuestra especie desde su aparición en la Tierra. Ahora bien, ese progreso que hasta poco tiempo atrás podía ser refutado por el espíritu de sistema y los prejuicios de la educación, adquiere aquí tal evidencia que ya no se puede dejar de reconocerlo y proclamarlo.

”Si algunos miles de años podían dar margen a dudas, varios cientos de siglos las disipan definitivamente...

”... ¡Qué jóvenes e incipientes somos en todas las cosas! Aún ignoramos nuestro lugar y nuestro camino en la inmensidad del universo, y osamos negar progresos que por falta de tiempo no han podido ser debidamente reconocidos. Así pues, como niños que somos, tengamos un poco de paciencia, y los siglos, que nos aproximan a la meta, habrán de revelarnos esplendores que por hallarse distantes escapan a nuestros ojos recién abiertos.

”Con todo, proclamemos desde ahora a viva voz, dado que la ciencia nos lo permite, el hecho trascendente y consolador del progreso, lento pero seguro, de nuestro tipo físico, rumbo a ese ideal que vislumbraron los grandes artistas gracias a las inspiraciones que les envía el Cielo para revelarnos sus secretos. El ideal no es un producto ilusorio de la imaginación, un sueño fugaz destinado a dar de vez en cuando alguna compensación a nuestras miserias. Se trata de una finalidad que ha sido suscripta por Dios para nuestro perfeccionamiento, finalidad infinita, porque sólo el infinito puede satisfacer en todos los casos a nuestro espíritu y brindarle un trayecto digno de él.”

De estas atinadas observaciones, se concluye que la forma de los cuerpos se modificó *en un sentido determinado* y según una ley, a medida que el ser moral se fue desarrollando; que la forma exterior guarda relación constante con el instinto y los apetitos del ser moral; que cuanto más sus instintos se aproximan a la animalidad, tanto más se aproxima la forma a ella; por último, que a medida que los instintos materiales se purifican y dan lugar a los sentimientos morales, la envoltura exterior, que ya no se destina a la satisfacción de necesidades groseras, adopta formas cada vez menos densas, más sutiles, en armonía con la elevación y la delicadeza de las ideas. La perfección de la forma es, de ese modo, una consecuencia de la perfección del Espíritu, de donde se puede inferir que el ideal de la forma habrá de ser la que adopten los Espíritus en estado de pureza, la forma que imaginan los poetas y los verdaderos artistas, porque ellos penetran con el pensamiento en los mundos superiores.

Desde mucho tiempo atrás se dice que el rostro es el espejo del alma. Esta verdad, que se ha transformado en un axioma, explica el hecho vulgar de que ciertas fealdades desaparezcan con el reflejo de las cualidades morales del Espíritu, y que con mucha frecuencia sea preferible una persona fea, dotada de sobresalientes cualidades, a otra que no tenga más que la belleza plástica. Eso se debe a que semejante fealdad consiste exclusivamente en irregularidades de la forma, pero

no excluye la finura de los rasgos, necesaria para la expresión de los sentimientos delicados.

De lo que precede podemos deducir que la belleza real consiste en la forma que se muestra más alejada de la animalidad y que mejor refleja la superioridad intelectual y moral del Espíritu, que es el ser principal. A partir de que lo moral influye sobre el cuerpo físico, y que este se adapta a sus necesidades físicas y morales, se concluye: 1.º que el tipo de belleza consiste en la forma más apta para la expresión de las más elevadas cualidades morales e intelectuales; 2º que a medida que el hombre se eleve moralmente, su envoltura se aproximará al ideal de la belleza, que es la belleza angelical.

El negro puede ser bello para el negro, así como un gato es bello para otro gato; pero no es bello en sentido absoluto, porque sus rasgos rústicos, sus labios gruesos, denotan la materialidad de los instintos; pueden expresar las pasiones violentas, pero no podrían prestarse a revelar los matices delicados del sentimiento ni las modulaciones de un Espíritu refinado.

Por ese motivo considero que, sin presunción, podemos calificarnos de más bellos que los negros y los hotentotes; pero también probablemente seamos, para las generaciones futuras, perfeccionadas, lo que los hotentotes son en relación con nosotros. Y ¿quién sabe si, cuando encuentren nuestros fósiles, aquellas generaciones no los tomarán por los de alguna especie de animal?

Desde que fue leído en la Sociedad de París, este artículo fue objeto de un número grande de comunicaciones, todas las cuales presentaban las mismas conclusiones. Sólo transcribimos las dos siguientes, por ser las más completas:

París, 4 de febrero de 1869. (Médium: Sra. Malet.)

“Habéis pensado con acierto que la fuente original de toda bondad y de toda inteligencia es también la fuente de toda belleza. El amor engendra la perfección de todas las cosas, y él mismo es la perfección.

El Espíritu está llamado a conquistar esa perfección, que es su esencia y su destino. Debe aproximarse, mediante su trabajo, a la inteligencia soberana y a la bondad infinita; también debe, pues, revestirse poco a poco con la forma perfecta que caracteriza a los seres perfectos.

”En vuestras desdichadas sociedades, en vuestro globo aún desequilibrado, la especie humana se encuentra tan lejos de esa belleza física porque la belleza moral se halla en los comienzos de su desarrollo. La conexión entre esas dos bellezas es un hecho cierto, lógico, del cual el alma tiene intuición ya en este mundo. En efecto, todos sabéis cuán penoso es el aspecto de una fisonomía encantadora, cuyo encanto es desmentido por el carácter. Si oís hablar de una persona de reconocido mérito, en seguida le atribuíis los más simpáticos rasgos, y os sentís dolorosamente impresionados cuando verificáis que la realidad desmiente vuestras previsiones.

”De ahí sólo se concluye que el alma, como todas las cosas que reserva el porvenir, tiene la presciencia de la belleza a medida que la humanidad progresa y se aproxima a su tipo divino. No intentéis extraer, de la aparente decadencia en que se encuentra la raza más avanzada de este globo, argumentos contrarios a esa afirmación. Sí, es verdad que la especie pareciera que degenera, que se envilece; las enfermedades se abaten sobre vosotros antes de la vejez; hasta la infancia misma padece las enfermedades que habitualmente sólo se manifiestan en otra edad de la vida. Con todo, se trata de una transición. Vuestra época es mala; concluye y da a luz; concluye un período doloroso y da a luz una época de regeneración física, de adelanto moral, de progreso intelectual. La nueva raza, de la que ya he hablado, tendrá más facultades, más recursos para las funciones del Espíritu; será más grande, más fuerte, más bella. Desde el principio habrá de ponerse en armonía con las riquezas de la Creación, que vuestra raza indolente y fatigada desdeña o ignora. Aprovechará las grandes cosas que habéis hecho por ella, y avanzará por las vías de los descubrimientos y los perfeccionamientos con un ardor febril cuyo poder no conocéis.

”Más adelantados también en bondad, vuestros descendientes harán de esta desdichada Tierra lo que vosotros no supisteis hacer: un mundo feliz donde el pobre no será rechazado ni despreciado, sino socorrido por instituciones amplias y liberales. Ya se asoma la aurora de esas ideas, cuya claridad nos llega por momentos. Amigos, aquí está finalmente el día en que la luz brillará en la Tierra oscura y miserable, en que la raza será buena y bella de acuerdo con el grado de adelanto que haya conquistado, en que la señal estampada en la frente del hombre ya no será la de la reprobación, sino la de la alegría y la esperanza. Entonces, los Espíritus adelantados vendrán en multitudes a tomar un lugar entre los colonos de esta tierra; serán mayoría y todo les cederá el paso. La renovación se llevará a cabo, y la faz del planeta cambiará, porque esa raza será grande y poderosa, y el momento en que venga indicará el comienzo de los tiempos venturosos.”

PAMPHILE

París, 4 de febrero de 1869.

“Desde el punto de vista puramente humano, la belleza es un asunto muy discutible y muy cuestionado. Para juzgarlo con acierto es preciso estudiarla con afición desinteresada, pues aquel que esté bajo su influencia no puede tener voz en la materia. También se debe tomar en consideración el gusto de cada uno en las apreciaciones que se hacen.

”Bello, realmente bello, sólo es aquello que siempre lo fue, y para todos; y esa belleza eterna, infinita, es la manifestación divina en sus aspectos incesantemente variados; ¡es Dios en sus obras y en sus leyes! Esa es la única belleza absoluta. Es la armonía de las armonías, y tiene derecho al título de absoluta porque no puede concebirse nada más bello.

”En cuanto a lo que se ha convenido en llamar bello y que es verdaderamente digno de ese título, sólo debe ser considerado como una cosa esencialmente relativa, porque siempre puede concebirse algo más bello, más perfecto. Sólo existe una belleza, una única perfección: Dios. Fuera de Él, todo lo que adornamos con esos califica-

tivos no es más que un pálido reflejo de lo único bello, un aspecto armonioso de las mil y una armonías de la creación.

”Hay tantas armonías como objetos creados y, por consiguiente, tantas bellezas típicas que determinan el punto culminante de la perfección que puede alcanzar cualquiera de las subdivisiones del elemento animado. La piedra es bella y diversamente bella. Cada especie mineral tiene sus armonías, y el elemento que reúne todas las armonías de la especie posee la mayor suma de belleza a que la especie puede aspirar.

”La flor tiene sus armonías; también ella puede poseerlas todas o aisladamente, y ser distintamente bella, pero sólo será bella cuando las armonías que concurren a su creación se encuentren armónicamente fusionadas. Dos tipos de belleza pueden producir, por fusión, un ser híbrido, informe, de aspecto repulsivo. ¡Hay entonces cacofonía! Todas las vibraciones eran armónicas aisladamente, pero la diferencia de tonalidad entre ellas produjo una disonancia al encontrarse las ondas vibrantes; *¡de ahí el monstruo!*

”Al descender en la escala creada, cada tipo animal da lugar a las mismas observaciones, y la ferocidad, la astucia, la envidia misma podrán dar origen a bellezas especiales, si el principio que determina la forma está sin mezcla. La armonía, incluso en el mal, produce lo bello. Existe lo bello satánico y lo bello angelical; la belleza enérgica y la belleza resignada. Cada sentimiento, cada haz de sentimientos, mientras sea armónico, produce un tipo de belleza particular, cuyos aspectos humanos son, en todos los casos, no degeneraciones sino bocetos. Por eso es correcto que digamos, no que somos más bellos, sino que nos aproximamos cada vez más a la belleza real a medida que nos elevamos hacia la perfección.

”Todos los tipos se unen armónicamente en lo perfecto. Por eso lo perfecto es lo bello absoluto. Nosotros, que progresamos, poseemos nada más que una belleza relativa, debilitada y combatida por los elementos carentes de armonía de nuestra naturaleza.”

LAVATER

Música celestial

Cierto día, en una de las reuniones de la familiar, el padre había leído un pasaje de *El libro de los Espíritus* relativo a la música celestial. Una de sus hijas, aficionada a la música, se dijo a sí misma: “¡No es posible! ¡En el mundo invisible no hay música!” Con todo, decidió no exteriorizar su pensamiento. Esa noche, ella misma recibió por escrito, espontáneamente, la siguiente comunicación:

“Esta mañana, hija mía, tu padre te leyó un pasaje de *El libro de los Espíritus*. Trataba sobre la música, y quedaste en conocimiento de que la música del Cielo es mucho más bella que la de la Tierra. Los Espíritus la encuentran muy superior a la vuestra. Si bien todo eso es verdad, tú pensabas: “¿Cómo podría Bellini venir a darme consejos y oír mi música? Probablemente fue algún Espíritu liviano y farsante”. (Alusión a los consejos que el Espíritu de Bellini le daba a veces sobre música.) Te equivocaste, hija mía. Cuando los Espíritus toman a un encarnado bajo su protección, el objetivo que se proponen es hacerlo adelantar.

”Así, Bellini ya no encuentra bella su música, porque no puede ser comparada con la del espacio; pero él ve tu aplicación y tu amor a ese arte, y si te da consejos es por una satisfacción sincera. Desea que tu profesor sea recompensado por todo su esfuerzo. Si bien encuentra que su obra es muy infantil, comparada con las sublimes armonías del mundo invisible, aprecia su talento, que en ese mundo puede calificarse de grande. Créelo, hija mía: los sonidos de vuestros instrumentos, vuestras más bellas voces, no podrían daros la menor idea de la música celestial y de su delicada armonía”.

Al cabo de unos instantes, dijo la joven: “Papá, papá, me adormezco, voy a caerme”. Inmediatamente se echó sobre una poltrona

y exclamó: “¡Oh! Papá, papá, ¡qué música deliciosa!... Despiértame, porque de lo contrario me voy”.

Como los presentes, aterrorizados, no sabían qué hacer para despertarla, ella dijo: “Agua, agua”. En efecto, algunas gotas que le salpicaron sobre el rostro produjeron un resultado inmediato. Aturdida al principio, la joven volvió lentamente en sí, sin la mínima conciencia de lo que había sucedido.

Esa misma noche, su padre estaba a solas cuando recibió del Espíritu de san Luis la siguiente explicación:

“Cuando leías a tu hija el párrafo de *El libro de los Espíritus* que se refiere a la música celestial, ella dudaba; no comprendía que en el mundo espiritual pudiese existir la música. Por eso más tarde le dije que era verdad. Pero como no conseguí persuadirla, Dios permitió que, para convencerla, ella cayese en un sueño sonambúlico. Entonces, desprendiéndose del cuerpo dormido, su Espíritu se lanzó por el espacio y fue admitido en las regiones etéreas, donde permaneció en un éxtasis producido por la impresión que le causó la armonía celestial. A eso se debió que exclamara: “¡Qué música! ¡Qué música!” No obstante, al sentirse transportada hacia regiones cada vez más elevadas del mundo espiritual, pidió que la despertaran indicándote el medio de conseguirlo, es decir, con agua.

”Todo se hace por la voluntad de Dios. El Espíritu de tu hija ya no dudará. Aun cuando al despertar no conserve un recuerdo nítido de lo sucedido, su Espíritu ahora sabe a qué atenerse.

”Agradeced a Dios, pues, los favores con que la colma. Agradecedle que se digne haceros conocer cada vez más su omnipotencia y su bondad. ¡Que sus bendiciones se derramen sobre vosotros y sobre este médium, dichoso entre tantos otros!”

Observación - Tal vez haya quien se pregunte qué convicción puede haber resultado para esa joven de lo que se le hizo oír, puesto que no se acuerda de nada. Si bien en estado de vigilia los detalles se han borrado de su memoria, el Espíritu conserva el recuerdo. Le ha

quedado una intuición suficiente para modificar sus ideas. En vez de rechazarlas, aceptará sin dificultad las explicaciones que se le dieron, porque las comprenderá, e intuitivamente reconocerá que son concordantes con su sentimiento íntimo.

Lo que ocurrió aquí, en este hecho aislado, por espacio de algunos minutos, durante la breve excursión que el Espíritu de la joven realizó por el mundo espiritual, es análogo a lo que ocurre en el intervalo de una existencia a otra, cuando el Espíritu que encarna lleva consigo el conocimiento de un asunto cualquiera. En ese caso, una vez encarnado, se apropia sin dificultad de las ideas relativas al tema, aunque como hombre no tenga presente de qué modo las ha adquirido. En cambio, las ideas para cuya asimilación todavía no se encuentra maduro, penetran con dificultad en su cerebro.

Así se explica la facilidad con que ciertas personas asimilan las ideas espíritas. Esas ideas no hacen más que despertar en ellas las ideas que ya poseían. Son espíritas natos, como otros son poetas, músicos o matemáticos. Comprenden de inmediato y no necesitan pruebas materiales para convencerse. Indiscutiblemente, eso constituye un indicio de adelanto moral y de desarrollo espiritual.

En la comunicación referida se lee: “Agradeced a Dios los favores con que la colma; que sus bendiciones se derramen sobre este médium, dichoso entre tantos otros”. Podría suponerse que estas palabras indican la concesión de un favor, una preferencia, un privilegio, cuando el espiritismo nos enseña que por ser Dios soberanamente justo, ninguna de sus criaturas es privilegiada, y que Él no hace más fácil el camino a unos que a otros. No cabe duda de que la misma senda está abierta a todos, aunque no todos la recorran con la misma rapidez ni con el mismo resultado, ni aprovechen del mismo modo las instrucciones que reciben. El Espíritu de la referida joven, aunque sea joven como encarnado, por cierto ha vivido mucho y ha alcanzado un considerable progreso.

Los Espíritus buenos, como la encuentran dócil a sus enseñanzas, se complacen en instruirla como lo hace el profesor con el

discípulo en quien descubre buenas disposiciones. En ese sentido se dice que el médium es dichoso entre muchos otros, quienes para su adelanto moral no recogen fruto alguno de la mediumnidad que poseen. Por consiguiente, en este caso no hay ni favor ni privilegio: sólo una recompensa. Si el Espíritu dejara de ser digno de ella, sus buenos guías lo abandonarían de inmediato, y se vería rodeado de una multitud de Espíritus malos.

Música espírita

“Recientemente, en la sede de la Sociedad Espírita de París, el Presidente me hizo el honor de pedirme una opinión sobre el estado actual de la música y sobre las modificaciones que podrían producirse en ella a causa de la influencia de las creencias espíritas. Si no he atendido en forma inmediata a esa benévola y simpática solicitud, creedme señores, ha sido porque una causa de índole superior motivó mi abstención.

”Los músicos, ¡ah! son hombres como los demás, pero hombres que en esa condición son quizás más falibles y pecadores. No he sido eximido de debilidades, y si Dios me concedió una larga vida para que dispusiera de tiempo para arrepentirme, la embriaguez del éxito, la complacencia de los amigos, la adulación de los cortejadores, en muchas ocasiones me han quitado la ocasión de hacerlo efectivo. Un maestro es un ser poderoso en ese mundo donde el placer desempeña tan importante rol. Aquel cuyo arte consiste en seducir el oído y enternecer el corazón, observa las celadas que se crean a su paso, ¡y el desdichado cae en ellas! Se embriaga con la embriaguez de los demás; los aplausos le cierran los oídos y va derecho al abismo, sin procurar un punto de apoyo para resistir el impulso.

”Sin embargo, a pesar de mis errores, tenía fe en Dios. ¡Creía en el alma que vibraba en mí, y tan pronto como ella se desprendió de su caja sonora, pudo reconocerse en medio de las armonías de la Creación y sumó su plegaria a las que se elevan desde la naturaleza infinita de la creación hacia el Ser increado!...

”Soy dichoso por el sentimiento que ha provocado mi venida junto a los espíritas, porque lo ha dictado la simpatía; y si bien al principio sólo me atrajo la curiosidad, es a mi reconocimiento que debéis la apre-

ciación de la pregunta que se me ha propuesto. Yo estaba allí, dispuesto a hablar, en la suposición de que lo sabía todo, cuando mi orgullo doblegado reveló mi ignorancia. Me quedé mudo y escuché. Regresé, me instruí, y cuando a las palabras de verdad dictadas por vuestros mentores se agregó la reflexión y la meditación, me dije a mí mismo: El gran maestro Rossini, el creador de tantas obras maestras según los hombres, no ha hecho lamentablemente más que desgranar algunas de las perlas imperfectas del cofre musical creado por el Maestro de los maestros. Rossini ha combinado algunas notas, ha compuesto melodías, ha bebido de la copa que contiene todas las armonías; sustrajo algunas centellas del fuego sagrado, ¡pero ese fuego sagrado ni él ni otros lo han creado! Nada hemos inventado: copiamos del gran libro de la naturaleza, y la multitud aplaude cuando no hemos deformado demasiado la partitura.

”¡Una disertación sobre la música celestial!... ¿Quién podría encargarse de eso? ¿Qué Espíritu sobrehumano podría hacer vibrar la materia al unísono de ese arte encantador? ¿Qué cerebro humano, qué Espíritu encarnado podría captar esos matices que varían hasta lo infinito?... ¿Quién posee hasta ese punto el sentimiento de la armonía?... ¡No, el hombre no ha sido hecho para esas condiciones!... ¡Más adelante!... ¡mucho más adelante!...

”Mientras aguardamos, tal vez yo venga en breve a satisfacer vuestro deseo y daros mi apreciación sobre el estado actual de la música, así como a hablaros de las transformaciones, de los progresos que experimentará gracias a la contribución del espiritismo. Ahora es demasiado temprano. El tema es amplio, y si bien ya lo he estudiado, aún me supera. Cuando lo haya dominado, en caso de que eso sea posible, o mejor dicho, cuando lo haya vislumbrado tanto como me lo permita el estado de mi espíritu, habré de satisfaceros. Necesito algo más de tiempo. Si sólo un músico puede hablar de la música del futuro, le corresponde hacerlo como maestro, y Rossini no desea hablar de ella como un aprendiz.”

ROSSINI (Médium: Sr. Desliens.)

“Ya he explicado el motivo del silencio que guardé sobre la pregunta que me dirigió el maestro de la doctrina espírita. Era conveniente que antes de que abordara ese difícil asunto me recogiese para recordar y resumir los elementos de que disponía. No tenía que estudiar la música, sólo debía clasificar los argumentos metódicamente, a fin de que presentara un resumen que pudiera daros una idea de mi concepción acerca de la armonía. Ese trabajo, que hice no sin dificultad, está concluido y me encuentro dispuesto a someterlo a la apreciación de los espíritas.

”Es difícil hacer una definición de la armonía. A menudo se la confunde con la música, con los sonidos que resultan de una coordinación de notas y de las vibraciones de los instrumentos que reproducen ese orden. Pero la armonía no consiste en eso, como tampoco la llama es la luz. La llama es el resultado de la combinación de dos gases: es tangible; la luz que ella proyecta es un reflejo de esa combinación, pero no es la llama misma, que no es tangible. En este caso el efecto es superior a la causa. Lo mismo ocurre con la armonía. Es el resultado de una coordinación musical, y se trata de un efecto igualmente superior a la causa: la causa es ordinaria y tangible; el efecto es sutil e intangible.

”Se puede concebir la luz sin llama y se comprende la armonía sin música. El alma es apta para percibir la armonía prescindiendo del concurso de la instrumentación, así como es apta para ver la luz sin el concurso de combinaciones materiales. La luz es un sentido íntimo que posee el alma; cuanto más desarrollado está ese sentido, tanto mejor percibe la luz. La armonía también es un sentido íntimo del alma; es percibida en razón del desarrollo de ese sentido. Fuera de las causas tangibles, la luz y la armonía son de esencia divina: las poseemos en razón de los esfuerzos hechos para adquirirlas. Si comparo la luz y la armonía, es para que me comprendan mejor, y también porque esas dos sublimes satisfacciones del alma son hijas de Dios y, por consiguiente, hermanas.

”La armonía del Espacio es tan compleja, son tantos los grados que conozco de ella, y muchos más aún los que me resultan ocultos en el éter infinito, que aquel que se encuentra ubicado en un cierto nivel de percepción experimenta que la admiración lo desborda al contemplar esas diversas armonías que, si estuvieran reunidas, constituirían la más intolerable cacofonía; mientras que, por el contrario, cuando se las percibe por separado, constituyen la armonía particular de cada grado. Esas armonías, que son elementales y groseras en los grados inferiores, transportan al éxtasis en los grados superiores. Tal armonía, que hiere a un Espíritu de percepciones sutiles, deslumbra a un Espíritu de percepciones groseras; y cuando al Espíritu inferior le es dado deleitarse con las satisfacciones de las armonías superiores, el éxtasis se apodera de él y la plegaria lo invade; el arrobamiento lo conduce a las esferas elevadas del mundo moral; vive una vida superior a la suya y desearía continuar viviendo siempre de ese modo. Pero cuando la armonía lo abandona, se despierta, o mejor dicho, se adormece. En todos los casos, vuelve a la realidad de su situación, y de los lamentos que deja escapar por haber descendido se desprende una oración al Eterno, pidiéndole fuerzas para volver a elevarse. Eso es para él un poderoso motivo de superación.

”No es mi propósito explicar los efectos musicales que el Espíritu produce cuando obra sobre el éter. Lo cierto es que el Espíritu produce los sonidos que quiere, y que no puede querer aquello que no conoce. Por consiguiente, aquel que tiene mucha comprensión, que es portador de la armonía, que está saturado de ella, que goza en sí mismo de su sentido íntimo, de esa nada imperceptible, de esa abstracción que es la concepción de la armonía, obra cuando quiere sobre el fluido universal, que como un instrumento fiel reproduce lo que el Espíritu concibe y desea. El éter vibra por la acción de la voluntad del Espíritu; la armonía que este último lleva consigo se concreta, por decirlo así; se exhala dulce y suave como la fragancia de la violeta, o ruge como la tempestad, o estalla como el rayo, o gime como la

brisa; es veloz como el relámpago o lenta como la nube; es entrecortada como el sollozo o uniforme como la hierba; es impetuosa como una catarata o serena como un lago; murmura como un arroyo o es estruendosa como un torrente. Tan pronto tiene la agreste aspereza de las montañas como la fresca de un oasis; es sucesivamente triste y melancólica como la noche, o jovial y alegre como el día; es caprichosa como el niño, consoladora como la madre y protectora como el padre; es desordenada como la pasión, transparente como el amor y grandiosa como la naturaleza. Cuando llega a este último término, se confunde con la plegaria, glorifica a Dios y lleva al deslumbramiento a aquel mismo que la produce o la concibe.

”¡Oh! ¡Comparación, comparación! ¿Por qué estamos obligados a emplearte? ¿Por qué debemos reverenciar tus necesidades degradantes y quitar a la naturaleza tangible imágenes groseras para que se haga comprensible la sublime armonía en la que se deleita el Espíritu? Asimismo, pese a las comparaciones, no se consigue transmitir una idea de esa abstracción, que constituye un sentimiento mientras obra como causa, y una sensación cuando se convierte en efecto.

”El Espíritu que tiene el sentimiento de la armonía es como el Espíritu que se realizó intelectualmente; ambos gozan en forma constante de la propiedad inalienable que han conquistado. El Espíritu inteligente que enseña su ciencia a los ignorantes experimenta la felicidad de enseñar, porque sabe que hace felices a aquellos a quienes instruye. El Espíritu que hace vibrar en el éter los acordes de la armonía que está en él experimenta la felicidad de ver satisfechos a quienes lo escuchan.

”La armonía, la ciencia y la virtud son las tres grandes concepciones del Espíritu: la primera lo deslumbra, la segunda lo ilustra, la tercera lo eleva. Poséidas en su plenitud, se confunden y constituyen la pureza. ¡Oh, Espíritus puros que las poseéis! ¡Descended hasta nuestras tinieblas e iluminad nuestra trayectoria; mostradnos el camino que habéis tomado, a fin de que sigamos vuestras huellas!

”Cuando pienso que esos Espíritus, cuya existencia puedo comprender, son seres finitos, átomos en relación con el eterno Señor del universo, mi razón se confunde al pensar en la grandeza de Dios y en la infinita dicha que Él goza en sí mismo, por el solo hecho de que es infinita su pureza, visto que todo lo que la criatura adquiere no es más que una porción que emana del Creador. Ahora bien, si la parcela llega a fascinar por la voluntad, a cautivar y a deslumbrar por la delicadeza, a resplandecer por la virtud, ¿qué no habrá de producir la fuente eterna e infinita de donde ha sido extraída? Si el Espíritu, ser creado, llega a absorber en su pureza tanta felicidad, ¿qué idea habremos de tener de la felicidad que el Creador extrae de su pureza absoluta? ¡Eterno enigma!

”El compositor que concibe la armonía, la traduce en el grosero lenguaje al que se denomina música; concreta su idea y la escribe. El artista aprende la forma y elige el instrumento que le permita expresar la idea. El aire, accionado por el instrumento, traslada la idea al oído del oyente, y el oído la transmite al alma. Pero el compositor ha sido impotente para expresar por completo la armonía que concibió, por falta de un lenguaje apropiado; el intérprete, por su parte, tampoco comprendió en su totalidad la idea escrita, y el instrumento indócil de que se sirve no le permite traducir todo lo que ha comprendido. El oído es afectado por el aire grosero que lo rodea, y el alma recibe finalmente por medio de un órgano rebelde la horrible traducción de la idea que ha brotado del alma del maestro. Esa idea era su sentimiento íntimo. Aunque corrompida por los agentes de la instrumentación y de la percepción, invariablemente produce sensaciones en aquellos que la oyen interpretada. Esas sensaciones constituyen la armonía. Las produjo la música: son el efecto de la música. Esta es puesta al servicio del sentimiento para producir la sensación. En el compositor, el sentimiento es la armonía; en el oyente, la sensación también es armonía, con la diferencia de que es concebida por uno y recibida por el otro. La música es la *médium* de la armonía: ella la recibe y la da,

como el reflector es el *médium* de la luz, y como tú eres el *médium* de los Espíritus. La trasmite más o menos distorsionada, según sea bien o mal ejecutada, del mismo modo que el reflector envía mejor o peor la luz, según sea más o menos brillante y pulido, y del mismo modo que el médium expresa más o menos bien los pensamientos del Espíritu, según sea más o menos dócil.

”Y ahora que se ha comprendido debidamente la armonía en su significación, que se sabe que es concebida por el alma y transmitida al alma, habrá de comprenderse la diferencia que existe entre la armonía de la Tierra y la del Espacio.

”Entre vosotros todo es grosero: el instrumento de interpretación y el instrumento de percepción. Entre nosotros todo es sutil: vosotros tenéis el aire y nosotros tenemos el éter; vosotros tenéis el órgano que obstruye y atenúa; entre nosotros la percepción es directa y nada la atenúa. Entre vosotros el autor es interpretado; entre nosotros habla sin intermediarios en el lenguaje que expresa todas las concepciones. Sin embargo, esas armonías proceden de la misma fuente; así como la luz de la luna es el reflejo de la luz del sol, la armonía de la Tierra no es más que el reflejo de la armonía del Espacio.

”La armonía es tan indefinible como la felicidad, el miedo, la cólera; es un sentimiento. Sólo puede comprenderla quien la posee, y sólo la posee quien la ha conquistado. El hombre jovial no puede explicar su alegría; el pusilánime no puede explicar su timidez; ambos pueden exponer los hechos que esos sentimientos provocan, definirlos, describirlos, pero los sentimientos permanecen sin explicación. El hecho que causa alegría en uno no producirá nada en otro; el objeto que ocasiona temor en uno produce valor en otro. A las mismas causas les siguen efectos contrarios; esto no ocurre en la física, pero sí en la metafísica, porque el sentimiento es una propiedad del alma y las almas difieren entre sí en sensibilidad, en impresionabilidad, en libertad. La música, que es la causa secundaria de la armonía percibida, penetra y transporta a uno pero deja frío e indiferente a otro. Eso se debe a que el primero

se halla en condiciones de recibir la impresión que la armonía produce, mientras que el segundo se encuentra en estado opuesto: escucha el aire que vibra, pero no comprende la idea que le transmite. Este llega al tedio y al adormecimiento, cuando aquel se entusiasma y llora. Es evidente que el hombre que goza las delicias de la armonía es más elevado, más puro que aquel en quien esta no puede penetrar; su alma está más apta para sentir; se desprende más fácilmente y la armonía la ayuda a que se desprenda, la transporta y le permite ver mejor el mundo moral. De ahí debemos concluir que la música es esencialmente moralizadora, puesto que es portadora de la armonía para las almas, y la armonía las eleva y las ennoblece.

”La influencia de la música sobre el alma, sobre su progreso moral, es reconocida por todo el mundo; pero por lo general se ignora la razón de esa influencia. Su explicación está por completo en este hecho: la armonía coloca el alma bajo el poder de un sentimiento que la desmaterializa. Ese sentimiento existe en un cierto grado, pero se desarrolla bajo la acción de un sentimiento similar más elevado. Aquel que está privado de ese sentimiento es conducido a él de modo gradual, y finalmente se deja penetrar y conducir hacia el mundo ideal, donde olvida por un instante los placeres inferiores que prefiere a la divina armonía.

”Ahora bien, si consideramos que la armonía sale del concierto del Espíritu, deduciremos que la música ejerce una saludable influencia sobre el alma, y que el alma que la concibe también ejerce una influencia sobre la música. El alma virtuosa, que tiene la pasión del bien, de lo bello, de lo grande, y que ha conquistado la armonía, producirá obras maestras capaces de penetrar en las almas más empedernidas y conmoverlas. Si el compositor no se eleva, ¿cómo habrá de expresar la virtud que desdén, lo bello que ignora y lo grande que no comprende? Sus composiciones reflejarán sus gustos sensuales, su liviandad, su indolencia. A veces serán licenciosas, y otras veces obscenas, cómicas o burlescas; comunicarán a los oyentes los sentimientos que expresan, y los pervertirá en lugar de mejorarlos.

”Así pues, en la medida en que moraliza a los hombres, el espiritismo está en condiciones de ejercer una gran influencia sobre la música. Producirá más compositores virtuosos, que transmitirán sus virtudes al hacer oír sus composiciones.

”Se reirá menos, se llorará más; la hilaridad cederá espacio a la emoción, la fealdad a la belleza, y lo cómico a la magnificencia.

”Por otro lado, los oyentes que el espiritismo haya preparado para recibir fácilmente la armonía, al oír música solemne experimentarán un verdadero encanto; desdeñarán la música frívola y licenciosa que se apodera de las masas. Cuando lo grotesco y lo obscuro sean abandonados por lo bello y por el bien, desaparecerán los compositores de ese orden, porque sin oyentes no ganarán nada, y es para ganar que ellos se corrompen.

”¡Oh, sí! ¡El espiritismo influirá sobre la música! ¿Cómo podría ser de otro modo? Su advenimiento transformará el arte, purificándolo. Su fuente es divina, su fuerza lo conducirá por todas partes donde haya hombres dispuestos a amar, a elevarse y comprender. Se convertirá en el ideal y el objetivo de los artistas. Pintores, escultores, compositores y poetas irán a buscar en él sus inspiraciones y él se las proporcionará, porque es rico, porque es inagotable.

”El Espíritu del maestro Rossini volverá, en una nueva existencia, para continuar el arte al que considera el más importante de todos. El espiritismo será su símbolo y el inspirador de sus composiciones.

ROSSINI (Médium: Sr. Nivart.)

El camino de la vida

La cuestión de la pluralidad de las existencias ha preocupado a los filósofos desde hace tiempo, y más de uno ha reconocido en la anterioridad del alma la única solución posible para los más importantes problemas de la psicología. Sin ese principio, se han visto obstaculizados a cada paso, acorralados en un callejón sin salida de donde solamente han podido escapar con el auxilio de la pluralidad de las existencias.

La mayor objeción que se puede hacer a esa teoría consiste en la falta de recuerdos de las existencias anteriores. En efecto, integrar una sucesión de existencias de las que no se tiene conciencia, abandonar un cuerpo para tomar otro sin la memoria del pasado, equivaldría a la nada, visto que sería la nada en cuanto al pensamiento. Sería una sucesión de nuevos puntos de partida sin conexión con los precedentes; una ruptura incesante de los afectos que constituyen el encanto de la vida presente, así como la más dulce y consoladora esperanza del porvenir. Sería, por último, la negación de toda responsabilidad moral. Semejante doctrina resultaría tan inadmisibile y tan incompatible con la justicia de Dios como la de una única existencia cuya perspectiva fuera la eternidad absoluta de las penas, consecuencia de algunas faltas transitorias. Es comprensible, pues, que aquellos que se forman semejante idea de la reencarnación la rechacen; pero no es de ese modo como nos la presenta el espiritismo.

La existencia espiritual del alma -nos dice el espiritismo- es su existencia normal, con un recuerdo retrospectivo indefinido. Las existencias corporales sólo son intervalos, breves estaciones en la existencia espiritual, y la suma de todas esas estaciones es una mínima

parte de la existencia normal, como si en un viaje de muchos años, cada tanto el viajero se detuviese por algunas horas. Si bien durante las existencias corporales pareciera que existe solución de continuidad debido a la ausencia del recuerdo, la unión se establece en el transcurso de la vida espiritual, que no tiene interrupción. En realidad, la solución de continuidad sólo existe para la vida corporal exterior y de relación; y en ese aspecto la ausencia del recuerdo constituye una prueba de la sabiduría de la Providencia, que de ese modo ha evitado que el hombre se desvíe demasiado de la vida real, donde tiene deberes que cumplir. No obstante, cuando el cuerpo se halla en reposo, durante el sueño, el alma levanta vuelo parcialmente, y entonces se restablece la cadena que sólo ha sido interrumpida con la vigilia.

Aún se puede hacer una objeción a esto, preguntando qué provecho puede el hombre sacar de sus existencias anteriores para su mejoramiento, dado que no recuerda las faltas que ha cometido. En primer lugar, el espiritismo responde que el recuerdo de las existencias desdichadas, asociado a las miserias de la vida presente, haría que esta última fuese aún más penosa. Por lo tanto, representaría un incremento de sufrimiento que Dios ha querido ahorrarnos. Si así no fuese, ¡cuán grande sería nuestra humillación al pensar en lo que hemos sido! A los efectos de nuestro mejoramiento, aquel recuerdo sería inútil. Durante cada existencia damos algunos pasos hacia adelante, conquistamos algunas cualidades y nos despojamos de algunas imperfecciones. Así, cada una de esas existencias es un nuevo punto de partida, en la que somos tal como nos hemos hecho, en la que nos consideramos por lo que somos, sin la preocupación de lo que hemos sido. Si en una existencia anterior fuimos antropófagos, ¿qué nos importa si ya no lo somos? Si tuvimos un defecto cualquiera del cual no conservamos vestigios, esa es una cuenta saldada que ya no debe preocuparnos. Supongamos, por el contrario, que se trate de un defecto que sólo hemos corregido parcialmente: el resto quedará para la vida siguiente, y nos corresponderá corregirlo en esa ocasión. To-

memos un ejemplo: un hombre ha sido asesino y ladrón, y recibió su castigo tanto en la vida corporal como en la espiritual. Se arrepintió y se corrigió de su primera inclinación, pero no de la segunda. En la existencia siguiente sólo será ladrón; tal vez un terrible ladrón, pero ya no será un asesino. Un paso más adelante y será apenas un ratero; algo más tarde, ya no robará, pero probablemente tenga inclinación hacia el robo, que su conciencia neutralizará. Posteriormente, en un último esfuerzo y habiendo desaparecido todos los rastros de la enfermedad moral, será un modelo de probidad. En ese caso, ¿qué habrá de importarle lo que fue? El recuerdo de haber muerto en el cadalso, ¿no sería para él una tortura, una constante humillación? Aplicad este mismo razonamiento a todos los vicios, a todos los desvíos, y podréis ver cómo se mejora el alma, pasando y volviendo a pasar por los tamicos de la encarnación. ¿Acaso Dios no es más justo al determinar que el hombre sea el árbitro de su propia suerte mediante los esfuerzos que puede hacer para mejorarse, en vez de disponer que su alma nazca al mismo tiempo que su cuerpo, para luego condenarla a tormentos perpetuos por errores pasajeros, sin concederle los medios para que se purifique de sus imperfecciones? Con la pluralidad de las existencias, el porvenir está en sus manos. Si emplea mucho tiempo en mejorarse, sufre las consecuencias de ese proceder; en eso consiste la justicia suprema; pero la esperanza jamás se le niega.

La siguiente comparación puede ayudar a que se comprendan las peripecias de la vida del alma. Supongamos un camino a lo largo del cual, a intervalos desiguales, se encuentran bosques que es preciso atravesar; a la entrada de cada uno se interrumpe la hermosa y ancha carretera, para continuar a la salida. Un viajero va por ese camino y penetra en el primer bosque. Allí ya no hay un sendero trazado. Por el contrario, se encuentra con un laberinto intrincado en el que se pierde. La luz del sol ha desaparecido en la espesura. Deambula sin saber hacia dónde se dirige. Finalmente, tras una fatiga atroz, llega al extremo del bosque, extenuado, lastimado por las espinas, con contusiones

causadas por las piedras. Entonces descubre de nuevo el camino y la luz, y prosigue su trayectoria procurando curarse de sus heridas.

Más adelante se topa con un nuevo bosque, donde lo esperan las mismas dificultades. Con todo, como ya tiene algo de experiencia, sale de él menos magullado. En otra ocasión se encuentra con un leñador que le indica la dirección que debe seguir para no desviarse. A cada nueva travesía aumenta su destreza, de modo que traspone cada vez más fácilmente los obstáculos. Convencido de que a la salida encontrará de nuevo el camino iluminado, se apoya en esa certeza. Además, ya sabe orientarse para hallarlo con más facilidad. El camino termina en la cumbre de una montaña altísima, desde donde el viajero observa todo el trayecto que ha recorrido desde el punto de partida. Ve también cada uno de los bosques que atravesó y recuerda las vicisitudes que ha sufrido, pero ese recuerdo no tiene nada de penoso, porque ha llegado al final de su recorrido. Es como un viejo soldado que, en la calma del hogar, rememora las batallas en las que participó. Aquellos bosques extendidos a lo largo de la ruta son para él como puntos negros sobre una cinta blanca, y se dice a sí mismo: “Cuando estaba en medio de aquellos bosques, principalmente en los primeros, ¡qué largas me parecían las travesías! Creía que nunca llegaría a la meta; todo alrededor mío parecía gigantesco e insuperable. Y cuando pienso que sin aquel bondadoso leñador que me puso en el camino correcto, ¡tal vez seguiría en ese lugar! Ahora que contemplo esos mismos bosques desde el punto de vista donde me encuentro, ¡qué pequeños me parecen! Podría traspasarlos con un solo paso; pero además los penetro con la vista y distingo sus mínimos detalles; percibo incluso los pasos en falso que he dado”.

Entonces un anciano le dice: “Hijo mío, has llegado al término del viaje; no obstante, un reposo indefinido te ocasionaría un tedio mortal, y pronto echarías de menos las vicisitudes que experimentaste y que mantenían en actividad tus miembros y tu espíritu. Desde aquí ves una gran cantidad de viajeros en el camino que has recorrido, que

al igual que tú corren el riesgo de desviarse; tienes experiencia, ya no le temes a nada; ve al encuentro de ellos y procura guiarlos con tus consejos, a fin de que lleguen más pronto”.

“Iré con alegría -replica nuestro hombre-; pero te pregunto: ¿por qué no hay un camino directo desde el punto de partida hasta aquí? Eso ahorraría a los viajeros la travesía por aquellos detestables bosques.”

“Hijo mío -replica el anciano-, presta atención y verás que muchos evitan cruzar algunos de esos bosques; son los viajeros que han adquirido antes la experiencia necesaria, y que por eso saben tomar un camino más directo y más corto para llegar hasta aquí. No obstante, esa experiencia es fruto del trabajo que le impusieron las primeras travesías, de tal modo que sólo han llegado hasta aquí por sus propios méritos. ¿Qué sabrías, tú mismo, si no hubieses pasado por allá? La actividad que debiste desplegar, los recursos de la imaginación que necesitaste para abrirte camino, acrecentaron tus conocimientos y desarrollaron tu inteligencia; sin eso serías tan inexperto como cuando estabas en el punto de partida. Además, mientras procurabas liberarte de las dificultades, has contribuido al mejoramiento de los bosques que atravesaste. Lo que hiciste fue poca cosa, casi imperceptible; piensa, sin embargo, en los miles de viajeros que hacen otro tanto y que, al mismo tiempo que trabajan para sí mismos, trabajan sin percibirlo para el bien común. ¿No es justo que reciban el salario de sus pesares con el reposo de que gozan aquí? ¿Qué derecho tendrían a ese reposo si no hubieran hecho nada?”

“Padre mío -responde el viajero-, en uno de esos bosques encontré a un hombre que me dijo: ‘En los confines de este lugar hay un inmenso abismo que es preciso trasponer de un solo salto; entre mil, apenas uno lo consigue; todos los demás caen a un precipicio donde hay una hoguera encendida y se pierden inevitablemente’. No he visto ese abismo”.

“Hijo mío, ese abismo no existe, pues de lo contrario sería una celada abominable, tendida a todos los viajeros que vienen hacia acá.

Sé muy bien que deben allanar dificultades, pero también sé que tarde o temprano las superarán. Si yo hubiese creado dificultades para uno solo, a sabiendas de que sucumbiría, habría cometido una crueldad, que sería aún más terrible si afectara a la mayoría de los viajeros. Ese abismo es una alegoría, cuya explicación vas a recibir. Mira el camino y observa los intervalos de los bosques. Entre los viajeros, ves que algunos avanzan con paso lento y semblante jovial; observa aquellos amigos que se han perdido de vista en los laberintos del bosque: ¡qué felices se sienten de haberse encontrado de nuevo a la salida! Pero a la par de ellos existen otros que se arrastran penosamente; están estropeados e imploran la compasión de los que pasan, dado que sufren atrozmente a causa de las heridas con que por su propia culpa se han cubierto. Con todo, habrán de curarse, y eso constituirá para ellos una lección de la que extraerán provecho en el bosque siguiente, de donde saldrán menos golpeados. El abismo simboliza los males que experimentan, y al decir que de mil apenas uno lo traspone, aquel hombre tuvo razón, porque la cantidad de los imprudentes es muy elevada; pero se equivocó al decir que aquel que caiga allí no saldrá más. Para llegar hasta mí siempre hay una salida. Ve, hijo mío, ve a mostrar esa salida a los que están en el fondo del abismo; ve a amparar a los heridos de la ruta y a enseñar el camino a los que se pierden en los bosques.”

El camino es el símbolo de la vida espiritual del alma, en cuyo transcurso esta es más o menos feliz. Los bosques son las existencias corporales, en las que ella trabaja para su adelanto, al mismo tiempo que para la obra general. El viajero que llega a la meta y vuelve para prestar ayuda a los rezagados simboliza a los ángeles de la guarda, los misioneros de Dios, que se sienten felices al verlo, pero que también continúan activos para hacer el bien y obedecer al supremo Señor.

Las cinco alternativas de la humanidad

Son muy pocos los hombres que viven sin preocuparse por el día de mañana. Si nos inquietamos por lo que vendrá después de un día de veinticuatro horas, con mayor razón habremos de preocuparnos por lo que será de nosotros después del extraordinario día de la vida, puesto que ya no se trata de algunos minutos sino de la eternidad. ¿Viviremos o no viviremos? No hay término medio; es una cuestión de vida o de muerte, ¡se trata de la suprema alternativa!...

Si interrogáramos el sentimiento íntimo de la casi universalidad de los hombres, todos responderán: “Viviremos”. Esa esperanza es para ellos un consuelo. No obstante, una reducida minoría se esfuerza, y especialmente de algún tiempo a esta parte, en demostrarles que no vivirán. No se puede negar que esa escuela ha hecho prosélitos, principalmente entre aquellos que, temerosos de la responsabilidad del porvenir, encuentran más cómodo gozar del presente, sin obligaciones y sin perturbarse con la perspectiva de las consecuencias. Con todo, esa es la opinión de una minoría.

Si hemos de vivir, ¿cómo lo haremos? ¿En qué condiciones estaremos? Aquí los sistemas varían de acuerdo con las creencias religiosas y filosóficas. No obstante, todas las opiniones sobre el porvenir de los hombres pueden reducirse a cinco alternativas principales, que pasaremos a analizar sintéticamente a fin de que la comparación sea más fácil y le permita a cada uno escoger con conocimiento de causa aquella que le parezca más racional y que mejor responda a sus aspiraciones personales y a las necesidades

de la sociedad. Esas cinco alternativas son las que resultan de las siguientes doctrinas: el *materialismo*, el *panteísmo*, el *deísmo*, el *dogmatismo* y el *espiritismo*.

I. Doctrina materialista

La inteligencia del hombre es una propiedad de la materia; nace y muere con el organismo. El hombre *no es nada ni antes ni después* de la vida corporal.

Consecuencias. Dado que el hombre sólo es materia, los goces materiales son lo único real y deseable; los afectos morales no tienen porvenir; la muerte quiebra de modo irreparable los lazos morales; no existe compensación para las miserias de la vida; el suicidio se convierte en el fin racional y lógico de la existencia ante la perspectiva de una vida de padecimientos irremediables; resulta inútil todo empeño para vencer las malas inclinaciones; cada uno debe vivir para sí mismo, lo mejor posible, mientras esté aquí; es una estupidez molestar y sacrificar el reposo y el bienestar a causa del prójimo, es decir, a causa de seres que a su vez serán aniquilados y a los que nadie volverá a ver; no vale la pena preocuparse por deberes sociales que no tienen fundamento, ya que el bien y el mal son meras convenciones; por último, el freno social se reduce a la fuerza material de la ley civil.

Nota. Tal vez no será inútil recordar aquí, a nuestros lectores, algunos pasajes de un artículo que hemos publicado sobre el materialismo en la *Revista Espírita* de agosto de 1868.

“Exhibiéndose como no lo había hecho en ninguna otra época, y presentándose como el supremo regulador de los destinos de la humanidad, el materialismo ha tenido el efecto de atemorizar a las masas en virtud de las consecuencias inevitables de sus doctrinas sobre el orden social. Por eso mismo ha provocado, a favor de las ideas espiritualistas, una enérgica reacción que debe probarle que está lejos

de captar las simpatías generales como supone, y que se engaña notablemente si espera imponer algún día sus leyes al mundo.

”Por cierto, las creencias espiritualistas del pasado no satisfacen a este siglo; no están en el nivel intelectual de nuestra generación; en muchos puntos se hallan en contradicción con los datos concretos de la ciencia; dejan en el espíritu ideas incompatibles con la necesidad de lo positivo que predomina en la sociedad moderna; por otra parte, incurrían en el grave error de imponerse por la fe ciega y de proscribir el libre examen. No cabe duda de que a eso se debe el desarrollo de la incredulidad en el mayor número. Es muy evidente que si los hombres fuesen alimentados, desde la infancia, solamente con ideas que pudiesen ser confirmadas con posterioridad por la razón, no habría incrédulos. ¡Cuántas personas, que han sido encaminadas de nuevo a la creencia por medio del espiritismo, nos han dicho: ‘Si siempre nos hubiesen presentado a Dios, al alma y a la vida futura de un modo racional, jamás habríamos dudado!’.

”Por el hecho de que un principio reciba una aplicación mala o falsa, ¿se concluye de ahí que deba ser rechazado? Eso sucede con las cosas espirituales al igual que con la legislación de todas las instituciones sociales: es necesario adaptarlas a los tiempos, so pena de que sucumban. Sin embargo, en vez de presentar algo mejor que el viejo espiritismo, el materialismo ha preferido suprimir todo. Eso lo dispensaba de investigar y resultaba más cómodo para aquellos a quienes incomoda la idea de Dios y del porvenir. ¿Qué pensaríamos de un médico que al descubrir que el régimen de un convaleciente no es lo bastante sustancioso para su temperamento, le prescribe que no coma absolutamente nada?

”Lo que más nos sorprende, al ver a la mayoría de los materialistas de la escuela moderna, es el espíritu de intolerancia llevado hasta sus últimos límites, ¡precisamente en ellos, que reivindican sin cesar el derecho a la libertad de conciencia!...

”En este momento, de parte de cierto partido, hay una oposición furiosa contra las ideas espiritualistas en general, entre las cuales se halla naturalmente incluido el espiritismo. Lo que ese partido pretende no es un Dios mejor y más justo, sino el Dios materia, menos molesto, porque no hay que rendirle cuentas. Nadie niega a ese partido el derecho de tener su opinión y de discutir las opiniones contrarias, pero lo que no se le debería conceder es la pretensión -al menos singular en hombres que se erigen en apóstoles de la libertad- de impedir que los otros crean a su manera y discutan las doctrinas que no comparten. Intolerancia por intolerancia, no vale más la una que la otra...”

II. Doctrina panteísta

El principio inteligente o alma, independiente de la materia, es extraído del todo universal en el nacimiento; se individualiza en cada ser durante la vida, y cuando sobreviene la muerte vuelve a la masa común, como las gotas de lluvia vuelven al océano.

Consecuencias. Sin individualidad y sin conciencia de sí mismo, es como si el ser no existiera. Las consecuencias morales de esta doctrina son exactamente las mismas que las de la doctrina materialista.

Nota. Cierta número de panteístas admite que el alma, extraída del todo universal en el nacimiento, conserva su individualidad durante un tiempo indefinido, y solamente vuelve a la masa después de que ha llegado a los últimos escalones de la perfección. Las consecuencias de esta variedad de creencia son absolutamente las mismas que las de la doctrina panteísta propiamente dicha, ya que es por completo inútil que alguien se entregue al trabajo de adquirir algunos conocimientos cuya conciencia habrá de perder al aniquilarse después de un tiempo relativamente corto. Si el alma, en general, se resiste a admitir semejante concepción, ¿cuánto más penosamente afectada habrá de sentirse al saber que el momento en

que llegue al conocimiento y a la perfección supremos, será también el momento en que quedará condenada a perder el fruto de todos sus esfuerzos, pues perderá su individualidad?

III. Doctrina deísta

El deísmo comprende dos categorías muy distintas de creyentes: los *deístas independientes* y los *deístas providenciales*.

Los primeros creen en Dios; admiten todos sus atributos como creador. Dios -dicen ellos- ha establecido las leyes generales que rigen el universo; no obstante, una vez creadas, esas leyes funcionan por sí solas, y aquel que las promulgó no se ocupa de nada más. Las criaturas hacen lo que quieren o lo que pueden, sin que Él se inquiete. No hay providencia. Visto que Dios no se ocupa de nosotros, no hay que agradecerle ni pedirle nada.

Los que niegan la intervención de la providencia en la vida del hombre son como niños que se consideran suficientemente juiciosos para liberarse de la tutela, de los consejos y de la protección de sus padres, o que piensan que estos no deberían ocuparse de ellos a partir del momento en que los ponen en el mundo.

Con el pretexto de glorificar a Dios, demasiado grande -alegan- para rebajarse hasta sus criaturas, hacen de Él un gran egoísta y lo rebajan al nivel de los animales que abandonan a sus crías a las fuerzas naturales.

Esa creencia es resultado del orgullo; siempre la idea de que estamos sometidos a un poder superior hierde el amor propio, y entonces procuran liberarse de él. Mientras algunos niegan por completo ese poder, otros consienten en reconocer su existencia, pero lo condenan a la nulidad.

Existe una diferencia esencial entre el *deísta independiente*, del cual acabamos de hablar, y el *deísta providencial*. En efecto, este último cree no sólo en la existencia y en el poder creador de Dios desde el origen de las cosas, sino que también confía en su intervención

permanente en la Creación, de modo que dirige a Él sus plegarias, a pesar de que no admite el culto exterior ni el dogmatismo actual.

IV. Doctrina dogmática

El alma, independiente de la materia, es creada en ocasión del nacimiento de cada ser; sobrevive y conserva su individualidad después de la muerte, momento a partir del cual su suerte queda determinada en forma irreversible; sus progresos posteriores son nulos y, por consiguiente, tanto en lo intelectual como en lo moral será por toda la eternidad lo que era durante la vida. Dado que los malos son condenados a castigos perpetuos e irremisibles en el Infierno, el arrepentimiento se torna completamente inútil para ellos; pareciera así que Dios se niega a concederles la posibilidad de que reparen el mal que han hecho. Los buenos son recompensados con la visión de Dios y la contemplación perpetua en el Cielo. Los casos que puedan merecer el Cielo o el Infierno por toda la eternidad quedan sometidos a la decisión y al juicio de hombres falibles, a los cuales les es dado absolver o condenar.

(*Nota.* Si en contra de esta última proposición se alegara que Dios juzga en última instancia, podríamos preguntar qué valor tiene la decisión enunciada por los hombres, ya que puede ser revocada.)

Separación definitiva y absoluta de los condenados y de los elegidos. Inutilidad de los socorros morales y del consuelo para los condenados. Creación de ángeles o almas privilegiadas, exentos de todo trabajo para llegar a la perfección, etc., etc.

Consecuencias. Esta doctrina deja sin solución los graves problemas siguientes:

1.º ¿De dónde provienen las disposiciones innatas, intelectuales y morales, que hacen que los hombres nazcan buenos o malos, inteligentes o idiotas?

2.º ¿Cuál es la suerte de los niños que mueren a temprana edad? ¿Por qué van ellos hacia la vida bienaventurada sin el trabajo

al que los otros quedan sometidos durante largos años? ¿Por qué son recompensados sin que hayan podido hacer el bien, o son privados de una felicidad perfecta sin que hayan hecho el mal?

3.º ¿Cuál es la suerte de los cretinos y los idiotas que no tienen conciencia de sus actos?

4.º ¿Dónde está la justicia de las miserias y las enfermedades de nacimiento, dado que no son el resultado de ningún acto de la vida presente?

5.º ¿Cuál es la suerte de los salvajes y de todos los que mueren forzosamente en el estado de inferioridad moral en que han sido colocados por la naturaleza misma, si no les es dado que progresen con posterioridad?

6.º ¿Por qué razón Dios crearía unas almas más favorecidas que otras?

7.º ¿Por qué llama Él prematuramente hacia sí a los que habrían podido mejorarse si hubieran vivido más tiempo, visto que no les está permitido progresar después de la muerte?

8.º ¿Por qué Dios ha creado ángeles que llegaron a la perfección sin trabajo, mientras que otras criaturas son sometidas a las más duras pruebas, en las que tienen mayores probabilidades de sucumbir que de salir victoriosas? etc., etc.

V. Doctrina espírita

El principio inteligente es independiente de la materia. El alma individual preexiste y sobrevive al cuerpo. El punto de partida es el mismo para todas las almas, sin excepción: todas son creadas simples e ignorantes y sujetas al progreso indefinido. No hay criaturas privilegiadas y más favorecidas que otras; los ángeles son seres que llegaron a la perfección después de haber pasado, como las demás criaturas, por todos los grados de inferioridad. Las almas o Espíritus progresan más o menos rápidamente, en virtud de su libre albedrío, mediante el trabajo y la buena voluntad.

La vida espiritual es la vida normal; la vida corporal es una fase temporaria de la vida del Espíritu, durante la cual este se reviste momentáneamente de una envoltura material, de la que se despoja en ocasión de la muerte.

El Espíritu progresa en el estado corporal y en el estado espiritual. El primero es necesario para el Espíritu hasta que haya alcanzado cierto grado de perfección. En ese estado se desarrolla mediante el trabajo al que lo someten sus propias necesidades, y adquiere conocimientos prácticos especiales. Dado que una sola existencia corporal es insuficiente para que adquiriera todas las perfecciones, el Espíritu vuelve a tomar un cuerpo tantas veces como le sean necesarias, y cada vez que lo hace lleva consigo el progreso que ha realizado en sus existencias anteriores y en la vida espiritual. Cuando alcanzó en un mundo todo lo que ahí podía obtener, lo deja para ir a otros mundos más adelantados intelectual y moralmente, cada vez menos materiales, y así sucesivamente hasta la perfección de que es susceptible la criatura.

El estado feliz o desdichado de los Espíritus es inherente a su grado de adelanto moral; el castigo que sufren es consecuencia de su obstinación en el mal, de modo que al perseverar en el mal se castigan a sí mismos. Con todo, la puerta del arrepentimiento nunca se les cierra, y siempre que lo quieran pueden volver al camino del bien y realizar, con el paso del tiempo, todos los progresos.

Los niños que mueren en edad temprana pueden ser Espíritus más o menos adelantados, pues ya han vivido en existencias anteriores, en las que practicaron el bien o cometieron malas acciones. La muerte no los libra de las pruebas que deben sufrir y, en el momento oportuno, vuelven a comenzar una nueva existencia en la Tierra o en mundos superiores, de conformidad con el grado de elevación que hayan alcanzado.

El alma de los cretinos y de los idiotas es de la misma naturaleza que la de cualquier otro encarnado; su inteligencia suele ser superior, y sufren por la deficiencia de los medios de que disponen para

relacionarse con sus compañeros de existencia, así como los mudos sufren porque no pueden hablar. Eso se debe a que han abusado de su inteligencia en vidas anteriores, y han aceptado voluntariamente la situación de impotencia en que se encuentran, para expiar el mal que han practicado, etc., etc.

La muerte espiritual

La cuestión de la *muerte espiritual* es uno de los nuevos principios que señalan el progreso de la ciencia espírita. El modo como fue presentado en cierta teoría individual determinó que se lo rechazara en un comienzo, porque parecía implicar la destrucción, en un momento dado, del *yo* individual, y asimilar las transformaciones del alma a las de la materia, cuyos elementos se disgregan para formar nuevos cuerpos. En ese caso, los seres felices y perfeccionados serían en realidad nuevos seres, lo que es inadmisibles, puesto que la equidad de las penas y de los goces futuros sólo es evidente con la perpetuidad de los mismos seres, que ascienden la escala del progreso y se purifican mediante el trabajo y los esfuerzos de su propia voluntad.

Estas eran las consecuencias que se podían extraer *a priori* de aquella teoría. No obstante, debemos convenir en que no fue presentada con la arrogancia de un orgulloso que pretendiera imponer su sistema. El autor ha dicho modestamente que sólo deseaba lanzar una idea en el terreno de la discusión, ya que de esa idea podría surgir una nueva verdad. Según nuestros eminentes guías espirituales, este habría pecado menos en cuanto al fondo que en cuanto a la forma, la cual dio lugar a una falsa interpretación. Por eso nos invitaron a estudiar detenidamente la cuestión, y es lo que trataremos de hacer basándonos en la observación de los hechos que resultan de la situación del Espíritu, en dos momentos que para este son de suma importancia: el de su ingreso en la vida corporal y el de su retorno a la vida espiritual.

En ocasión de la muerte del cuerpo, vemos que el Espíritu entra en turbación y pierde la conciencia de sí, de modo que nunca percibe el último suspiro de su cuerpo. Poco a poco la turbación se disipa y el

Espíritu se reconoce, como lo hace un hombre que despierta de un profundo sueño. Su primera sensación es la de estar libre del fardo carnal, y le sigue la sorpresa cuando percibe el nuevo medio en que se encuentra. Se halla en la situación de un hombre a quien se le aplica cloroformo para una amputación y que, todavía adormecido, es trasladado a otro lugar. Al despertar se siente libre del miembro que lo hacía sufrir, y muchas veces lo busca sorprendido de que ya no lo posea. Del mismo modo, en el primer momento, el Espíritu busca el cuerpo que tenía; lo descubre a su lado; reconoce que es el suyo y se espanta de encontrarse separado de él. Sólo gradualmente se da cuenta de su nueva situación.

En ese fenómeno, apenas se produjo un cambio de situación material. En cuanto a lo moral, el Espíritu es exactamente lo que era pocas horas antes. No sufrió ninguna modificación sensible. Sus facultades, sus ideas, sus gustos, sus inclinaciones, su carácter son los mismos, y los cambios que estos pudieron experimentar se produjeron gradualmente, por la influencia de lo que rodea al Espíritu. En resumen, sólo hubo muerte para el cuerpo; para el Espíritu, apenas se trató de un sueño.

En la reencarnación, las cosas suceden de un modo completamente distinto.

En el momento de la concepción del cuerpo destinado al Espíritu, este es envuelto por una corriente fluídica que, semejante a un lazo, lo atrae y lo aproxima hacia su nueva morada. A partir de entonces, el Espíritu pertenece al cuerpo, del mismo modo que el cuerpo pertenece al Espíritu hasta que muere. No obstante, la unión completa, la posesión real solamente se verifica en ocasión del nacimiento.

Desde el instante de la concepción, la turbación se apodera del Espíritu; sus ideas se vuelven confusas; sus facultades se anulan. La turbación crece a medida que el lazo se estrecha, y llega a ser completa durante las últimas fases de la gestación. De ese modo, el Espíritu nunca presencia el nacimiento de su cuerpo, como tampoco tiene la menor conciencia de la muerte de este.

A partir del momento en que el niño respira, la turbación comienza a disiparse y las ideas vuelven poco a poco, pero en condiciones diferentes de las que se verifican en ocasión de la muerte del cuerpo.

En el acto de la reencarnación, las facultades del Espíritu no quedan apenas entorpecidas por una especie de sueño momentáneo, como sucede cuando el Espíritu retorna a la vida espiritual, pues todas esas facultades, sin excepción, pasan al estado *latente*. El objetivo de la vida corporal es desarrollarlas mediante el ejercicio, pero eso no puede suceder en todas simultáneamente, porque el ejercicio de una podría perjudicar el desarrollo de otra, mientras que por medio del desarrollo sucesivo unas se apoyan en otras. Conviene, pues, que algunas permanezcan en reposo mientras otras se ejercitan. Es por eso que el Espíritu, en su nueva existencia, puede presentarse con un aspecto completamente diferente de aquel que tenía en la existencia precedente, sobre todo si es poco adelantado.

En un Espíritu, por ejemplo, la facultad musical será más activa; este concebirá, percibirá y, por consiguiente, hará todo lo que sea necesario para el desarrollo de esa facultad; en otra existencia será la vez de la pintura, de las ciencias exactas, de la poesía, etc. Mientras estas nuevas facultades se ejercitan, la de la música estará latente, pero conservando el progreso que ha realizado. De ahí se sigue que aquel que ha sido artista en una existencia podrá ser científico, estadista o estratega en otra, mientras que será nulo desde el punto de vista artístico, o viceversa.

El estado latente de las facultades en la reencarnación explica el olvido de las existencias precedentes, mientras que en ocasión de la muerte del cuerpo, dado que las facultades se encuentran apenas en un estado de sueño de corta duración, el recuerdo de la vida que acaba de transcurrir es completo cuando el Espíritu despierta.

Las facultades que se manifiestan se hallan naturalmente en relación con la posición que el Espíritu debe ocupar en el mundo, así como con las pruebas que haya escogido. Sin embargo, sucede a

menudo que los prejuicios sociales lo desubican, lo que hace que ciertas personas estén intelectual y moralmente por encima o por debajo de la posición social que ocupan. Ese cambio de posición, por los inconvenientes que acarrea, forma parte de las pruebas y cesará con el progreso. En un orden social avanzado, todo se regula conforme a la lógica de las leyes naturales, y aquel que solamente tiene aptitud para fabricar zapatos no es, por derecho de nacimiento, llamado a gobernar a los pueblos.

Volvamos al niño. Hasta el nacimiento, dado que todas las facultades se encuentran en estado latente, el Espíritu no tiene la menor conciencia de sí mismo. Las facultades que deben ejercitarse no se manifiestan súbitamente en el momento de nacer; su desarrollo acompaña el de los órganos que habrán de servir para su manifestación. Por medio de una actividad íntima, esas facultades impulsan el desarrollo de los órganos que les corresponden, del mismo modo que el brote, al nacer, presiona la corteza del árbol. De ahí resulta que, en la primera infancia, el Espíritu no goza de la plenitud de ninguna de sus facultades, no sólo como encarnado sino también como Espíritu libre. Es un verdadero niño, como el cuerpo al cual está ligado. No se encuentra oprimido penosamente en el cuerpo imperfecto, porque de lo contrario Dios habría hecho de la encarnación un suplicio para todos los Espíritus, buenos o malos.

No sucede lo mismo con el idiota y el cretino. En estos, como los órganos no se han desarrollado paralelamente a las facultades, el Espíritu acaba por encontrarse en la posición de un hombre preso por lazos que le quitan la libertad de los movimientos. Por esa razón se puede evocar el Espíritu de un idiota y obtener respuestas sensatas, mientras que el de un niño de corta edad, o que todavía no ha visto la luz, es incapaz de responder.

Todas las facultades, todas las aptitudes se encuentran en germen en el Espíritu desde su creación; se encuentran en él en estado rudimentario, como todos los órganos en las primeras etapas del

feto informe, o como todas las partes del árbol en la semilla. El salvaje que más adelante llegará a ser un hombre civilizado lleva consigo, pues, los gérmenes que un día harán de él un sabio, un gran artista o un gran filósofo.

A medida que esos gérmenes llegan a la madurez, la Providencia les da, *para la vida terrestre*, un cuerpo apropiado a sus nuevas aptitudes. Así, el cerebro de un europeo está organizado de un modo más completo, provisto de un mayor número de conexiones que el del salvaje. *Para la vida espiritual*, les da un cuerpo fluídico o periespíritu más sutil e impresionable por nuevas sensaciones. A medida que el Espíritu progresa, la naturaleza lo provee de los instrumentos que le son necesarios.

En el sentido de desorganización, de desagregación de las partes, de dispersión de los elementos, la muerte sólo existe para la envoltura material y para la envoltura fluídica. El alma o Espíritu no puede morir para progresar, porque de otro modo perdería su individualidad, lo que equivaldría a la nada. En el sentido de transformación, de regeneración, se puede decir que el Espíritu muere en cada encarnación para resucitar con nuevos atributos, sin dejar de ser el mismo. Tal es el caso, por ejemplo, de un campesino que se enriquece y se convierte en un gran señor. Cambió la cabaña por un palacio, las ropas modestas por la vestimenta de seda. Todos sus hábitos han cambiado, sus gustos, su lenguaje, hasta su carácter. En suma, el campesino murió, enterró sus ropas rústicas para renacer como un hombre de sociedad, aunque siempre sea el mismo individuo, pero transformado.

Cada existencia corporal es, pues, para el Espíritu, un motivo de progreso más o menos sensible. A su vuelta al mundo de los Espíritus, lleva hacia allá nuevas ideas; su horizonte moral se dilata; sus percepciones son más agudas, más delicadas. Ve y comprende lo que antes no veía ni comprendía; su visión, que al principio no iba más allá de la última existencia que había tenido, pasa a abarcar sucesivamente

sus existencias pasadas, como el hombre que escala una montaña y para quien la niebla se disipa, abarca con la mirada un horizonte cada vez más amplio. En cada nueva temporada en la erraticidad, nuevas maravillas del mundo invisible se despliegan ante su mirada, porque en cada uno de esos períodos, un velo se rasga. Al mismo tiempo, su envoltura fluídica se depura, se vuelve más sutil, más brillante, y más tarde será resplandeciente. Es casi un nuevo Espíritu; es el campesino ilustrado y transformado. Murió el Espíritu viejo, pero siempre es el mismo Espíritu.

Consideramos que así es como conviene que se entienda la muerte espiritual.

La vida futura

La vida futura ha dejado de ser un problema. Se trata de un hecho constatado a través de la razón y de la demostración por casi la totalidad de los hombres, puesto que quienes lo niegan constituyen apenas una ínfima minoría, a pesar del alboroto que pretenden hacer. No es, pues, la realidad de la vida futura lo que nos proponemos demostrar aquí, ya que seríamos redundantes y no agregaríamos nada a la convicción general. Admitido ese principio como premisa, lo que nos proponemos es examinar su influencia en el orden social y la moralización, según la manera como es encarado.

Las consecuencias del principio contrario, es decir, del nihilismo, son también suficientemente conocidas y comprendidas, por lo que no es preciso desarrollarlas de nuevo. Diremos apenas que, si estuviese demostrado que la vida futura no existe, la vida presente no tendría ningún otro objetivo más que la conservación de un cuerpo que mañana, dentro de una hora incluso, podría dejar de existir, en cuyo caso todo se habría acabado para siempre. La consecuencia lógica de semejante condición para la humanidad sería la concentración de todas las ideas en el acrecentamiento de los goces materiales, sin tomar en cuenta los perjuicios ajenos. ¿Por qué habría que soportar privaciones, imponerse sacrificios? ¿Qué necesidad habría de realizar esfuerzos para mejorarse, para corregir los defectos? También sería absoluta la inutilidad del remordimiento, del arrepentimiento, puesto que nada se debería esperar. Sería, en fin, la consagración del egoísmo y de esta máxima: *El mundo pertenece a los más fuertes y a los más astutos*. Sin la vida futura, la moral no es más que una simple obligación, un código convencional impuesto arbitrariamente, sin ninguna raíz

en el corazón. Una sociedad fundada en esa creencia sólo estaría unida por la fuerza, y muy pronto caería en la disolución.

No puede objetarse que entre los que niegan la vida futura hay personas honradas, incapaces de ocasionar a sabiendas algún perjuicio a los demás, y propensas a las mayores devociones. Digamos, ante todo, que entre muchos incrédulos la negación del porvenir es más bien presunción, arrogancia, orgullo de ser considerados espíritus fuertes⁸, antes que el resultado de una convicción absoluta. En el fuero de sus conciencias existe una duda que los importuna; por eso procuran reprimirla. Sin embargo, no es sin segundas intenciones que pronuncian la terrible *nada*, que los priva del fruto de todas las actividades intelectuales y destruye definitivamente los más caros afectos. Muchos de los que se consideran los más fuertes son los primeros en temblar ante la idea de lo desconocido; por eso mismo, cuando se aproxima el momento fatal en que deben entrar en eso desconocido, muy pocos son los que se entregan al último sueño con la firme convicción de que no despertarán en alguna parte, pues la naturaleza jamás abdica de sus derechos.

Digamos, por lo tanto, que en la mayoría de las personas la incredulidad es relativa, es decir que, como su razón no ha sido satisfecha por los dogmas ni por las creencias religiosas, y no encontraron en ninguna parte con qué llenar el vacío que se produjo en su interior, han llegado a la conclusión de que no hay nada, a tal punto que erigieron sistemas para justificar esa negación. Son incrédulos, pues, por falta de algo mejor. Los incrédulos absolutos son muy raros, si es que existen.

Una intuición latente e inconsciente del porvenir es capaz, por lo tanto, de detener a muchos de ellos ante el despeñadero del mal, y podríamos citar una gran cantidad de hechos, hasta de parte de los más obstinados, que demuestran la existencia de ese sentimiento secreto que los domina, aunque no lo sepan.

⁸ *Esprit fort*: Incrédulo. Persona que se jacta de no adherir a las ideas aceptadas por la mayoría, especialmente en materia de religión. (N. del T.)

También debemos decir que, sea cual fuere el grado de la incredulidad, es el respeto humano el que contiene a las personas de cierta condición social. La posición que ocupan las obliga a mantenerse en una línea de conducta muy discreta; temen por encima de todo el desprecio y la indiferencia, que al hacerles perder la consideración del mundo a raíz del descenso de la categoría en que se encuentran, las privaría de los goces de que disfrutaban; si no siempre son virtuosas, al menos aparentan serlo. En cambio, aquellos que no tienen ninguna razón para preocuparse con la opinión ajena, que se burlan del qué dirán -y convengamos en que esos son la mayoría-, ¿qué freno se pueden imponer a los excesos de las pasiones brutales y de los apetitos groseros? ¿En qué base pueden apoyarse la teoría del bien y del mal, la necesidad de que ellos reformen sus malas inclinaciones, el deber de que respeten lo que pertenece a los otros, cuando ellos mismos nada poseen? ¿Cuál puede ser el estímulo a la honradez para personas a las que se ha persuadido de que no son más que simples animales? Ahí está la ley -se dice- para contenerlas; pero la ley no es un código moral que llega al corazón; es una fuerza que ellas padecen, y que eluden tanto como pueden. Si caen bajo sus golpes, consideran ese hecho como resultado de la mala suerte o de la torpeza, a la que tratan de remediar en la primera ocasión.

Los que pretenden que los incrédulos tienen más mérito en hacer el bien porque no esperan ninguna recompensa en la vida futura, en la que no creen, se basan en un sofisma igualmente infundado. También los creyentes alegan que es poco meritorio el bien practicado con la mirada puesta en las ventajas que puedan recibir. Van más lejos aún, porque están persuadidos de que el mérito puede ser completamente anulado de acuerdo con la intención que determine su proceder. La perspectiva de la vida futura no excluye el desinterés en las buenas acciones, porque la felicidad que estas proporcionan está, ante todo, subordinada al grado de adelanto moral. Ahora bien, los orgullosos y los ambiciosos se cuentan entre los menos favoreci-

dos. Pero los incrédulos que practican el bien, ¿son tan desinteresados como pretenden? Si no esperan nada del otro mundo, ¿será que tampoco esperan nada de este? El amor propio, ¿no tendrá algo que ver en este caso? ¿Serán insensibles a los elogios de los hombres? Si así fuera, tendrían un grado de perfección raro, y no creemos que haya muchos que sean inducidos a esto únicamente por el culto de la materia.

Una objeción más seria es la siguiente: Si la creencia en la vida futura es un elemento moralizador, ¿por qué los hombres a quienes se predica esa creencia desde que están en la Tierra siguen siendo malos?

En primer término, ¿quién nos dice que sin esa creencia no serían peores? No se puede dudar de esto, si consideramos los resultados inevitables de la popularización del nihilismo. ¿No se ve, por el contrario, al observar las diferentes graduaciones de la humanidad, desde los pueblos salvajes hasta los civilizados, que el progreso intelectual y moral produce la moderación de las costumbres y una idea más racional de la vida futura? Pero esa idea, todavía muy imperfecta, no ha podido ejercer la influencia que necesariamente tendrá a medida que sea mejor comprendida y que se consoliden nociones más exactas sobre el porvenir que nos está reservado.

Por más firme que sea la creencia en la inmortalidad, el hombre sólo se preocupa de su alma desde un punto de vista místico. La vida futura, definida con muy escasa claridad, apenas le causa una vaga impresión; es una meta que se pierde en la lejanía, y no un medio, porque cree que la suerte en esa vida está irremediabilmente fijada y porque en ninguna parte le ha sido presentada como progresiva. De ahí concluye que habrá de ser eternamente aquello que sea al salir de este mundo. Por otra parte, el panorama que se esboza de la vida futura, las condiciones determinantes de la felicidad o de la desdicha que en ella se experimentan, están lejos de satisfacer completamente a la razón, sobre todo en un siglo como el nuestro, dedicado a la investigación. Además, la vida futura no se vincula muy directamente a la vida terrestre; entre ambas no existe la solidaridad sino un abismo, de

manera que aquel que se preocupa principalmente con una de ellas, por lo general pierde de vista a la otra.

Bajo el imperio de la fe ciega, esa creencia abstracta fue suficiente para las aspiraciones de los hombres, que entonces se dejaban guiar. Pero hoy, bajo el reinado del libre examen, quieren conducirse a sí mismos, ver con sus propios ojos y comprender. Aquellas vagas nociones de la vida futura ya no están a la altura de las nuevas ideas ni se corresponden con las necesidades creadas por el progreso. Con el desarrollo de las ideas, todo lo relativo al hombre debe progresar, porque todo se vincula, todo es solidario en la naturaleza: ciencias, creencias, cultos, legislaciones, medios de acción. El movimiento hacia adelante es irresistible, porque constituye la ley inherente a la existencia de los seres. Lo que queda rezagado, por debajo del nivel social, es dejado a un lado como la indumentaria que ya no sirve, y acaba por ser arrasado por el oleaje que crece.

Lo mismo ocurre con las ideas pueriles sobre la vida futura con las que se contentaban nuestros antepasados. Persistir en imponerlas en la actualidad equivaldría a fomentar la incredulidad. Para que sea aceptada por la opinión general y para que ejerza su influencia moralizadora, la vida futura debe ser presentada con el aspecto de algo positivo, en cierto modo tangible, capaz de soportar cualquier tipo de examen, para que satisfaga a la razón y no deje nada en la sombra. En el momento en que la precariedad de las nociones sobre el porvenir abría una puerta a la duda y a la incredulidad, nuevos medios de investigación han sido brindados a los hombres, para que diluciden ese misterio y comprendan la vida futura en su realidad, en su carácter positivo, en sus íntimas relaciones con la vida corporal.

¿Por qué, en general, se presta tan poca atención a la vida futura? Se trata sin embargo de un tema de actualidad, ya que todos los días miles de hombres parten hacia ese destino desconocido. Como cada uno de nosotros habrá de dejar este mundo fatalmente, y como la hora de la partida puede sonar en cualquier momento,

parece natural que nos preocupemos con lo que habrá de suceder-nos. ¿Por qué no es así? Precisamente porque el destino es desconocido, y porque hasta ahora no se ha tenido forma de conocerlo. La inexorable ciencia llegó para desalojarlo de los lugares a donde lo habían confinado. ¿Está cerca? ¿Está lejos? ¿Está perdido en el infinito? Las filosofías del pasado no dan una respuesta porque no saben nada al respecto. Se dice entonces: “Sucederá lo que tenga que suceder”. De ahí resulta la indiferencia.

Nos enseñan que seremos felices o desdichados según hayamos vivido bien o mal. ¡Pero eso es tan impreciso! ¿En qué consiste esa felicidad y esa desdicha? El panorama que nos muestran está de tal modo en desacuerdo con la idea que nos hacemos de la justicia de Dios, está tan lleno de contradicciones, de incongruencias y de imposibilidades esenciales, que involuntariamente se presenta la duda, en caso de que no lo haga la incredulidad absoluta. Además se considera que los que se han equivocado en relación con los lugares indicados para las moradas futuras, del mismo modo pueden haber sido inducidos al error acerca de las condiciones que establecen para la felicidad y para el sufrimiento. Por otra parte, ¿cómo seremos en ese otro mundo? ¿Seremos seres concretos o abstractos? ¿Tendremos una forma, una apariencia? Si no tendremos nada de material, ¿cómo podremos experimentar padecimientos materiales? Si los dichosos no tuvieran nada que hacer, la ociosidad perpetua sería un suplicio en vez de una recompensa, a menos que se admita el Nirvana del budismo, que no es mucho más atrayente que aquella ociosidad.

El hombre sólo se ocupará de la vida futura cuando vea en ella un fin claramente definido, una situación lógica que responda a todas sus aspiraciones, que resuelva todas las dificultades del presente, y cuando esta no le muestre ninguna cosa que la razón no pueda admitir. Si el hombre se ocupa del día siguiente es porque la vida del día siguiente está íntimamente ligada a la vida del día anterior; una y otra son solidarias; él sabe que su posición de mañana dependerá de lo que

haga hoy, y que de lo que haga mañana dependerá su posición al día siguiente, y así sucesivamente.

Igual será para él la vida futura, cuando esta ya no se halle perdida en las nebulosas de la abstracción y sea una actualidad palpable, un complemento necesario de la vida presente, *una de las fases* de la vida general, como los días son fases de la vida corporal. Cuando vea que el presente reacciona sobre el porvenir, por la fuerza de las circunstancias, y sobre todo cuando comprenda la *reacción del porvenir sobre el presente*; cuando, en una palabra, verifique que el pasado, el presente y el porvenir se eslabonan por una inexorable necesidad, como lo hacen el ayer, el hoy y el mañana en la vida actual, ¡oh! entonces sus ideas cambiarán por completo, porque verá en la vida futura no sólo un fin, sino también un medio; no un efecto lejano, sino actual. Será entonces que, por una consecuencia absolutamente natural, esa creencia ejercerá una acción preponderante sobre el estado social y sobre la moralización de la humanidad.

Tal es el punto de vista desde el cual el espiritismo nos hace considerar la vida futura.

Cuestiones y problemas

Las expiaciones colectivas

Pregunta.- El espiritismo nos explica perfectamente la causa de los padecimientos individuales, que son la consecuencia inmediata de las faltas cometidas en la existencia presente, o una expiación del pasado; pero dado que cada uno sólo es responsable de sus propias faltas, ¿cómo se explican satisfactoriamente las desgracias colectivas que afectan a las aglomeraciones de individuos, como sucede en ocasiones a toda una familia, a una ciudad, a una nación o a una raza, y que se abaten tanto sobre los buenos como sobre los malos, tanto sobre los inocentes como sobre los culpables?

Respuesta.- Las leyes que rigen el universo, sean físicas o morales, materiales o intelectuales, han sido descubiertas, analizadas y comprendidas a partir del estudio de la individualidad y de la familia hacia el de todo el conjunto, y se las ha generalizado gradualmente, comprobando la universalidad de los resultados.

Lo mismo sucede hoy en relación con las leyes que el estudio del espiritismo os ha permitido conocer. Podéis aplicar, sin temor a equivocaciones, las leyes que rigen el individuo a la familia, a la nación, a las razas, al conjunto de los habitantes de los mundos, los cuales constituyen individualidades colectivas. Existen las faltas del individuo, las de la familia, las de la nación; y cada una de ellas, sea cual fuere su carácter, se expía en virtud de la misma ley. El verdugo expía, en relación con su víctima, ya sea encontrándose con ella en el espacio, o viviendo en contacto con ella en una o en muchas existencias sucesivas, hasta que haya reparado todo el mal que practicó. Lo

mismo sucede cuando se trata de crímenes cometidos solidariamente por un cierto número de personas; las expiaciones son solidarias, lo que no suprime la expiación simultánea de las faltas individuales.

En cada hombre existen tres caracteres: el de individuo o ser en sí mismo, el de miembro de la familia, y finalmente el de ciudadano. Bajo cada una de esas tres fases puede ser criminal o virtuoso, es decir, puede ser virtuoso como padre de familia, al mismo tiempo que criminal como ciudadano, y recíprocamente. De ahí las situaciones especiales que experimenta en sus existencias sucesivas.

Así pues, salvo alguna excepción, podemos admitir como regla general que todos aquellos que en una existencia están reunidos por una tarea en común, ya han vivido juntos para trabajar con el mismo objetivo, y todavía se encontrarán reunidos en el futuro hasta que hayan alcanzado la meta, es decir, expiado su pasado o cumplido la misión que aceptaron.

Gracias al espiritismo comprendéis ahora la justicia de las pruebas que no derivan de los actos de la vida presente, porque reconocéis que esas pruebas son el rescate de las deudas del pasado. ¿Por qué no habría de ser del mismo modo en relación con las pruebas colectivas? Alegáis que las desgracias de orden general alcanzan al inocente tanto como al culpable; pero ¿no sabéis que el inocente de hoy puede haber sido el culpable de ayer? Si se ve afectado individualmente o en forma colectiva, es porque lo ha merecido. Además, como ya hemos dicho, están las faltas del individuo y las del ciudadano; la expiación de unas no exime de la expiación de las otras, dado que toda deuda debe ser pagada hasta la última moneda. Las virtudes de la vida privada difieren de las de la vida pública. Alguien que es un excelente ciudadano puede ser un pésimo padre de familia; y otro, que es buen padre de familia, probo y honesto en sus negocios, puede ser un mal ciudadano, haber atizado el fuego de la discordia, oprimido al débil, manchado sus manos con crímenes de lesa sociedad. Esas faltas colectivas son las que expían colectivamente los individuos que a ellas han concurrido, los cuales se en-

cuentran de nuevo reunidos para sufrir juntos la pena del tali3n, o para tener la oportunidad de reparar el mal que han cometido, probando su devoci3n a la causa p3blica mediante el socorro y la asistencia a los que antes hab3an maltratado. As3, lo que sin la preexistencia del alma es incomprensible e inconciliable con la justicia de Dios, se vuelve claro y l3gico mediante el conocimiento de esa ley.

La solidaridad, por lo tanto, que es el verdadero lazo social, no lo es s3lo para el presente: se extiende al pasado y al porvenir, puesto que las mismas individualidades se han reunido, se re3nen y se reunir3n para ascender juntas la escala del progreso mediante el auxilio mutuo. Esto es lo que el espiritismo hace comprensible por medio de la equitativa ley de la reencarnaci3n y de la continuidad de las relaciones entre los mismos seres.

CL3LIE DUPLANTIER

Observaci3n.- Aunque se corresponda con los conocidos principios de la responsabilidad por el pasado y de la continuidad de las relaciones entre los Esp3ritus, esta comunicaci3n encierra una idea que en cierto modo es nueva y de suma importancia. La distinc3n que establece entre la responsabilidad de las faltas individuales o colectivas, as3 como de las faltas de la vida privada y de la vida p3blica, explica ciertos hechos todav3a poco comprendidos, y muestra de manera m3s precisa la solidaridad que existe entre los seres y entre las generaciones.

As3, a menudo un Esp3ritu renace en la misma familia o, al menos, los miembros de una misma familia renacen juntos para constituir una familia nueva en otra posici3n social, a fin de que estrechen los lazos de afecto entre ellos, o para que reparen errores rec3procos. Por consideraciones de orden m3s general, el Esp3ritu renace con frecuencia en el mismo medio, en la misma naci3n, en la misma raza, ya sea por simpat3a o para continuar con los elementos que ya ha elaborado, con estudios comenzados, para perfeccionarse, proseguir

tareas iniciadas que la brevedad de la vida o las circunstancias no le permitieron concluir. Esa reencarnación en el mismo medio es la causa determinante del carácter distintivo de los pueblos y de las razas. Aunque mejoren, los individuos conservan el matiz primitivo hasta que el progreso los haya transformado completamente.

Los franceses de hoy son, pues, los del siglo pasado, los de la Edad Media, los de los tiempos druídicos. Los exatores y las víctimas del feudalismo; los que sometieron a los pueblos y los que han trabajado por su emancipación se encuentran en la Francia transformada, donde unos expían en la humillación su orgullo de raza, y donde otros gozan del fruto de su trabajo. Cuando se consideran todos los crímenes de aquellos tiempos en que la vida de los hombres y el honor de las familias no eran tomados en cuenta, en que el fanatismo encendía hogueras para honrar a la Divinidad; cuando se piensa en todos los abusos de poder, en todas las injusticias que se cometían con desprecio de los más sagrados derechos, ¿quién puede estar seguro de no haber participado en mayor o menor medida de todo eso? ¿Quién puede sorprenderse de presenciar enormes y terribles expiaciones colectivas?

Pero de esas convulsiones sociales resulta siempre una mejora; los Espíritus se ilustran a través de la experiencia; la desgracia es el estímulo que los impulsa a buscar un remedio para el mal; reflexionan y adoptan nuevas resoluciones en la erraticidad, y cuando vuelven hacen mejores cosas. Así, de generación en generación, se realiza el progreso.

No puede dudarse de que haya familias, ciudades, naciones, razas culpables, porque dominadas por los instintos de orgullo, de egoísmo, de ambición, de codicia, transitan un mal camino y realizan colectivamente lo que un individuo hace en forma aislada. Una familia se enriquece a expensas de otra; un pueblo subyuga a otro pueblo y le ocasiona la desolación y la ruina; una raza se esfuerza por aniquilar a otra raza. A eso se debe que haya familias, pueblos y razas sobre los cuales se impone la pena del talión.

“Quien mató con la espada perecerá por la espada”, dijo Cristo. Esas palabras se pueden traducir de la siguiente manera: Aquel que hizo correr sangre verá que la suya también es derramada; aquel que prendió fuego a la propiedad ajena verá el incendio provocado en lo que le pertenece; aquel que despojó será despojado; aquel que esclaviza y maltrata al débil será a su vez esclavizado y maltratado, ya sea que se trate de un individuo, de una nación o una raza, porque los miembros de una individualidad colectiva son solidarios tanto en el bien como en el mal que han practicado en común.

Mientras que el espiritismo amplía el campo de la solidaridad, el materialismo lo reduce a las mezquinas dimensiones de la existencia efímera del hombre. El materialismo hace de la solidaridad un deber social sin raíces, sin otra sanción aparte de la buena voluntad y del interés personal momentáneo; es una simple teoría, una máxima filosófica cuya práctica nadie impone. Para el espiritismo, en cambio, la solidaridad es un hecho que se asienta en una ley universal de la naturaleza, que vincula a todos los seres del pasado, del presente y del porvenir, y a cuyas consecuencias nadie puede sustraerse. Esto es lo que todo hombre puede comprender, por menos instruido que sea.

Cuando todos los hombres comprendan el espiritismo, comprenderán también la verdadera solidaridad y, por consiguiente, la verdadera fraternidad. La solidaridad y la fraternidad dejarán de ser deberes circunstanciales, que cada uno predica mucho más en su propio interés que en el de los otros. El reino de la solidaridad y la fraternidad será forzosamente el de la justicia para todos, y el reino de la justicia será el de la paz y la armonía entre los individuos, las familias, los pueblos y las razas. ¿Se implantará algún día ese reino? Dudar de ello sería negar el progreso. Si comparáramos la sociedad actual en las naciones civilizadas, con lo que era en la Edad Media, no cabe duda de que la diferencia es grande. Ahora bien, si los hombres avanzaron hasta aquí, ¿por qué habrían de detenerse? Si observamos el camino

que han recorrido en el último siglo hasta ahora, podremos evaluar lo que harán durante el siglo venidero.

Las convulsiones sociales son rebeliones de los Espíritus encarnados contra el mal que los oprime, son el indicio de sus aspiraciones a ese reino de justicia que anhelan, sin que aún perciban claramente lo que quieren y los medios de lograrlo. Por eso se mueven, se agitan, todo lo perturban a diestra y siniestra, crean sistemas, proponen soluciones más o menos utópicas, e incluso cometen muchas injusticias supuestamente por espíritu de justicia, con la esperanza de que de ese movimiento quizás salga algo. Más adelante definirán mejor sus aspiraciones, y el camino se les aclarará.

Quienquiera que penetre en la esencia de los principios del espiritismo filosófico, y considere los horizontes que este nos descubre, las ideas a que da origen y los sentimientos que desarrolla, no dudará de la parte preponderante que habrá de tener en la regeneración de la humanidad, visto que, precisamente y por la fuerza de las cosas, conduce hacia el objetivo al que la humanidad aspira: el reino de la justicia mediante la extinción de los abusos que han entorpecido su progreso, así como mediante la moralización de las masas. Si los que sueñan con la conservación del pasado no creyeran que el espiritismo es capaz de eso, no se obstinarían tanto en destruirlo; lo dejarían morir tranquilamente, como ha sucedido con muchas utopías. Esto, por sí solo, debería llevar a ciertos escarnecedores a considerar que tal vez haya en él algo más serio de lo que se imaginan. Pero hay personas que de todo se burlan, que se burlarían hasta del mismo Dios si lo vieran en la Tierra. También están aquellos que temen que se presente delante de sus ojos el alma que se obstinan en negar.

Sea cual fuere la influencia que algún día el espiritismo llegue a ejercer en el porvenir de las sociedades, no es de suponer que este habrá de sustituir a una aristocracia con otra, ni a imponer leyes; en primer lugar porque, al proclamar el derecho absoluto a la libertad de conciencia y al libre examen en materia de fe, quiere que en tanto

creencia se lo acepte libremente, por convicción y no por obligación. Debido a su naturaleza, no puede ni debe ejercer ninguna presión; dado que proscribire la fe ciega, quiere ser comprendido; para él no existen los misterios, sino una fe razonada que se apoya en los hechos y que desea la luz; no rechaza ninguno de los descubrimientos de la ciencia, sino que considera a la ciencia como la recopilación de las leyes de la naturaleza, y que como esas leyes son de Dios, repudiar a la ciencia sería lo mismo que repudiar la obra de Dios.

En segundo lugar, puesto que la acción del espiritismo reside en su poder moralizador, él no puede adoptar ninguna forma autocrática, porque entonces haría lo mismo que condena. Su influencia será preponderante por las modificaciones que introducirá en las ideas, las opiniones, los caracteres, las costumbres de los hombres y las relaciones sociales; y esa influencia será tanto mayor aún en virtud de que no será impuesta. Poderoso como filosofía, el espiritismo tendría mucho que perder si, en este siglo del razonamiento, se transformara en un poder temporal. No será él, pues, quien creará las instituciones sociales del mundo regenerado; los hombres las crearán guiados por el ascendiente de las ideas de justicia, caridad, fraternidad y solidaridad, mejor comprendidas gracias al espiritismo.

El espiritismo, esencialmente positivo en sus creencias, rechaza el misticismo, siempre que no se extienda esa denominación -como lo hacen aquellos que no creen en nada-, a todas las ideas espiritualistas, a la creencia en Dios, en el alma y en la vida futura. Sin duda el espiritismo induce a los hombres a que se ocupen seriamente de la vida espiritual, porque esa es la vida normal, y en ella deben realizarse nuestros destinos, ya que la vida terrenal es transitoria, pasajera. Por las pruebas que proporciona de la vida espiritual, el espiritismo enseña a los hombres a que no atribuyan a las cosas de este mundo más que una importancia relativa, y de ese modo les da fuerza y valor para soportar con paciencia las vicisitudes de la vida terrenal. Les enseña que al morir no dejan definitivamente este mundo, y que pueden

volver a él a fin de perfeccionar su educación intelectual y moral, a menos que ya estén suficientemente adelantados para que merezcan pasar a un mundo mejor; que las actividades y los progresos que realicen aquí, o a cuya realización contribuyan, les serán provechosos y contribuirán a que mejore la posición que ocuparán en el futuro. Les muestra de esa forma que por su propio interés no deberían descuidarlos. Si les produce rechazo la idea de volver aquí, como tienen el libre albedrío, dependerá de ellos hacer lo necesario para ir a otro mundo. ¡Pero no se engañen los hombres acerca de las condiciones que pueden proporcionarles un cambio de residencia! No será por medio de algunas fórmulas expresadas en palabras o actos que habrán de conseguirlo, sino por efecto de una reforma sincera y radical de sus imperfecciones; será preciso que se modifiquen, que se despojen de las malas pasiones, que conquisten día a día nuevas cualidades, que enseñen a todos por medio del ejemplo la línea de conducta que llevará solidariamente a todos los hombres a la felicidad, a través de la fraternidad, la tolerancia y el amor.

La humanidad se compone de personalidades, que constituyen las existencias individuales, y de las generaciones, que constituyen las existencias colectivas. Unas y otras avanzan en la senda del progreso por variadas fases de pruebas que, de ese modo, son individuales para las personas y colectivas para las generaciones. Del mismo modo que para el encarnado cada existencia es un paso hacia adelante, cada generación señala una etapa de progreso para el conjunto. Ese progreso del conjunto es irresistible y arrastra a las masas, al mismo tiempo que modifica y transforma en instrumento de regeneración los errores y los prejuicios de un pasado destinado a desaparecer. Ahora bien, como las generaciones están compuestas por los individuos que ya han vivido en las generaciones precedentes, se concluye de ahí que el progreso de aquellas es la resultante del progreso de los individuos.

Pero alguien podrá preguntarnos: ¿quién me demostrará la solidaridad que existe entre la generación actual y las que la han prece-

dido, o entre esta y las que la sucederán? ¿Cómo probarán que ya he vivido en la Edad Media, por ejemplo, y que volveré a tomar parte en los acontecimientos que se producirán en la sucesión de los tiempos?

El principio de la pluralidad de las existencias ha sido exhaustivamente demostrado en la *Revista Espírita* y en las obras fundamentales de la doctrina, de modo que no nos detendremos aquí sobre este asunto. La experiencia y la observación de los hechos de la vida cotidiana son abundantes en pruebas físicas y revelan una demostración casi matemática. Nos limitamos solamente a instar a los filósofos a que estén atentos a las pruebas morales que derivan del razonamiento y de la inducción.

¿Será absolutamente necesario que veamos una cosa para creer en ella? Mediante la observación de los efectos, ¿no se puede obtener la certeza material de la causa?

Además de la experimentación, la única senda legítima que se abre para esa investigación consiste en remontarse del efecto a la causa. La justicia nos ofrece un notable ejemplo de ese principio cuando se empeña en descubrir los *indicios* de los medios que han servido para perpetrar un crimen, así como las *intenciones* que agravan la culpabilidad del malhechor. Aun cuando este no haya sido sorprendido *in fraganti*, es condenado por los indicios.

La ciencia, que pretende transitar solamente el camino de la experiencia, sostiene todos los días principios que no son otra cosa más que inducciones de las causas a partir de la observación de los efectos. Por ejemplo, en geología se determina la edad de las montañas. ¿Acaso los geólogos han presenciado su eclosión? ¿Han visto formarse las capas de sedimento que determinan su antigüedad?

Los conocimientos astronómicos, físicos y químicos permiten que se evalúe el peso de los planetas, su densidad, su volumen, la velocidad que los impulsa, la naturaleza de los elementos que los componen. No obstante, los científicos no han hecho experiencias directas, y tanto a la analogía como a la inducción debemos tan ven-

tajosos como importantes descubrimientos. Los primeros hombres, basados en el testimonio de sus sentidos, sostenían que era el Sol el que giraba alrededor de la Tierra. Sin embargo, ese testimonio los engañaba y prevaleció la razón.

Otro tanto sucederá con los principios preconizados por el espiritismo, a partir de que el hombre se disponga a estudiarlos sin prevenciones. Entonces, la humanidad ingresará realmente y en forma rápida en una era de progreso y regeneración, porque al no sentirse aislados entre dos abismos -lo desconocido del pasado y la incertidumbre del porvenir-, los individuos trabajarán con ardor en el perfeccionamiento y la multiplicación de los elementos de la felicidad que son obra suya; porque reconocerán que no se debe a la casualidad la posición que ocupan en el mundo, y que ellos mismos disfrutarán, en el porvenir y en mejores condiciones, del fruto de su trabajo y sus desvelos. Finalmente, el espiritismo les enseñará que si las faltas cometidas colectivamente son expiadas de manera solidaria, los progresos realizados en común también son solidarios, y en virtud de ese principio desaparecerán las disensiones de razas, de familias y de individuos, de modo que la humanidad, superando los primeros pasos infantiles, avanzará rápida y virilmente hacia la conquista de sus verdaderos destinos.

El egoísmo y el orgullo

Sus causas, sus efectos y los medios de destruirlos

Es sabido que la mayor parte de las miserias de la vida tienen su origen en el egoísmo de los hombres. Desde el momento en que cada uno piensa en sí mismo antes de pensar en los otros, y que ante todo busca satisfacer sus propios deseos, intenta naturalmente proporcionarse esa satisfacción a cualquier precio, y sacrifica sin escrúpulo los intereses ajenos, sea en las más insignificantes como en las más grandes cosas, tanto de orden moral como de orden material. De ahí resultan todos los antagonismos sociales, todas las luchas, los conflictos y las miserias, dado que cada individuo trata de despojar a su prójimo.

El egoísmo, a su vez, tiene su origen en el orgullo. La exaltación de la personalidad lleva al hombre a que se considere superior a los otros. Al suponerse con derechos superiores, se ve agraviado por todo lo que a su entender constituye un atentado a sus derechos. La importancia que por orgullo atribuye a su persona, lo vuelve naturalmente egoísta.

El egoísmo y el orgullo tienen su origen en un sentimiento natural: el instinto de conservación. Todos los instintos tienen su razón de ser y su utilidad, dado que no es posible que Dios haya hecho algo que sea inútil. Dios no ha creado el mal; el hombre es quien lo produce por el abuso que hace de los dones divinos, en virtud de su libre albedrío. Así pues, ese sentimiento, contenido dentro de sus justos límites, es bueno en sí mismo. Lo que lo hace dañino y pernicioso es

la exageración. Lo mismo sucede con las pasiones, a las que a menudo el hombre desvía de su objetivo providencial. Dios no ha creado al hombre egoísta y orgulloso; lo creó simple e ignorante; el hombre es quien se ha hecho egoísta y orgulloso, exagerando el instinto que Dios le dio para su propia conservación.

Los hombres no pueden ser felices si no viven en paz, es decir, si no están animados de un sentimiento de benevolencia, de indulgencia y de tolerancia recíproco; en una palabra, mientras procuren destruirse unos a otros. La caridad y la fraternidad resumen todas las condiciones y todos los deberes sociales, pero suponen la abnegación. Ahora bien, la abnegación es incompatible con el egoísmo y el orgullo; por consiguiente, con esos vicios no es posible la verdadera fraternidad, ni tampoco la igualdad y la libertad, dado que el egoísta y el orgulloso lo quieren todo para sí. Esos serán siempre los gusanos que carcomen todas las instituciones progresistas; mientras predominen, arruinarán con sus golpes los sistemas sociales más generosos y más sabiamente elaborados. No cabe duda de que es bueno proclamar el reinado de la fraternidad, pero ¿para qué hacerlo si existe una causa destructiva? Es como edificar en un terreno inestable, o como si se decretara la salud en una región insalubre. Para que los hombres se encuentren bien en esa región, no alcanzará con que se envíen médicos, pues estos morirán como los otros; es necesario destruir las causas de la insalubridad. No basta con impartir lecciones de moral a los hombres para que estos vivan como hermanos en la Tierra, es necesario destruir las causas del antagonismo, atacar la raíz del mal: el orgullo y el egoísmo. Esa es la llaga sobre la que se debe concentrar toda la atención de los que sinceramente desean el bien de la humanidad. Mientras ese obstáculo subsista, verán paralizados todos sus esfuerzos, no sólo por una resistencia inerte sino también por una fuerza activa que trabajará sin cesar para destruir la obra que han emprendido, puesto que toda idea grande, generosa y emancipadora aniquila las pretensiones personales.

Se dirá que es imposible destruir el egoísmo y el orgullo, porque esos vicios son inherentes a la especie humana. Si así fuese, deberíamos renunciar a la posibilidad de todo progreso moral. No obstante, cuando se considera al hombre en las diferentes épocas, no podemos negar que se ha dado un progreso evidente. Entonces, si ha progresado, ¿por qué no habrá de progresar más aún? Por otra parte, ¿será que no existen hombres desprovistos de orgullo y egoísmo? ¿Acaso no vemos personas de naturaleza generosa, en las que parecen innatos los sentimientos de amor al prójimo, de humildad, de devoción y abnegación? Es cierto que su número es menor que el de los egoístas; de lo contrario, estos últimos no serían los que promueven la ley. No obstante, hay muchas más de esas personas de lo que se supone; y si parecen tan escasas es porque el orgullo se pone en evidencia, en tanto que la virtud modesta se oculta en la oscuridad. Si el egoísmo y el orgullo se contasen entre las condiciones necesarias de la humanidad, como lo es la de alimentarse para sustentar la vida, no habría excepciones. El punto esencial es, por lo tanto, conseguir que la excepción pase a constituir la regla, y para eso se trata ante todo de destruir las causas que producen y conservan el mal.

De esas causas, la principal proviene evidentemente de la falsa idea que el hombre se forma de su naturaleza, de su pasado y de su porvenir. Al no saber de dónde viene, se considera más de lo que es; y al no saber hacia dónde va, concentra todo su pensamiento en la vida terrenal; la pretende tan agradable como sea posible; anhela todas las satisfacciones, todos los gozos, y por eso atropella sin escrúpulo a su semejante, en caso de que este le oponga alguna resistencia. No obstante, para eso es preciso que él ejerza el dominio; la igualdad daría a los otros los derechos que él sólo quiere para sí; la fraternidad le impondría sacrificios en detrimento de su bienestar; desea la libertad para sí y solamente la concede a los otros en tanto no ponga en riesgo sus prerrogativas. Visto que todos alimentan las mismas pretensiones, de ahí derivan los perpetuos conflictos que los llevan a pagar muy caros los escasos gozos que llegan a procurarse.

Si el hombre se identificara con la vida futura, su manera de ver se modificaría completamente, como la del individuo que sólo habrá de permanecer por pocas horas en una mala habitación y sabe que al salir de ella dispondrá de otra magnífica para el resto de sus días.

La importancia de la vida presente, tan penosa, tan breve, tan efímera, se borra para él delante del esplendor del porvenir infinito que se despliega ante su vista. La consecuencia natural y lógica de esa certeza es que el hombre sacrifique un presente fugaz a un porvenir duradero; mientras que antes todo lo sacrificaba a la vida presente. Al tomar como objetivo la vida futura, poco le importa permanecer un poco más o un poco menos en esta otra; los intereses mundanos pasan a ser accesorios en vez de ser lo principal; trabaja en el presente con vistas a garantizar su posición en el porvenir, sobre todo porque sabe en qué condiciones puede ser feliz.

En lo atinente a los intereses mundanos, los hombres pueden crearle obstáculos, en cuyo caso tiene que apartarlos, y se vuelve egoísta por la fuerza de las circunstancias. Si dirige la mirada hacia lo alto, hacia una felicidad que ningún hombre puede impedir, no le interesará oprimir a nadie y el egoísmo perderá su objetivo. Con todo, siempre le quedará el estímulo del orgullo.

La causa del orgullo está en la creencia que tiene el hombre de su superioridad individual. Incluso ahí se hace sentir la influencia de la concentración de los pensamientos en la vida terrenal. Para aquel que nada ve delante de él, detrás de él, ni encima de él, el sentimiento de la personalidad es predominante y el orgullo carece de límites.

La incredulidad no sólo es impotente para combatir el orgullo, sino que lo estimula y le da la razón, negando la existencia de un poder superior a la humanidad. El incrédulo sólo cree en sí mismo; es natural, pues, que tenga orgullo. Mientras que en los golpes que recibe no ve más que una obra del acaso y se rebela, aquel que tiene fe percibe la mano de Dios y se somete. Creer en Dios y en la vida futura es, por consiguiente, la primera condición para moderar el orgullo,

aunque no sea suficiente. Junto con el porvenir es necesario ver el pasado, para formarse una idea exacta del presente.

Para que el orgulloso deje de creer en su superioridad es preciso demostrarle que él no es más que los otros, y que estos valen tanto como él; que la igualdad es un hecho y no simplemente una hermosa teoría filosófica; que estas verdades se desprenden de la preexistencia del alma y de la reencarnación.

Sin la preexistencia del alma, el hombre es inducido a creer que Dios -en caso de que crea en Él-, le ha conferido ventajas excepcionales. Cuando no cree en Dios, da gracias al acaso y a su propio mérito. Como lo inicia en la vida anterior del alma, la preexistencia le enseña a distinguir la vida espiritual, infinita, de la vida corporal, temporaria. Sabe de ese modo que las almas salen todas iguales de las manos del Creador; que todas tienen el mismo punto de partida y que todas habrán de alcanzar el mismo objetivo en mayor o menor tiempo, conforme a los esfuerzos que realicen; que él mismo no ha llegado a ser lo que es sino después de haber vegetado, al igual que los otros hombres, durante largo tiempo y penosamente en los escalones inferiores de la evolución; que entre los más atrasados y los más adelantados sólo existe una cuestión de tiempo; que las ventajas del nacimiento son puramente corporales e independientes del Espíritu; que el simple proletario puede, en otra existencia, nacer en un trono, y el más potentado renacer como proletario. Si solamente toma en consideración la vida corporal, apenas ve las desigualdades sociales del momento, que son las que lo impresionan; pero si dirige la mirada al conjunto de la vida del Espíritu, sobre el pasado y el porvenir, desde el punto de partida hasta el punto de llegada, esas desigualdades desaparecen, y entonces reconoce que Dios no ha concedido privilegios a ninguno de sus hijos en perjuicio de los otros; que ha dado igual parte a todos y que no ha allanado el camino a unos más que a otros; que aquel que se presenta en la Tierra menos adelantado que él, puede ganarle la delantera si trabaja

más que él para su perfeccionamiento; reconocerá, finalmente, que como cada uno llega a la meta por sus esfuerzos personales, el principio de *igualdad* constituye un principio de justicia y una ley de la naturaleza, ante los cuales cae por tierra el orgullo del privilegio.

La reencarnación, al probar que los Espíritus pueden renacer en diferentes condiciones sociales, tanto por expiación como por prueba, enseña que en aquel a quien tratamos con desdén puede encontrarse alguien que ha sido nuestro superior o nuestro igual en otra existencia, un amigo o un pariente. Si el hombre supiera quién es esa persona, le dispensaría atenciones, pero en ese caso no tendría ningún mérito. Por otra parte, si supiese que su amigo actual ha sido su enemigo, su servidor o su *esclavo*, seguramente lo rechazaría. Ahora bien, Dios no ha querido que sucediese así, razón por la cual ha colocado un velo sobre el pasado. De ese modo, el hombre es inducido a ver en todas las personas hermanos suyos y sus iguales, de donde resulta una base natural para la *fraternidad*. Al saber que podrá ser tratado del mismo modo que trata a los demás, la *caridad* llega a ser para él un deber y una necesidad fundados en la naturaleza misma.

Jesús sentó el principio de la caridad, la igualdad y la fraternidad, e hizo de él una condición expresa para la salvación; pero estaba reservado a la tercera manifestación de la voluntad de Dios, es decir, al espiritismo -por el conocimiento que facilita de la vida espiritual, por los nuevos horizontes que descubre y por las leyes que revela-, sancionar ese principio y probar que no es apenas una doctrina moral, sino una ley de la naturaleza, y que llevarlo a la práctica resulta de interés para el hombre. Ahora bien, este lo practicará cuando, al dejar de ver el presente como el principio y el fin, comprenda la solidaridad que existe entre el presente, el pasado y el porvenir. En el inmenso campo del infinito que el espiritismo le hace vislumbrar, se anula su importancia personal; comprende que por sí solo no es nada ni puede nada; que todos se necesitan mutuamente y que no son unos más que otros: doble golpe asestado a su orgullo y a su egoísmo.

Con todo, para eso el hombre necesita la fe, sin la cual permanecerá forzosamente en la rutina del presente; pero no la fe ciega que huye de la luz, restringe las ideas y, por eso mismo, alimenta el egoísmo, sino la fe inteligente, razonada, que busca la claridad y no las tinieblas, que rasga valerosamente el velo de los misterios y amplía el horizonte. Es esa fe, elemento básico de todo progreso, la que el espiritismo le proporciona: fe robusta, porque está basada en la experiencia y en los hechos, porque le suministra pruebas palpables de la inmortalidad de su alma, porque le muestra de dónde viene, hacia dónde va y por qué está en la Tierra; finalmente, porque consolida sus ideas, todavía inseguras, acerca de su pasado y su porvenir.

Una vez que el hombre haya ingresado definitivamente en ese camino, como el egoísmo y el orgullo ya no tendrán nada que los incite, se extinguirán poco a poco por carecer de objetivo y de alimento, y todas las relaciones sociales se modificarán con el influjo de la caridad y de la fraternidad bien comprendidas.

¿Podrá eso ocurrir como efecto de un cambio brusco? No; sería imposible; visto que nada se produce bruscamente en la naturaleza; nunca la salud vuelve súbitamente al enfermo; entre la enfermedad y la salud siempre existe la convalecencia. Así pues, el hombre no puede cambiar instantáneamente su punto de vista y dirigir la mirada desde la Tierra hacia el cielo, pues el infinito lo confunde y lo deslumbra; necesita tiempo para asimilar las nuevas ideas.

El espiritismo es, sin discusión, el más poderoso elemento moralizador, porque mina en su base al egoísmo y al orgullo, aportando un punto de apoyo a la moral. Ha hecho milagros en materia de conversión, aunque apenas sean curas individuales y a menudo parciales. No obstante, lo que ha producido en relación con los individuos constituye una garantía de lo que un día producirá en las masas. No puede arrancar de una sola vez las hierbas dañinas. Confíere la fe, y la fe es la buena semilla, que requiere tiempo para germinar y dar frutos; por esa razón los espíritas no son aún perfectos.

El espiritismo ha tomado al hombre en medio de la vida y del fuego de las pasiones, en la plenitud de los prejuicios; y si en esas circunstancias ha obrado prodigios, ¿qué no hará cuando lo tome al nacer, todavía libre de las impresiones nocivas; cuando la criatura mame desde sus primeros vagidos la caridad, y sea arrullada por la fraternidad; cuando, en fin, toda una generación sea educada y alimentada con ideas a las que la razón, a medida que se desarrolle, habrá de corroborar en vez de invalidarlas? Bajo el dominio de esas ideas, que llegarán a ser la fe de todas las personas, el progreso ya no tropezará con el orgullo y el egoísmo, las instituciones se reformarán por sí mismas y la humanidad avanzará rápidamente hacia los destinos que se le han prometido en la Tierra, mientras aguarda los del Cielo.

Libertad, igualdad, fraternidad

Libertad, igualdad, fraternidad. Estas tres palabras constituyen de por sí el programa de todo un orden social que habría de promover el más absoluto progreso de la humanidad, en caso de que el principio que ellas representan recibiera una aplicación integral. Veamos cuáles son los obstáculos que en el estado actual de la sociedad se oponen a eso y, ante el mal, busquemos el remedio.

La fraternidad, en la rigurosa acepción del término, resume todos los deberes recíprocos de los hombres; significa devoción, abnegación, tolerancia, benevolencia, indulgencia. Es la caridad evangélica por excelencia y la aplicación de esta máxima: “Obrar para con los otros como nos gustaría que los otros obraran para con nosotros”. Su opuesto es el *egoísmo*. La fraternidad sostiene: “Uno para todos y todos para uno”. El egoísmo sostiene: “Cada uno para sí”. Como estas dos cualidades son la negación una de otra, es tan imposible para el egoísta obrar fraternalmente en relación con sus semejantes, como para un avaro ser generoso, así como para un hombre de pequeña estatura alcanzar el tamaño de un hombre alto. Ahora bien, dado que el egoísmo es la llaga que predomina en la sociedad, mientras este impere soberanamente será imposible el reino de la verdadera fraternidad. Cada uno la querrá para su provecho, y no querrá practicarla en provecho de los otros, o si lo hiciera, será después de haberse asegurado de que no perderá nada.

Considerada desde el punto de vista de su importancia para el logro de la felicidad social, la fraternidad está en primera línea: es la base. Sin ella no podrían existir la igualdad ni la libertad

auténtica. La igualdad proviene de la fraternidad, y la libertad es consecuencia de las otras dos.

En efecto, supongamos una sociedad de hombres suficientemente desinteresados, buenos y benévolo para que vivan fraternalmente, sin que haya entre ellos privilegios ni derechos excepcionales, pues de otro modo no habría fraternidad. Tratar a alguien de hermano es tratarlo de igual a igual; es querer para él lo que se querría para uno mismo. En un pueblo de hermanos, la igualdad será la consecuencia de sus sentimientos, de la manera de obrar, y se establecerá por la fuerza misma de las circunstancias. Pero ¿cuál es el enemigo de la igualdad? El orgullo. Ese orgullo, que en todas partes busca la primacía y el dominio, que vive de privilegios y excepciones, puede soportar la igualdad social, pero no la implantará jamás, y la destruirá en la primera ocasión que se le presente. Ahora bien, dado que el orgullo es también una de las llagas de la sociedad, mientras no sea destruido pondrá obstáculos a la auténtica igualdad.

Hemos dicho que la libertad es hija de la fraternidad y de la igualdad. Aludimos a la libertad legal y no a la libertad natural que, por derecho, es imprescriptible para toda criatura humana, desde el salvaje hasta el hombre civilizado. Al vivir como hermanos, con idénticos derechos y animados de un sentimiento de benevolencia recíproca, los hombres practicarán entre ellos la justicia y no tratarán de causarse daño alguno, de modo que no tendrán nada que temer unos de otros. La libertad no ofrecerá ningún peligro, porque ninguno pensará en abusar de ella en perjuicio de sus semejantes. Pero el egoísmo, que todo quiere para sí, y el orgullo, que siempre quiere dominar, ¿cómo habrían de darle la mano a la libertad que los destruiría? El egoísmo y el orgullo son, pues, los enemigos de la libertad, como lo son también de la igualdad y la fraternidad.

La libertad lleva implícita la confianza mutua. Ahora bien, no puede haber confianza entre personas dominadas por el sentimiento exclusivo de la personalidad. Al no poder cada una satisfacerse a sí

misma si no es a costa de otros, todas están constantemente en guardia unas contra otras. Siempre temerosas de perder aquello a lo que denominan sus derechos, la dominación constituye la condición misma de su existencia, razón por la cual armarán continuamente celadas contra la libertad, y la reprimirán mientras puedan.

Esos tres principios son, pues, de conformidad con lo expuesto, solidarios entre sí y se prestan mutuo apoyo; sin su confluencia, el edificio social no estaría completo. La fraternidad no puede ser practicada en toda su pureza si se excluye a las otras dos, del mismo modo que sin la igualdad y la libertad no existe la verdadera fraternidad. La libertad sin la fraternidad equivale a dar rienda suelta a todas las pasiones malas, que a partir de entonces quedan sin freno. Con la fraternidad, el hombre no hace mal uso -por menor que sea- de su libertad: tal es el orden. Sin la fraternidad, el hombre emplea la libertad para dar curso a todas sus torpezas: tal es la anarquía, el desenfreno. A eso se debe que las naciones más libres se vean obligadas a crear restricciones a la libertad. La igualdad sin la fraternidad conduce a los mismos resultados, visto que la igualdad demanda la libertad. Con el pretexto de la igualdad, el pequeño rebaja al grande para tomar su lugar, y por su parte se vuelve tirano; todo se reduce a un cambio de lugar del despotismo.

¿Se sigue de ahí que hasta que los hombres no se encuentren imbuidos del sentimiento de la verdadera fraternidad, será necesario mantenerlos en estado de servidumbre? ¿Acaso las instituciones fundadas en los principios de igualdad y libertad no son aptas? Semejante opinión más que equivocada sería absurda. Nadie espera que un niño complete su crecimiento para enseñarle a caminar. Por otra parte, ¿quiénes suelen tenerlos bajo su tutela? ¿Se trata de hombres de ideas elevadas y generosas, guiados por el amor al progreso? ¿Son hombres que aprovechan la sumisión de sus inferiores para desarrollar en ellos el sentido moral, y elevarlos poco a poco a la condición de hombres libres? No; se trata en su mayoría de hombres celosos de su poder, a

cuya ambición y codicia otros hombres sirven de instrumentos más inteligentes que los animales; de modo que en vez de emanciparlos los conservan, durante el mayor tiempo posible, subyugados y en la ignorancia. Pero ese orden de cosas cambia por sí mismo, gracias al poder irresistible del progreso. Algunas veces la reacción es violenta y tanto más terrible cuanto que el sentimiento de la fraternidad, imprudentemente reprimido, no consigue interponer su efecto moderador. La lucha se establece entre los que quieren tomar el poder y los que quieren retenerlo; y de ahí resulta un conflicto que muchas veces se prolonga durante varios siglos. Finalmente, se establece un equilibrio artificial. Las condiciones mejoran, pero se siente que las bases sociales no son sólidas; el suelo tiembla a cada paso porque aún no se ha establecido el reinado de la libertad y la igualdad bajo la égida de la fraternidad, y porque el orgullo y el egoísmo continúan empeñados en prevalecer por encima de los esfuerzos de los hombres de bien.

Vosotros, que soñáis con esa edad de oro para la humanidad, trabajad primero en la construcción de la base del edificio, antes de pensar en el coronamiento; dadle como cimiento la fraternidad en su más pura acepción. Pero para eso no basta con decretarla y escribirla en un emblema; es preciso que esté en el corazón, y no se cambia el corazón de los hombres por medio de decretos. Del mismo modo que para hacer que un campo produzca es necesario extraerle las piedras y los espinos, también aquí debéis trabajar sin descanso para extirpar los virus del orgullo y del egoísmo, porque en ellos está la causa de todo el mal, el verdadero obstáculo al reinado del bien. Eliminated de las leyes, de las instituciones, de las religiones, de la educación, hasta los últimos vestigios de los tiempos de barbarie y privilegios, así como todas las causas que alimentan y desarrollan esos eternos obstáculos para el verdadero progreso, los cuales por así decirlo hemos bebido junto con la leche, y aspirado por todos los poros en la atmósfera social. Sólo entonces los hombres comprenderán los deberes y los beneficios de la fraternidad; y al mismo tiempo se consolidarán por sí

mismos, sin conmociones ni riesgos, los principios complementarios de la igualdad y la libertad.

¿Llegará a ser posible la destrucción del egoísmo y del orgullo? Respondemos a viva voz y con firmeza: Sí. De lo contrario, sería establecer un tope para el progreso de la humanidad. El hombre crece en inteligencia: es un hecho indiscutible. No obstante, ¿habrá llegado al punto culminante más allá del cual no pueda seguir? ¿Quién osaría sostener esa tesis absurda? ¿Progresará en moralidad? Para responder esta pregunta basta con que se comparen las épocas de un mismo país. ¿Por qué habría este llegado al límite del progreso moral y no al del progreso intelectual? Su aspiración a un orden de cosas mejor es un indicio de la posibilidad de alcanzarlo. Cabe a los hombres progresistas activar ese movimiento por intermedio del estudio y de la práctica de medios más eficaces.

Las aristocracias

Aristocracia deriva del griego *aristos*, lo mejor, y *kratos*, poder. En su acepción literal, por lo tanto, aristocracia significa: *poder de los mejores*. Convengamos en que el sentido primitivo de este término ha sido en ocasiones particularmente tergiversado; sin embargo, veamos qué influencia puede ejercer el espiritismo en su aplicación. A tal efecto, tomemos las cosas en el punto de partida y acompañémoslas a través de las épocas, a fin de que deduzcamos de ahí qué habrá de suceder más tarde.

No ha existido época alguna en la que, en el seno de un pueblo, los hombres -en su vida social- hayan podido prescindir de jefes, razón por la cual los encontramos incluso en las tribus más salvajes. Esto se debe a que, en virtud de la diversidad de las aptitudes y los caracteres inherentes a la especie humana, en todas partes existen hombres incapaces que necesitan ser dirigidos, hombres débiles que reclaman protección, pasiones que demandan represión. De ahí la necesidad de una autoridad. Es sabido que en las sociedades primitivas esa autoridad fue conferida a los jefes de familia, a los mayores, a los ancianos; en una palabra, a los patriarcas. Esa fue la primera de las aristocracias.

Como las sociedades se fueron haciendo numerosas, la autoridad patriarcal llegó a ser impotente en determinadas circunstancias. Las querellas entre pueblos vecinos dieron lugar a combates; para conducirlos ya no fue preciso apelar a los mayores sino a los hombres fuertes, vigorosos e inteligentes; de ahí surgieron los jefes militares. Victoriosos, esos jefes fueron investidos de autoridad, y su valor se convirtió en garantía contra los ataques de los enemigos. Muchos

abusaron de la posición que ocupaban, y se apoderaron de ella por su propia iniciativa. Más adelante, los vencedores pasaron a imponerse a los vencidos y los redujeron a la esclavitud. De ahí la autoridad de la fuerza bruta, que fue la segunda aristocracia.

Los fuertes, junto con los bienes que poseían, transmitían en forma natural a sus hijos la autoridad de que disfrutaban, de modo que los débiles sometidos, que no osaban replicar, se habituaron poco a poco a tener a esos hijos como herederos de los derechos que los padres habían conquistado, y a considerarlos sus superiores. Se produjo así la división de la sociedad en dos clases: la de los superiores y la de los inferiores, la de los que mandan y la de los que obedecen. Así surgió la aristocracia del nacimiento, que se hizo tan poderosa y preponderante como la de la fuerza, porque si no tenía fuerza por sí misma, como en los primeros tiempos en que cada uno debía hacer el sacrificio de su persona, disponía de una fuerza mercenaria. En posesión del poder absoluto, naturalmente invocó para sí todos los privilegios.

Para el mantenimiento de esos privilegios era necesario que se les confriese el prestigio de la legalidad, de modo que esa aristocracia creó leyes para su propio provecho, lo que le resultó sencillo, visto que ningún otro las dictaba. Pero como esto no bastaba, sumó a los privilegios el prestigio del derecho divino, a fin de tornarlos respetables e inviolables. Para garantizarles el respeto de las clases sometidas, que eran cada vez más numerosas, y a las que resultaba cada vez más difícil contener, incluso por la fuerza, sólo había un medio: impedirles ver con claridad, es decir, mantenerlas en la ignorancia.

Si la clase superior hubiese sido capaz de alimentar a la clase inferior sin que esta hiciera nada, la habría gobernado fácilmente durante largo tiempo aún; pero como la segunda fue obligada a trabajar para vivir, y trabajar tanto más cuanto más apremiada se hallaba, resultó que la necesidad de encontrar incesantemente nue-

vos recursos, de luchar contra una competencia invasora, de buscar nuevos mercados para los productos, desarrolló su inteligencia e hizo que las mismas causas de las que se servía la clase superior para someterla, la ilustraran. ¿No se ve ahí la mano de la Providencia?

La clase sometida vio las cosas con más claridad; vio la poca consistencia del prestigio que se le oponía y, sintiéndose fuerte por lo numerosa, abolió los privilegios y proclamó la igualdad ante la ley. Este principio marcó, en el seno de algunos pueblos, el fin del reinado de la aristocracia de nacimiento, que pasó a ser apenas nominal y honorífica, visto que ya no confiere derechos legales.

Se erigió entonces un nuevo poder: el del dinero; porque con dinero se dispone de los hombres y de las cosas. Se trataba de un sol naciente ante el cual todos se inclinaban, como en el pasado se inclinaban más aún delante de un blasón. Lo que dejó de concederse al título se le concedía a la riqueza, y la riqueza tuvo también sus privilegios. Sin embargo, poco después percibieron que para conseguir la riqueza se requería cierta dosis de inteligencia, y que no era necesaria mucha para recibirla como herencia, además de que los descendientes son generalmente más hábiles para consumirla que para ganarla. Percibieron también que los medios de enriquecimiento no siempre son limpios, de modo que el dinero fue perdiendo poco a poco su prestigio moral, y ese poder fue sustituido por otro, por una aristocracia más justa: la de la inteligencia, a la cual todos pueden reverenciar sin envilecerse, porque pertenece tanto al pobre como al rico.

¿Será la última? ¿Será la más elevada expresión de la humanidad civilizada? No. La inteligencia no siempre constituye garantía de moralidad, y el hombre más inteligente puede hacer pésimo uso de sus facultades. Por otro lado, la moralidad aislada muchas veces resulta incapaz. Así pues, la unión de esas dos facultades, *inteligencia* y *moralidad*, es necesaria para generar una preponderancia legítima, a la que las masas se someterán ciegamente, porque les inspirará plena confianza, tanto por sus luces como por su justicia. Será esa la últi-

ma aristocracia, la que se presentará como consecuencia, o más bien como señal, del advenimiento del reinado del bien en la Tierra. Esa aristocracia se erigirá muy naturalmente por la fuerza misma de las circunstancias. Cuando los hombres de esa categoría sean suficientemente numerosos para constituir una mayoría imponente, las masas les confiarán sus intereses.

Como hemos visto, las aristocracias han tenido su razón de ser; nacieron del estado de la humanidad. Del mismo modo habrá de suceder con lo que se convertirá en una necesidad. Todas han tenido o tendrán su época, según los países, porque ninguna ha sido fundada en el principio moral. Sólo este principio puede constituir una supremacía perdurable, porque estará animada por los sentimientos de justicia y caridad. A esa supremacía la denominaremos: *aristocracia intelecto-moral*.

Pero semejante estado de cosas, ¿será posible con el egoísmo, el orgullo, la codicia que reinan soberanos en la Tierra? Respondemos claramente: sí, no sólo es posible, sino que se implantará porque es inevitable.

Hoy prevalece la inteligencia; es soberana, nadie puede negarlo. Y tan cierto es esto que se ve al hombre de pueblo acceder a cargos de primera categoría. Esta aristocracia, ¿no es más justa, más lógica, más racional que la de la fuerza bruta, la del nacimiento o la del dinero? ¿Por qué, pues, no sería posible que se le uniera la moralidad? Porque -dicen los pesimistas- el mal domina sobre la Tierra. Pero ¿quién osaría decir que el bien no lo suplantarán un día? Las costumbres y, por consiguiente, las instituciones sociales, ¿no valen hoy cien veces más que en la Edad Media? ¿No se caracteriza cada siglo por un progreso? ¿Por qué, pues, la humanidad habría de detenerse cuando aún tiene tanto por hacer? Por instinto natural, los hombres buscan su bienestar; si no lo encuentran completo en el reino de la inteligencia, lo buscarán en otra parte, y ¿dónde podrán encontrarlo sino en el reino de la moralidad? Para eso es preciso que la moralidad tenga ventaja numérica. Es innegable que hay mucho

por hacer; pero, reiteramos, sería una vana pretensión alegar que la humanidad ha llegado a su apogeo, cuando se la ve avanzar incesantemente por la senda del progreso.

Digamos, ante todo, que en la Tierra los buenos no son tan raros como se supone. Los malos son numerosos, eso es lamentablemente cierto; pero lo que hace que parezcan todavía más numerosos es que tienen más audacia y sienten que esa audacia les es imprescindible para triunfar. Con todo, comprenden de tal modo la preponderancia del bien que, al no poder practicarlo, se enmascaran con él.

Los buenos, por el contrario, no hacen alarde de sus buenas cualidades; parecen tan poco numerosos porque no se ponen en evidencia. Analizad, mientras tanto, los actos íntimos realizados sin ostentación, y en todas las clases de la sociedad encontraréis personas de naturaleza buena y leal en cantidad suficiente para que vuestro corazón se tranquilice y no os desesperéis por la humanidad. Además, también nos corresponde mencionar que entre los malos hay muchos que lo son sólo por incitación, y que se convertirán en buenos siempre que estén sometidos a una buena influencia. Admitamos que de cada 100 individuos haya 25 buenos y 75 malos. Entre estos últimos, 50 lo son por debilidad, y serían buenos si tuviesen buenos ejemplos y, sobre todo, si hubiesen sido correctamente encaminados desde la infancia. De los 25 decididamente malos, no todos serán incorregibles.

En el actual estado de las cosas, los malos son mayoría e imponen la ley a los buenos. Supongamos que una determinada circunstancia produzca la conversión del 50 por ciento de ellos: los buenos quedarán como mayoría y a su turno dictarán las leyes. Mientras que de los otros 25 absolutamente malos, muchos habrán de sufrir la influencia de los buenos, y sólo quedarán algunos incorregibles sin preponderancia.

Tomemos un ejemplo para ilustrar lo que acabamos de decir: en el seno de ciertos pueblos el asesinato y el robo constituyen la normalidad, y el bien representa la excepción. En los pueblos más adelantados

y mejor gobernados de Europa el crimen es la excepción; acosado por las leyes, el delito no ejerce ninguna influencia sobre la sociedad. En esos pueblos, lo que todavía predomina son los vicios del carácter: el orgullo, el egoísmo, la codicia y todo su cortejo de miserias.

Entonces, ¿por qué, con el progreso, los vicios de esos pueblos no han de convertirse en excepción, como ya lo son los crímenes, mientras que los pueblos inferiores alcanzan nuestro nivel? Negar la posibilidad de esa marcha ascendente sería negar el progreso.

Ciertamente, llegar a ese estado de cosas no puede ser obra de un día; pero si hay una causa capaz de apresurar su advenimiento, esa causa es sin ninguna duda el espiritismo. Factor por excelencia de la solidaridad humana, al mostrar que las pruebas de la vida actual son la consecuencia lógica y racional de los actos practicados en las existencias anteriores, y al hacer de cada hombre el artífice voluntario de su propia felicidad, la divulgación universal del espiritismo tendrá como resultado, necesariamente, una sensible elevación del nivel moral de la actualidad.

Aunque apenas elaborados y coordinados, los principios generales de nuestra filosofía ya han congregado en una imponente comunión de ideas a millones de adeptos diseminados por toda la Tierra. Los progresos realizados bajo su influencia, las transformaciones individuales y locales que han promovido en menos de quince años, nos permiten apreciar las inmensas y fundamentales transformaciones que producirán en el porvenir.

Pero si gracias al desarrollo y la aceptación general de las enseñanzas de los Espíritus, el nivel moral de la humanidad tiende constantemente a elevarse, se engañaría de modo singular quien supusiese que la moralidad ejercerá preponderancia sobre la inteligencia. En efecto, el espiritismo no pide que se lo acepte ciegamente; hace un llamado a la discusión y a la luz.

“En vez de la fe ciega que aniquila la libertad de pensar, sostiene: *Sólo es inquebrantable la fe que puede mirar a la razón cara a cara en todas las épocas de la humanidad. La fe necesita una base, y esa base*

es la comprensión plena de aquello en que se debe creer. Para creer no basta con ver, es necesario sobre todo comprender". (El Evangelio según el espiritismo.) Por lo tanto, con arreglo al derecho, podemos considerar al espiritismo como uno de los más poderosos precursores de la aristocracia del porvenir, es decir, de la *aristocracia intelecto-moral*.

Los desertores

Si bien es cierto que todas las grandes ideas cuentan con apóstoles fervorosos y dedicados, no es menos cierto que incluso las mejores de ellas tienen sus desertores. El espiritismo no podía escapar a las consecuencias de la debilidad humana. También tiene los suyos, y en ese sentido no serán inútiles algunas observaciones.

En los primeros tiempos, muchas personas se equivocaron acerca de la naturaleza y el objetivo del espiritismo, y no percibieron su alcance. Al comienzo excitó la curiosidad; muchos veían en las manifestaciones apenas un simple objeto de distracción; se divertían con los Espíritus, toda vez que estos quisieron divertirlos. Era un pasatiempo, a menudo un complemento de las tertulias.

Esta manera inicial de presentar el espiritismo fue una táctica hábil de los Espíritus. Bajo la forma de diversión, la idea penetró en todas partes y sembró gérmenes sin atemorizar a las conciencias timoratas. Jugaron con el niño, pero el niño debía crecer.

Cuando los Espíritus serios y moralizadores tomaron el lugar de los Espíritus bromistas; cuando el espiritismo se convirtió en ciencia, en filosofía, las personas superficiales dejaron de encontrarlo divertido. Para los que se preocupan por encima de todo de la vida material, resultó un censor importuno y molesto, razón por la que muchos lo dejaron de lado. No debemos lamentar la existencia de esos desertores, pues las personas frívolas no son más que pobres auxiliares dondequiera que se encuentren. Con todo, esa primera fase no puede ser considerada como tiempo perdido. Muy lejos de eso, gracias a aquel disfraz, la idea se popularizó cien veces más que si hubiese asumido desde el primer momento una forma precisa.

Además, de aquellos procedimientos intrascendentes y tediosos salieron pensadores serios.

Esos fenómenos, puestos de moda por el atractivo de la curiosidad, y convertidos en una verdadera afición, tentaron la ambición de las personas que andan en busca de novedades con la esperanza de encontrar allí una nueva puerta abierta al lucro. Las manifestaciones parecían algo maravillosamente explotable, y más de uno pensó en hacer de ellas un auxiliar de sus negocios. Para otros era una variante del arte de la adivinación, un medio tal vez más seguro que el de la cartomancia, la borra de café, etc., para conocer el porvenir y descubrir las cosas ocultas, pues se consideraba que -según la opinión vigente- los Espíritus todo lo sabían.

Desde el momento en que esas personas advirtieron que la especulación se les escapaba de entre los dedos y se convertía en mistificación, y que los Espíritus no acudían a ayudarlas a enriquecerse ni a indicarles los números que serían premiados en la lotería, o a revelarles la buena suerte y llevarlas a descubrir tesoros o a recibir herencias, como tampoco a favorecerlas con alguna invención fructífera que pudieran patentar, es decir, a suplir su ignorancia y a dispensarlas del trabajo intelectual y material, resultó que los Espíritus no servían para nada y que sus manifestaciones no eran más que ilusiones. Esas personas ensalzaron al espiritismo, durante el tiempo en que esperaban obtener de él algún provecho, con la misma intensidad con que lo denigraron a partir del momento en que se sintieron decepcionadas. Más de uno de los críticos que lo afrontan lo habrían elevado hasta las nubes, si él hubiese hecho que descubrieran un tío rico en América o que ganasen en la Bolsa. Esa es la más numerosa de las categorías de los desertores, y fácil es comprender que quienes la constituyen no pueden ser calificados de espíritas.

Esa fase también ha tenido su utilidad. Al mostrar lo que no se debía esperar del concurso de los Espíritus, ha dado a conocer el objetivo serio del espiritismo, ha depurado la doctrina. Los Espíritus

saben que las lecciones de la experiencia son las más provechosas. Si desde el comienzo hubiesen dicho: “No pidáis esto o aquello, porque nada conseguiréis”, nadie más les habría dado crédito. Por eso dejaron que las cosas tomaran el rumbo que tomaron, a fin de que la verdad se mostrara mediante la observación. Las decepciones desanimaron a los explotadores y contribuyeron a que su cantidad disminuyera. Eran parásitos de los que aquellas decepciones han librado al espiritismo, y no de adeptos sinceros.

Algunas personas, más perspicaces que otras, entrevistaron al hombre en el niño que acababa de nacer, y eso les inspiró temor, como Herodes sintió temor del niño Jesús. Como no se atreven a atacar de frente al espiritismo, esas personas han infiltrado agentes en sus filas con el encargo de abrazarlo hasta que se ahogue; agentes que ocultan sus verdaderas intenciones para entrometerse en todas partes, para promover hábilmente las disensiones en los grupos y esparcir en ellos, mediante acciones furtivas, el veneno de la calumnia, además de encender la tea de la discordia, inspirando actos comprometedores con la intención de desviar la doctrina, a fin de hacerla ridícula u odiosa y, seguidamente, simular deserciones.

Otros son más hábiles aún: predicán la unión pero siembran la división; son expertos en generar cuestiones irritantes y mortificadoras; despiertan los celos de la preponderancia entre los diferentes grupos, y quedarían muy satisfechos si los viesan apedrearse y enarbolar una bandera contra otra bandera a propósito de algunas divergencias de opiniones sobre determinadas cuestiones de forma o de fondo, las más de las veces provocadas intencionalmente. Todas las doctrinas han tenido a sus Judas; el espiritismo no podría dejar de tener los suyos, y estos no le han faltado. Esos son espíritas de contrabando, pero también han tenido su utilidad: han enseñado al verdadero espírita a que sea prudente, circunspecto, y a que no se fíe de las apariencias.

En principio, se debe desconfiar de los entusiasmos excesivamente febriles, que son casi siempre fuego de paja o simulacros, enar-

decimientos ocasionales que suplen con la abundancia de palabras la falta de actos. La verdadera convicción es calma, reflexiva, motivada; se revela, del mismo modo que el verdadero valor, a través de los actos, es decir, por la firmeza, la perseverancia y, sobre todo, por la abnegación. El desinterés moral y material es la verdadera piedra de toque de la sinceridad.

La sinceridad tiene un sello *sui generis*; se exterioriza por matices que a menudo son más fáciles de ser comprendidos que definidos; es sentida por efecto de esa transmisión del pensamiento, cuya ley el espiritismo ha venido a revelarnos, sin que la falsedad llegue en ningún momento a simularla por completo, visto que no le es posible modificar la naturaleza de las corrientes fluídicas que proyecta. La sinceridad considera un error dar lugar a la baja y servil adulación que sólo puede seducir a las almas orgullosas, adulación por medio de la cual la falsedad se traiciona en relación con las almas elevadas. Jamás el hielo ha podido imitar el calor.

Si pasamos a la categoría de los espíritas propiamente dichos, también allí nos encontraremos con ciertas debilidades humanas, de las cuales la doctrina no siempre se sobrepone inmediatamente. Las más difíciles de vencer son el egoísmo y el orgullo: las dos pasiones originales del hombre. Entre los adeptos convencidos no hay desertiones en la verdadera acepción de la palabra, porque aquel que desertara por motivo de interés o por cualquier otro, nunca habría sido sinceramente espírita. No obstante, es posible que haya desalentados. El valor y la perseverancia pueden flaquear ante una decepción, una ambición frustrada, una preeminencia no conseguida, una herida en el amor propio, una prueba difícil. Algunos retroceden ante el sacrificio del bienestar, ante el temor de comprometer los intereses materiales, ante el miedo al “qué dirán”; otros se ven afectados por una mistificación; no se alejan, pero se desaniman; quieren vivir para sí y no para los otros; quieren beneficiarse de la creencia, pero con la condición de que no cueste nada. No cabe duda de que los que así

proceden puedan ser creyentes, pero de seguro son creyentes egoístas, en los cuales la fe no ha encendido el fuego sagrado de la devoción y el altruismo; a su alma le cuesta desprenderse de la materia. Nominalmente son numerosos, pero no se puede contar con ellos.

Todos los demás son espíritas que merecen verdaderamente de ese nombre. Aceptan de por sí todas las consecuencias de la doctrina, y se lo reconoce por los esfuerzos que realizan para mejorarse. Sin que desprecien -más allá de los límites de lo razonable- los intereses materiales, estos constituyen para ellos lo accesorio y no lo principal; apenas consideran a la vida terrenal como una travesía más o menos penosa; están convencidos de que el porvenir depende del empleo útil o inútil que le den a esa vida; consideran mezquinos los gozos que ella proporciona, si se los compara con el objetivo espléndido que entrevén en el Más Allá; no se intimidan con los obstáculos que encuentran en el camino; en las vicisitudes y en las decepciones ven pruebas que no los desalientan, porque saben que el reposo habrá de ser el premio al trabajo. Esa es la razón por la que no se observan entre ellos deserciones ni flaquezas.

Por eso los Espíritus buenos protegen ostensivamente a los que luchan con valor y perseverancia, a aquellos cuya devoción es sincera y sin segundas intenciones; los ayudan a vencer los obstáculos y aligeran las pruebas que no pueden evitarles, al paso que abandonan, no menos ostensivamente, a los que se apartan de ellos y sacrifican la causa de la verdad a sus ambiciones personales.

¿Debemos incluir también entre los desertores del espiritismo a los que se alejan de sus filas porque no les satisface nuestro punto de vista? ¿A aquellos que, como consideran que nuestro método es muy lento o muy rápido, pretenden alcanzar más deprisa y en mejores condiciones el objetivo que nos hemos propuesto? No, por cierto, si sus únicos guías son la sinceridad y el deseo de propagar la verdad. ¡Sí, en caso de que sus esfuerzos tiendan únicamente a ponerlos en evidencia y a atraer sobre sí la atención pública, para la satisfacción del amor propio y de los intereses personales!

¡Tenéis una manera de ver diferente de la nuestra; no simpatizáis con los principios que adoptamos! Sin embargo, nada prueba que estéis más próximos de la verdad que nosotros. Podemos discrepar de opinión en materia de ciencia. Investigad por vuestro lado así como nosotros investigamos por el nuestro, y el porvenir mostrará cuál de nosotros está en el error o tiene la razón. No pretendemos ser los únicos que reúnen las condiciones fuera de las cuales no pueden hacerse estudios serios y provechosos. No cabe duda de que lo que hemos hecho nosotros pueden hacerlo otros. Que los hombres inteligentes se asocien a nosotros o se congreguen aparte de nosotros, ¡eso poco importa!... Tanto mejor si los grupos de estudio se multiplican, pues esa será una señal de indudable progreso, que hemos de celebrar con todas nuestras fuerzas.

En cuanto a las rivalidades, a las tentativas que se hagan para suplantarnos, tenemos un medio infalible para no temerlas. Trabajamos para comprender, para enriquecer nuestra inteligencia y nuestro corazón; disputamos con los otros, pero disputamos con caridad y abnegación. Que el amor al prójimo, inscripto en nuestro emblema, sea nuestra divisa; que la investigación de la verdad, venga de donde viniere, ¡sea nuestro único objetivo! Con esos sentimientos enfrentaremos las burlas de nuestros adversarios y las tentativas de nuestros competidores. En caso de equivocarnos, no tendremos el necio amor propio que nos llevaría a obstinarnos en ideas falsas; con todo, hay principios respecto de los cuales tenemos la certeza de que jamás nos engañaremos: el amor al bien, la abnegación, la renuncia a todo sentimiento de envidia y de celos. Esos son nuestros principios; consideramos que ellos son los vínculos que habrán de unir a todos los hombres de bien, sea cual fuere la divergencia de sus opiniones. Solamente el egoísmo y la mala fe erigen entre ellos barreras insuperables.

Pero ¿cuál será la consecuencia de semejante estado de cosas? Sin duda, el proceder de los falsos hermanos podrá momentá-

neamente acarrear algunas perturbaciones parciales. Por esa razón, en la medida de lo posible, debemos invertir todos los esfuerzos para conducirlos al fracaso. No obstante, esas perturbaciones serán necesariamente de corta duración y no ocasionarán perjuicio al porvenir. Ante todo, porque son maniobras de oposición que caerán por la fuerza misma de las circunstancias. Además, digan lo que digan o hagan lo que hagan, nadie sería capaz de privar a la doctrina de su carácter distintivo, de su filosofía racional y lógica, de su moral que consuela y regenera.

En la actualidad las bases del espiritismo están echadas de forma inquebrantable; los libros, escritos sin ambigüedades y puestos al alcance de todas las inteligencias, serán invariablemente la expresión clara y exacta de la enseñanza de los Espíritus, y la transmitirán intacta a aquellos que habrán de sucedernos.

No debemos perder de vista que estamos en un momento de transición, y no hay transición que se produzca sin conflictos. Por lo tanto, que nadie se asombre de ver ciertas pasiones que se agitan por efecto de ambiciones malogradas, de intereses heridos, de pretensiones frustradas. Poco a poco todo eso se extingue, la fiebre se calma, los hombres pasan y las ideas nuevas permanecen. ¡Espíritas, si queréis ser invencibles, sed benévolos y caritativos; el bien es una coraza contra la cual siempre se quebrarán las maniobras de la malevolencia!

Así pues, no tengamos miedo: el porvenir nos pertenece. Dejemos que nuestros adversarios se debatan oprimidos por la verdad que los ofusca. Contra la evidencia toda oposición es impotente, pues la evidencia triunfa inevitablemente por la fuerza misma de las circunstancias. La divulgación universal del espiritismo es una cuestión de tiempo, y en este siglo el tiempo marcha a pasos de gigante impulsado por el progreso.

ALLAN KARDEC

Observación.- Como complemento de este artículo, publicamos a continuación una instrucción que Allan Kardec dio sobre el mismo tema, después de su regreso al mundo de los Espíritus. Nos ha parecido interesante para nuestros lectores agregar a las páginas elocuentes y vigorosas que se acaban de leer, la actual opinión del organizador por excelencia de nuestra filosofía.

“Cuando me encontraba corporalmente entre vosotros, he manifestado en muchas ocasiones que iba a escribir una historia del espiritismo, lo que no carecería de interés. Hoy mi parecer es el mismo, y los elementos que había reunido para tal fin podrán servir, algún día, para la concreción de mi idea. Me encontraba, en efecto, mejor ubicado que cualquier otro para apreciar el curioso espectáculo que el descubrimiento y la divulgación de una gran verdad había provocado. Hoy tengo el convencimiento de lo que ayer presentía: que un orden maravilloso y una armonía inconcebible rigen la concentración de todos los documentos destinados a dar nacimiento a la nueva obra. La benevolencia, la buena voluntad, la devoción absoluta de algunos; la mala fe, la hipocresía, las malévolas maniobras de otros; todo concurre para garantizar la estabilidad del edificio que se está erigiendo. En las manos de las potencias superiores que administran el progreso, las resistencias inconscientes o simuladas, así como los ataques cuyo fin es sembrar el descrédito y el ridículo, se convierten en instrumentos de elaboración.

”¡Qué no han hecho ya! ¡Qué móviles no han puesto en acción para asfixiar al niño en la cuna! El charlatanismo y la superstición han tratado, a veces uno a veces la otra, de apoderarse de nuestros principios, a fin de explotarlos para su propio provecho. Todos los rayos de la prensa se han proyectado en contra nuestra; se han burlado de las cosas más respetables; se han atribuido al Espíritu del mal las enseñanzas de los Espíritus más dignos de la admiración y la veneración universales. No obstante, todos esos esfuerzos conjugados, todos esos intereses heridos, no han conseguido otra cosa que proclamar la impotencia de nuestros adversarios.

”En medio de esa lucha incesante contra los prejuicios establecidos, contra los errores admitidos, aprendemos a conocer a los hombres. Sabía, al consagrarme a la obra de mi predilección, que me exponía al odio, a la envidia y a los celos de los otros. El camino se encontraba repleto de dificultades que continuamente se renovaban. Como no podían hacer nada contra la doctrina, atacaban al hombre; pero por ese lado me sentía fuerte, porque había renunciado a mi personalidad. ¿Qué me importaban los esfuerzos de la calumnia? Mi conciencia y la magnitud del objetivo me hacían olvidar los abrojos y las espinas del camino. Los testimonios de simpatía y de estima que he recibido de aquellos que han sabido apreciarme, han constituido la más delicada recompensa que jamás ambicioné. Pero ¡ah!, ¡cuántas veces habría sucumbido bajo el peso de mi tarea si el afecto y el reconocimiento de muchos no me hubiesen hecho olvidar la ingratitud y la injusticia de algunos; porque, si bien los ataques dirigidos en contra mío siempre me han encontrado insensible, debo confesar que me sentía penosamente afectado cada vez que descubría falsos amigos entre aquellos con quienes más contaba.

”Es justo censurar a aquellos que intentaron explotar el espiritismo o desnaturalizarlo en sus escritos, sin haberlo estudiado previamente, pero ¡cuánto más culpables son aquellos que, después de haber asimilado todos sus principios, no contentos de haberlo abandonado, han volcado contra él todos sus esfuerzos! Sobre todo para los desertores de esa categoría debemos implorar la misericordia divina, porque han apagado voluntariamente la antorcha que los iluminaba y con la cual podían iluminar a los otros. A eso se debe que no tarden en perder la protección de los Espíritus buenos y, de conformidad con la triste experiencia que hemos tenido, ¡caída tras caída pronto llegan a las más críticas situaciones!

”¡A mi regreso al mundo de los Espíritus, he vuelto a ver a algunos de esos desventurados! ¡Ahora se arrepienten; lamentan la pasividad en que permanecieron y la mala voluntad de que han dado

prueba, sin que hayan conseguido aún recuperar el tiempo perdido!... Retornarán pronto a la Tierra, con el firme propósito de contribuir activamente al progreso, y trabarán una lucha contra sus antiguas tendencias hasta que obtengan el triunfo definitivo.

”Podríamos suponer que los espíritas de hoy, ilustrados por esos ejemplos, evitarán incurrir en los mismos errores. Pero no es así. Por largo tiempo aún habrá falsos hermanos y amigos incompetentes. Con todo, al igual que sus hermanos mayores, no conseguirán hacer que el espiritismo se desvíe de su camino. Aunque ocasionen algunas perturbaciones momentáneas y puramente locales, no por eso la doctrina correrá peligro. Por el contrario, los espíritas descarriados muy pronto reconocerán el error en que han caído, y vendrán a colaborar con mayor ardor en la obra que por un instante abandonaron. Entonces, procediendo en concordancia con los Espíritus superiores que orientan las transformaciones de los hombres, avanzarán a paso acelerado hacia los venturosos tiempos prometidos a la humanidad regenerada.”

ALLAN KARDEC

París, noviembre de 1869.

Breve respuesta a los detractores del espiritismo

El examen y la crítica constituyen un derecho imprescriptible, y el espiritismo no pretende eximirse de ellos, como tampoco pretende satisfacer a todas las personas. Cada uno es, por lo tanto, libre de aprobarlo o de rechazarlo, pero para eso es preciso discutirlo con conocimiento de causa. Ahora bien, la crítica ha demostrado con sobrada frecuencia que ignora los principios más elementales de esta doctrina, y le ha hecho decir precisamente lo contrario de lo que ella afirma, pues le atribuye lo que desapruueba, la confunde con las groseras y burlescas imitaciones del charlatanismo, y presenta como regla para todos las excentricidades de algunos individuos. Con mucha frecuencia, también, la malevolencia ha querido hacerla responsable de actos reprobables o ridículos, en los que su nombre fue incidentalmente involucrado, y de eso se aprovecha como un arma contra ella.

Antes de atribuir a una doctrina la incitación a un acto condenable cualquiera, la razón y la equidad exigen que se analice si esa doctrina contiene preceptos que justifiquen semejante acto. Ahora bien, para conocer la parte de responsabilidad que en una determinada circunstancia podría caberle al espiritismo, existe un medio muy sencillo: proceder de *buena fe* a una investigación -no entre los adversarios, sino en la propia fuente- de aquello que este aprueba y de lo que condena. Eso es muy fácil, puesto que el espiritismo no tiene secretos; sus enseñanzas son evidentes, y cualquiera puede verificarlas.

Por lo tanto, si los libros de la doctrina espírita condenan de manera explícita y formal un acto que es justamente reprochable; y si, por el contrario, sólo contienen instrucciones capaces de orientar hacia el bien, se concluye de ahí que un individuo acusado de maleficios no se inspiró en esos libros, aun cuando los poseyera.

El espiritismo no es solidario con los charlatanes a quienes les satisface llamarse espíritas, del mismo modo que la medicina no lo es con aquellos que la explotan, ni la sana religión con los abusos e incluso con los crímenes que se cometen en su nombre. Sólo reconoce como adeptos a los que practican sus enseñanzas, es decir, a los que trabajan para mejorarse moralmente y se esfuerzan para vencer sus malas inclinaciones, para ser menos egoístas y menos orgullosos, más benignos, más humildes, más pacientes, más benévolos, más caritativos para con el prójimo, más moderados en todo, porque esa es la característica del verdadero espírita.

Esta breve nota no tiene como finalidad refutar las falsas alegaciones que se lanzan contra el espiritismo, ni desarrollar y probar todos sus principios, ni menos aún tratar de convertir a esas ideas a los que profesan opiniones contrarias; sólo pretende expresar en pocas palabras qué es y qué no es, qué admite y qué desaprueba.

Las creencias, las tendencias y el objetivo del espiritismo se resumen en las proposiciones siguientes:

1.º El *elemento espiritual* y el *elemento material* son los dos principios, las dos fuerzas vivas de la naturaleza, que se complementan recíprocamente y reaccionan sin cesar una sobre otra; ambos son indispensables para el funcionamiento del mecanismo del universo.

En la acción recíproca de esos principios se originan los fenómenos cuya explicación ninguno de los dos podría ofrecer de manera aislada.

La ciencia propiamente dicha tiene como misión especial el estudio de las leyes de la materia. El objeto del espiritismo es el estudio del *elemento espiritual* en sus relaciones con el elemento material, y encuentra en la unión de esos dos principios la razón de una inmensa cantidad de hechos hasta entonces inexplicados. Pues-

to que el espiritismo avanza a la par de la ciencia en el campo de la materia, admite todas las verdades que la ciencia comprueba, pero no se detiene donde lo hace esta última, sino que prosigue con sus investigaciones en el campo de la espiritualidad.

2.º Dado que el elemento espiritual es un estado activo de la naturaleza, los fenómenos en los que él interviene están sometidos a leyes, y por eso mismo son tan naturales como los que se originan en la materia neutra.

Algunos de esos fenómenos han sido considerados *sobrenaturales* sólo a causa de la ignorancia de las leyes que los rigen. En virtud de ese principio, el espiritismo no admite el carácter milagroso atribuido a ciertos hechos, aunque reconozca su realidad o su posibilidad. Para el espiritismo no existen los *milagros* en el sentido de derogaciones de las leyes naturales; por consiguiente, los espíritas no hacen milagros, de modo que es inadecuada la calificación de taumaturgos que algunas personas les asignan.

El conocimiento de las leyes que rigen el principio espiritual se relaciona directamente con la cuestión del pasado y del porvenir del hombre. ¿Su vida se restringe a la existencia actual? Al entrar en este mundo, ¿viene el hombre de la nada y vuelve a la nada cuando lo deja? ¿Ha vivido ya y vivirá todavía? ¿*Cómo vivirá y en qué condiciones?* En suma, ¿de dónde viene y hacia dónde va? ¿Por qué está en la Tierra y por qué sufre en ella? Esas son las cuestiones que cada uno se plantea a sí mismo, porque son de fundamental interés para todas las personas, y ninguna doctrina les ha dado una solución racional. La que le da el espiritismo, basada en los hechos, y dado que satisface las exigencias de la lógica y de la más rigurosa justicia, constituye una de las causas principales de la rapidez de su propagación.

El espiritismo no es una concepción personal ni el resultado de un sistema preconcebido. Es la resultante de miles de observaciones efectuadas en todos los puntos del globo, que han convergido hacia un centro que las reunió y coordinó. Todos sus principios

constitutivos, sin excepción, se han deducido de la experiencia. Esta precedió siempre a la teoría.

De ese modo, desde el comienzo, el espiritismo echó raíces en todas partes. La historia no ofrece ningún ejemplo de una doctrina filosófica o religiosa que en diez años haya conquistado tan grande cantidad de adeptos. No obstante, para darse a conocer, no ha recurrido a ninguno de los medios empleados habitualmente; se ha propagado por sí mismo, por las simpatías que inspiró.

Otro hecho no menos cierto es que en ningún país su doctrina surgió de las capas inferiores de la sociedad; en todos los lugares se propagó desde arriba hacia abajo en la escala social, y es además en las clases ilustradas donde se encuentra casi exclusivamente difundida, de modo que las personas iletradas constituyen una insignificante minoría entre sus adeptos.

Se verifica también que la propagación del espiritismo ha seguido, desde el comienzo, una marcha siempre ascendente, a pesar de todo lo que se ha hecho para obstaculizarlo y para desvirtuar su carácter, con vistas a desacreditarlo ante la opinión pública. Es incluso de notar que todo lo que se ha intentado con ese propósito ha favorecido su difusión; el ruido que algunos provocaron en ocasión de su advenimiento ha dado lugar a que lo conocieran personas que nunca antes habían tenido noticias de él. Cuanto más han procurado desacreditarlo o ridiculizarlo, cuanto más violentas han sido las declaraciones, tanto más han despertado la curiosidad; y como todo examen no puede más que beneficiarlo, el resultado ha sido que sus adversarios se han convertido, sin quererlo, en sus ardientes propagadores. Si las diatribas no le ocasionaron ningún perjuicio, se debe a que aquellos que lo estudiaron en sus verdaderas fuentes han verificado que es muy diferente de como se lo habían representado.

En las luchas que el espiritismo debió sostener, las personas imparciales han dado testimonio de su moderación; jamás tomó represalias con sus adversarios ni respondió a las injurias con otras injurias.

El espiritismo es una doctrina filosófica que tiene consecuencias religiosas, como toda filosofía espiritualista; por eso mismo, se dirige forzosamente a las bases fundamentales de todas las religiones: Dios, el alma y la vida futura. Pero no es una religión constituida, dado que no tiene culto, ni ritos ni templos y que, entre sus adeptos, ninguno ha tomado ni recibido el título de sacerdote o de sumo sacerdote. Estos calificativos son pura invención de la crítica.

Se es espírita por el solo hecho de simpatizar con los principios de la doctrina, y por ajustar a esos principios la conducta. Se trata de una opinión como cualquier otra, que todos tienen el derecho de profesar, como tienen el derecho de ser judíos, católicos, protestantes, furieristas, sansimonianos, volterianos, cartesianos, deístas e incluso materialistas.

El espiritismo proclama la libertad de conciencia como un derecho natural; la reclama para sus adeptos, del mismo modo que para todas las personas. Respeto todas las convicciones sinceras y pide para sí la reciprocidad.

De la libertad de conciencia proviene el derecho de *libre examen* en materia de fe. El espiritismo combate el principio de la fe ciega, porque esta le impone al hombre que abdique de su propia razón; sostiene que toda fe impuesta carece de raíz, y por eso inscribe entre sus máximas: *Sólo es inquebrantable la fe que puede mirar a la razón cara a cara, en todas las épocas de la humanidad.*

Consecuente con sus principios, el espiritismo no se impone a nadie; quiere ser aceptado libremente y por efecto de la convicción. Expone sus doctrinas y recibe a los que por propia voluntad van a buscarlo. No procura separar a ninguna persona de sus convicciones religiosas; no se dirige a los que poseen una fe y cuya fe les basta, sino a los que, insatisfechos con lo que les han dado, aspiran a algo mejor.

Segunda Parte



Compendios *in extenso* del libro de las
previsiones relativas al espiritismo

Manuscrito compuesto con especial cuidado
por ALLAN KARDEC
y del cual no había sido publicado
aún ningún capítulo.

Mi iniciación en el espiritismo

En 1854 oí hablar por primera vez de las mesas giratorias. Un día me encontré con el Sr. Fortier, magnetizador, a quien conocía desde mucho tiempo atrás, que me dijo: “¿Ya está al tanto de la singular propiedad que se acaba de descubrir en el magnetismo? Parece que ahora no sólo se puede magnetizar a las personas sino también a las mesas, y se consigue que giren y anden a voluntad”. “Es, en efecto, muy singular -le respondí-; pero, en rigor, no me parece esencialmente imposible”. El fluido magnético, que es una especie de electricidad, puede muy bien actuar sobre los cuerpos inertes y hacer que se muevan. Los relatos publicados en los periódicos, acerca de experiencias realizadas en Nantes, en Marsella y en algunas otras ciudades, no dejaban margen a dudas acerca de la realidad del fenómeno.

Cierto tiempo después me encontré nuevamente con el Sr. Fortier, quien me dijo: “Aquí hay algo mucho más extraordinario; no sólo se consigue que una mesa se mueva mediante la magnetización, sino también que hable. Cuando se la interroga, responde”. “Esa es otra cuestión -le respondí-. Sólo lo creeré cuando lo vea, y cuando me demuestren que una mesa tiene cerebro para pensar, nervios para sentir, y que puede convertirse en sonámbula. Hasta entonces, permítame que no vea en el caso más que un embuste”.

Este razonamiento era lógico. Yo concebía la posibilidad del movimiento por efecto de una fuerza mecánica, pero como ignoraba la causa y la ley de aquel fenómeno, me parecía absurdo que se atribuyera inteligencia a una cosa puramente material. Me encontraba en la

posición de los incrédulos de la actualidad, que niegan un hecho tan sólo porque no lo comprenden. Si hace cincuenta años le hubiésemos dicho a alguien, pura y simplemente, que se podía transmitir un telegrama a quinientas leguas y recibir la respuesta al cabo de una hora, ese alguien se habría reído de nosotros, y no hubiesen faltado excelentes razones científicas para probar que semejante cosa era materialmente imposible. Ahora, como ya se conoce la ley de la electricidad, eso no despierta el asombro de nadie, ni siquiera de un campesino. Lo mismo ocurre con los fenómenos espíritas. Para todo aquel que no conoce la ley que los rige, estos fenómenos parecen sobrenaturales, maravillosos, y por consiguiente imposibles, además de ridículos. En cambio, cuando se conoce la ley, lo maravilloso desaparece y el hecho pierde todo aquello que provoca el rechazo de la razón, porque se comprende la posibilidad de que se produzca.

Me encontraba, pues, ante un hecho inexplicado, aparentemente en contradicción con las leyes de la naturaleza, al que mi razón objetaba. Hasta entonces no había visto ni observado nada; las experiencias, realizadas en presencia de personas honorables y dignas de fe, confirmaban mi opinión en cuanto a la posibilidad del efecto puramente material, pero la idea de una mesa *parlante* todavía no había penetrado en mi mente.

El año siguiente -a comienzos de 1855- me encontré con el Sr. Carlotti, amigo desde hacía 25 años, que me habló de aquellos fenómenos durante casi una hora, con el entusiasmo que consagraba a todas las ideas nuevas. El Sr. Carlotti era natural de Córcega, de temperamento ardiente y enérgico, y por mi parte siempre había apreciado en él las cualidades que distinguen a un alma noble y bella, aunque desconfiara de su exaltación. Fue él la primera persona en hablarme de la intervención de los Espíritus, y me contó tantas cosas sorprendentes que, lejos de convencerme, aumentó mis dudas. “Llegará el día en que usted será de los nuestros”, concluyó. “No diré que no -le respondí-; veremos eso más adelante”.

Pasado cierto tiempo, en el mes de mayo de 1855, fui a la casa de la sonámbula Sra. Roger, en compañía del Sr. Fortier, su magnetizador. Allí encontré al Sr. Pâtier y a la Sra. de Plainemaison, que me hablaron de aquellos fenómenos en el mismo sentido que el Sr. Carlotti, pero en un tono muy diferente. El Sr. Pâtier era un funcionario público de cierta edad, muy instruido, de carácter grave, frío y reposado; su lenguaje pausado, exento de todo entusiasmo, produjo en mí una viva impresión, y cuando me invitó a asistir a las experiencias que se realizaban en casa de la Sra. de Plainemaison, en la calle Grange-Batelière, n.º 18, acepté de inmediato. La reunión fue marcada para el martes⁹ de mayo a las ocho de la noche.

Allí presencié por primera vez el fenómeno de las mesas que giraban, saltaban y se trasladaban, en condiciones tales que no dejaban lugar a ninguna duda. Presenció también algunos ensayos bastante imperfectos de escritura mediúmnica en una pizarra, con la ayuda de una cesta. Mis ideas estaban lejos de definirse, pero había allí un hecho que forzosamente provenía de una causa. Pude vislumbrar en aquellas aparentes futilidades, en esa especie de juego en que habían convertido a aquellos fenómenos, algo serio: la revelación de una nueva ley que me propuse estudiar en profundidad.

Inmediatamente después se me presentaron otras oportunidades para observar los hechos con mayor detenimiento, como aún no había podido hacerlo. En una de las reuniones de la Sra. de Plainemaison conocí a la familia Baudin, que por entonces vivía en la calle Rochechouart. El Sr. Baudin me invitó a que asistiera a las sesiones semanales que se realizaban en su casa, de las que de inmediato me convertí en un asiduo concurrente.

Estas reuniones eran bastante numerosas. Aparte de los frequentadores habituales, eran admitidos fácilmente todos aquellos que solicitaban autorización para asistir. Las dos señoritas Baudin eran las médiums, que escribían en una pizarra con la ayuda de una cesta,

⁹ La fecha quedó en blanco en el manuscrito. (Nota de la primera edición francesa.)

denominada *trompo*, descrita en *El libro de los médiums*¹⁰. Ese procedimiento, que requiere la colaboración de dos personas, excluye toda posibilidad de intromisión de las ideas del médium. Allí tuve oportunidad de ver comunicaciones continuas y respuestas a preguntas formuladas, y algunas veces incluso a preguntas mentales que denotaban, de modo evidente, la intervención de una inteligencia extraña.

Los asuntos tratados en las reuniones por lo general eran frívolos. Los concurrentes se ocupaban sobre todo de cosas relativas a la vida material, al porvenir, en suma, de cosas que nada tenían de realmente serio. La curiosidad y la diversión eran los móviles principales de todos. El Espíritu que solía manifestarse respondía al nombre de *Zéphyr*, nombre perfectamente compatible tanto con su carácter como con el de la reunión. De todos modos, era muy bueno y se presentaba como el protector de la familia. Así como con frecuencia hacía reír, también sabía en qué momento era preciso dar prudentes consejos, y cuando se presentaba la oportunidad empleaba el epigrama ingenioso y mordaz. Pronto trabamos relaciones y me ofreció constantes pruebas de gran simpatía. No era un Espíritu demasiado adelantado, si bien más tarde, asistido por Espíritus superiores, me ayudó en mis primeros trabajos. Con posterioridad manifestó que debía reencarnar, y no volví a escuchar acerca de él.

En esas reuniones comencé mis estudios serios de espiritismo, aunque no tanto por medio de revelaciones como de observaciones. Apliqué a esa nueva ciencia, como lo había hecho hasta entonces, el método experimental. Nunca elaboré teorías preconcebidas; observaba atentamente, comparaba, deducía consecuencias; de los efectos trataba de remontarme hasta las causas, por medio de la deducción y el encadenamiento lógico de los hechos, sin admitir como válida una explicación hasta que me fuera posible resolver todas las dificultades de la cuestión. De ese modo había procedido siempre en mis trabajos anteriores, desde los 15 o 16 años de edad. Comprendí ante todo la

¹⁰ Véanse los §§ 153 y 158 de dicha obra. (N. del T.)

gravedad de la exploración que iba a emprender; percibí en aquellos fenómenos la clave del problema tan intrincado y tan controvertido del pasado y del porvenir de la humanidad, la solución que había buscado durante toda mi vida. Se trataba, en definitiva, de una completa revolución en las ideas y en las creencias; era preciso, por lo tanto, andar con la mayor circunspección y no livianamente; ser positivista y no idealista, para no dejarme llevar por ilusiones.

Uno de los primeros resultados de mis observaciones fue que los Espíritus, dado que no eran más que las almas de los hombres, no poseían ni la absoluta sabiduría ni la ciencia absoluta; que el saber de que disponían se limitaba al grado de adelanto que habían alcanzado, y que su opinión sólo tenía el valor de una opinión personal. Verificada desde el principio, esa verdad me preservó del grave escollo de creer en la infalibilidad de los Espíritus, y me impidió formular teorías prematuras sobre la base de lo que había sido dicho por uno o varios de ellos.

El simple hecho de la comunicación con los Espíritus, sea lo que fuere que ellos dijese, probaba la existencia del mundo invisible circundante. Ya era un punto esencial, un inmenso campo abierto a nuestras exploraciones, la clave de incontables fenómenos que hasta entonces carecían de explicación. El segundo punto, no menos importante, era que aquella comunicación nos permitía conocer el estado de ese mundo, sus costumbres, si así lo podemos expresar. Pronto vi que cada Espíritu, en virtud de su posición personal y de sus conocimientos, me develaba una fase de aquel mundo, del mismo modo como se llega a conocer el estado de un país interrogando a sus habitantes de todas las clases y de todas las condiciones, visto que cada uno nos puede enseñar algo y que uno solo, individualmente, no puede informarnos acerca de todo. Cabe al observador dar forma al conjunto por medio de los documentos recogidos en diferentes lugares, cotejados, coordinados y controlados unos con otros. Me conduje, por consiguiente, con los Espíritus como lo habría hecho con

los hombres. Para mí ellos han sido, desde el menor hasta el mayor, medios para informarme y no *reveladores predestinados*.

Fueron estas las disposiciones con que emprendí y proseguí siempre mis estudios espíritas. Observar, comparar y juzgar: esa es la regla que constantemente seguí.

Hasta entonces, las sesiones en casa del Sr. Baudin no habían tenido ningún objetivo determinado. Traté allí de obtener la solución de los problemas que me interesaban desde el punto de vista de la filosofía, de la psicología y de la naturaleza del mundo invisible. Llevaba a cada sesión una serie de preguntas preparadas y ordenadas en forma metódica. Eran invariablemente respondidas con precisión, profundidad y de manera lógica. A partir de entonces, las reuniones asumieron un carácter muy diferente. Entre los concurrentes se encontraban personas serias que tomaron por ellas un vivo interés, y si yo faltaba por algún motivo, se quedaban sin saber qué hacer. Para la mayoría, las preguntas fútiles habían perdido todo su atractivo. Por mi parte, al principio apenas me ocupaba de mi propia instrucción; pero más tarde, cuando vi que aquello constituía un todo y adquiriría las proporciones de una doctrina, tuve la idea de publicar las enseñanzas recibidas para instrucción de todas las personas. Fueron aquellas mismas enseñanzas las que, sucesivamente desarrolladas y completadas, constituyeron la base de *El libro de los Espíritus*.

Al año siguiente, en 1856, frecuenté al mismo tiempo las reuniones espíritas que se realizaban en la calle Tiquetone, en casa del Sr. Roustan y de la Srta. Japhet, sonámbula. Esas reuniones eran serias y se llevaban a cabo con orden. Las comunicaciones eran transmitidas por intermedio de la Srta. Japhet, médium, con la ayuda de la cesta de pico¹¹.

Mi trabajo estaba en gran parte concluido y asumía las dimensiones de un libro. No obstante, insistí en someterlo al control de otros Espíritus, con la ayuda de diferentes médiums. Tuve la idea de

¹¹ Véase el § 154 de *El libro de los médiums*. (N. del T.)

convertirlo en objeto de estudio en las reuniones del Sr. Roustan. Al cabo de algunas sesiones, los Espíritus manifestaron que preferían revisarlo en la intimidad, y determinaron a tal efecto ciertos días en los cuales yo trabajaría en particular con la Srta. Japhet, a fin de hacerlo con más calma, y al mismo tiempo para evitar las indiscreciones y los comentarios prematuros del público.

No me contenté con esa verificación, que los propios Espíritus me habían recomendado. Las circunstancias me habían puesto en relación con otros médiums, y cada vez que se presentaba la ocasión, la aprovechaba para proponer algunas de las cuestiones que me parecían más espinosas. Fue así que más de diez médiums prestaron su colaboración para ese trabajo. A partir de la comparación y la fusión de todas las respuestas, coordinadas, clasificadas y muchas veces corregidas en el silencio de la meditación, elaboré la primera edición de *El libro de los Espíritus*, que vio la luz el 18 de abril de 1857.

Hacia fines de ese mismo año, ambas Srtas. Baudin se casaron; las reuniones cesaron y la familia se dispersó. Pero entonces mis relaciones comenzaron a ampliarse, y los Espíritus multiplicaron los medios para mi instrucción con vistas a los trabajos que habría de realizar posteriormente.

Mi Espiritu protector

11 de diciembre de 1855

(En casa del Sr. Baudin; médium: Sra. Baudin)

Pregunta (al Espíritu Z.) - ¿Hay en el mundo de los Espíritus algún ser que sea para mí un genio bueno?

Respuesta - Sí.

P. - ¿Es el Espíritu de algún pariente o de algún amigo?

R. - Ni una cosa ni la otra.

P. - ¿Quién ha sido él en la Tierra?

R. - Un hombre justo y sabio.

P. - ¿Qué debo hacer para conquistar su benevolencia?

R. - Todo el bien posible.

P. - ¿Mediante qué señales puedo reconocer su intervención?

R. - Por la satisfacción que experimentarás.

P. - ¿Dispongo de algún medio para invocarlo? ¿Cuál es ese medio?

R. - Tener una fe viva y llamarlo con insistencia.

P. - ¿Lo reconoceré, después de mi muerte, en el mundo de los Espíritus?

R. - De eso no cabe duda. Él es quien acudirá a recibirte y felicitarte, en caso de que hayas desempeñado correctamente tu tarea.

Observación - Se ve, por estas preguntas, que yo era todavía muy inexperto en cuanto a las cosas del mundo espiritual.

P. - El Espíritu de mi madre, ¿viene algunas veces a visitarme?

R. - Sí, y te protege tanto cuanto le es posible.

P. - A menudo la veo en sueños. ¿Se trata de un recuerdo y de un efecto de mi imaginación?

R. - No, es ella misma la que se te aparece; debes comprenderlo por la emoción que sientes.

Observación - Esto es completamente exacto. Cuando mi madre se me aparecía en sueños, yo experimentaba una emoción indescriptible, algo que el médium no podía saber.

P. - Hace algún tiempo, cuando evocamos a S... y le preguntamos si podría ser el genio protector de alguno de nosotros, él respondió: "Hágase alguno de vosotros digno de eso, y estaré con él; Z. os lo dirá". ¿Consideras que merezco ese favor?

R. - Sí, si lo deseas.

P. - ¿Qué debo hacer para eso?

R. - Todo el bien que puedas y soportar con valor las penas de la vida.

P. - Por la naturaleza de mi inteligencia, ¿me encuentro apto para penetrar, tanto cuanto al hombre le está permitido hacerlo, las grandes verdades acerca de nuestro destino futuro?

R. - Sí, tienes la aptitud necesaria, pero el resultado dependerá de tu perseverancia en el trabajo.

P. - ¿Puedo contribuir a la propagación de esas verdades?

R. - Sin duda.

P. - ¿Por qué medios?

R. - Lo sabrás más tarde; mientras tanto, trabaja.

Mi guía espiritual

25 de marzo de 1856

(En casa del Sr. Baudin)

Por esa época yo vivía en la calle de los Mártires, n.º 8, en el segundo piso al fondo. Una noche, mientras trabajaba en mi gabinete, escuché unos golpes suaves en la pared que me separaba de la habitación vecina. Al principio no les presté atención, pero esos golpes persistentes se repitieron con mayor intensidad y comenzaron a cambiar de lugar, de modo que me puse a examinar con minuciosidad ambos lados de la pared; escuché para verificar si provenían de otro piso, y no descubrí nada. Lo que había de particular era que cada vez que me ponía a investigar, el ruido cesaba, y se reanudaba en cuanto volvía a mi trabajo. A eso de las diez regresó mi esposa; vino a mi gabinete y, al escuchar los golpes, me preguntó de qué se trataba. “No lo sé -le respondí-, hace una hora que ocurre esto”. Investigamos juntos, sin mejor éxito. El ruido continuó hasta la medianoche, en que fui a acostarme.

Al día siguiente, como había sesión en casa del Sr. Baudin, narré el hecho y solicité que me lo explicaran.

Pregunta - Escuchaste, sin duda, el relato que acabo de hacer; ¿podrías decirme cuál es la causa de aquellos golpes que oí con tanta persistencia?

Respuesta - Era tu Espíritu familiar.

P. - ¿Con qué objetivo golpeaba de ese modo?

R. - Quería comunicarse contigo.

P. - ¿Podrías decirme quién es y qué quería de mí?

R. - Puedes preguntárselo a él mismo, pues está aquí.

Observación - En esa época todavía no se hacía distinción entre las diversas categorías de Espíritus simpáticos. Se los englobaba bajo la denominación general de Espíritus familiares.

P. - Mi Espíritu familiar, quienquiera que seas, te agradezco que hayas venido a visitarme. ¿Podrías decirme quién eres?

R. - Para ti, me llamaré *La Verdad*. Todos los meses, aquí, durante un cuarto de hora, estaré a tu disposición.

P. - Ayer, cuando golpeaste mientras estaba trabajando, ¿tenías algo en particular que decirme?

R. - Lo que tenía para decirte era sobre el trabajo que estabas haciendo; no me satisfacía lo que escribías, y quise hacer que lo dejaras.

Observación - Lo que estaba escribiendo estaba relacionado, precisamente, con los estudios que hacía acerca de los Espíritus y de sus manifestaciones.

P. - Tu desaprobación, ¿se refería al capítulo que estaba redactando o al conjunto del trabajo?

R. - Al capítulo de ayer; somételo a tu análisis; vuelve a leerlo esta noche, entonces reconocerás tus errores y los corregirás.

P. - Tampoco yo me sentía satisfecho con ese capítulo, y hoy lo rehice. ¿Está mejor?

R. - Está mejor, pero todavía no es satisfactorio. Vuelve a leer desde la tercera hasta la trigésima línea, y encontrarás un grave error.

P. - Ya deseché lo que había escrito ayer.

R. - ¡No importa! Eso no ha impedido que el error subsista. Vuelve a leerlo y verás.

P. - El nombre *Verdad*, que has adoptado, ¿es una alusión a la verdad que busco?

R. - Tal vez; por lo menos se trata de un guía que te protegerá y te ayudará.

P. - ¿Podré evocarte en mi casa?

R. - Sí, para que te asista por medio del pensamiento; en cuanto a respuestas escritas en tu casa, sólo de aquí a mucho tiempo podrás obtenerlas.

Observación - En efecto, durante casi un año no pude obtener en mi casa ninguna comunicación escrita, y cada vez que se encontraba allí un médium con el que esperaba conseguir algo, se interponía una circunstancia imprevista. Sólo recibía comunicaciones cuando estaba fuera de mi casa.

P. - ¿Podrías venir más a menudo, y no solamente una vez por mes?

R. - Sí, pero no te prometo más que una vez por mes hasta nueva orden.

P. - ¿Has animado en la Tierra a alguna persona conocida?

R. - Ya te he dicho que *para ti* soy la *Verdad*; y ese *para ti* quiere decir discreción; no sabrás nada más al respecto.

Observación - Por la noche, de regreso en mi casa, me apresuré a leer nuevamente lo que había escrito. Tanto en la hoja que había arrojado al cesto, como en la nueva copia que había hecho, me di cuenta de que en la línea trigésima había un error grave, y me sorprendí de haberlo cometido. A partir de entonces, no se produjo ninguna otra manifestación del mismo género de las anteriores. Como habían quedado establecidas las relaciones con mi Espíritu protector, aquellas manifestaciones ya no eran necesarias, y por eso cesaron. El intervalo de un mes, que él había fijado para sus comunicaciones, se mantuvo raramente al principio. Más tarde se interrumpió por completo. Fue, sin duda, un aviso de que yo debía

trabajar por mí mismo, para no recurrir en forma constante a su auxilio ante la menor dificultad.

9 de abril de 1856

(En casa del Sr. Baudin; médium: Srta. Baudin)

Pregunta (a la Verdad) - Objetaste días pasados el trabajo que yo había hecho, y tenías razón. Lo he releído y encontré en la trigésima línea un error, contra el cual protestaste por medio de aquellos golpes. Eso me llevó a descubrir otros defectos y a rehacer el trabajo. ¿Estás ahora más satisfecho?

Respuesta -Lo encuentro mejor, pero te aconsejo que esperes un mes antes de darlo a luz.

P. - ¿A qué te refieres con darlo a luz? Por cierto no tengo la intención de publicarlo por el momento, si es que debo hacerlo.

R. - Me refiero a mostrarlo a terceros. Busca un pretexto para los que te pidan verlo. Desde ahora hasta entonces perfeccionarás ese trabajo. Te hago esta recomendación para evitar las críticas; prevengo a tu amor propio.

P. - Me has dicho que serás para mí un guía que me ayudará y me protegerá. Comprendo esa protección y su objetivo, dentro de un cierto orden de cosas; pero ¿podrías decirme si esa protección también alcanza a las cosas materiales de la vida?

R. - En la Tierra, la vida material es muy importante; no ayudarte a vivir sería no amarte.

Observación - La protección de este Espíritu, cuya superioridad por entonces estaba lejos de imaginar, de hecho jamás me faltó. Su solicitud, y la de los Espíritus buenos que respondían a sus órdenes, se puso de manifiesto en todas las circunstancias de mi vida, ya fuera para apartar las dificultades materiales, para facilitarme la realización de mis trabajos, o también para preservarme de los efectos de la malevolencia de mis adversarios, que invariablemente fueron reducidos a la impotencia. Si las tribulaciones inherentes a la misión que me cabía cumplir no se me

podían evitar, siempre han sido atenuadas y ampliamente compensadas con inefables satisfacciones morales.

Primera revelación de mi misión

30 de abril de 1856

(En casa del Sr. Roustan; médium: Srta. Japhet)

Hacia algún tiempo que asistía a las sesiones que se realizaban en casa del Sr. Roustan, y había comenzado allí la revisión de mi trabajo, que posteriormente constituiría *El libro de los Espíritus*. En una de esas sesiones íntimas, a la que sólo concurrían siete u ocho personas, se conversaba acerca de diferentes cuestiones, relativas a los acontecimientos que podrían conducir a una transformación social, cuando el médium tomó la cesta y escribió espontáneamente lo que sigue:

“Cuando el bordón suene, lo dejaréis sonar; sólo aliviaréis a vuestro semejante; individualmente lo magnetizaréis a fin de curarlo. Después, cada uno al puesto que se le ha preparado, todo será necesario, pues todo será destruido, al menos transitoriamente. No habrá más religión, y una se volverá necesaria, pero verdadera, grandiosa, elevada y digna del Creador... Los primeros cimientos ya han sido echados... En cuanto a ti, Rivail, tu misión es esa. (La cesta, libre, se volvió de pronto hacia mí, como lo habría hecho una persona que me señalara con el dedo). A ti, M..., la espada que no hiere, aunque mata; contra todo lo que existe, tú serás el primero en venir. Él, Rivail, vendrá en segundo lugar: es el obrero que reconstruye lo que ha sido demolido”.

Nota - Esa fue la primera revelación positiva de mi misión, y confieso que cuando vi que la cesta se volvía bruscamente hacia mí y me llamaba por mi nombre, no conseguí evitar cierta emoción.

El Sr. M..., presente en esa reunión, era un joven de opiniones muy radicales, involucrado en asuntos políticos, que fue obligado a

no ponerse en evidencia. Creyendo que se trataba de una próxima subversión, se apresuró a tomar parte en ella y preparó planes de reforma. Por otro lado, era un hombre bondadoso e inofensivo.

Mi misión

7 de mayo de 1856

(En casa del Sr. Roustan; médium: Srta. Japhet)

Pregunta (a Hahnemann) – Días pasados los Espíritus me dijeron que tenía una importante misión que cumplir y me indicaron su objetivo. Me gustaría saber si lo confirmas.

Respuesta - Sí, y si observaras tus aspiraciones, tus tendencias y el objeto casi permanente de tus meditaciones, no te sorprenderías de lo que se te dijo. Debes cumplir aquello con lo que sueñas desde hace mucho tiempo. Es necesario que trabajes en eso activamente para que estés preparado, pues el día está más próximo de lo que supones.

P. - Para desempeñar esa misión tal como la concibo, necesito medios de ejecución que todavía no se encuentran a mi alcance.

R. - Deja que la Providencia haga su obra, y serás satisfecho.

Acontecimientos

Pregunta - La comunicación recibida el otro día hace presumir, por lo que parece, acontecimientos muy graves. ¿Podrías darnos algunas explicaciones al respecto?

Respuesta - No podemos precisar los hechos. Lo que podemos decir es que habrá muchas ruinas y desolación, pues han llegado los tiempos predichos de una renovación de la humanidad.

P. - ¿Qué causará esas ruinas? ¿Será un cataclismo?

R. - No habrá ningún cataclismo de orden material, tal como lo entendéis, pero flagelos de toda especie asolarán las naciones; la guerra diezmará los pueblos; las instituciones anticuadas se ahogarán

en olas de sangre. Es preciso que el viejo mundo se aniquile para que se abra una nueva era para el progreso.

P. - Entonces, ¿la guerra no se circunscribirá a una región?

R. - No; abarcará la Tierra.

P. - Sin embargo, nada en este momento parece presagiar una tempestad próxima.

R. - Las cosas penden de un hilo de tela de araña, a punto de cortarse.

P. - ¿Se podrá, sin cometer indiscreción, preguntar de dónde partirá la primera chispa?

R. - De Italia.

Acontecimientos

12 de mayo de 1856

(Sesión personal en casa del Sr. Baudin)

Pregunta (a la Verdad) - ¿Qué piensas del Sr. M...? ¿Es un hombre que tendrá influencia en los acontecimientos?

Respuesta - Mucho ruido. Tiene buenas ideas; es un hombre de acción, pero no es una cabeza.

P. - ¿Hay que tomar al pie de la letra lo que se ha manifestado, es decir, que le corresponde el rol de destruir lo que existe?

R. - No; sólo se quiso personificar en él al partido cuyas ideas representa.

P. - ¿Puedo mantener con él relaciones de amistad?

R. - Por el momento no; correrías peligros inútiles.

P. - El Sr. M..., que dispone de un médium, dice que le han determinado la marcha de los acontecimientos para, por decirlo así, una fecha fija. ¿Será verdad?

R. - Sí, le señalaron épocas, pero fueron Espíritus livianos los que le respondieron, Espíritus que no saben más que él y que explotan su exaltación. Tú sabes que no debemos dar precisiones acerca de

las cosas futuras. Los acontecimientos presentidos tendrán lugar sin duda en un tiempo próximo, pero que no se puede determinar.

P.- Los Espíritus han dicho que han llegados los tiempos en que esas cosas deben suceder; ¿en qué sentido se deben tomar esas palabras?

R. - Tratándose de cosas de tanta gravedad, ¿qué son algunos años más o menos? Estas nunca ocurren bruscamente, como el fulgor de un rayo, sino que son preparadas durante largo tiempo por acontecimientos parciales que les sirven de precursores, semejantes a los rumores sordos que preceden la erupción de un volcán. Podemos, pues, deciros que los tiempos han llegado, sin que eso signifique que los sucesos se producirán mañana. Eso quiere decir que os halláis en el período en que se verificarán.

P.- ¿Confirmas lo que ha sido dicho, es decir, que no habrá cataclismos?

R. - Sin duda, no tenéis que temer ni un diluvio, ni el incendio de vuestro planeta, ni otros fenómenos de ese género, pues no se puede denominar cataclismos a perturbaciones locales que se han producido en todas las épocas. Sólo habrá un cataclismo moral, cuyos instrumentos serán los propios hombres.

El libro de los Espíritus

10 de junio de 1856

(En casa del Sr. Roustan; médium: Srta. Japhet)

Pregunta (a Hahnemann) - Puesto que en breve habremos concluido la primer parte del libro, pensé que para avanzar más deprisa podría pedirle a B... que me ayude como médium; ¿qué opinas?

Respuesta - Creo que sería mejor que no te sirvas de él.

P. - ¿Por qué?

R. - Porque la verdad no puede ser interpretada por la mentira.

P. - Aunque el Espíritu familiar de B... fuese la mentira, eso no impediría que un Espíritu bueno se comunicase a través del médium, siempre que no se evocara a ese otro Espíritu.

R.- Sí, pero aquí el médium ayuda al Espíritu, y cuando el Espíritu es embustero, él se presta a auxiliarlo. Aristo, su intérprete, y B... acabarán mal.

Nota - B... era un joven médium escribiente muy maleable, pero asistido por un Espíritu orgulloso, déspota y arrogante, que tomaba el nombre de Aristo, y que halagaba su tendencia natural al amor propio. Las previsiones de Hahnemann se cumplieron. El joven creyó que tenía en su facultad un medio para enriquecerse, ya fuese atendiendo consultas médicas o por medio de inventos y descubrimientos que rindieran utilidades, pero sólo cosechó decepciones y engaños. Transcurrido cierto tiempo nadie más oyó hablar de él.

Mi misión

12 de junio de 1856

(En casa del Sr. C...; médium: Srta. Aline C...)

Pregunta (a la Verdad) - Espíritu bueno, desearía saber qué piensas de la misión que algunos Espíritus me han señalado. Dime, te ruego, si se trata de una prueba para mi amor propio. Como sabes, no cabe duda de que tengo el mayor deseo de contribuir a la propagación de la verdad. Con todo, del rol de simple trabajador al de misionero en jefe, la distancia es grande, y no comprendo qué podría justificar en mí tal favor, de preferencia a tantos otros que poseen talentos y cualidades que yo no tengo.

Respuesta - Confirмо lo que se te ha dicho, pero te recomiendo mucha discreción si quieres salir airoso. Más adelante tomarás conocimiento de cosas que habrán de explicarte lo que ahora te sorprende. No olvides que puedes triunfar, tanto como puedes fracasar. En este último caso, otro te sustituiría, porque los designios de Dios no se asientan sobre la cabeza de un hombre. Por consiguiente, nunca hables de tu misión, ya que sería la manera de hacer que se malogre. Esa misión solamente puede justificarse mediante la obra realizada, y aún no has hecho

nada. En caso de que la cumplas, los hombres sabrán reconocerlo tarde o temprano, dado que por los frutos se conoce la calidad del árbol.

P. - No tengo, por cierto, ningún deseo de vanagloriarme de una misión en la cual dificultosamente creo. No obstante, si estoy destinado a servir de instrumento para los designios de la Providencia, que ella disponga de mí. En ese caso, reclamo tu asistencia y la de los Espíritus buenos, para que me ayuden y me amparen en mi tarea.

R. - Nuestra asistencia no te faltará, pero será inútil si de tu parte no haces lo que es necesario. Tienes tu libre albedrío, al cual puedes usar según tu discernimiento. Ningún hombre está fatalmente obligado a realizar algo.

P. - ¿Qué causas podrían determinar mi fracaso? ¿Sería tal vez la insuficiencia de mis aptitudes?

R. - No; pero la misión de los reformadores está colmada de escollos y peligros. Te prevengo que la tuya es ardua, visto que se trata de sacudir y transformar el mundo entero. No supongas que te alcanzará con publicar un libro, dos libros, diez libros, para que luego te quedes tranquilamente en tu casa. No; deberás exponer tu persona. Suscitarás contra ti odios terribles; enemigos obstinados se conjurarán para tu perdición; serás objeto de la malevolencia, de la calumnia, e incluso de la traición de aquellos que te parecerán los más devotos; tus mejores instrucciones serán despreciadas y desvirtuadas; más de una vez caerás rendido bajo el peso de la fatiga; en una palabra, tendrás que sostener una lucha casi constante y sacrificar tu reposo, tu tranquilidad, tu salud, inclusive tu vida, pues sin eso vivirías mucho más tiempo. ¡Pues bien! No pocos retroceden cuando, en lugar de una senda de flores, sólo hallan a su paso espinos, guijarros y serpientes. Para esas misiones no alcanza con la inteligencia. Para agradar a Dios es preciso, ante todo, la humildad, la modestia y el desinterés, porque Él abate a los orgullosos, los presuntuosos y los ambiciosos. Para luchar contra los hombres son indispensables el valor, la perseverancia y una firmeza inquebrantable. También son necesarios la prudencia y el tacto, a fin de conducir

las cosas de modo conveniente, y sin comprometer el éxito con medidas o palabras intempestivas. Se requiere, por último, devoción, altruismo y aptitud para todos los sacrificios.

Como ves, tu misión está subordinada a condiciones que dependen de ti.

ESPÍRITU VERDAD.

Yo - Espíritu Verdad, agradezco tus sabios consejos. Acepto todo sin restricciones ni ideas preconcebidas.

¡Señor! Ya que te dignaste poner tu mirada sobre mí para el cumplimiento de tus designios, ¡hágase tu voluntad! Mi vida está en tus manos; puedes disponer de tu servidor. Ante una tarea tan grande, reconozco mi debilidad. Mi buena voluntad no flaqueará, aunque tal vez mis fuerzas me traicionen. Suple mi deficiencia; concédeme las fuerzas físicas y morales que me serán necesarias. Ampárame en los momentos difíciles y, con tu auxilio y el amparo de tus mensajeros celestiales, me esforzaré para corresponder a tus designios.

Observación - Redacto esta nota el 1.º de enero de 1867, diez años y medio después de que me fue dada la comunicación que antecede, y constato que se ha cumplido en todos los conceptos, pues he experimentado todas las vicisitudes que me fueron anunciadas. He sido objeto del odio de enemigos obstinados, de la injuria, de la calumnia, de la envidia y de los celos; libelos infames se han publicados en contra de mi persona; mis mejores instrucciones han sido desvirtuadas; fui traicionado por aquellos en quienes deposité mi confianza, fui pagado con ingratitud por aquellos a quienes presté servicio. La *Sociedad de París* se convirtió en foco de continuas intrigas urdidas por aquellos mismos que decían estar conmigo y que, de buen semblante en mi presencia, cuando les daba la espalda me golpeaban. Dijeron que los que permanecían fieles a mí eran sobornados con el dinero que yo recaudaba del espiritismo. Nunca más conocí el reposo; más

de una vez he caído rendido por exceso de trabajo; mi salud ha sido afectada y mi existencia comprometida.

Con todo, gracias a la protección y a la asistencia de los Espíritus buenos, que sin cesar me han dado pruebas evidentes de su solicitud, tengo la ventura de reconocer que nunca he experimentado un solo instante de desfallecimiento o desánimo, y que he persistido siempre con el mismo ardor en el desempeño de mi tarea, sin preocuparme de la maldad de que era objeto. Según la comunicación del Espíritu Verdad, yo debía tener en cuenta todo eso, y todo se ha cumplido.

Pero también, a la par de esas vicisitudes, ¡cuántas satisfacciones he experimentado al ver que la obra crecía de manera prodigiosa! ¡Con qué armoniosos resarcimientos han sido pagadas mis tribulaciones! ¡Cuántas bendiciones y testimonios de verdadera simpatía he recibido de parte de numerosos afligidos a quienes la doctrina ha consolado! El Espíritu Verdad no me había anunciado ese resultado, ya que, sin lugar a dudas, deliberadamente sólo me había mostrado las dificultades del camino. ¡Cuál no sería, pues, mi ingratitud si me quejase! Si dijera que existe una compensación entre el bien y el mal, faltaría a la verdad, porque el bien -y por bien entiendo las satisfacciones morales- ha superado en mucho al mal. Cuando recibía una decepción, alguna contrariedad, me elevaba con el pensamiento por encima de la humanidad, y me colocaba anticipadamente en la región de los Espíritus, y desde ese punto culminante, desde donde divisaba el de mi llegada, las miserias de la vida se deslizaban sobre mí sin afectarme. Ese modo de proceder se volvió tan habitual en mí, que los gritos de los malos jamás me perturbaron.

El libro de los Espíritus

17 de junio de 1856

(En casa del Sr. Baudin; médium: Srta. Baudin)

Pregunta (a la Verdad) - Una parte de la obra ya ha sido revisada. ¿Podrías tener a bien expresar qué piensas de ella?

Respuesta - Lo que ha sido revisado está correcto, pero cuando la obra esté concluida deberás volver a revisarla, a fin de ampliarla en ciertos puntos y abreviarla en otros.

P. - ¿Opinas que debe ser publicada antes de que se cumplan los acontecimientos predichos?

R. - Una parte sí; pero no todo; pues te aseguro que tendremos capítulos muy espinosos. Por más importante que sea ese primer trabajo, *en cierto modo no es más que una introducción*. Asumiré proporciones que hoy estás lejos de sospechar, y tú mismo comprenderás que ciertas partes sólo podrán ser dadas a conocer mucho más tarde y en forma gradual, a medida que las nuevas ideas se desarrollen y se arraiguen. Publicarlo todo de una vez sería una imprudencia. Es preciso conceder tiempo para que se forme la opinión. Encontrarás algunos impacientes que procurarán empujarte hacia adelante; no les prestes oídos. Mira, observa, explora el terreno, prepárate a esperar y haz como el general cauteloso que sólo ataca cuando ha llegado el momento favorable.

Observación (escrita en enero de 1867) - En la época en que fue dada esa comunicación, yo apenas tenía en vista *El libro de los Espíritus*, y lejos estaba, como dijo el Espíritu, de imaginar las proporciones que tomaría el conjunto del trabajo. Los acontecimientos predichos sólo habrían de cumplirse después de que transcurrieran muchos años, tanto que hasta ahora aún no han ocurrido. Las obras que aparecieron hasta este momento han sido publicadas sucesivamente, y he sido inducido a elaborarlas *a medida que las nuevas ideas se desarrollaran*. De las que quedan por hacer, la más importante, la que podrá considerarse como la cúpula del edificio y que, en efecto, contiene los capítulos *más espinosos*, no podría ser dada a luz sin perjuicio antes del período de los desastres. Yo no veía por entonces más que un único libro, y no comprendía que este pudiera dividirse, mientras que el Espíritu aludía a los que habrían de sucederse, cuya publicación prematura presentaría inconvenientes.

“Disponde a esperar -dijo el Espíritu-; no prestes oídos a los impacientes que tratarán de empujarte hacia delante.” No faltaron los impa-

cientes, y si yo los hubiese escuchado, habría arrojado a la nave de lleno contra los arrecifes. ¡Cosa sorprendente! Mientras unos me incitaban a andar más deprisa, otros me acusaban de no ir más lento. No escuché ni a unos ni a otros, y tuve siempre como brújula el desarrollo de las ideas.

¡De qué confianza en el porvenir no habría de estar animado a medida que veía realizarse lo que había sido predicho, y a medida que comprobaba la profundidad y la sabiduría de las instrucciones de mis protectores invisibles!

El libro de los Espíritus

11 de septiembre de 1856

(En casa del Sr. Baudin; médium: Srta. Baudin)

Después de que procedí a la lectura de algunos capítulos de *El libro de los Espíritus*, relativos a las leyes morales, el médium escribió espontáneamente:

“Comprendiste perfectamente el objetivo de tu trabajo. El plan está bien concebido. Estamos satisfechos contigo. Continúa; pero sobre todo, cuando la obra esté concluida, ten presente que te hemos recomendado que la envíes a imprimir y que la difundas. Es de utilidad general. Estamos contentos y nunca te abandonaremos. ¡Confía en Dios y sigue adelante!”

MUCHOS ESPÍRITUS.

La tiara espiritual

6 de mayo de 1857

(En casa de la Sra. de Cardonne)

Tuve ocasión de conocer a la Sra. de Cardonne en las sesiones del Sr. Roustan. Alguien me dijo -creo que fue el Sr. Carlotti-, que ella tenía un notable talento para leer en las manos. Nunca creí que las líneas de la mano tuviesen algún significado, pero siempre imaginé que para ciertas personas dotadas de una especie de segunda vista, eso

podía constituir un medio para que establecieran una relación que les permitiese, como a los sonámbulos, manifestar en ocasiones cosas verdaderas. Las señales de la mano no son, en ese caso, más que un pretexto, un medio de concentrar la atención, de desarrollar la lucidez, como lo son los naipes, la borra de café o los espejos llamados mágicos, para los individuos que gozan de esa facultad. La experiencia me ha confirmado más de una vez lo acertado de esa opinión. Sea como fuere, accedí a la invitación de esa señora para que la visitara, y este es un resumen de lo que me dijo:

“Habéis nacido con gran abundancia de recursos y de medios intelectuales... extraordinario poder de raciocinio... Vuestro gusto se ha formado; gobernado por la cabeza, moderáis la inspiración por medio del razonamiento; subordináis el instinto, la pasión y la intuición al método, a la teoría. Siempre habéis tenido inclinación a las ciencias morales... Amor a la verdad absoluta... Amor al arte definido.

”Vuestro estilo tiene número, medida y cadencia; pero en ocasiones cambiaríais un poco de su precisión por poesía.

”Como filósofo idealista, estuvisteis sujeto a la opinión de otros; como filósofo creyente, experimentáis ahora la necesidad de formar una secta.

”Benevolencia juiciosa; necesidad imperiosa de dar alivio, de socorrer, de consolar; necesidad de independenciam.

”Muy lentamente os corregís del impulso súbito de vuestro humor.

”Sois singularmente apto para la misión que se os ha confiado, porque estáis más capacitado para convertirlos en el centro de inmensos desarrollos, que para trabajos aislados... Vuestros ojos tienen la mirada del pensamiento.

”Veo aquí el signo de la *tiara espiritual*... Está bien marcado... Observad.” (Miré y no vi nada de particular.)

¿Qué entendéis -le pregunté- por *tiara espiritual*? ¿Acaso insinuáis que seré papa? Si eso hubiera de suceder, no sería por cierto en esta existencia...

Respuesta - Notad que he dicho tiara *espiritual*, lo que significa *autoridad moral y religiosa*, y no soberanía efectiva.

He reproducido pura y simplemente las palabras de aquella señora, transcritas por ella misma. No me compete juzgar si son exactas en todos los puntos. Reconozco que algunas son acertadas, porque se corresponden con mi carácter y con las disposiciones de mi espíritu. Sin embargo, hay un pasaje evidentemente erróneo: aquel en el que expresa, a propósito de mi estilo, que yo a veces cambiaría algo de mi precisión por poesía. No tengo ningún instinto poético; lo que busco por sobre todo, lo que me agrada, lo que aprecio en los otros, es la claridad, la transparencia, la precisión, y lejos de sacrificar estas a la poesía, lo que podrían criticar en mí sería el hecho de que sacrifico el sentimiento poético por la aridez de la forma positiva. Siempre he preferido aquello que habla a la inteligencia por encima de lo que apenas habla a la imaginación.

En cuanto a la *tiara espiritual*, *El Libro de los Espíritus* acababa de aparecer; la doctrina estaba en sus comienzos, y aún no había podido prever los resultados posteriores. Le di escasa importancia a esa revelación, y me limité a registrarla a título informativo.

Al año siguiente la Sra. Cardonne dejó París, y no volví a verla hasta ocho años más tarde, en 1866, cuando las cosas ya habían avanzado bastante. Entonces me dijo:

- ¿Recuerda mi predicción acerca de la *tiara espiritual*? Ahí la tiene realizada.

- ¿Cómo realizada? Que yo sepa, no estoy en el trono de san Pedro.

- No, por cierto; pero tampoco fue eso lo que le anuncié. ¿No es usted, de hecho, el jefe de la doctrina, reconocido por los espíritas del mundo entero? ¿No son sus escritos los que constituyen la ley? ¿No se cuentan por millones sus adeptos? En materia de espiritismo, ¿habrá alguien cuyo nombre tenga más autoridad que el suyo? ¿Los títulos de sumo sacerdote, de pontífice, incluso de papa, no se los otor-

gan a usted espontáneamente? Sé muy bien que así sucede, sobre todo de parte de sus adversarios e irónicamente, pero no por eso el hecho deja de indicar la clase de influencia que ellos le reconocen. Presienten cuál es vuestro rol y, por consiguiente, esos títulos le quedarán. En suma, usted ha conquistado, sin que la buscara, una posición moral que nadie le puede quitar, porque sean cuales fueren los trabajos que se lleven a cabo después de los suyos, o simultáneamente con ellos, usted siempre será proclamado fundador de la doctrina. A partir de ese momento, pues, usted posee realmente la *tiara espiritual*, es decir, la supremacía moral. Reconozca, entonces, que he dicho la verdad. ¿Cree ahora un poco más en las señales de las manos?

- Menos que antes, y estoy convencido de que si usted vio algo, no fue en mi mano sino en su propio espíritu, y voy a demostrárselo.

Admito que en las manos existen ciertas señales fisiognómicas, así como en los pies, en los brazos y en otras partes del cuerpo. No obstante, cada órgano presenta señales particulares de acuerdo con el uso al que está sujeto y conforme a sus relaciones con el pensamiento. Las señales de la mano no pueden ser las mismas que las de los pies, de los brazos, de la boca, de los ojos, etc.

En cuanto a los pliegues de la palma de las manos, el mayor o menor destaque que presentan resulta de la naturaleza de la piel y de la mayor o menor cantidad de tejido celular. Como esas partes no tienen ninguna correlación fisiológica con los órganos de las facultades intelectuales y morales, no pueden ser la expresión de estas. Incluso si se admitiera que existe esa correlación, estas podrían proporcionar indicios sobre el estado actual del individuo, pero no podrían constituir signos de presagios de cosas futuras ni de acontecimientos pasados e independientes de la voluntad de ese mismo individuo. En la primera hipótesis, y en rigor, comprendería que con la ayuda de esas líneas fuese posible decir que una persona posee tal o cual aptitud, esta o aquella inclinación; con todo, el más vulgar buen sentido rechazaría la idea de que se pueda ver allí si se ha casado o no, cuántas veces,

y cuántos hijos ha tenido, si es viuda o no, y otras cosas semejantes, como lo pretende la mayoría de los quirománticos.

Entre las líneas de las manos hay una que todos conocen y que representa una letra M perfecta. Si está suficientemente marcada presagia, según dicen, una vida desdichada (*malheureuse*); sin embargo, la palabra *malheur* (desdicha) es francesa, y nadie tiene presente que en otras lenguas, las palabras que le corresponden no comienzan con la letra M, de donde se concluye que la línea en cuestión debería presentar formas diferentes, de acuerdo con las lenguas de los distintos pueblos.

En cuanto a la *tiara espiritual*, se trata evidentemente de una cosa especial, excepcional y hasta cierto modo individual; estoy convencido de que usted no ha encontrado esa expresión en el vocabulario de ningún tratado de quiromancia. ¿Cómo, pues, llegó a su mente? Por la intuición, por la inspiración, por esa especie de presciencia inherente a la doble vista de que muchas personas están dotadas sin sospecharlo. Su atención estaba concentrada en las líneas de la mano, y usted concentró su pensamiento en una señal en la que otra persona habría visto otra cosa muy diferente, o a la que usted misma le atribuiría un significado diferente, en caso de que se tratase de otro individuo.

Primer anuncio de una nueva encarnación

17 de enero de 1857

(En casa del Sr. Baudin; médium: Srta. Baudin)

El Espíritu me había prometido escribirme una carta con motivo del comienzo del año. Tenía -dijo- algo en particular para decirme. Como yo se la había pedido en una de las reuniones ordinarias, respondió que la daría al médium en la intimidad, para que este me la transmitiera. He aquí la carta:

“Querido amigo, no quise escribirte el martes último delante de todas las personas, porque hay ciertas cosas que sólo se pueden decir entre nosotros.

”Quería en primer término hablarte de tu obra, la que mandaste a imprimir. (*El libro de los Espíritus* acababa de entrar a la imprenta.) No te desveles tanto, de la mañana a la noche; lo pasarás mejor, y la obra nada perderá por esperar.

”Según lo que veo, eres muy capaz de llevar tu empresa a buen término, y has sido llamado a realizar grandes cosas. Pero no exageres en nada. Observa y aprecia todo juiciosamente, fríamente. No te dejes arrastrar por los entusiastas ni por los demasiado apresurados. Calcula cada uno de tus pasos, a fin de que llegues a la meta con seguridad. No creas más que en lo que veas; no desvíes la atención de lo que te parezca incomprensible. Llegarás a saber al respecto más que cualquier otro, porque los asuntos de estudio serán puestos delante de tu vista.

”Pero ¡ah! ¡La verdad no será conocida por todos, ni tampoco aceptada, sin que antes haya transcurrido mucho tiempo! En esta existencia no verás más que la aurora del triunfo de tu obra. Deberás regresar, *reencarnado en otro cuerpo*, para completar lo que hayas comenzado, y entonces tendrás la satisfacción de ver en plena fructificación la simiente que hayas esparcido sobre la Tierra.

”Surgirán envidiosos y celosos que intentarán denigrarte y hacerte oposición; no te desanimes; no te preocupes con lo que digan o hagan en contra de tu persona; prosigue tu obra; trabaja siempre por el progreso de la humanidad, y serás amparado por los Espíritus buenos mientras perseveres en el camino del bien.

”¿Recuerdas que un año atrás prometí mi amistad a aquellos que hubiesen tenido durante el transcurso del año una conducta correcta? ¡Pues bien! Declaro que eres uno de los que he elegido entre todos. Tu amigo que te quiere y protege. Z.”

Observación - Ya he tenido ocasión de decir que Z no era un Espíritu superior; pero sí muy bueno y muy caritativo. Tal vez fuera más adelantado de lo que dejaba suponer el nombre que había adoptado. Nos conduce a esa suposición el carácter serio y la sabiduría de sus comunicaciones, según las circunstancias. Por medio de aquel nombre se permitía emplear

un lenguaje familiar apropiado al medio donde se manifestaba, así como decir, como con frecuencia sucedía, duras verdades bajo la forma trivial del epigrama. Sea como fuere, de él guardo siempre un grato recuerdo y mi reconocimiento por los buenos consejos que me ha dado y por la devoción que me ha demostrado. Desapareció al dispersarse la familia Baudin, luego de manifestar que habría de reencarnar en breve.

La Revista Espírita

15 de noviembre de 1857

(En casa del Sr. Dufaux; médium: Srta. E. Dufaux)

Pregunta - Tengo la intención de publicar un periódico espírita. ¿Opináis que lo conseguiré, y me aconsejáis hacerlo? La persona a quien me he dirigido, el Sr. Tiedeman, no parece decidida a prestar su concurso pecuniario.

Respuesta - Sí, lo conseguirás con perseverancia. La idea es buena, pero conviene dejar que madure más.

P. - Temo que otros tomen la delantera.

R. - Hay que ir deprisa.

P. - No quiero otra cosa, pero me falta tiempo. Como sabéis, tengo dos empleos que me son necesarios. Me gustaría renunciar a ellos a fin de consagrarme por entero a la tarea, sin otras preocupaciones.

R. - Por el momento no debes abandonar nada; siempre hay tiempo para todo; ocúpate y lo conseguirás.

P. - ¿Debo hacerlo sin el concurso del Sr. Tiedeman?

R. - Hazlo con o sin su concurso; no te inquietes a causa de él. Puedes prescindir de él.

P. - Mi intención era redactar un primer número a modo de ensayo, a fin de lanzar el periódico y dejar señalada la fecha, para continuar más tarde, si fuera posible. ¿Qué pensáis acerca de eso?

R. - La idea es buena, pero un solo número no bastará. Con todo, es conveniente e incluso necesario, para abrir camino a los

demás. Será preciso que le dispenses mucha dedicación, a fin de que sientes las bases de un éxito duradero. Para presentarlo defectuoso, mejor será no hacer nada, porque la impresión que cause puede decidir su porvenir. Al comienzo, sobre todo, debes cuidar de satisfacer la curiosidad; reunir lo serio y lo ameno: lo serio para atraer a los hombres de ciencia, lo ameno para entretener al vulgo. Esta parte es esencial, pero la otra es la más importante, porque sin ella el periódico no tendría un fundamento sólido. En suma, es preciso evitar la monotonía por medio de la variedad, asociar la instrucción sólida con el interés, que para los trabajos ulteriores será un poderoso auxiliar.

Observación - Me apresuré a redactar el primer número y lo hice circular el 1.º de enero de 1858, sin haber dicho nada a nadie. No tenía ni un solo suscriptor, como tampoco ningún socio o inversor. Lo publiqué haciéndome cargo con exclusividad de todos los riesgos, y no he tenido de qué arrepentirme, porque el éxito superó mis expectativas. A partir de esa fecha, los números se sucedieron sin interrupción y, como lo había avisado el Espíritu, el periódico se convirtió en un poderoso auxiliar mío. Más tarde reconocí que había constituido para mí una felicidad no haber tenido quien me patrocinase financieramente, porque de ese modo me mantenía más libre, mientras que un extraño tal vez hubiera querido imponerme sus ideas y su voluntad, creándome obstáculos. Solo, no debía rendir cuentas a nadie, aunque en lo relativo al trabajo me resultase pesada la tarea.

Fundación de la Sociedad Espírita de París

1.º de abril de 1858

Pese a que no haya aquí ningún tipo de previsión, menciono a título de simple informe la fundación de la Sociedad, debido al rol que esta representó en la marcha del espiritismo y a las comunicaciones ulteriores que allí fueron recibidas.

Hacia cerca de seis meses que realizaba en mi casa, ubicada en la calle de los Mártires, una reunión con algunos adeptos los días martes. La médium principal era la Srta. E. Dufaux. Aunque el lugar no admitía más de quince o veinte personas, en ocasiones se juntaban allí hasta treinta. Esas reuniones presentaban un grande interés, tanto por el carácter serio de que estaban revestidas como por la trascendencia de las cuestiones que se trataban. No era raro que se hicieran presentes en ellas príncipes extranjeros y otros personajes de gran distinción.

El local de las reuniones, poco cómodo por su disposición, resultó demasiado reducido. Algunos de los concurrentes decidieron hacer aportes pecuniarios para alquilar una sala que respondiera mejor a los requerimientos. Entonces se hizo necesaria una autorización legal, a fin de evitar que la autoridad fuese a perturbarnos. El Sr. Dufaux, que conocía personalmente al jefe de policía, se encargó del caso. La autorización dependía también del Ministro del Interior. Le cupo entonces al general X..., -quien era sin que nadie lo supiese un simpatizante de nuestras ideas, incluso sin conocerlas por completo-, obtener la autorización. Gracias a su influencia, esta fue concedida en quince días, cuando en general su otorgamiento tardaba tres meses.

La Sociedad quedó, en consecuencia, legalmente constituida, y comenzamos a reunirnos todos los martes en la sala que esta alquilaba en el Palais Royal, galería de Valois. Allí estuvo un año, del 1.º de abril de 1858 al 1.º de abril de 1859. Ante la imposibilidad de que permaneciera en ese lugar por más tiempo, pasó a reunirse los viernes en uno de los salones del restaurante Douix, en el mismo Palais Royal, galería Montpensier, desde el 1.º de abril de 1859 al 1.º de abril de 1860, época en que se instaló en el local de su propiedad, en la calle y pasaje Sainte Anne, n.º 59.

Constituida al principio por elementos poco homogéneos y por personas de buena voluntad, a las que se aceptaba con facilidad

un tanto excesiva, la Sociedad se vio sujeta a muchas vicisitudes, que no fueron de los menores inconvenientes de mi tarea.

Duración de mis trabajos

24 de enero de 1860

(En casa de la Sra. Forbes; médium: Sra. Forbes)

Según mi manera de apreciar las cosas, calculaba que todavía me quedaban cerca de diez años para concluir mis trabajos; pero a nadie le había hablado acerca de eso. Quedé muy sorprendido, pues, al recibir de uno de mis corresponsales de Limoges una comunicación transmitida espontáneamente, en la que el Espíritu, haciendo referencia a mis trabajos, mencionaba que habrían de transcurrir diez años antes de que los concluyera.

Pregunta (a la Verdad) - ¿Cómo es posible que un Espíritu, que se ha comunicado en Limoges, adonde nunca fui, haya dicho precisamente lo que yo pensaba sobre la duración de mis trabajos?

Respuesta - Nosotros sabemos lo que te resta por hacer y, por consiguiente, el tiempo aproximado que necesitas para concluir tu tarea. Así pues, es muy natural que algunos Espíritus lo hayan dicho en Limoges o en otros lugares, a fin de darte una idea del lapso que el trabajo requiere.

No obstante, el plazo de diez años no es absoluto; puede ser prolongado por algunos más en virtud de circunstancias imprevistas que no dependan de tu voluntad.

Observación (redactada en diciembre de 1866) - Llevo publicados cuatro volúmenes fundamentales, sin mencionar las cosas accesorias. Los Espíritus solicitan con insistencia que publique *La Génesis* en 1867, antes de las perturbaciones. Durante el período de la gran perturbación tendré que trabajar en los libros complementarios de la doctrina, que recién habrán de aparecer después de la fuerte tempestad, y para los cuales precisaré de tres a cuatro años. Eso nos lleva por lo menos a 1870, es decir, cerca de diez años.

Acontecimientos. Papado

28 de enero de 1860

(En casa del Sr. Solichon; médium, Srta. Solichon)

Pregunta (al Espíritu Ch.) - Has sido embajador en Roma y, en esa época, predijiste la caída del gobierno papal. ¿Qué piensas hoy al respecto?

Respuesta - Considero que se aproxima el momento en que habrá de cumplirse mi profecía, pero no sin grandes dolores. Todo se complica; se exacerban las pasiones, y una cosa que hubiera podido hacerse sin conmoción, ha sacudido a todos y de tal manera que toda la cristiandad será agitada.

P. -¿Podrías darnos tu opinión sobre el poder temporal del papa?

R. -Pienso que el poder temporal del papa no es necesario para su grandeza ni para su poder moral; al contrario, cuantos menos súbditos él tenga, tanto más será venerado. Aquel que es el representante de Dios en la Tierra está colocado muy alto para no precisar del realce del poder terrenal. Dirigir la Tierra espiritualmente, esa es la misión del padre de los cristianos.

P. - ¿Crees que el papa y el Sacro Colegio, con mayor esclarecimiento, hacen todo para evitar el cisma y la guerra intestina, aunque sólo sea moral?

R. - No lo creo; todos esos hombres son obstinados, ignorantes, habituados a todos los gozos profanos; precisan dinero para satisfacerlos, y temerán que el nuevo orden de cosas no les permita que lo ganen en cantidad suficiente. Por eso llevan todo al extremo, y poco los incomoda lo que vaya a acontecer, pues son demasiado ciegos para que comprendan las consecuencias de su manera de obrar.

P. - En ese conflicto, ¿no será de temer que la desdichada Italia sucumba y sea colocada bajo el cetro de Austria?

R. - No, es imposible. Italia saldrá victoriosa de la lucha, y la libertad reinará sobre esa tierra gloriosa. Italia nos salvó de la barbarie, fue nuestra maestra en todo aquello que la inteligencia tiene de más noble y más elevado. No caerá de ningún modo bajo el yugo de los que la humillaron.

Mi misión

12 de abril de 1860

(En casa del Sr. Dehau; médium: Sr. Crozet)

(Comunicación espontánea obtenida en mi ausencia.)

Por su firmeza y perseverancia, vuestro Presidente ha frustrado los proyectos de aquellos que procuraban destruir su reputación y arruinar la Sociedad, con la esperanza de asestar un golpe fatal a la doctrina. ¡Honor a él! Que guarde la certeza de que estamos a su lado, y que los Espíritus sabios se sentirán dichosos de asistirlo en su misión. ¡Cuántos desearían desempeñar aunque más no fuera la sombra de esa misión, para recibir la sombra de los beneficios que derivan de ella!

Pero esa misión es peligrosa, y para cumplirla son necesarias una fe y una voluntad inquebrantables; como también abnegación y coraje para afrontar las injurias, los sarcasmos, las decepciones, y no alterarse con el lodo que arrojarán la envidia y la calumnia. En esa posición, lo menos que puede ocurrirle a quien la ocupa es ser tildado de loco y de charlatán. Dejad que hablen, dejad que piensen libremente: todo excepto la felicidad eterna es transitorio. Todo os será tomado en cuenta, y sabed que para llegar a ser feliz es preciso que se haya contribuido a la felicidad de los pobres seres con que Dios ha poblado vuestra Tierra. Permanezca, pues, tranquila y serena vuestra conciencia: estado precursor de la dicha celestial.

Porvenir del espiritismo

15 de abril de 1860

(Marsella; médium: Sr. Georges Genouillat)

(Comunicación transmitida por el Sr. Brion Dorgeval.)

El espiritismo está llamado a desempeñar un inmenso rol en la Tierra. Reformará la legislación, tan a menudo contraria a

las leyes divinas; rectificará los errores de la historia; restablecerá la religión de Cristo, que en las manos de los sacerdotes se convirtió en objeto de comercio y de tráfico vil; instituirá la verdadera religión, la religión natural, la que parte del corazón y va directamente a Dios sin detenerse en las franjas de una sotana ni en los escalones de un altar. Extinguirá definitivamente el ateísmo y el materialismo, a los cuales algunos hombres han sido conducidos a raíz de los incesantes abusos de los que se dicen ministros de Dios y predicán la caridad con una espada en cada mano, sacrificando a sus ambiciones y al espíritu de dominación los más sagrados derechos de la humanidad.

Un Espíritu.

Mi regreso

10 de junio de 1860

(En mi casa; médium: Sra. Schmidt)

Pregunta (a la Verdad) - Acabo de recibir una carta de Marsella en la que me dicen que en el seminario de esa ciudad están estudiando seriamente el espiritismo y *El libro de los Espíritus*. ¿Qué debemos esperar de ese hecho? ¿Será que el clero tomará la cosa en serio?

Respuesta - No puedes dudarlo. La toma muy en serio porque prevé las consecuencias que de ahí resultan para él, y son grandes sus temores. El clero, principalmente la parte esclarecida del mismo, estudia el espiritismo más de lo que supones; pero no creas que lo hace por simpatía; todo lo contrario, busca medios con qué combatirlo, y te aseguro que le hará una ardua guerra. No te inquietes por eso; continúa trabajando con prudencia y circunspección; permanece en guardia contra las celadas que te armarán; evita cuidadosamente en tus palabras y en tus escritos todo lo que pueda proporcionar armas

para atacarte. Prosigue tu camino sin temor, aunque esté sembrado de espinos, porque te garantizo que tendrás enormes satisfacciones antes de que regreses “por un poco” junto a nosotros.

P. - ¿Qué quieres decir con las palabras “un poco”?

R. - Quiero decir que no permanecerás largo tiempo entre nosotros. Tendrás que volver a la Tierra para terminar tu misión, que no puede ser concluida en esta existencia. Si fuera posible, de ninguna manera saldrías de ahí; pero es necesario que se cumpla la ley de la naturaleza. Te ausentarás durante algunos años, y cuando vuelvas será en condiciones que te permitirán trabajar desde temprano. Mientras tanto, conviene que termines algunos de tus trabajos antes de la partida; por eso te daremos el tiempo que sea necesario para concluirlos.

Observación - Si calculamos aproximadamente la duración de los trabajos que todavía me quedan por hacer, y tomando en cuenta el tiempo de mi ausencia y los años de la infancia y la juventud, hasta la edad en que un hombre puede desempeñar un rol en el mundo, mi regreso ocurrirá forzosamente hacia fines de este siglo o al comienzo del otro.

Auto de fe de Barcelona. Incautación de los libros

21 de septiembre de 1861

(En mi casa; médium: Sr. d'A...)

A pedido del Sr. Lachâtre, por entonces residente en Barcelona, le envié cierta cantidad de *El libro de los Espíritus*, *El libro de los médiums* y las colecciones de la *Revista Espírita*, además de diversas obras y folletos espíritas, que hacían un total de trescientos volúmenes aproximadamente. La expedición de la encomienda fue realizada regularmente por su corresponsal en París, en una caja que contenía otras mercaderías, y sin la menor infracción a la legalidad. A la llegada de los libros hicieron que el destinatario pagara los derechos de ingreso, pero antes de que los entregasen hubo que presentar una lista de

las obras al obispo, pues en aquel país la autoridad eclesiástica tenía poder policial para censurar cualquier obra. El obispo se hallaba por entonces en Madrid. A su regreso tomó conocimiento de la lista de los libros y ordenó que fuesen incautados y quemados en la plaza pública por la mano del verdugo. La ejecución de la sentencia fue fijada para el 9 de octubre de 1861.

Si al menos se hubiese tratado de introducir aquellas obras como contrabando, la autoridad española estaría en su derecho al disponer de ellas a voluntad; pero, desde el momento en que no hubo fraude ni sorpresa, como lo demostraba el pago voluntario de los derechos, sería de rigurosa justicia que se ordenase la devolución de los volúmenes al remitente, en caso de que no le conviniera admitir su entrada al país. Los reclamos presentados por intermedio del Cónsul francés en Barcelona no dieron resultado. El Sr. Lachâtre me consultó si valdría la pena recurrir a la autoridad superior. Opiné que se dejase consumir el acto arbitrario; no obstante, consideré conveniente oír la opinión de mi guía espiritual.

Pregunta (a la Verdad) - Por cierto no ignoras lo que acaba de suceder en Barcelona con algunas obras espíritas. ¿Tendrías la bondad de decirme si será conveniente proceder al reclamo de los volúmenes incautados?

Respuesta - Te asiste el derecho de reclamarlos, y por cierto conseguirías que se te restituyan, en caso de que te dirigieras al Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia. No obstante, creo que de ese auto de fe resultará una mayor suma de bien que el bien que resultaría de la lectura de esos escasos libros. La pérdida material no representa nada si consideramos la repercusión que semejante hecho producirá a favor de la doctrina. Debes comprender cuánto bien para el progreso del espiritismo en España podrá hacer una persecución tan ridícula y anticuada. Las ideas se difundirán allá mucho más rápido, y las obras serán buscadas con mayor avidez si se las quema. Todo es para bien.

P - ¿Conviene que redacte un artículo al respecto en el próximo número de la *Revista Espírita*?

R. - Aguarda el auto de fe.

Auto de fe de Barcelona

9 de octubre de 1861

Esta fecha quedará señalada en los anales del espiritismo por el auto de fe de los libros espíritas realizado en Barcelona. He aquí un extracto del acta de la ejecución:

“En este día, 9 de octubre de mil ochocientos y sesenta y uno, a las diez horas y media de la mañana, en la explanada de la ciudad de Barcelona, en el lugar donde son ejecutados los criminales condenados al postrer suplicio, y por orden del obispo de esta ciudad, han sido quemados trescientos volúmenes y folletos sobre el espiritismo, a saber: *El libro de los Espíritus*, por Allan Kardec, etc.”

Los principales periódicos de España han dado cuenta minuciosa del hecho, que los órganos de la prensa liberal de ese país muy justamente han condenado. Es de destacar que en Francia los periódicos liberales se han limitado a mencionarlo sin comentarios. El *Siglo* mismo, tan ardoroso al censurar los abusos de poder y los menores actos de intolerancia del clero, no ha encontrado una palabra de reprobación para ese acto digno de la Edad Media. Algunos periódicos de escasa circulación encontraron incluso en el caso un motivo para la burla. Dejando a un lado lo que respecta a la creencia, había allí una cuestión de principio, de derecho internacional que interesaba a todo el mundo, acerca de la cual no se habría guardado silencio tan livianamente si se hubiese tratado de otras obras. Estos no ahorran censuras cuando está en juego la simple exigencia de un sello para la venta de un libro materialista. Ahora bien, que la Inquisición restableciera sus hogueras con las solemnidades de antaño, a las puertas de Francia, presentaba mucha mayor gravedad. ¿Por qué entonces tamaña indife-

rencia? Se debe a que estaba en juego una doctrina a cuyos progresos la incredulidad asiste con espanto. Reivindicar justicia a su favor sería consagrarle el derecho a la protección de la autoridad, y aumentaría su prestigio. Sea como fuere, el auto de fe de Barcelona no dejó de producir el efecto esperado, por la repercusión que tuvo en España, donde ha contribuido considerablemente a la propagación de las ideas espíritas. (Véase la *Revista Espírita* de noviembre de 1861.)

Ese acontecimiento provocó la aparición de numerosas comunicaciones de parte de los Espíritus. La que sigue fue ofrecida espontáneamente en la Sociedad de París, el 19 de octubre, cuando regresé de Bordeaux:

“Era necesario algo que golpee con violencia a ciertos Espíritus encarnados, para que se decidieran a ocuparse de esa gran doctrina que habrá de regenerar el mundo. Nada se hace inútilmente en la Tierra, y nosotros, que inspiramos el auto de fe de Barcelona, sabíamos que al proceder de ese modo forzábamos un gran paso hacia adelante. Ese hecho brutal, increíble en los tiempos que corren, se ha consumado con el objeto de llamar la atención de los periodistas que permanecían indiferentes ante la agitación profunda que sacudía a las ciudades y los centros espíritas. Los dejaban que hablasen e hiciesen, pero se obstinaban en hacer oídos sordos y respondían con el mutismo al deseo de propaganda de los adeptos del espiritismo. Queriéndolo o no, hoy hablan de él; algunos, para constatar el histórico acontecimiento de Barcelona; otros, para desmentirlo, con lo cual estimulan una polémica que dará la vuelta al mundo y de la que sólo el espiritismo se beneficiará. Esa es la razón por la cual la retaguardia de la Inquisición ha realizado hoy su último auto de fe. Nosotros así lo hemos querido.”

Un Espiritu.

Nota.- Me han enviado desde Barcelona una acuarela realizada en el lugar por un artista distinguido, que representa la escena del auto de fe. He enviado a hacer del cuadro una reducción fotográfica.

Tengo en mi poder también algunas cenizas tomadas de la hoguera, entre las que se encuentran fragmentos aún legibles de hojas quemadas. Los he conservado en una urna de cristal.¹²

Mi sucesor

22 de diciembre de 1861

(En mi casa; comunicación particular; médium: Sr. d'A...)

Mientras mantenía una conversación con los Espíritus fui inducido a hablar acerca de mi sucesor en la dirección del espiritismo, y formulé la siguiente pregunta:

Pregunta - Entre los adeptos, muchos están preocupados con lo que llegará a ser del espiritismo después de mí, y preguntan quién habrá de sustituirme cuando parta, dado que no se ve aparecer a nadie, en forma evidente, para tomar sus riendas.

Por mi parte, respondo que no alimento la pretensión de ser indispensable; que Dios es sumamente sabio para no hacer que una doctrina destinada a regenerar el mundo se asiente sobre la vida de un hombre; que además siempre me han advertido que mi tarea consiste en constituir la doctrina y que para eso se me concederá el tiempo necesario. La tarea de mi sucesor será, por lo tanto, mucho más fácil, porque ya encontrará trazado el camino y bastará con que lo siga. No obstante, si los Espíritus considerasen oportuno manifestarme al respecto alguna cosa más concreta, les quedaría muy agradecido.

Respuesta - Todo eso es rigurosamente exacto. Esto es lo que nos está permitido decirte además. Tienes razón al manifestar que no eres indispensable: sólo lo eres a los ojos de los hombres, porque era necesario que el trabajo de organización se concentrase en las manos de uno solo, para que hubiese unidad; pero no eres indispensable a los ojos de Dios. Has sido escogido y por eso te encuentras solo; pero no

¹² La Sociedad de la Librería Espírita todavía los conserva. (Nota de la primera edición francesa.)

eres, como por otra parte bien lo sabes, el único capaz de desempeñar esa misión. Si por algún motivo esta se interrumpiese, no le faltarían a Dios otras personas que te sustituyeran. Así, pase lo que pase, el espiritismo no peligrará.

Hasta que el trabajo de elaboración esté concluido, es necesario que seas el único en evidencia, dado que hacía falta una bandera en torno de la cual las personas pudiesen agruparse. Era preciso, también, que las personas te considerasen indispensable, para que la obra que saliera de tus manos tuviera más autoridad en el presente y en el porvenir; era preciso incluso que temiesen las consecuencias de tu partida.

Si aquel que habrá de sustituirte fuera designado previamente, la obra todavía inconclusa podría sufrir dificultades; se formarían contra él oposiciones suscitadas por los celos; lo cuestionarían antes de que él diese alguna prueba; los enemigos de la doctrina intentarían enlodar su camino, y de ahí resultarían cismas y divisiones. El sucesor, por lo tanto, será revelado cuando llegue el momento.

Su tarea será más fácil porque, como tú dices, el camino estará perfectamente trazado; pero si él se apartase, se perdería como se han perdido cuantos han querido atravesarse en la carretera. Sin embargo, la referida tarea será más penosa en otro sentido, puesto que tendrá que sostener luchas más arduas. A ti te incumbe la tarea de la concepción; a él la de la realización, razón por la cual deberá ser un hombre de energía y de acción. Admira aquí la sabiduría de Dios en la elección de sus mandatarios: tú posees las cualidades que eran necesarias para el trabajo que debes realizar, pero careces de las que serán necesarias a tu sucesor. Tú precisas la calma, la tranquilidad del escritor que madura las ideas en el silencio de la meditación; él precisará la fortaleza del capitán que comanda un navío según las reglas trazadas por la ciencia. Liberado del trabajo de creación de la obra, bajo cuyo peso tu cuerpo sucumbirá, él tendrá mayor libertad para aplicar todas sus facultades al desarrollo y la consolidación del edificio.

P. - ¿Podrías decirme si la elección de mi sucesor ya ha sido hecha?

R. - Lo está, sin estarlo, si se considera que en uso de su libre albedrío, el hombre puede retroceder en el último momento ante la tarea que él mismo eligió. Es preciso también que dé pruebas de capacidad, de devoción, de desinterés y de abnegación. Si se dejase llevar sólo por la ambición y por el deseo de destacarse, por cierto sería dejado de lado.

P. - Ya ha sido dicho varias veces que numerosos Espíritus superiores encarnarán para ayudar al movimiento.

R. - Sin duda, muchos Espíritus tendrán esa misión, aunque cada uno en su especialidad para proceder, según su posición, sobre tal o cual parte de la sociedad. Todos se revelarán por sus obras, y ninguno por la pretensión a la supremacía.

Imitación del Evangelio

(Ségur, 9 de agosto de 1863; médium: Sr. d'A...)

Nota - A nadie había puesto en conocimiento sobre el asunto del libro en que estaba trabajando. Había mantenido su título a tal punto en secreto que el editor, Sr. Didier, sólo lo conoció en el momento de la impresión. En principio, el título para la primera edición fue *Imitación del Evangelio*. Más tarde, a causa de las reiteradas observaciones del mismo Sr. Didier y de algunas otras personas, lo cambié por *El Evangelio según el espiritismo*. De esa manera, las reflexiones contenidas en las comunicaciones siguientes no pueden ser consideradas como fruto de las ideas preconcebidas del médium.

Pregunta - ¿Qué pensáis de la nueva obra en que estoy trabajando en este momento?

Respuesta - Ese libro doctrinario tendrá considerable influencia, pues explica cuestiones fundamentales, y no sólo el mundo religioso encontrará en él las máximas que le son necesarias, sino también la vida práctica de las naciones extraerá de él excelentes instrucciones. Has hecho bien al abordar las cuestiones de elevada moral práctica desde el

punto de vista de los intereses generales, de los intereses sociales y de los intereses religiosos. La duda debe ser destruida; la tierra ya ha sido arada hace mucho tiempo por tus amigos del más allá de la tumba, y las poblaciones civilizadas están preparadas; arroja, pues, las semillas que te hemos confiado, porque es el momento de que la Tierra grave en el orden resplandeciente de las esferas y salga, finalmente, de la penumbra y de las tinieblas intelectuales. Concluye tu obra y cuenta con la protección de tu guía, guía de todos nosotros, y con el auxilio de los Espíritus que te son más fieles, en cuyo número dígnete incluirme siempre.

P. - ¿Qué dirá el clero?

R. - El clero gritará: ¡Herejía! Porque verá que atacas sin rodeos las penas eternas y otros puntos sobre los cuales él apoya su influencia y su prestigio. Gritará tanto más cuanto que se sentirá mucho más herido que con la publicación de *El libro de los Espíritus*, cuyos datos principales, en rigor, podría aceptar. Sin embargo, ahora tú has enfilado hacia un nuevo camino, en el cual no podrá seguirte. El anatema secreto se convertirá en oficial, y los espíritas serán repudiados por la Iglesia Romana, como lo han sido los judíos y los paganos. En compensación, los espíritas verán aumentar su número en virtud de esa especie de persecución, sobre todo al ver que los sacerdotes califican de demoníaca una doctrina cuya moralidad resplandecerá como un rayo de sol precisamente por la publicación de tu nuevo libro y de los que lo seguirán.

Se aproxima la hora en que tendrás que presentar al espiritismo tal cual es, y mostrar a todos dónde se encuentra la verdadera doctrina enseñada por Cristo. Se aproxima la hora en que, sobre la faz del cielo y de la Tierra, deberás proclamar que el espiritismo es la única tradición realmente cristiana, la única institución auténticamente divina y humana. Cuando te eligieron, los Espíritus conocían la solidez de tus convicciones, y sabían que tu fe, como una muralla de bronce, resistiría todos los ataques.

Con todo, amigo, si tu valor aún no ha desfalecido bajo la tarea tan pesada que aceptaste, debes saber que has comenzado comiendo

pan blanco, pero que ha llegado la hora de las dificultades. En efecto, querido maestro, se prepara la gran batalla; el fanatismo y la intolerancia, exacerbados por el éxito de tu propaganda, van a atacarte a ti y a los tuyos con armas envenenadas. Prepárate para la lucha. Tengo fe en ti, como tú tienes fe en nosotros, porque tu fe es de las que transportan montañas y hacen caminar sobre las aguas. Valor, pues, y que tu obra se complete. Cuenta con nosotros y, principalmente, con la inmensa alma del Maestro de todos nosotros, que te protege de modo muy especial.

París, 14 de septiembre de 1863

Nota - Yo había solicitado una comunicación para mí sobre un asunto cualquiera, y pedí que fuese enviada a mi retiro de Sainte-Adresse.

“Deseo hablarte desde París, aunque su utilidad no me parezca evidente, dado que mis voces íntimas son oídas alrededor tuyo y que tu cerebro percibe nuestras inspiraciones con una facilidad que ni tú mismo sospechas. Nuestra acción, sobre todo la del *Espíritu de Verdad*, es constante alrededor tuyo, y tal que no puedes negarla. Es por eso que no entraré en detalles inútiles respecto del plan de tu obra, que según mis consejos velados modificaste tan amplia y radicalmente. Comprendes ahora por qué necesitábamos tenerte en nuestras manos, libre de cualquier otra preocupación que no fuese la de la doctrina. Una obra como la que elaboramos de común acuerdo precisa recogimiento y aislamiento sagrado. Sigo con vivo interés los progresos de tu trabajo, que constituye un paso considerable hacia adelante y abre al espiritismo la ruta extensa de las aplicaciones provechosas en bien de la sociedad. Con esta obra el edificio comienza a liberarse de los andamios; ya se comienza a vislumbrar la cúpula que se perfila en el horizonte. Prosigue, pues, sin impaciencia ni fatiga; el monumento estará concluido en la ocasión prevista.

”Ya hemos considerado contigo las cuestiones que inciden en este momento, es decir, las cuestiones religiosas. El Espíritu de Ver-

dad te ha hablado de los ataques que comienzan a ponerse de manifiesto en el presente. Esas hostilidades, previstas por otra parte, son necesarias para mantener despierta la atención de los hombres, que tan fácilmente se dejan desviar de un asunto serio. A los soldados que combaten por la causa, incesantemente se sumarán combatientes nuevos cuyas palabras y escritos habrán de causar sensación, y llevarán la perturbación y la confusión a las filas de los adversarios.

”Adiós, querido compañero del pasado, discípulo fiel de la verdad, que continúas a través de la vida la obra que en otras épocas, ante el gran Espíritu que te ama y a quien venero, juramos consagrar nuestras fuerzas y nuestras existencias hasta que esta estuviese concluida. Te saludo.”

Observación - De hecho, el plan de la obra había sido completamente modificado, lo que sin duda el médium no podía saber, visto que él estaba en París y yo en Saint-Adresse. Tampoco podía saber que el Espíritu de Verdad me había hablado acerca de los ataques del obispo de Argel, entre otros. Todas esas circunstancias servían para confirmarme que los Espíritus tomaban parte activa en mis tareas.

La Iglesia

París, 30 de septiembre de 1863

(Médium: Sr. d'A...)

Estás aquí de regreso, mi amigo, y no has perdido el tiempo. Nuevamente a la obra, pues no debes dejar que se cubra de herrumbre tu yunque. Forja, forja armas bien templadas; reposa de la tarea cumplida, emprendiendo trabajos más difíciles aún. Todos los elementos se pondrán a tu alcance a medida que sea necesario.

Ha llegado la hora en que la Iglesia debe rendir cuentas del depósito que se le ha confiado, de la manera en que practicó las enseñanzas de Cristo, de cómo ha empleado su autoridad, así como del estado de incredulidad a que condujo a los espíritus. Ha

llegado la hora en que debe dar al César lo que es del César, y de que asuma la responsabilidad de todos sus actos. Dios la ha juzgado, y la ha reconocido inepta de aquí en adelante para la misión de progreso que le incumbe a toda autoridad espiritual. Solamente por medio de una transformación absoluta le sería posible vivir; no obstante, ¿se resignaría ella a esa transformación? No, porque en ese caso ya no sería la Iglesia. Para asimilar las verdades y los descubrimientos de la ciencia debería renunciar a los dogmas que le sirven de fundamento; para volver a la práctica rigurosa de los preceptos del Evangelio debería renunciar al poder, a la dominación, cambiar el fausto y la púrpura por la sencillez y la humildad apostólicas. Se encuentra entre dos alternativas: o se transforma, en cuyo caso se suicida, o permanece estacionaria y sucumbe en las garras del progreso.

Por otra parte, Roma ya se muestra desbordada de ansiedad, y en la Ciudad Eterna se sabe por innegables revelaciones que la doctrina espírita causará un vivo dolor al papado, porque el cisma se prepara rigurosamente en Italia. No debe, pues, sorprender la obstinación con que el clero, acicateado por el instinto de conservación, se lanza al combate contra el espiritismo. Con todo, ha verificado ya que sus armas resultan cada vez más ineficaces contra esa potencia que surge; sus argumentos no han podido resistir a la lógica inflexible; sólo le resta el demonio: un mísero auxiliar suyo en pleno siglo XIX.

Además, la lucha entre la Iglesia y el progreso está declarada, más que entre ella y el espiritismo. Se trata del progreso general de las ideas, que la ataca desde todos los flancos y la hará sucumbir como a todo aquello que escapa de su norma. La marcha acelerada de las cosas habrá de haceros presentir que no pasará mucho tiempo hasta el desenlace. La propia Iglesia parece impulsada fatalmente a precipitarlo.

Espíritu d'E.

“Vida de Jesús” por Renan

París, 14 de octubre de 1863

(Sobre el futuro de diferentes publicaciones; médium: Sr. d’A...)

Pregunta (a Erasto) - ¿Qué efecto producirá la “Vida de Jesús”, de Renan?

Respuesta - El efecto será enorme. La repercusión en el clero será muy grande, porque ese libro arroja por tierra los fundamentos mismos del edificio en el que este se refugia hace dieciocho siglos. No se trata de un libro irreprochable, lejos de eso, porque refleja una opinión exclusiva que se circunscribe al limitado círculo de la vida material. Sin embargo, Renan no es materialista, aunque pertenece a esa escuela que, si bien no niega el principio espiritual, tampoco le atribuye ningún rol efectivo y directo en la orientación de las cosas del mundo. Él es de esos ciegos inteligentes que explican a su modo lo que no pueden ver; que como no comprenden el mecanismo de la visión a distancia, imaginan que sólo tocándola se puede tener conocimiento de una cosa. A eso se debe que haya reducido a Cristo al tamaño del más vulgar de los hombres, negándole todas las facultades que constituyen los atributos del Espíritu libre e independiente de la materia.

No obstante, al lado de errores importantes, sobre todo en lo relativo a la espiritualidad, el libro contiene observaciones muy acertadas que hasta aquí habían escapado a los comentadores y que, desde cierto punto de vista, le confieren un elevado alcance. Su autor pertenece a esa legión de Espíritus encarnados que se pueden clasificar como demolidores del viejo mundo, y cuya misión consiste en nivelar el terreno sobre el cual se edificará un nuevo mundo más racional. Ha querido Dios que un escritor, justamente conceptuado entre los hombres desde el punto de vista del talento, viniese a proyectar luz sobre algunas cuestiones oscuras y contaminadas de prejuicios seculares, a fin de predisponer los

espíritus a las nuevas creencias. Sin sospecharlo, Renan ha allanado el camino para el espiritismo.

Precursores de la tempestad

París, 30 de enero de 1866

(Grupo del Sr. Golovine; médium: Sr. L...)

Permitid que un antiguo dignatario de Táurida bendiga a vuestros dos hijos. ¡Puedan ellos, bajo la égida de las respectivas madres, volverse inteligentes en todo y ser para vosotros el motivo de auténticas satisfacciones! Deseo que sean espíritas convencidos, es decir, que se saturen de tal modo de la idea de otras vidas, de los principios de fraternidad, de caridad y de solidaridad, que los acontecimientos que se precipitarán cuando ellos estén en edad de conciencia y de razón no los espanten, ni tampoco atenúen su confianza en la justicia divina, en medio de las pruebas que la humanidad debe atravesar.

En ciertas ocasiones sois sorprendidos por la intemperancia con que vuestros adversarios os atacan. Según ellos sois locos, visionarios, que tomáis la ficción por la realidad, que resucitáis al diablo y todos los errores de la Edad Media. No obstante, sabéis que responder a todos esos ataques sería entablar una polémica infructuosa. Vuestro silencio es una prueba de vuestro poder, y al no darles ocasión para replicar acabarán por callarse.

Lo que más podéis temer es lo imprevisto. Si acaso se produjera un cambio de gobierno, en el sentido ultramontano más intolerante, por cierto seríais perseguidos, escarnecidos, combatidos, condenados, expatriados. Pero los acontecimientos, más poderosos que las maquinaciones veladas, preparan en el horizonte político una tormenta bastante violenta y, cuando la tempestad estalle, tratad de estar bien a resguardo, de ser muy fuertes y absolutamente desinteresados. Habrá destrucción, invasiones, delimitaciones de fronteras, y de ese inmenso naufragio que provendrá de Europa, de Asia y de América, solamente

escaparán -tenedlo en cuenta- las almas bien templadas, los espíritus esclarecidos, todo lo que sea justicia, lealtad, honor y solidaridad.

¿Son perfectas vuestras sociedades tal como están organizadas? Tenéis por millones a vuestros parias; la miseria continúa colmando vuestras prisiones, vuestros lupanares, y abastece vuestros cadalsos. Alemania asiste, como en todos los tiempos, a la emigración de sus habitantes de a cientos de miles, lo que no hace honor a sus gobiernos; el papa, príncipe temporal, esparce el error en el mundo, en vez del *Espíritu de Verdad* del cual él constituye el emblema artificial. La envidia en todas partes. Veo intereses que se combaten recíprocamente y ningún esfuerzo para levantar al ignorante. Los gobiernos, minados por principios egoístas, tratan de mantenerse contra la marea que sube, marea que es la conciencia humana, que finalmente se rebela, al cabo de siglos de expectativa, contra la minoría que explota a las fuerzas vivas de las nacionalidades.

¡Nacionalidades! ¡Ojalá Rusia no hubiera encontrado en esa palabra un escollo insalvable, un nuevo Cabo de las Tormentas! Bienamado país, que no olviden tus hombres de Estado que la grandeza de una nación no consiste en tener fronteras ilimitadas, provincias numerosas y escasas aldeas, algunas grandes ciudades en un océano de ignorancia, inmensas planicies pero desiertas, estériles, inclementes como la envidia, como todo lo que es falso y suena falso. Por más que el sol no se ponga sobre vuestras conquistas, no por eso dejará de haber menos desheredados, menos rechinar de dientes, todo un infierno amenazador y temible como la inmensidad.

Al igual que los gobiernos, las naciones tienen su libre albedrío; como las simples individualidades, saben guiarse por el amor, la unión, la concordia. Sin embargo, aportarán a la anunciada tempestad elementos eléctricos adecuados para destruirlas y disgregarlas con mayor eficacia.

INOCENCIO.

(En vida, arzobispo de Táurida).

La nueva generación

Lyon, 30 de enero de 1866

(Grupo Villon; médium: Sr. G...)

La Tierra vibra de alegría; está próximo el día del Señor; todos los que entre nosotros van al frente aspiran a entrar en la liza. El brío de algunas valerosas almas encarnadas ya agita sus cuerpos hasta casi despedazarlos. La carne interdicta no sabe qué pensar, pues un desconocido ardor la devora. Aquellas serán liberadas porque los tiempos han llegado. Una eternidad está a punto de expirar; una eternidad gloriosa va a surgir en breve, y Dios procede al recuento de sus hijos.

El reinado del oro cederá lugar a un reinado más puro; el pensamiento será dentro de poco soberano, y los Espíritus escogidos que desde las más remotas eras vinieron a iluminar los siglos en que vivieron para servir de balizas a los siglos venideros, habrán de encarnar entre vosotros. ¿Qué digo? Muchos ya están encarnados. Su sabia palabra será una llama voraz que ocasionará devastaciones irreparables en el seno de los antiguos abusos. ¡Cuántos arcaicos prejuicios habrán de desmoronarse en bloque cuando el Espíritu, como un hacha de doble filo, venga a cortarlos desde sus cimientos!

En efecto, los padres del progreso del espíritu humano han dejado, unos sus radiantes moradas, otros importantes tareas en las que la felicidad se alía con el placer de instruirse, para retomar el cayado de peregrinos que apenas habían depositado en el umbral del templo de la ciencia, y falta poco para que desde los cuatro rincones del globo, los sabios oficiales escuchen aterrorizados que jóvenes imberbes, en un lenguaje profundo, les cuestionen los argumentos que ellos consideraban irrefutables. La sonrisa burlona ya no constituirá un escudo válido y, so pena de decadencia, serán obligados a responder. Entonces, el círculo vicioso en el que se encierran los maestros de la vana filosofía quedará por completo al descubierto, porque los nuevos triunfadores no sólo llevan consigo la antorcha

de la inteligencia liberada de los densos velos, sino que también muchos de ellos gozarán de ese estado particular que es privilegio de las grandes almas, tal como Jesús, que confiere el poder de curar y de obrar esas maravillas denominadas milagros. Delante de los hechos materiales en los que el espíritu se muestra tan superior a la materia, ¿cómo negar a los Espíritus? El materialismo será abatido en sus discursos por una palabra más elocuente que la suya y por el hecho patente, positivo y comprobado por todos, visto que grandes y pequeños, nuevos santo Tomás, podrán palpar con el dedo.

Sí, el viejo mundo carcomido estalla en todas partes; el anticuado mundo fenece, y con él todos esos vetustos dogmas que sólo relucen aún por el dorado que los recubre. Espíritus valerosos, os cabe la tarea de remover ese oro falso. Retroceded, vosotros que en vano tratáis de apuntalar a ese ídolo; atacado por todos lados, se derrumbará y os arrastrará en su caída.

Retroceded todos vosotros, los negadores del progreso; retroceded con vuestras creencias de una época fenecida. ¿Por qué negáis el progreso y os esforzáis por detenerlo? Es que en el deseo de aventajar, de dominar todavía y siempre, habéis condensado vuestro pensamiento en artículos de fe con los que vociferáis a la humanidad: “Siempre serás una niña, y nosotros que detentamos la iluminación de lo Alto estamos destinados a conducirte”.

Con todo, ya habéis visto que han quedado en vuestras manos las andaderas de la infancia ¡La niña salta delante de vosotros, y aun así negáis que pueda caminar por sí sola! ¿Será azotándola con las andaderas destinadas a sostenerla, que haréis ostentación de la autoridad de vuestros argumentos? No, y bien lo percibís; ¡pero es tan grato, a quien se considera infalible, creer que los otros aún depositan fe en esa infalibilidad en la que ni vosotros mismos creéis!

¡Ah! ¡Cuántos gemidos se dejan oír en el santuario! Tanto es así que si se presta atención se escuchan los cuchicheos de dolor. ¿Qué decís, entonces, pobres obstinados? ¿Que la mano de Dios se

abate sobre su Iglesia? ¿Que por todas partes la prensa libre os ataca y pulveriza vuestros argumentos? ¿Dónde estará el nuevo Crisóstomo cuya potente palabra reducirá a la nada ese diluvio de argumentadores? En vano lo esperáis; ya no tienen poder vuestras más vigorosas y más reputadas plumas. Estas se obstinan en aferrarse al pasado que se marcha, mientras que la nueva generación, en un irresistible impulso que la empuja hacia adelante, exclama: ¡No; basta de pasado; para nosotros el futuro; una nueva aurora se levanta, y hacia ella tienden nuestras aspiraciones!

¡Adelante! -exclama ella-. Prolongad la estrada, nuestros hermanos nos siguen. Acompañad la ola que nos lleva; necesitamos el movimiento, que es vida, mientras que vosotros nos presentáis la inmovilidad, que es la muerte.

Abrid vuestras tumbas, vuestras catacumbas; posad vuestra mirada sobre las ruinas de un pasado que no ha de volver. Vuestros santos mártires no están muertos, para que inmovilicéis su presente. Ellos han vislumbrado nuestra época y se lanzaron a la muerte como a la ruta que debía conducirlos hasta allá. A cada época su genio. Queremos lanzarnos hacia la vida, porque los siglos venideros -que vislumbramos- tienen horror a la muerte.

Esto es, mis amigos, lo que los valerosos Espíritus que encarnan en la actualidad van a hacer comprensible. Este siglo no terminará sin que muchos destrozos se esparzan por el suelo. La guerra mortífera y fratricida desaparecerá en breve ante el diálogo; el espíritu sustituirá a la fuerza brutal. Después de que todas esas almas generosas hayan combatido, regresarán a nuestro mundo espiritual para recibir la recompensa del vencedor.

Ahí está la meta, mis amigos. Los triunfadores son por demás aguerridos para que se dude de su éxito. Dios ha escogido a la élite de sus combatientes, y la victoria constituye un logro de la humanidad.

Regocijaos, pues, todos los que aspiráis a la felicidad y que deseáis que vuestros hermanos participen de ella tanto como vosotros:

¡ha llegado el día! La Tierra se estremece de júbilo porque va a asistir al comienzo del reinado de la paz que prometió Cristo, el divino Mesías, reinado cuyas bases Él vino a instalar.

UN ESPÍRITU.

Instrucción acerca de la salud del Sr. Allan Kardec

París, 23 de abril de 1866

(Comunicación particular; médium: Sr. D...)

Visto que la salud del Sr. Allan Kardec se ha ido debilitando a consecuencia de las tareas excesivas que superan sus fuerzas, me veo en la obligación de repetir, de nuevo, lo que ya le he dicho tantas veces: Necesitas reposo; las fuerzas humanas tienen límites que el deseo de ver que la enseñanza progresa te lleva en numerosas ocasiones a superar. Estás equivocado, porque al proceder de ese modo no acelerarás la marcha de la doctrina, sino que arruinarás tu salud y te colocarás en la imposibilidad material de acabar la tarea que has venido a desempeñar en la Tierra. Tu enfermedad actual no es más que el resultado de un desgaste incesante de fuerzas vitales, sin dar tiempo a que se efectúe la recuperación necesaria, y de un enardecimiento de la sangre producido por la absoluta falta de reposo. No cabe duda de que te sustentamos, pero con la condición de que no deshagas lo que hemos hecho. ¿Qué se gana con correr? ¿No te hemos dicho muchas veces que cada cosa llegará en su momento, y que los Espíritus precursores del movimiento de las ideas sabrán hacer que surjan circunstancias favorables cuando llegue el momento de actuar?

Cuando cada uno de los espíritas concentra sus fuerzas para la lucha, ¿supones que sea tu deber agotar las tuyas? No; en todo debes dar el ejemplo, y en el momento del peligro tu lugar está en la línea de frente. ¿Qué harías allí si tu cuerpo debilitado no permitiese que tu espíritu se valiese de las armas que la experiencia y la revelación te han puesto en las manos? Créeme: deja para más adelante las obras

importantes destinadas a completar la que ha quedado esbozada en tus primeras publicaciones; tus trabajos ordinarios y algunos breves artículos de mayor urgencia alcanzan para absorber tu tiempo y deben constituir los únicos objetos de tus preocupaciones actuales.

No te hablo sólo en mi nombre; soy aquí el representante de todos esos Espíritus que tan poderosamente han contribuido a la propagación de la enseñanza, mediante sus sabias instrucciones. Ellos te manifiestan por mi intermedio que ese retraso, al que consideras perjudicial para el futuro de la doctrina, es una medida necesaria desde más de un punto de vista, sea porque ciertas cuestiones aún no se hallan completamente elucidadas, sea para preparar los espíritus para que las asimilen mejor. Es necesario que otros hayan allanado el terreno, que se haya probado la insuficiencia de ciertas teorías, y que se haya producido mayor vacío. En una palabra: el momento no es oportuno; hazte a un lado, por lo tanto; cuando haya llegado el momento necesitarás todo el vigor del cuerpo y del espíritu. Hasta aquí el espiritismo ha sido el blanco de muchas injurias, ha levantado muchas tempestades. ¿Acaso supones que toda esa agitación esté aplacada, que todos los odios se hayan calmado y vuelto impotentes? No te ilusiones; el crisol depurador todavía no ha expulsado todas las impurezas; el porvenir te reserva otras pruebas, y las últimas crisis no serán las menos penosas de soportar.

Sé que tu situación particular te impone una inmensidad de trabajos secundarios, que consumen la mayor parte de tu tiempo. Los pedidos de toda especie recaen sobre ti, y tú te consideras en el deber de atenderlos cuanto te resulte posible. Haré aquí lo que sin duda no osarías hacer por ti mismo, de modo que, dirigiéndome a la generalidad de los espíritas, les pediré, por el interés mismo del espiritismo, que te ahorren toda sobrecarga de trabajo capaz de consumir instantes que debes consagrar casi exclusivamente a la conclusión de la obra. Tu correspondencia puede resultar algo perjudicada con eso, pero en compensación ganará la enseñanza.

Algunas veces es necesario sacrificar las satisfacciones particulares al interés general. Es una medida urgente que todos los adeptos sinceros sabrán comprender y aprobar.

La voluminosa correspondencia que recibes es para ti un valioso acervo de documentos e informaciones; ella te ilustra sobre la verdadera marcha y los auténticos progresos de la doctrina; es un termómetro imparcial; te proporciona, además, satisfacciones morales que más de una vez han sustentado tu valor, al mostrarte la adhesión que encuentran tus ideas en todos los puntos del globo. En ese sentido, la superabundancia representa un bien y no un inconveniente, pero con la condición de que te auxilie en los trabajos y no que los obstaculice, generándote un incremento de ocupaciones.

DR. DEMEURE

Pregunta - Buen Sr. Demeure, agradezco sus sabios consejos. Gracias a la resolución que he adoptado de trasladar, salvo en casos excepcionales, la correspondencia habitual a un sustituto, ahora esta se resiente menos y nada sufrirá en el futuro; pero ¿qué haré con la que se ha acumulado -¡más de quinientas cartas!-, que a pesar de toda mi buena voluntad no consigo poner al día?

Respuesta - Es preciso, como se dice en el lenguaje comercial, enviarlas en conjunto a la cuenta de ganancias y pérdidas. Al anunciar esta medida en la *Revista*, tus corresponsales sabrán a qué atenerse; comprenderán esa necesidad y la considerarán justificada por los consejos que acabamos de darte. Repito, sería imposible que las cosas continuasen por más tiempo como hasta ahora. Todo se perjudicaría: tu salud y la doctrina. Es conveniente, cuando resulta necesario, saber hacer los sacrificios indispensables. Sosegado de ahora en adelante sobre este punto, podrás entregarte más libremente a tus trabajos obligatorios. Eso es lo que te aconseja quien siempre será tu devoto amigo.

En respuesta a tan sabio consejo, hemos solicitado a aquellos de nuestros corresponsales con los cuales estábamos desde largo tiempo en atraso, que aceptasen nuestro pedido de disculpas y la manifestación de nuestro pesar por no haber podido responder minuciosamente, como hubiera sido nuestro deseo, a sus atentas cartas, y que se dignasen recibir conjuntamente la expresión de nuestros sentimientos fraternales.

Regeneración de la humanidad

París, 25 de abril de 1866

(Resumen de las comunicaciones dadas por las
Sras. M... y T..., en estado sonambúlico.)

Los acontecimientos se precipitan con rapidez, por eso ya no os decimos, como antiguamente: “Están próximos los tiempos”. Ahora decimos: “Los tiempos han llegado”.

Por estas palabras no debéis imaginar un nuevo diluvio, ni un cataclismo o un desastre general. Convulsiones parciales del globo se han producido en todas las épocas y aún se producen, porque son inherentes a su constitución, pero no representan las señales de los tiempos.

No obstante, todo lo que ha sido predicho en el Evangelio debe cumplirse, y se cumple en este momento, conforme lo comprenderéis más tarde. Pero no toméis las señales anunciadas más que como símbolos que precisan ser comprendidos según el espíritu y no según la letra. Todas las *Escrituras* encierran grandes verdades bajo el velo de la alegoría, y los exégetas se han desviado porque se apegaron a la letra. Les faltó la clave para que comprendieran su verdadero sentido. Esa clave está en los descubrimientos de la ciencia y en las leyes del mundo invisible que el espiritismo ha venido a revelarnos. De ahora en adelante, con el auxilio de esos nuevos conocimientos, lo que estaba velado se volverá claro e inteligible.

Todo acompaña el orden natural de las cosas, y las leyes inmutables de Dios no serán subvertidas. Así pues, no veréis milagros ni prodigios, ni nada que sea sobrenatural en el sentido vulgarmente atribuido a esas palabras.

No miréis hacia el cielo en busca de señales precursoras, porque no las veréis, y aquellos que os las anuncien estarán abusando de vuestra credulidad. Mirad alrededor vuestro, entre los hombres, pues es allí donde habréis de descubrirlas.

¿No sentís como si una especie de vendaval soprase sobre la Tierra, agitando a todos los Espíritus? El mundo se encuentra expectante y como presa de un vago presentimiento de que la tempestad se aproxima.

No creáis, sin embargo, en el fin del mundo material. La Tierra ha progresado desde su transformación; debe progresar aún, en vez de ser destruida. Con todo, la humanidad ha llegado a uno de los períodos de su transformación, y la Tierra va a elevarse en la jerarquía de los mundos.

No es, pues, el fin del mundo material el que se prepara, sino el fin del mundo moral. Se trata del viejo mundo, el mundo de los prejuicios, del egoísmo, del orgullo y del fanatismo que se desmorona. Cada día se lleva consigo algunos destrozos. Todo lo que lo caracteriza acabará con la generación que se va, y la generación nueva erigirá el nuevo edificio que las generaciones siguientes consolidarán y completarán.

De mundo de expiación, la Tierra está destinada a convertirse, un día, en un mundo feliz, de modo que habitar en él será una recompensa, en vez de un castigo. El reinado del bien habrá de suceder al reinado del mal.

Para que los hombres sean felices en la Tierra, es preciso que ella esté poblada por Espíritus buenos, tanto encarnados como desencarnados, que sólo quieran el bien. Dado que esos tiempos han llegado, en la actualidad se lleva a cabo una gran emigración entre sus habitantes. Quienes hacen el mal por el mal mismo, y que *no han*

sido tocados por el sentimiento del bien, no son dignos de la Tierra transformada, de modo que serán excluidos de ella, pues si así no fuese volverían a causar perturbación y desconcierto, y constituirían un obstáculo para el progreso. Irán a expiar su obstinación en mundos inferiores, a donde llevarán los conocimientos que han adquirido, con la misión de contribuir al progreso. Los reemplazarán Espíritus mejores, que harán reinar entre ellos la justicia, la paz y la fraternidad.

Ya hemos dicho que la Tierra no será transformada por un cataclismo que aniquile de súbito una generación. La generación actual desaparecerá gradualmente, y la nueva la sucederá del mismo modo, sin que haya ningún cambio en el orden natural de las cosas. Así, en lo exterior todo ocurrirá como de costumbre, con una única diferencia, pero de suma importancia: una parte de los Espíritus que encarnaban en la Tierra ya no lo harán. En cada niño que nazca, en lugar de un Espíritu atrasado y propenso al mal, encarnará un Espíritu más adelantado y *propenso al bien*. Se trata, por lo tanto, mucho menos de una nueva generación corporal que de una nueva generación de Espíritus. De ese modo, quedarán decepcionados los que cuenten con que la transformación será el resultado de efectos sobrenaturales y maravillosos.

La época actual es de transición: los elementos de las dos generaciones se confunden. Ubicados en un punto intermedio, asistís a la partida de una y a la llegada de la otra, mientras cada una muestra en el mundo sus características peculiares.

Las dos generaciones que se suceden tienen ideas y puntos de vista opuestos. Por la naturaleza de las disposiciones morales, pero sobre todo por las disposiciones *intuitivas e innatas*, resulta fácil determinar a cuál de las dos pertenece cada individuo.

Dado la nueva generación habrá de fundar la era del progreso moral, se distingue por una comprensión y una inteligencia que generalmente son precoces, sumadas al sentimiento *innato* del bien y a las creencias espiritualistas, lo que constituye una señal indudable de cierto grado de progreso anterior. Dicha generación no se compon-

drá tan sólo de Espíritus eminentemente superiores, sino también de los que, como ya tienen un cierto grado de progreso, se encuentran predispuestos a asimilar todas las ideas progresivas, y son aptos para secundar el movimiento de regeneración.

Por el contrario, lo que distingue a los Espíritus atrasados es, en primer lugar, su rebeldía contra Dios, que se pone de manifiesto en la negación de la Providencia y de cualquier poder superior a la humanidad; después, la propensión *instintiva* a las pasiones degradantes, a los sentimientos opuestos a la fraternidad y afines con el orgullo, el odio, los celos, la avaricia, en una palabra, con el predominio del apego a todo lo material.

Esos son los vicios de los que la Tierra debe ser expurgada, mediante el alejamiento de quienes se obstinan en no enmendarse, porque son incompatibles con el reino de la fraternidad, y porque el contacto con ellos siempre habrá de constituir un sufrimiento para los hombres de bien. La Tierra se encontrará liberada de ellos, y los hombres avanzarán sin obstáculos hacia el porvenir venturoso que les está reservado, incluso en este mundo, como recompensa a sus esfuerzos y a su perseverancia, mientras aguardan que una depuración aún más completa les franquee el acceso a los mundos superiores.

No se debe entender que por medio de esa emigración de Espíritus serán expulsados de la Tierra, y relegados a mundos inferiores, todos los Espíritus que pongan trabas al progreso. Por el contrario, muchos habrán de volver, pues se quedaron retrasados debido a que se dejaron llevar por las circunstancias y el mal ejemplo. En ellos, es peor la apariencia que la esencia. Una vez libres de la influencia de la materia y de los prejuicios del mundo corporal, la mayor parte de esos Espíritus verán las cosas de manera por completo diferente a como las veían cuando estaban vivos, de conformidad con los numerosos ejemplos que conocéis. En ese sentido, reciben el auxilio de los Espíritus benévolos que se interesan por ellos, y

que se apresuran a ilustrarlos y a mostrarles el camino equivocado que han elegido. Mediante vuestras plegarias y exhortaciones, podéis contribuir a su mejoramiento, dado que existe una solidaridad permanente entre los muertos y los vivos.

Por consiguiente, aquellos podrán regresar y se sentirán dichosos, porque eso constituirá para ellos una recompensa. ¿Qué importa lo que hayan sido y lo que hayan hecho, si ahora están animados de mejores sentimientos? Lejos de mostrarse hostiles a la sociedad y al progreso, serán sus auxiliares eficientes, porque pertenecerán a la nueva generación.

Sólo habrá, pues, una exclusión definitiva para aquellos Espíritus esencialmente rebeldes, aquellos a los que el orgullo y el egoísmo, más que la ignorancia, han vuelto sordos a los llamados del bien y de la razón. Con todo, esos mismos no estarán destinados a una inferioridad perpetua, pues llegará el día en que repudiarán su pasado y abrirán los ojos a la luz.

Orad, pues, por esos obstinados, a fin de que se enmienden mientras aún hay tiempo, visto que se aproxima el día de la expiación.

Lamentablemente, desoyendo la voz de Dios, la mayoría persistirá en su ceguera, y la resistencia que opondrán habrá de señalar, a través de terribles luchas, la finalización de su reinado. Descarriados, correrán hacia su propia perdición; provocarán destrucciones que darán origen a innumerables flagelos y calamidades, de modo que sin habérselo propuesto apresurarán el advenimiento de la era de la renovación.

Y como si la destrucción no se produjese con suficiente rapidez, los suicidios se multiplicarán en proporciones nunca vistas, incluso entre los niños. La locura jamás habrá alcanzado a tan grande cantidad de hombres, que incluso antes de su muerte estarán borrados del número de los vivos. Esas son las verdaderas señales de los tiempos. Todo eso se cumplirá por el encadenamiento de las

circunstancias, como ya lo hemos dicho, sin que exista la más leve derogación de las leyes de la naturaleza.

No obstante, a través de la oscura niebla que os envuelve y en cuyo seno brama la tempestad, podéis ver que ya despuntan los primeros rayos de la era nueva. La fraternidad echa sus cimientos en todos los puntos del globo, y los pueblos se tienden las manos; la barbarie se familiariza al contacto con la civilización; los prejuicios de razas y de sectas, que provocaron el derramamiento de olas de sangre, se extinguen gradualmente; el fanatismo y la intolerancia pierden terreno, al paso que la libertad de conciencia se introduce en las costumbres y se convierte en un derecho. Por todas partes fermentan las ideas; se percibe el mal y se ensayan los remedios, pero muchos caminan sin brújula y se pierden en utopías. El mundo se halla empeñado en un inmenso trabajo de gestación que ya dura un siglo; en ese trabajo, todavía confuso, se nota sin embargo que predomina una tendencia hacia un objetivo: el de la unidad y la uniformidad, que predisponen a la confraternización.

También ahí se observan las señales de los tiempos. Con todo, mientras que los otros son los de la agonía del pasado, estos últimos son los primeros vagidos del niño que acaba de nacer, los precursores de la aurora que el siglo venidero verá despuntar, puesto que entonces la nueva generación estará en toda su pujanza. Tanto difiere la fisonomía del siglo XIX de la del siglo XVIII, desde ciertos puntos de vista, como la del siglo XX diferirá de la del siglo XIX, desde puntos de vista diferentes.

La fe *innata* será una de las características distintivas de la nueva generación; no la fe exclusiva y ciega que divide a los hombres, sino la fe razonada que esclarece y fortifica, que los une y los funde en un sentimiento común de amor a Dios y al prójimo. Con la generación que se extingue habrán de desaparecer los últimos vestigios de la incredulidad y el fanatismo, igualmente contrarios al progreso moral y social.

El espiritismo es la ruta que conduce a la renovación, porque destruye los dos principales obstáculos que se oponen a ella: la incredulidad y el fanatismo. El espiritismo da una fe sólida y esclarecida; desarrolla todos los sentimientos y todas las ideas que corresponden a los modos de ver de la nueva generación. Es por eso que se encuentra innato y en estado de intuición en el corazón de sus representantes. Así pues, la era nueva lo verá engrandecerse y prosperar por la fuerza misma de las circunstancias. Llegará a ser la base de todas las creencias, el punto de apoyo de todas las instituciones.

Pero a partir de aquí hasta entonces, ¡cuántas luchas deberá sostener todavía contra sus dos mayores enemigos: la incredulidad y el fanatismo que, cosa singular, se toman de las manos para abatirlo! Eso se debe a que los dos presienten su porvenir y su ruina. Por eso lo temen; ya lo ven enarbolando, sobre las ruinas del viejo mundo egoísta, el estandarte que debe congregar a todos los pueblos. En la divina máxima: *Fuera de la caridad no hay salvación*, ellos leen su propia condena, visto que esa sentencia constituye el símbolo de la nueva alianza fraternal proclamada por Cristo. Esa máxima se les presenta como las palabras fatales del festín de Baltazar. No obstante, deberían bendecirla, pues los defiende de todas las represalias que podrían tomar aquellos a quienes persiguen. ¡Pero eso no ocurre: una fuerza ciega los impulsa a rechazar lo único que podría salvarlos!

¿Qué podrán contra el ascendente de la opinión que los repudia? El espiritismo saldrá triunfante de la lucha, no dudéis de eso, porque está en las leyes de la naturaleza, y por eso mismo no puede extinguirse. Observad los múltiples medios por los cuales la idea se difunde y penetra en todas partes; creed que esos medios no son fortuitos, sino providenciales. Lo que a primera vista debería resultarle perjudicial, es exactamente lo que contribuye a su propagación.

El espiritismo pronto verá surgir a sus defensores, que a viva voz se proclamarán tales, entre los de mayor consideración

y los más reconocidos, los cuales le darán apoyo con la autoridad de sus nombres y de sus ejemplos, e impondrán silencio a los detractores, pues ninguno osará tildarlos de locos. Esos hombres lo estudian en silencio y aparecerán cuando haya llegado el momento oportuno. Hasta entonces, es conveniente que permanezcan al margen.

Pronto también veréis que las artes se acercarán a él como a una mina riquísima, y habrán de transmitir los pensamientos y los horizontes que este devela, por medio de la pintura, la música, la poesía y la literatura. Ya se os ha dicho que un día habrá arte espírita, como ha habido arte pagano y arte cristiano. Esa es una importante verdad, pues los más grandes genios se inspirarán en él. Pronto veréis los primeros esbozos del arte espírita, que más tarde ocupará el lugar que le compete.

Espíritas, el futuro es vuestro y de todos los hombres de corazón y devotos. No os atemoriceis ante los obstáculos, pues ninguno podrá dificultar los designios de la Providencia. Trabajad sin descanso y agradeced a Dios por haberos colocado en la vanguardia de la nueva falange. Es un puesto de honor que vosotros mismos habéis solicitado, y del cual es preciso que os mostréis dignos mediante vuestro valor, vuestra perseverancia y vuestra dedicación. Felices los que sucumban en esta lucha contra la fuerza, porque la vergüenza habrá de esperar en el mundo de los Espíritus a los que hayan sucumbido por debilidad o pusilanimidad. Las luchas, por otra parte, son necesarias para el fortalecimiento del alma; el contacto con el mal hace que se aprecien mejor las ventajas del bien. Sin las luchas, que son un estímulo para sus facultades, el Espíritu se entregaría a una indiferencia funesta para su adelanto. Las luchas contra los elementos desarrollan las fuerzas físicas y la inteligencia; las luchas contra el mal desarrollan las fuerzas morales.

Marcha gradual del espiritismo. Disidencias y obstáculos

París, 27 de abril de 1866

(En casa del Sr. Leymarie; médium: Sr. L...)

Queridos condiscípulos: lo verdadero habrá de permanecer; nada puede oponerse a la divulgación de una verdad; a veces pueden encubriarla, someterla a torturas y hacer con ella lo que hacen los teredos en los diques holandeses, pero una verdad no se sustenta sobre estacas: atraviesa el espacio, está en el ambiente, y si bien ha sido posible engeguecer a una generación, siempre habrá nuevas encarnaciones, nuevas generaciones reclutadas en la erraticidad, portadoras de gérmenes fecundos y otros elementos, que saben atraer hacia sí a las grandes cosas que aún no se han difundido.

No os apresuréis demasiado, amigos. Muchos entre vosotros desearían avanzar como impulsados a vapor y, en estos tiempos de electricidad, correr a la misma velocidad que ella. Olvidándoos de las leyes de la naturaleza, queréis ir más deprisa que el tiempo. Reflexionad, sin embargo, y veréis que Dios es sabio en todo. Los elementos que constituyen vuestro planeta han sufrido una prolongada y laboriosa elaboración; antes de que pudieseis existir, ha sido preciso que todo se constituyera de acuerdo con la aptitud de vuestros órganos. La materia, los minerales, fundidos y vueltos a fundir, los gases, los vegetales, poco a poco se armonizaron y se condensaron, a fin de permitir que vosotros surgieseis en la Tierra. Se trata de la eterna ley del trabajo, que nunca ha dejado de regir tanto a los seres inorgánicos como a los inteligentes.

El espiritismo no puede eludir esa ley: la ley de la elaboración. Implantado en un suelo escabroso, no puede evitar las hierbas dañinas y los frutos nefastos. Pero también día a día el terreno es barbechado, las ramas malas son arrancadas o cortadas; el paisaje se transforma insensiblemente, y cuando el viajero, fatigado de las luchas de la vida, vea la abundancia y la paz en la sombra de un fresco oasis, saciará su

sed y enjugará su sudor en ese reino preparado lenta y sabiamente. En él Dios es el rey, el dispensador generoso, imparcial y prudente, que bien sabe que el trayecto es doloroso, aunque fecundo; penoso, pero imprescindible. El Espíritu formado en la escuela del trabajo saldrá de allí fortalecido y más apto para las grandes empresas. A los que desfilen, Él les dice: “¡Valor!”; y como suprema esperanza les deja vislumbrar, incluso a los más ingratos, el punto de llegada, un punto saludable, un camino jalonado por las reencarnaciones.

No hagáis caso de las declaraciones vanas; dejad que hablen los disidentes, que protesten los que no pueden consolarse de no haber sido los primeros. Todo ese tumulto no impedirá que el espiritismo prosiga invariablemente su camino. Se trata de una verdad y, tal como un río, toda verdad debe seguir su curso.

Publicaciones espíritas

16 de agosto de 1867

(Sociedad de París; médium: Sr. M..., en estado sonambúlico)

Nota - El Sr. L... acababa de anunciar que se proponía publicar obras espíritas para venderlas a precios fabulosamente reducidos. Fue a ese respecto que el Sr. Morin, en estado de sueño sonambúlico, manifestó lo siguiente:

Los espíritas son actualmente numerosos, aunque muchos no han comprendido aún el alcance eminentemente moralizador y emancipador del espiritismo. El núcleo que siempre siguió el rumbo correcto prosigue su marcha lenta pero segura; se aparta de todos los prejuicios y poco se ocupa de aquellos que van quedando en el camino.

Lamentablemente, incluso entre los que componen ese núcleo fiel, están los que consideran todo magnífico, tanto en los otros como en ellos mismos, y fácilmente, con benevolencia, se dejan llevar por las apariencias e ingenuamente van a quedar atrapados en el lazo de sus enemigos, lazo característico de una personalidad que manifiesta despojarse, dar su sangre, sus bienes y su inteligencia por el triunfo de

la idea. ¡Pues bien! Leed nuevamente la comunicación (comunicación que L... acababa de escribir) y veréis que algunos individuos no pueden hacer esos sacrificios sin segundas intenciones.

Es preciso desconfiar de las devociones y las generosidades ostentosas, así como de la sinceridad de las personas que dicen que nunca mienten.

Pretender dar algo a un precio imposible, sin perjuicio, es parte del oficio. Pero hacer más aún: dar a cambio de nada -con el pretexto de exceso de cuidado y a título de dádiva- todos los elementos de una doctrina sublime, es el colmo de la hipocresía. ¡Espíritas, tened cuidado!

Acontecimientos

16 de agosto de 1867

(Sociedad de París; médium: Sr. D...)

La sociedad en general, o mejor dicho, la reunión de seres, tanto encarnados como desencarnados, que componen la población fluctuante de un mundo, en una palabra: una humanidad, no es más que un gran niño colectivo que, como todo ser dotado de vida, pasa por todas las fases que se suceden en cada uno desde el nacimiento hasta la edad más avanzada. Del mismo modo que el desarrollo del individuo va acompañado de ciertas perturbaciones físicas e intelectuales, que incumben más particularmente a ciertos períodos de la vida, también la humanidad tiene sus crisis de crecimiento, sus trastornos morales e intelectuales. Atravesáis una de esas grandes épocas que concluyen un período y dan comienzo a otro. Participando simultáneamente de los elementos del pasado y de los del futuro, de los sistemas que se derrumban y de las verdades que se establecen, tened el cuidado, amigos míos, de colocaros del lado de la solidez, del progreso y de la lógica, si no queréis ser arrastrados a la deriva; tened el cuidado de abandonar palacios suntuosos en apariencia, pero vacilantes en sus bases, que no tardarán en sepultar entre sus escombros a los desdichados que

insensatamente no hayan querido abandonarlos, a pesar de los avisos de toda clase que se les dispensaron.

Todas las frentes se obnubilan y la calma aparente de que gozáis sólo sirve para acumular mayor cantidad de elementos destructores.

En ocasiones, antes de la tempestad que destruye los frutos del sudor de un año, surgen precursores que permiten que se adopten las medidas necesarias para evitar, tanto como sea posible, las devastaciones. En esta ocasión, sin embargo, no será así. Parecerá que el cielo se aclara después de lucir sombrío; los nubarrones huirán; luego, de pronto, todos los furoros, reprimidos durante largo tiempo, se desencadenarán con inaudita violencia.

¡Ay de aquellos que no se hayan preparado un refugio! ¡Ay de los jactanciosos que vayan al encuentro del peligro con el brazo desarmado y el pecho al descubierto! ¡Ay de los que afronten el peligro con la copa en la mano! ¡Qué terrible decepción les espera! ¡La copa que sostienen no llegará a sus labios antes de que hayan sido alcanzados!

A la obra pues, espíritas, y no olvidéis que todos necesitáis ser prudentes y previsores. Tenéis un escudo, sabed serviros de él; tenéis un ancla de salvación, no la despreciéis.

Mi nueva obra sobre la Génesis

(Comunicación espontánea)

Séguir, 9 de septiembre de 1867

(Sesión íntima; médium: Sr. D...)

Primero, dos palabras acerca de la obra en preparación. Conforme ya hemos dicho tantas veces, urge ponerla en ejecución sin demora y apresurar su publicación tanto como sea posible. Es necesario que la primera impresión ya haya producido su efecto en los espíritus cuando estalle el conflicto europeo. Si la obra se retrasase, los acontecimientos brutales podrían desviar la atención de las obras puramente filosóficas; y como esa obra está destinada a desempeñar

un rol en la elaboración en curso, es preciso que sea presentada en la ocasión oportuna. Sin embargo, no por eso deberás restringir su elaboración. Debes darle toda la amplitud deseable; cada una de sus mínimas partes tiene peso en la balanza de la acción y, en una época tan decisiva como esta, nada se debe despreciar, ni en el orden material ni en el moral.

En lo personal, estoy satisfecho con la labor, pero mi opinión es de poca monta si se toma en cuenta la satisfacción de aquellos a quienes habrá de transformar. Sobre todo, lo que me alegra son las consecuencias que producirá en las masas, tanto en el Espacio como en la Tierra.

Pregunta - Si no sobreviene ningún contratiempo, la obra podrá aparecer en diciembre. ¿Prevés obstáculos?

Respuesta - No preveo dificultades insuperables. Tu salud sería la principal, y es por eso que te aconsejamos incesantemente que no te descuides en ese sentido. En cuanto a obstáculos exteriores, no presiento ninguno importante.

DR. D...

La Génesis

22 de febrero de 1868

(Comunicación particular; médium: Sr. D...)

Con posterioridad a una comunicación en la que el Dr. De-meure me dio consejos muy sabios sobre las modificaciones que debía hacer en el libro *La Génesis*, para su reimpresión, de la cual me exhortaba a ocuparme sin demora, yo le dije:

Pregunta - La venta, que hasta ahora ha sido tan rápida, sin duda decaerá; fue un efecto del primer momento. Considero que costará más que lleguen a agotarse la cuarta y la quinta edición. Sin embargo, como es preciso cierto lapso para la revisión y la reimpresión,

conviene que yo no esté desprevenido. ¿Podrías decirme de cuánto tiempo dispongo, más o menos, para ocuparme de eso?¹³

Respuesta - Esa revisión es un trabajo serio, y te aconsejo que no tardes mucho en comenzarlo. Será conveniente que lo tengas listo por anticipado, en lugar de que deban esperarte. Pero no te apresures demasiado. A pesar de la aparente contradicción de mis palabras, no tengo duda de que me comprendes. Ponte a trabajar a partir de ahora, pero no le consagres tiempo en exceso. Hazlo con la debida lentitud; las ideas se te presentarán más claras, y tu cuerpo se beneficiará con menos fatiga.

No obstante, debes contar con que los volúmenes se agotarán rápido. Cuando te decíamos que ese libro sería un gran éxito entre tus éxitos, nos referíamos simultáneamente a un suceso filosófico y material. Como ves, eran acertadas nuestras previsiones. Es conveniente que estés listo en todo momento; las cosas ocurrirán con mayor rapidez de la que supones.

Observación.- En una comunicación del 18 de diciembre (1867) se había dicho: *Será, por cierto, un gran éxito entre tus éxitos*. Es notable que, con un intervalo de dos meses, otro Espíritu repita exactamente las mismas palabras, al expresar: *Cuando te decíamos*, etc. Esas palabras demuestran que los Espíritus proceden de común acuerdo y que a menudo uno solo habla por muchos.

Acontecimientos

París, 23 de febrero de 1868

(Comunicación íntima dada al Sr. C..., médium.)

Ocúpate desde ahora del trabajo que has esbozado acerca de la manera en que algún día podrás ser útil a tus hermanos en creencia y servir a la causa de la doctrina, porque es probable que los aconteci-

¹³ Las tres primeras ediciones de *La Génesis* son iguales (la 2.^a y la 3.^a son reimpressiones de la primera), y todas fueron publicadas en 1868. La 4.^a edición, revisada y ampliada por Allan Kardec, se convirtió en la edición definitiva; apareció en 1869 y aún estaba en la imprenta cuando el maestro desencarnó. (N. del T.)

mientos que habrán de desarrollarse no te dejen tiempo libre suficiente para que te consagres a esa tarea.

Esos mismos acontecimientos darán lugar a fases durante las cuales el pensamiento humano podrá producirse con absoluta libertad. En esos momentos, los cerebros delirantes, carentes de una orientación sana, generarán tales disparates que la noticia de la próxima aparición de la bestia del Apocalipsis no atemorizaría a nadie y pasaría desapercibida. La prensa vomitará todas las locuras humanas hasta que se agoten las pasiones que las hayan engendrado.

Esa época será favorable a los espíritas. Ellos se juntarán y prepararán sus elementos y sus armas. A nadie se le ocurrirá ocasionarles molestias, puesto que ellos no serán estorbo para quienquiera que sea. Serán los únicos discípulos del espíritu; los demás serán discípulos de la materia.

Mis trabajos personales. Consejos diversos

París, 4 de julio de 1868

(Médium: Sr. D...)

Tus trabajos personales están bien encaminados; procede ahora a una nueva impresión de tu última obra; realiza tu planificación general hasta fin de año, pues se trata de algo útil; en cuanto a lo demás, descansa en nosotros.

El impulso que *La Génesis* ha producido está apenas en su comienzo, y muchos elementos a los que ha movilizado con su aparición se acomodarán dentro de poco bajo tu estandarte. Aparecerán también otras obras serias para completar el esclarecimiento de las ideas humanas acerca de la nueva doctrina.

Apruebo la publicación de las cartas de Lavater. Se trata de algo pequeño pero destinado a producir importantes efectos. En suma, el año será fecundo para todos los amigos del progreso racional y liberal.

También concuerdo con que publiques el resumen que te propones hacer con formato de catecismo o manual, pero considero que debes analizarlo minuciosamente. Cuando estés listo para darlo a publicidad, no te olvides de consultarme acerca del título; es probable que entonces tenga alguna buena indicación para ofrecerte, y las palabras que lo compongan dependerán de los acontecimientos que se hayan producido.

Cuando te aconsejamos recientemente que no demoraras mucho tiempo para revisar *La Génesis*, te dijimos que deberías hacerle agregados en diversos puntos, a fin de que llenaras algunas lagunas, y que resumieras los temas, aquí y allí, para que no añadieras más extensión al volumen.

Nuestras observaciones no han sido inútiles, y nos sentimos dichosos de colaborar en la revisión de esa obra, tanto como de haber contribuido a su ejecución.

Hoy te recomiendo que revises con atención principalmente los primeros capítulos, cuyas ideas son todas excelentes y no contienen nada que no sea verdadero, si bien algunas de las expresiones podrían prestarse a interpretaciones erróneas. Salvo esas rectificaciones que te aconsejo que no dejes de lado, puesto que los adversarios se lanzan contra las palabras cuando no pueden atacar las ideas, no preciso indicarte nada más sobre el asunto. Te aconsejo, por ejemplo, que no pierdas tiempo; es preferible que los volúmenes esperen al público y no que el público deba esperar por ellos. Nada desvaloriza más una obra que la interrupción de su venta. Impaciente por la imposibilidad de satisfacer los pedidos que se le han hecho, y obligado de ese modo a desaprovechar la oportunidad de vender los libros, el editor pierde el interés por las obras de un autor improvisor. El público se cansa de esperar y la impresión desagradable que de ello resulta se desvanece con dificultad.

Por otra parte, no acarrea perjuicio alguno que goces de cierta libertad de espíritu para atender a las circunstancias eventuales que

pudieran presentarse en tu medio, y para que dispenses tus cuidados a estudios especiales que, según los acontecimientos, puedan suscitarse actualmente o quedar relegarlos para momentos más propicios.

Mantente, pues, preparado para todo; deslígate de todos los impedimentos, ya sea para consagrarte a una tarea en especial, si la tranquilidad general así lo permite, o para que estés preparado para cualquier acontecimiento, en caso de que complicaciones imprevistas requieran una decisión súbita de tu parte. En breve comenzará el próximo año; es necesario, pues, que hacia fines del presente des la última revisión a la primera parte de la obra espírita, a fin de que tengas el terreno libre para la conclusión de la tarea que concierne al porvenir.

Fuera de la caridad no hay salvación

En lo que a mí respecta, estos principios no existen solamente en teoría, puesto que los llevo a la práctica: hago el bien tanto como me lo permite mi posición; presto servicios cuando puedo; los pobres nunca fueron expulsados de mi casa ni tratados con dureza; por el contrario, siempre fueron recibidos con la misma benevolencia, a cualquier hora; jamás me quejé de los pasos que he dado para realizar algún beneficio; padres de familia han salido de prisión gracias a mis esfuerzos. Por cierto, no me corresponde hacer el inventario del bien que he podido realizar; sin embargo, cuando pareciera que todo se olvida, considero que me es lícito traer a la memoria que mi conciencia me dice que nunca he hecho mal a nadie, que he practicado todo el bien que estuvo a mi alcance, y esto, lo repito, sin preocuparme de la opinión de nadie. En ese sentido, tengo tranquila mi conciencia, y la ingratitud con que me han pagado en más de una ocasión no será motivo para que yo deje de practicarlo. La ingratitud es una de las imperfecciones de la humanidad y, como ninguno de nosotros está exento de críticas, es preciso disculpar a los otros para que ellos también nos disculpen, a fin de que podamos decir como Jesucristo: *Aquel que esté sin pecado, arroje la primera piedra*. Continuaré, pues, haciendo todo el bien que me sea posible, incluso a mis enemigos, porque el odio no me ciega; siempre les tenderé las manos para sacarlos de un precipicio, en caso de que se me ofrezca la ocasión.

Así entiendo la caridad cristiana, como una religión que nos prescribe retribuir el mal con el bien, y con mayor razón aún, que

Segunda Parte

retribuyamos el bien con el bien. Pero nunca entendería que nos prescribiese retribuir el mal con el mal. (Pensamientos íntimos de Allan Kardec, registrados en un documento hallado entre sus papeles.)

Proyecto - 1868

Uno de los mayores obstáculos que podría entorpecer la propagación de la doctrina espírita sería la falta de unidad. El único modo de evitar que ocurra, si no en el presente al menos en relación con el futuro, es enunciarla en todas sus partes y hasta en los menores detalles, con tanta precisión y claridad que sea imposible cualquier interpretación divergente.

Si la doctrina de Cristo ha dado lugar a tantas controversias, si aún hoy se halla tan mal comprendida y tan diversamente practicada, se debe a que Cristo se limitó a una enseñanza oral, y también a que sus propios apóstoles sólo transmitieron principios generales, que cada uno interpretó de acuerdo con sus ideas o sus intereses. Si Él hubiera formulado la organización de la Iglesia cristiana con la precisión de una ley o de un reglamento, es indiscutible que eso habría evitado la mayor parte de los cismas y de las querellas religiosas, así como la explotación que se ha hecho de la religión en provecho de las ambiciones personales. De ahí resulta que, si bien el cristianismo ha constituido para algunos hombres esclarecidos motivo de una seria reforma moral, para otros fue apenas -y para muchos todavía lo es- el objeto de una creencia ciega y fanática, resultado que en un gran número de personas generó la duda y la incredulidad absoluta.

Solamente el espiritismo bien entendido y bien comprendido puede remediar ese estado de cosas y convertirse, de conformidad con lo expresado por los Espíritus, en la poderosa palanca para la transformación de la humanidad. La experiencia debe esclarecernos acerca del camino a seguir. Al mostrarnos los inconvenientes del pasado, esta nos indica claramente que el único medio para que sean

evitados en el futuro consiste en asentar el espiritismo sobre las bases sólidas de una doctrina positiva, que no deje nada al arbitrio de las interpretaciones. Las disidencias que puedan surgir se fundirán por sí mismas en la unidad principal que habrá de instalarse sobre bases más racionales, a partir de que esas bases estén claramente definidas y no enunciadas de un modo vago. También resalta de estas consideraciones que esa marcha, orientada con prudencia, representa el más poderoso medio de lucha contra los adversarios de la doctrina espírita. Todos los sofismas quedarán invalidados ante los principios a los que la sana razón nada tiene que oponer.

Dos elementos habrán de concurrir al progreso del espiritismo: el establecimiento teórico de la doctrina y los medios de popularizarla. El desarrollo que ella adopta, cada día mayor, multiplica nuestras relaciones, que tienden a ampliarse por el impulso que habrá de darle la nueva edición de *El libro de los Espíritus* y la publicidad que se hará con ese motivo.

Para valernos de manera provechosa de esas relaciones, si después de constituida la teoría yo tuviese que contribuir a su instalación, sería necesario que además de la publicación de mis obras dispusiera de medios para ejercer una acción más directa. Ahora bien, considero que sería conveniente que aquel que fundó la teoría pudiese al mismo tiempo impulsarla, porque entonces habría mayor unidad. En ese sentido, la Sociedad (Espírita de París) debe necesariamente ejercer una gran influencia, conforme lo han manifestado los propios Espíritus; pero su acción no será realmente eficaz mientras no sirva de centro y de punto de unión de donde parta una enseñanza que tenga preponderancia sobre la opinión pública. Para eso le hace falta una organización más sólida y elementos que no posee. En este siglo en que estamos, y tomando en cuenta el estado de nuestras costumbres, los recursos financieros son el gran motor de todas las cosas, cuando son empleados con discernimiento. Sobre la hipótesis de que esos recursos llegaran a mis manos de algún modo, este es el plan que yo

seguiría, cuya ejecución sería proporcional al monto de los medios, y estaría subordinada a los consejos de los Espíritus.

Comité central

La fase más urgente será la de proveer a la Sociedad de un local convenientemente ubicado y a propósito para las reuniones y recepciones. Sin darle un lujo innecesario, que por otra parte resultaría inadecuado, será preciso que nada en ese lugar denote carencia, sino que su aspecto sea tal que las personas distinguidas puedan asistir a él sin que se consideren demasiado disminuidas. Además de mi vivienda particular, deberá poseer:

- 1.º Una gran sala para las sesiones de la Sociedad y para las reuniones importantes;
- 2.º Un salón de recepción;
- 3.º Una habitación destinada a las evocaciones íntimas, una especie de santuario que ningún quehacer extraño profanara;
- 4.º Un escritorio para la *Revista Espírita*, los archivos y las cuestiones comerciales de la Sociedad.

Todo eso dispuesto y organizado de manera confortable y que condiga con su finalidad.

Además, será creada una biblioteca compuesta por todas las obras y escritos periódicos franceses y extranjeros, antiguos y modernos, relacionados con el espiritismo.

La sala de recepción estará abierta todos los días a determinadas horas para los miembros de la Sociedad, que ahí podrán conversar libremente, leer los periódicos y consultar los archivos y la biblioteca. Los adeptos extranjeros, de paso por París, serán recibidos allí siempre que los presente algún socio.

Se establecerá una correspondencia regular con los diferentes centros de Francia y del extranjero.

Se contratará un secretario y un auxiliar de escritorio remunerados.

Enseñanza espírita

Se dictará un curso regular de espiritismo con el fin de desarrollar los principios de la ciencia espírita y difundir la afición por los estudios serios. Ese curso tendrá la ventaja de fundar la unidad de principios, de formar adeptos esclarecidos capaces de difundir las ideas espíritas, así como de desarrollar una cantidad importante de médiums. Considero que ese curso habrá de ejercer una influencia fundamental en el futuro del espiritismo y en sus consecuencias.

Publicidad

Se dará mayor desarrollo a la *Revista Espírita*, ya sea aumentando la cantidad de páginas o publicándola con mayor frecuencia. Se contratará un redactor remunerado.

Una publicidad en gran escala, realizada en los periódicos de mayor circulación, llevará al mundo entero, incluso hasta las localidades más distantes, el conocimiento de las ideas espíritas, y despertará el deseo de profundizarlas. De ese modo, al multiplicar los adeptos, impondrá silencio a los detractores, que pronto deberán ceder ante el ascendiente de la opinión general.

Viajes

Dos o tres meses del año estarán destinados a viajes, para visitar los diferentes centros e imprimirles una orientación conveniente.

En caso de que los recursos lo permitan, se establecerá una caja para costear los gastos de viajes a cierto número de misioneros, esclarecidos y talentosos, que serán los encargados de difundir la doctrina. Una organización completa y la asistencia de auxiliares remunerados, con los cuales yo pueda contar, me liberarán de una enorme cantidad de ocupaciones y preocupaciones materiales, y me dejarán el tiempo

necesario para activar los trabajos que todavía me quedan por hacer y a los cuales el estado actual de las cosas no permite que yo me consagre tan asiduamente como sería necesario, porque me falta materialmente el tiempo y porque mis fuerzas físicas no alcanzan para tanto.

Si acaso me estuviera reservado llevar a cabo este proyecto, para cuya ejecución yo debería proceder con la misma prudencia que he empleado en el pasado, bastarían indudablemente unos pocos años para hacer que la doctrina progresara el equivalente a algunos siglos.

Constitución del espiritismo¹⁴

Exposición de Motivos

I

Consideraciones preliminares

Como todas las cosas, el espiritismo ha tenido su período de gestación, y hasta que no estuvieron resueltas todas las cuestiones que le atañen, tanto principales como accesorias, solamente pudo brindar resultados incompletos. Se entrevió su objetivo, se presintieron las consecuencias, pero apenas de un modo impreciso. De la incertidumbre acerca de los puntos que todavía no estaban determinados habrían de nacer forzosamente divergencias sobre la manera de considerarlos; la unificación sólo podía ser obra del tiempo, y se efectuó gradualmente a medida que los principios fueron elucidados. La doctrina constituirá un todo armónico cuando logre abarcar

¹⁴ La “Constitución del espiritismo” fue incluida por Allan Kardec en la *Revista Espírita* de diciembre de 1868, pero sin los comentarios que le agregó antes de morir, y que aquí reproducimos textualmente. La muerte corporal lo detuvo cuando se preparaba para formular los *Principios fundamentales de la doctrina espírita reconocidos como verdades adquiridas*, lo que nuestros lectores seguramente lamentarán, como también nosotros, porque esos principios habrían completado aquella “Constitución” mediante apreciaciones lógicas y atinadas. Se trata del último manuscrito del maestro Allan Kardec, y lo hemos leído con profundo respeto. (Nota de la primera edición francesa.)

todas las partes en que se desdobra, y recién entonces se podrá juzgar realmente qué es el espiritismo.

Mientras no era más que una opinión filosófica, el espiritismo no podía contar, de parte de sus adeptos, más que con la simpatía natural que produce la comunión de ideas, dado que no era posible que existiera entre ellos ningún vínculo formal por falta de un programa claramente definido. Esa es, evidentemente, la causa principal de la débil cohesión y la inestabilidad de los grupos y sociedades que se formaron. Por eso mismo hemos procurado, sin cesar y con todas nuestras fuerzas, apartar a los espíritas del propósito de fundar prematuramente alguna institución especial con apoyo en la doctrina, antes de que esta se asentara sobre bases sólidas. De no ser así, se expondrían a fracasos inevitables cuyo efecto habría sido desastroso por la impresión que producirían en el público y por el desánimo en que caerían los adeptos. Esas decepciones tal vez habrían retardado en un siglo el progreso definitivo de la doctrina, a cuya impotencia se imputaría un fracaso que, en realidad, se debería a la falta de previsión. Por no saber esperar, a fin de que llegaran en el momento exacto, tanto los muy apresurados como los impacientes han comprometido en todas las épocas las mejores causas.¹⁵

No se debe pedir a las cosas más de lo que pueden dar a medida que se ponen en condiciones de producir; no podemos exigir a un niño lo que se puede esperar de un adulto, ni de un pequeño árbol recién plantado lo que habrá de dar cuando esté en su plenitud. El espiritismo, en vías de elaboración, solamente podía dar resultados individuales; los resultados colectivos y generales serán fruto del espiritismo completo, que sucesivamente se desarrollará.

Si bien el espiritismo no ha dicho aún su última palabra sobre todos los puntos, se aproxima a su conclusión, y ha llegado el momento de que se le proporcione una base firme y duradera, aunque susceptible de recibir los desarrollos que conlleven las circunstancias ulteriores, y de

¹⁵ Para mayores desarrollos sobre la cuestión de las instituciones espíritas, véase la *Revista Espírita* de julio de 1866. (Nota de la primera edición francesa.)

que se ofrezca toda la seguridad a los que se pregunten quién tomará sus riendas a continuación del que guió sus primeros pasos.

No cabe duda de que la doctrina es imperecedera, porque se asienta en las leyes de la naturaleza, y porque responde mejor que cualquier otra a las legítimas aspiraciones de los hombres. Sin embargo, su difusión y su instalación definitiva pueden ser anticipadas o postergadas por diversas circunstancias, algunas de las cuales están subordinadas a la marcha general de los acontecimientos, mientras que otras son inherentes a la doctrina misma, a su constitución y a su organización.

Aunque la cuestión de fondo sea preponderante en todo, y acabe inevitablemente por prevalecer, la cuestión de forma tiene aquí una importancia fundamental; podría incluso tener una preeminencia momentánea y suscitar inconvenientes y retrasos, según la manera en que fuese resuelta.

Por consiguiente, habríamos realizado algo incompleto y dejado enormes dificultades para el futuro si no hubiéramos previsto las que pueden surgir. Entonces, con la intención de evitarlas, hemos elaborado un plan de organización en el que hemos puesto en juego la experiencia del pasado, a fin de evitar los escollos contra los cuales ha chocado la mayoría de las doctrinas que surgieron en el mundo.

El plan expuesto aquí fue concebido hace mucho tiempo, porque siempre nos ha preocupado el porvenir del espiritismo. Hemos hecho que se presintiera en diversas ocasiones, en forma vaga, es cierto, aunque lo suficiente para mostrar que no es esta, en la actualidad, una concepción novedosa, y que mientras elaborábamos la parte teórica de la obra no descuidábamos su aspecto práctico.

II

Cismas

Una cuestión que se presenta de inmediato es la de los cismas que podrán aparecer en el seno de la doctrina. ¿Estará el espiritismo preservado de ellos?

Por cierto que no, porque deberá luchar, sobre todo al comienzo, contra las ideas personales, siempre absolutas, tenaces, intransigentes con las ideas de los demás, así como contra la ambición de los que se obstinan en vincular sus nombres a toda innovación, de los que crean novedades sólo para poder decir que no piensan ni obran como los demás, o porque su amor propio se vería dañado si ocuparan una posición secundaria.

Si bien el espiritismo no puede escapar a las debilidades humanas, a las cuales hay que tomar en cuenta siempre, puede no obstante neutralizar sus consecuencias, y eso es lo esencial.

Debemos señalar que los distintos sistemas divergentes, surgidos en el origen del espiritismo en relación con la manera de explicar los hechos, han ido desapareciendo a medida que la doctrina se completó por medio de la observación y de una teoría racional. Al día de hoy, esos primitivos sistemas cuentan apenas con escasos partidarios. Es este un hecho notorio, del cual se puede concluir que las últimas divergencias se disiparán con la elucidación completa de todas las partes de la doctrina. Pero siempre habrá disidentes prejuiciosos e interesados por un motivo u otro en constituir una fracción aparte. Contra esa pretensión hay que estar prevenidos.

Para garantizar la unidad en el futuro, es indispensable una condición: que todas las partes del conjunto de la doctrina estén establecidas con precisión y claridad, y que ningún aspecto quede sin definir. Por ese motivo hemos procedido de tal modo que nuestros escritos no se presten a ninguna interpretación contradictoria, y siempre nos ocuparemos de que así sea. Cuando se haya dicho claramente y sin ambigüedad que dos más dos son cuatro, nadie podrá pretender que se quiso decir que dos y dos hacen cinco. Entonces, podrán constituirse sectas *a la par* de la doctrina, sectas que no adopten sus principios o parte de ellos, pero no *dentro* de la doctrina, a consecuencia de la interpretación de los textos, como tantas se formaron sobre el sentido de las palabras mismas del Evangelio. Este es un primer punto de relevante importancia.

El segundo punto consiste en no salir del ámbito de las ideas prácticas. Si bien es cierto que la utopía de la víspera se convierte muchas veces en la verdad del día siguiente, dejemos que el día siguiente realice la utopía de la víspera, pero no obstruyamos la doctrina con principios que puedan ser considerados quiméricos y que serían rechazados por los hombres positivos.

El tercer punto, por último, es inherente al carácter esencialmente progresivo de la doctrina. Del hecho de que ella no se engañe con fantasías irrealizables, no se concluye que deba inmovilizarse en el presente. Apoyada exclusivamente en las leyes de la naturaleza, no puede variar más allá de lo que admiten esas leyes, pero si una nueva ley fuera descubierta, deberá ponerse en concordancia con ella. No le corresponde cerrar la puerta a ningún progreso, so pena de dar lugar a su propia ruina. En la medida en que asimile todas las ideas reconocidamente justas, sea cual fuere el orden al que pertenezcan, físicas o metafísicas, jamás será superada, y eso constituye una de las principales garantías de su perpetuidad.

Por lo tanto, si se formara una secta al margen del espiritismo, fundada o no en sus principios, habrá dos opciones: esa secta estará con la verdad o no lo estará. En caso de que no lo esté, caerá por sí misma bajo el ascendiente de la razón y del sentido común, como ya ha sucedido a tantas otras a lo largo de los siglos. Pero si sus ideas fueran justas, aunque más no sea en lo relativo a un único punto, la doctrina espírita, que sólo busca lo bueno y lo verdadero dondequiera que se encuentren, las asimilará. Así, en vez de ser absorbida, será ella la que absorba.

Si algunos de sus adeptos llegaran a apartarse, se debe a que se creerán capaces de hacer algo mejor; si realmente hicieran algo mejor, la doctrina los imitará; se hicieran mayor suma de bien, se esforzará por hacer otro tanto, y más si fuera posible; si hicieran alguna cosa mal, dejará que la hagan, convencida de que tarde o temprano el bien se sobrepone al mal, y lo que es verdadero predomina sobre lo falso. Esta es la única lucha en la que habrá de empeñarse.

Agreguemos que la tolerancia, fruto de la caridad, que constituye la base de la moral espírita, impone a la doctrina el deber de respetar todas las creencias. Con la aspiración de ser aceptada libremente, por convicción y no por obligación, proclamando que la libertad de conciencia es un derecho natural imprescriptible, la doctrina afirma: *Si tengo razón, los otros acabarán por pensar como yo; si estoy equivocada, acabaré por pensar como los otros.* En virtud de estos principios, sin arrojar piedras a nadie, el espiritismo no dará ningún pretexto para represalias, y dejará a los disidentes toda la responsabilidad de sus palabras y de sus actos.

De ese modo, el programa de la doctrina sólo será inalterable en relación con los principios que hayan pasado a la condición de verdades comprobadas. En cuanto a los otros, no los admitirá, como invariablemente ha hecho, más que a título de hipótesis, hasta que sean confirmados. Si le demostraran que está en un error acerca de un punto cualquiera, la doctrina se modificará en ese punto.

La verdad absoluta es eterna y, por eso mismo, invariable. Pero ¿quién puede vanagloriarse de poseerla totalmente? En el estado de imperfección en que se hallan nuestros conocimientos, lo que hoy nos parece falso mañana puede ser reconocido como verdadero, a consecuencia del descubrimiento de nuevas leyes, y eso es así tanto en el orden moral como en el físico. Ante esa eventualidad, la doctrina nunca deberá estar desprevenida. El principio progresivo que ella inscribe en su código será la garantía de su perpetuidad, y su unidad se mantendrá precisamente porque ella no se basa en el principio de la inmovilidad.

En vez de ser una fuerza, la inmovilidad se convierte en una causa de debilidad y de destrucción para quien no acompaña el movimiento general; quiebra la unidad, porque los que quieren avanzar se separan de los que se obstinan en quedar atrás. No obstante, al acompañar el movimiento progresivo, conviene hacerlo con prudencia y no entregarse a los devaneos de las utopías y los sistemas; hay

que hacerlo a tiempo, ni con mucha anticipación ni demasiado tarde, y con conocimiento de causa.

Se comprende que una doctrina apoyada en esas bases es realmente fuerte, pues desafía cualquier rivalidad y neutraliza las pretensiones de sus competidores.

Por otra parte, la experiencia ya ha constatado el acierto de esta previsión. Dado que ha marchado por ese camino desde su origen, la doctrina avanza constantemente, pero sin precipitación: verifica si el terreno donde pisa es siempre consistente, y mide sus pasos por el estado de la opinión. Ha hecho como el navegante, que no avanza sin tener la sonda en la mano y sin consultar los vientos.

III

El jefe del espiritismo

¿Pero quién será el encargado de mantener al espiritismo en ese camino? ¿Quién tendrá la disposición y la perseverancia necesarias para consagrarse al trabajo incesante que esa tarea exige? Si el espiritismo quedara librado a sí mismo, sin guía, ¿no será de temer que se desvíe de su ruta, y que la malevolencia, con la cual aún deberá luchar por mucho tiempo, se esfuerce por desnaturalizar su espíritu? Esa es, en efecto, una cuestión vital, cuya solución reviste el mayor interés para el porvenir de la doctrina.

La necesidad de una dirección central superior, guardia vigilante de la unidad progresiva y de los intereses generales de la doctrina, es tan evidente que ya causa inquietud el hecho de que no se vea surgir en el horizonte a su conductor. Es comprensible que sin una autoridad moral capaz de centralizar las actividades, los estudios y las observaciones, de darles impulso, estimular la dedicación, defender al débil, sostener los ánimos vacilantes, ayudar con los consejos de la experiencia y formar opinión sobre los puntos dudosos, el espiritismo correría el riesgo de ir a la deriva. No solamente esa dirección es ne-

cesaria, sino que también debe reunir las condiciones de fuerza y de estabilidad para enfrentar las tempestades.

Quienes no admiten ninguna autoridad no comprenden los verdaderos intereses de la doctrina. Si bien algunos piensan que se puede prescindir de una dirección, la mayoría -que no se considera infalible ni deposita confianza absoluta en sus propias luces- siente la necesidad de un punto de apoyo, de un guía, aunque sólo sea para ayudarla a que camine con mayor confianza y seguridad. (Véase en la *Revista Espírita* de abril de 1866, el artículo “El spiritismo independiente”).

Reconocida la necesidad de una dirección, ¿de quién recibirá el jefe las atribuciones para ejercerla? ¿Será aclamado por la universalidad de los adeptos? Eso es impracticable. Si él se impone por su propia autoridad, algunos lo aceptarán mientras que otros lo rechazarán, y podrían surgir veinte candidatos, que levantarían su estandarte uno contra otro. Se daría al mismo tiempo el despotismo y la anarquía. Semejante acto es propio de un ambicioso, y nadie es menos conveniente que un ambicioso -y por eso mismo orgulloso- para ejercer la dirección de una doctrina que se basa en la abnegación, la devoción, el desinterés y la humildad. Ubicado fuera del principio fundamental de la doctrina, ese sujeto no podría hacer otra cosa más que falsear el espíritu que la anima. Eso es lo que ocurriría inevitablemente si de antemano no se adoptasen medidas eficaces para prevenir ese inconveniente.

Admitamos, con todo, que un hombre reuniera todas las cualidades necesarias para el desempeño de su mandato, y que por algún camino accediera a la dirección suprema. Los hombres se suceden pero no son semejantes, de modo tal que después de uno bueno podría venir uno malo. Junto con el individuo puede variar el espíritu de la dirección: sin malos propósitos, es posible que tenga puntos de vista más o menos justos, y si quisiera hacer que prevalezcan sus ideas personales, podría llevar a que la doctrina se desvíe, así como suscitar divisiones, y las mismas dificultades se renovarían con cada cambio.

No debemos perder de vista que el espiritismo todavía no está en la plenitud de su fuerza. Desde el punto de vista de la organización, es un niño que recién comienza a caminar. Importa, pues, sobre todo al principio, protegerlo de los obstáculos del camino.

Sin embargo, replicarán, ¿no llegará a estar al frente del espiritismo uno de esos Espíritus que, según lo anunciado, tienen que tomar parte en la obra de regeneración? Es probable; no obstante, como esos Espíritus no tendrán en la frente una señal para que se los reconozca, dado que sólo se pondrán en evidencia *por sus actos*; como no serán reconocidos como tales por la mayoría sino después de su muerte, de conformidad con lo que hayan producido durante su vida; y como además no serán perpetuos, es necesario prever todas las eventualidades.

Sabemos que la misión de esos Espíritus será amplia: habrán de pertenecer a todos los grados de la escala y se encontrarán en los diversos sectores de la economía social, donde cada uno ejercerá influencia a favor de las nuevas ideas, según la particularidad de su posición; todos, pues, trabajarán para la implantación de la doctrina, aquí y allá, algunos como jefes de Estado, otros como legisladores, magistrados, científicos, literatos, oradores, industriales, etc.; cada uno dará pruebas de sí mismo donde le quepa ejercer su autoridad, desde el proletario hasta el soberano, *sin que nada, excepto sus obras, los diferencie del común de los hombres*. Si alguno de ellos debe tomar parte en la dirección, es probable que sea puesto providencialmente en la posición apropiada para que llegue hasta ella por los medios legales que sean adoptados; circunstancias aparentemente fortuitas lo conducirán hasta ese lugar, sin que haya un designio premeditado de su parte, sin que ni él mismo tenga conciencia de su misión. (Véase la *Revista Espírita*: “Los mesías del espiritismo”, febrero y marzo de 1868.)

En ese caso, el peor de todos los jefes sería el que se considerase el elegido de Dios. Como no es racional que se admita que Dios confíe esas misiones a los ambiciosos o a los orgullosos, las virtudes

características de un verdadero mesías deben ser ante todo la simplicidad, la humildad, la modestia, en una palabra, el más absoluto desinterés material y moral. Ahora bien, la sola pretensión de ser un mesías constituiría la negación de esas cualidades esenciales; probaría en aquel que se valiese de semejante título, o una vana presunción -en caso que sea de buena fe-, o una gran falsedad. No faltarán intrigantes, pseudoespíritas, que pretendan elevarse por orgullo, ambición o avaricia; tampoco faltarán los que hagan alarde de pretendidas revelaciones, con el auxilio de las cuales procuren destacarse y fascinar a las imaginaciones excesivamente crédulas. Es también de prever que, bajo falsas apariencias, haya individuos que intenten apoderarse del timón, con la idea preconcebida de hacer zozobrar la nave, desviándola de su ruta. La nave no se hundirá, pero podría sufrir retrasos perjudiciales que es preciso evitar. Son esos, sin discusión, los mayores escollos de los que el espiritismo debe preservarse. Cuanta mayor estabilidad adquiera, tantas más celadas le tenderán sus adversarios.

Por lo tanto, constituye un deber de todos los espíritas sinceros frustrar las maniobras de intriga que se puedan urdir tanto en los pequeños como en los grandes centros. En primer lugar, deberán repudiar del modo más absoluto a todo aquel que por sí mismo se presente como mesías, sea como jefe del espiritismo o como un simple apóstol de la doctrina. Por el fruto se conoce al árbol; esperad, pues, que el árbol dé su fruto antes de decidir si el fruto es bueno, y véase también si los frutos tienen sabor. (Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Cap. XXI, § 9: “Caracteres del verdadero profeta”.)

Ha habido quien propuso que los candidatos fueran designados por los propios Espíritus en cada grupo o sociedad espírita. Además de que este medio no evitaría la totalidad de los inconvenientes, presentaría otros, peculiares a semejante modo de proceder, que la experiencia ya ha demostrado y que sería superfluo recordar aquí. No debemos perder de vista que la misión de los Espíritus consiste en instruirnos para que mejoremos, pero no en que se sobrepongan a la iniciativa de

nuestro libre albedrío. Ellos nos sugieren ideas, nos ayudan con sus consejos, principalmente en lo relativo a las cuestiones morales, pero dejan a nuestro juicio el compromiso de realizar las cosas materiales, pues no les corresponde ahorrarnos esas tareas. Que los hombres se contenten con ser asistidos y protegidos por Espíritus buenos, pero que no descarguen sobre ellos la responsabilidad que incumbe al encarnado.

Ese medio, por otra parte, ocasionaría mayores inconvenientes de lo que se podría suponer, porque resultaría difícil lograr que todos los grupos participen de semejante elección. Sería una complicación en el mecanismo, y todo mecanismo es tanto menos susceptible de descomponerse cuanto más simplificado es.

El problema consiste, pues, en que se constituya una dirección central en condiciones de fuerza y estabilidad que la mantengan a resguardo de todas las fluctuaciones, que se correspondan con todas las necesidades de la causa, y que opongan una barrera insuperable a las tramas de la intriga y de la ambición. Ese es el objetivo del plan del cual vamos a dar un breve esbozo.

IV

Comité central

Durante el período de elaboración, la dirección del espiritismo ha tenido que ser individual; era necesario que todos los elementos constitutivos de la doctrina, salidos en estado de embriones de múltiples focos, se dirigiesen hacia un centro común a fin de que fueran allí examinados y cotejados, de modo tal que un único pensamiento presidiese su coordinación, para establecer la unidad en el conjunto y la armonía entre todas las partes. Si no hubiese sido así, la doctrina se habría asemejado a un mecanismo cuyas piezas no encajaran con precisión unas con otras.

Conforme ya hemos dicho, por tratarse de una verdad indiscutible, hoy claramente demostrada, la doctrina espírita no habría

podido salir completamente estructurada de un único centro, de la misma manera que la ciencia astronómica no habría podido hacerlo a partir de un único observatorio. Cualquier centro que hubiese intentado conformarla a partir de sus observaciones exclusivamente, habría hecho algo incompleto, y se habría encontrado con una infinidad de puntos contradictorios. Si mil centros quisieran hacer cada uno su doctrina, no habría dos iguales en todos los puntos. Si estuviesen de acuerdo en cuanto a los fundamentos, diferirían inevitablemente en cuanto a la forma. Ahora bien, como hay mucha gente que atiende más a la forma que a la sustancia, habría tantas sectas cuantas formas diferentes. La unidad sólo podía resultar del conjunto y de la comparación de todos los resultados parciales. Esta es la razón por la que era necesaria la concentración de los trabajos. (Véase *La Génesis*, Cap. I: “Caracteres de la revelación espírita”, § 51 y siguientes.)

Pero lo que era ventajoso por un cierto tiempo, más tarde se volvería inconveniente. En la actualidad, el trabajo de elaboración se encuentra concluido en lo relativo a las cuestiones fundamentales, y los principios generales de la ciencia se encuentran establecidos, de modo que la dirección, que debió ser individual al comienzo, debe convertirse en colectiva. En primer lugar, porque llegará un momento en que su peso excederá las fuerzas de un solo hombre; en segundo lugar, porque un conjunto de individuos -a cada uno de los cuales les corresponde apenas un voto y que nada pueden hacer sin el concurso unos de otros- presentará mayor garantía de estabilidad que uno solo, capaz de abusar de su autoridad y pretender que predominen sus ideas personales.

En vez de un jefe único, la dirección será confiada a un *Comité central* permanente, cuya organización y atribuciones serán definidas de modo tal que no se permitan arbitrariedades. Ese Comité estará compuesto a lo sumo por doce miembros titulares -que deberán a tal efecto reunir ciertas condiciones indispensables- y de igual número de consejeros. Se completará a sí mismo según reglas igualmente deter-

minadas, a medida que queden vacantes los cargos, por fallecimiento o por otras causas. Una disposición especial establecerá el modo por el cual serán nombrados los doce primeros.

El Comité nombrará a su presidente por un año.

La autoridad del presidente será puramente administrativa. Él dirigirá las deliberaciones del Comité, velará por la ejecución de los trabajos y por la documentación correspondiente; no obstante, fuera de las atribuciones que los estatutos constitutivos le confieran, no podrá tomar ninguna decisión sin el concurso del Comité. Por lo tanto, no habrá posibilidad de abusos ni alimento para la ambición, como tampoco pretextos para intrigas o celos, ni supremacía ofensiva.

El Comité central será, pues, la cabeza, el verdadero jefe del espiritismo, jefe colectivo que nada podrá hacer sin el consentimiento de la mayoría. Suficientemente numeroso para ilustrarse mediante la discusión, no lo será tanto como para que haya confusión.

La autoridad del Comité central será moderada, y sus actos fiscalizados, por los congresos o asambleas generales, a las que nos referiremos más adelante.

Para la generalidad de los adeptos, la aprobación o la desaprobación, el consentimiento o el rechazo, las decisiones, en definitiva, de un cuerpo constituido que representa la opinión colectiva, tendrán forzosamente una autoridad que jamás tendrían si emanase de un solo individuo que apenas representa una opinión personal. Muchas veces se rechaza la opinión de una sola persona, porque se considera una humillación el hecho de someterse a ella, pero se acata sin dificultades la de muchos.

Quede debidamente entendido que aquí se trata de una autoridad moral, en lo que respecta a la interpretación y aplicación de los principios de la doctrina, y no de un poder disciplinario cualquiera. Esa autoridad será, en materia de espiritismo, lo que es la de una academia en materia de ciencia.

Para el público extraño, un cuerpo constituido tiene mayor ascendiente y preponderancia; contra los adversarios, sobre todo, pre-

senta una fuerza de resistencia y dispone de medios de acción con los que un individuo no podría contar, de modo que lucha con ventajas infinitamente mayores. Una individualidad está sujeta a ser atacada y aniquilada; no sucede lo mismo con una entidad colectiva.

Además, una entidad colectiva ofrece garantías de estabilidad que no existen cuando todo recae sobre una sola cabeza. Si el individuo se encontrara impedido por alguna causa, todo quedaría paralizado. Una entidad colectiva, por el contrario, se perpetúa con continuidad. Aunque pierda a uno o a varios de sus miembros, no peligra.

La dificultad –alejarán– consistirá en reunir de modo permanente doce personas que estén siempre de acuerdo. Ahora bien, lo esencial es que estén de acuerdo en lo atinente a los principios fundamentales. Eso constituirá una condición absoluta para que sean admitidas en la dirección, como también para todas las que participen de ella. Sobre las cuestiones de detalles pendientes, poco importa que tengan divergencias, visto que la opinión de la mayoría es la que prevalece. Aquel cuya manera de ver esté acertada, tendrá buenas razones para justificarla. Si alguno se retirara, contrariado por no conseguir que sus ideas predominen, no por eso las cosas dejarían de seguir su curso, y no habría motivo para lamentar su salida, pues habría dado prueba de una susceptibilidad orgullosa, poco espírita, capaz de generar perturbaciones.

La causa habitual de división entre personas que tienen responsabilidades en común es el conflicto de intereses y la posibilidad de que unos suplanten a otros en provecho personal. Esta causa no puede existir desde el momento en que el perjuicio de uno en nada aprovechará a los otros, dado que todos son solidarios y con la desunión solamente pueden perder en vez de ganar. Esta es una cuestión de detalle prevista en la organización.

Admitamos que entre los miembros del Comité haya un falso hermano, un traidor, al que los enemigos de la causa hayan ganado para sí; ¿qué podrá hacer él, si no dispone más que de un voto en las

decisiones? Supongamos que -si bien es imposible- todo el Comité se dirija por un mal camino: ahí estarán los congresos para orientarlo de nuevo hacia el orden.

La fiscalización de los actos de la administración le corresponderá a los congresos, que podrán decretar la reprobación o una acusación contra el Comité central por infracción de su mandato, por apartarse de los principios establecidos o por tomar medidas perjudiciales a la doctrina. Por eso el Comité recurrirá al congreso en los casos en que considere que su responsabilidad podría encontrarse gravemente comprometida.

Dado que los congresos constituyen un freno para el Comité, al contar con la aprobación de los mismos este último toma nuevas fuerzas. De ese modo, el jefe colectivo depende, en definitiva, de la opinión general, y no puede apartarse del camino recto sin riesgo para sí mismo.

Las principales atribuciones del Comité central serán:

1.º El cuidado de los intereses de la doctrina y de su propagación; mantener su utilidad mediante la conservación de la integridad de los principios sustentados; proveer al desarrollo de sus consecuencias;

2.º El estudio de los nuevos principios susceptibles de ingresar en el cuerpo de la doctrina;

3.º La concentración de todos los documentos e informaciones que puedan ser de interés para el espiritismo;

4.º La correspondencia;

5.º El mantenimiento, la consolidación y la extensión de los vínculos de fraternidad entre los adeptos y las sociedades particulares de los diversos países;

6.º La dirección de la *Revista Espírita*, que será el periódico oficial del espiritismo, a la que se podrá agregar otra publicación periódica.

7.º El análisis y la apreciación de las obras, los artículos de periódicos y todos los escritos que interesen a la doctrina; así como la refutación de las ataques, si los hubiera;

8.º La publicación de las obras fundamentales de la doctrina, en las condiciones más favorables para su divulgación; la confección y publicación de aquellas cuyo plan daremos y que no tendremos tiempo de ejecutar en nuestra actual existencia; el estímulo a las publicaciones que sean beneficiosas para la causa;

9.º La fundación y la conservación de la biblioteca, los archivos y el museo;

10.º La administración de la caja de socorros, el dispensario y el asilo de ancianos;

11.º La administración de los asuntos materiales;

12.º La dirección de las sesiones de la Sociedad;

13.º La enseñanza oral;

14.º Las visitas a las sociedades particulares que se coloquen bajo su patrocinio, así como las instrucciones para las reuniones que realicen;

15.º La convocatoria de los congresos y las asambleas generales.

Esas atribuciones serán distribuidas entre los miembros del Comité, de acuerdo con la especialidad de cada uno, quienes, si fuera preciso, serán asistidos por una cantidad suficiente de auxiliares o de simples empleados.

V

Instituciones accesorias y complementarias del Comité central

Muchas instituciones complementarias serán anexadas al Comité central como dependencias locales, a medida que las circunstancias lo permitan, a saber:

1.º Una *biblioteca*, donde se encuentren reunidas todas las obras que sean de interés para el espiritismo, y que puedan ser consultadas en el local o prestadas a los lectores;

2.º Un *museo*, donde se encuentren coleccionadas las primeras obras de arte espírita, los trabajos mediúmnicos más notables, los re-

tratos de los adeptos con quienes la causa se encuentre en deuda por la dedicación que le hayan demostrado, los de los hombres a quienes el espiritismo rinda homenaje -aunque sean ajenos a la doctrina- por su condición de benefactores de la humanidad, grandes genios misioneros del progreso, etc.;

3.º Un *dispensario* destinado a consultas médicas *gratuitas* y al tratamiento de ciertas afecciones, dirigido por un médico diplomado;

4.º Una caja de socorros y de previsión en condiciones prácticas;

5.º Un asilo de ancianos;

6.º Una sociedad de adeptos, que celebre sesiones regularmente.

Sin entrar en un análisis prematuro al respecto, conviene decir algunas palabras acerca de dos artículos, con relación a los cuales las personas podrían confundirse.

La creación de una caja general de socorros es inviable y presentaría serios inconvenientes, conforme ya lo hemos demostrado en un artículo especial (Véase la *Revista Espírita* de julio de 1866). El Comité no debe, pues, tomar un camino que pronto debería abandonar, ni emprender cosa alguna que no tenga la certeza de poder llevar a cabo. El Comité debe ser positivo y no engañarse con ilusiones quiméricas, pues ese es el medio de avanzar por largo tiempo con seguridad. Para eso, le corresponde permanecer siempre dentro de los límites de lo posible.

Esa caja de socorros no puede ni debe ser más que una institución local, de acción circunscrita, y cuya prudente organización servirá de modelo a otras del mismo género, que las sociedades particulares podrían crear. Prestarán servicios eficaces gracias a su multiplicidad, y no por la centralización de los medios de acción.

Será financiada: 1.º por cuotas destinadas a tal fin, extraídas de la renta de la caja general del espiritismo; 2º por los donativos especiales que se le hagan. La caja capitalizará las sumas que reciba, de manera de constituir para sí un rendimiento. Con esa renta prestará los socorros temporarios o vitalicios, y cumplirá las obligaciones de su mandato, que serán estipuladas en el reglamento de su constitución.

El proyecto de un asilo de ancianos, en la acepción completa del término, no podrá concretarse desde el comienzo, debido a los capitales que esa fundación demandaría, y también porque es preciso dar a la administración el tiempo para afianzarse y desempeñar sus funciones con regularidad, antes de complicar sus atribuciones con emprendimientos que podrían fracasar. Sería una imprudencia intentar demasiadas cosas antes de que se tenga la certeza de disponer de los medios para su concreción. Esto se comprenderá fácilmente siempre que se tomen en cuenta todos los detalles relativos a establecimientos de esa clase. Es conveniente alimentar buenas intenciones, pero ante todo es preciso tener la posibilidad de realizarlas.

VI

Alcances de la acción del Comité central

Al comienzo se formó espontáneamente un centro de elaboración de ideas espíritas, sin una intención premeditada, por la fuerza de las circunstancias, pero sin carácter oficial. Ese centro era necesario, porque si no hubiera existido, ¿cuál habría sido el punto de conexión entre los espíritas diseminados en diferentes países? Al no tener ocasión para comunicar sus ideas, sus impresiones, sus observaciones a todos los demás centros particulares, que también estaban diseminados y tal vez carecían de consistencia, habrían quedado aislados y se perjudicaría de esa manera la difusión de la doctrina. Hacía falta, pues, un punto de concentración desde el cual todo se irradiase. El desarrollo de las ideas espíritas, lejos de afectar la utilidad de ese centro, hará sentir mejor la necesidad de su funcionamiento, porque cuanto más considerable sea el número de adeptos, tanto mayor será su necesidad de aproximarse y conformar un haz. La constitución del espiritismo, al regularizar el estado de cosas, tendrá por efecto hacerlo producir mayores ventajas y llenar las lagunas que presente. El centro que esa constitución habrá de crear no será una individualidad, sino

un foco de actividad colectiva que se desenvolverá en bien del interés general, y donde se anulará toda autoridad personal.

Pero ¿cuál será el alcance del círculo de actividad de ese centro? ¿Estará destinado a regir el mundo y a que se convierta en árbitro universal de la verdad? Pretender que así fuese sería comprender mal el espíritu del espiritismo, puesto que, por la misma razón que este proclama los principios del libre examen y de la libertad de conciencia, rechaza la idea de presentarse como una autocracia; si acaso llegara a hacerlo, desde el comienzo ingresaría en un camino funesto.

El espiritismo tiene principios que, por estar fundados en las leyes de la naturaleza y no en abstracciones metafísicas, tienden a convertirse -y por cierto llegará el día en que lo hagan- en los principios de la generalidad de los hombres; todos los aceptarán, porque encontrarán en ellos verdades palpables y demostradas, del mismo modo que han aceptado la teoría del movimiento de la Tierra. Con todo, pretender que el espiritismo se organice en todas partes de la misma manera; que los espíritas del mundo entero se sometan a un régimen uniforme, a una misma forma de proceder; que deban esperar que la luz les llegue de un punto fijo, en el cual tendrán que fijar la mirada, sería una utopía tan absurda como la de pretender que todos los pueblos de la Tierra constituyan un día una única nación, gobernada por un único jefe, regida por el mismo código de leyes y sometida a las mismas costumbres. Aunque haya leyes generales que pueden ser comunes a todos los pueblos, esas leyes serán siempre, en cuanto a los detalles de la aplicación y de la forma, apropiadas a las costumbres, a los caracteres, a los climas de cada uno.

Así habrá de ser con el espiritismo organizado. Los espíritas del mundo entero tendrán principios comunes que los ligarán a la gran familia por el vínculo sagrado de la fraternidad, pero cuya aplicación podrá variar de acuerdo con las regiones, sin que por eso la unidad fundamental se quiebre, y sin que se formen sectas disidentes que se arrojen piedras y se lancen anatemas unas a otras, lo que sería por

completo antiespírita. Podrán, pues, formarse -e inevitablemente se formarán- centros generales en diferentes países, ligados apenas por la comunión de creencia y por la solidaridad moral, sin subordinación de unos a otros, sin que el de Francia, por ejemplo, alimente la pretensión de imponerse a los espíritas americanos, y viceversa.

La comparación con los observatorios astronómicos, de la que antes nos hemos valido, es perfectamente apropiada. Existen observatorios en diferentes puntos del globo; todos, sea cual fuere la nación a la que pertenezcan, se basan en principios generales y reconocidos de la astronomía, lo cual no los hace tributarios unos de otros. Cada uno regula sus actividades como entiende; intercambian sus observaciones y cada cual aprovecha para la ciencia los descubrimientos de sus colegas. Lo mismo sucederá con los centros generales del espiritismo; serán los observatorios del mundo invisible, compartirán lo que obtengan de bueno y de aplicable a las costumbres de los países donde se establecieron, ya que el objetivo que tienen en vista es el bien de la humanidad y no la satisfacción de ambiciones personales. El espiritismo es una cuestión de fondo; aferrarse a la forma sería una puerilidad indigna de la magnitud de su objeto. Por eso, los centros que se encuentren compenetrados del verdadero espíritu del espiritismo deberán tenderse fraternalmente las manos, y unirse para combatir a los enemigos que tienen en común: la incredulidad y el fanatismo.

VII

Los estatutos constitutivos

La redacción de los estatutos constitutivos debe preceder a toda acción. Si esa redacción hubiese sido confiada a una asamblea, habría sido preciso que previamente se determinaran las condiciones que debían reunir los encargados de la tarea. La falta de una base previa, así como la divergencia de puntos de vista e incluso, tal vez, las pretensiones individuales, sin mencionar las intrigas de los adversarios,

habrían podido generar divisiones. Una tarea de tan grande magnitud no podía improvisarse; demandaba una larga elaboración y conocimiento de las necesidades reales de la doctrina, conquistado mediante la experiencia y serias reflexiones, con el fin de lograr la unidad de criterios, la armonía y la coordinación de todas las partes del conjunto. Esa tarea sólo podía emanar de la iniciativa individual, con la salvedad de que recibiera posteriormente la sanción de los interesados. Desde el comienzo, sin embargo, hacía falta disponer de una regla, un rumbo trazado, un objetivo determinado. Establecida la regla, se avanza con seguridad, sin tanteos ni vacilaciones.

No obstante, como no se le ha conferido a nadie la posesión de la luz universal, ni tampoco la posibilidad de hacer todo a la perfección; como un hombre puede equivocarse acerca de sus propias ideas, en tanto que otros pueden ver lo que él no ve; y como la pretensión de imponerse por algún motivo sería abusiva, resulta de ahí que los estatutos constitutivos serán sometidos a la revisión del primer congreso que se realice, el cual podrá hacer las correcciones que considere convenientes.

Pero una constitución, por mejor que sea, no podría ser perpetua. Lo que es bueno para cierta época puede volverse insuficiente en una época posterior. Las necesidades varían con las épocas y con el desarrollo de las ideas. Si no se quiere que con el paso del tiempo esa constitución caiga en desuso, o que un día sea violentamente renovada por las ideas progresistas, será necesario que vaya a la par con esas ideas. Con las doctrinas filosóficas y con las sociedades particulares ocurre lo mismo que en política y en religión; acompañar o no el movimiento propulsor es una cuestión de vida o muerte. En el caso que aquí se trata sería, pues, un grave error frenar el futuro por medio de una regla que se manifieste inflexible.

Un error no menos grave sería el de introducir con mucha frecuencia, en la constitución orgánica, modificaciones que acabarían por quitarle la estabilidad. Es necesario proceder con madurez y cir-

cunspección. Sólo una experiencia de cierta duración puede permitir que se juzgue la verdadera utilidad de las modificaciones. Ahora bien, ¿quién puede ser juez en ese caso? No será un solo hombre, que por lo general ve las cosas desde un solo punto de vista; tampoco será el autor del trabajo original, porque podrá ser demasiado complaciente en la apreciación de su obra. Serán los propios interesados, porque experimentan de modo directo y permanente los efectos de la institución y pueden percibir en qué parte radica su falla.

La revisión de los estatutos constitutivos se hará a través de los *congresos ordinarios*, transformados a tal efecto en *congresos orgánicos* en determinadas épocas, y así se proseguirá indefinidamente, de modo de conservarlos sin interrupción en el mismo nivel de las necesidades y del progreso de las ideas, aunque hayan transcurrido mil años.

Al ser periódicas y conocidas anticipadamente las épocas de revisión, no se justificará que se hagan llamados ni convocatorias especiales. La revisión habrá de constituir no sólo un derecho, sino también un deber del congreso de la época indicada; se incluirá anticipadamente en su orden del día, de modo que no estará subordinada a la buena voluntad de quienquiera que fuese, y nadie podrá arrogarse el derecho de decidir, sobre la base de su autoridad particular, si la revisión es o no oportuna. Si luego de leídos los estatutos, el congreso considera innecesaria toda modificación, los declarará conservados en su totalidad.

Dado que el número de miembros de los congresos es forzosamente limitado -debido a la imposibilidad material de reunir en ellos a todos los interesados-, para que los que se reúnan no se vean privados de las luces de los ausentes, todos estos podrán, sea cual fuere el lugar del mundo en que se encuentren, remitir al Comité central, en el intervalo entre dos congresos orgánicos, sus observaciones, que se incluirán en el orden del día del siguiente congreso que se realice.

Ningún movimiento apreciable de las ideas se esboza en un período menor a un cuarto de siglo. Así pues, la constitución orgánica del spiritismo será sometida a revisión cada veinticinco años. Sin que

sea demasiado extenso, ese lapso es suficiente para permitir que se aprecien las nuevas necesidades, sin que haya lugar para las perturbaciones que resultan de modificaciones demasiado frecuentes.

No obstante, dado que en los primeros años se verificará el mayor trabajo de elaboración; que el movimiento social que se produzca en ese momento puede hacer que surjan necesidades imprevistas, hasta que la sociedad haya afianzado sus pasos; y que importa que se aprovechen sin mayor demora las lecciones de la experiencia, resulta de ahí que hasta el fin del presente siglo las épocas de revisión serán más próximas unas de otras, pero siempre determinadas previamente. En el intervalo de los treinta primeros años, la constitución se habrá completado y rectificado lo suficiente para gozar de una estabilidad relativa. Sólo entonces podrán comenzar, sin inconvenientes, los períodos de veinticinco años.

De esta manera, la obra individual primitiva, que abrió el camino, se convierte en realidad en la obra colectiva de todos los interesados, con las ventajas inherentes a esos dos modos, pero sin sus inconvenientes. Esa obra se modificará bajo la influencia de las ideas progresivas y de la experiencia, pero sin sacudidas ni precipitaciones, porque obedecerá al principio establecido en su propia constitución.

VIII

Programa de las creencias

La condición absoluta de vitalidad para toda reunión o asociación, sea cual fuere su objetivo, es la homogeneidad, es decir, la unidad de miras, de principios y de sentimientos, la tendencia hacia un mismo fin determinado, en una palabra: la comunión de pensamientos. Todas las veces que los hombres se congregan en nombre de una idea vaga, nunca llegan a entenderse, porque cada uno comprende esa idea a su manera. Toda reunión constituida por elementos heterogéneos es portadora de los gérmenes de su propia disolución, porque

está compuesta de intereses divergentes -materiales o de amor propio, tendientes a fines diversos- que entran en conflicto y difícilmente se muestran dispuestos a hacer concesiones al interés común, o incluso a la razón; soportan la opinión de la mayoría si no pueden hacer otra cosa, pero nunca se asocian francamente a ella.

De ese modo ha sido hasta hoy con el espiritismo. Formado gradualmente, en virtud de observaciones sucesivas, como todas las ciencias, su aceptación ha venido ganando poco a poco mayor alcance. El calificativo de espírita, aplicado sucesivamente a todos los grados de la creencia, implica una infinidad de matices, que abarcan desde la simple creencia en las manifestaciones, hasta las más elevadas deducciones morales y filosóficas; desde aquel que, deteniéndose en la superficie, no ve en ella más que un entretenimiento, hasta el que busca la concordancia de los principios con las leyes universales, y la aplicación de esos principios a los intereses generales de la humanidad; en fin, desde aquel que no ve en las manifestaciones más que un medio de explotación para su propio provecho, hasta el que absorbe de ellas los elementos para su propio mejoramiento moral.

Así pues, el hecho de que alguien se llame espírita, incluso espírita convencido, no indica de ningún modo la medida de la creencia, pues esa palabra expresa mucho para unos y muy poco para otros. Una asamblea a la que fueran convocados todos los que se dicen espíritas presentaría una amalgama de opiniones divergentes que no podrían asimilarse, y no llegaría a realizar nada serio, sin hablar de los interesados en suscitar en su seno las discusiones a las que esta diera ocasión.

Esa falta de precisión, inevitable en el comienzo y durante el período de elaboración, ha causado a menudo lamentables equívocos, y ha hecho que se atribuyera a la doctrina lo que solamente era abuso o desvío. Debido a la falsa aplicación que diariamente se hace del calificativo de espírita, la crítica -que indaga muy poco en el fondo de las cosas y menos aún en el lado serio del espiritismo- encontró en él materia para burlas. Basta que un sujeto se diga espírita o preten-

da hacer espiritismo -así como los prestidigitadores pretenden hacer física-, aunque se trate de un saltimbanqui, para que de inmediato lo consideren representante de la doctrina.

Es verdad que se ha hecho una distinción entre los buenos y los malos, los verdaderos y los falsos espíritas, los espíritas más o menos esclarecidos, más o menos convencidos, los espíritas de corazón, etc. No obstante, esas denominaciones, siempre vagas, no revelan nada auténtico, nada que los caracterice, puesto que no se conoce a los individuos y todavía no se ha tenido ocasión de juzgarlos por sus obras.

Es posible, pues, ser engañado por las apariencias, de donde se concluye que la calificación de espírita, al no permitir más que una aplicación incompleta, no constituye una garantía en absoluto. Esa incertidumbre produce en los espíritus una especie de desconfianza, que impide que se establezca entre los adeptos un auténtico vínculo de confraternidad.

Actualmente, cuando ya están establecidos en su totalidad los puntos fundamentales de la doctrina, así como los deberes que atañen a los adeptos serios, la cualidad de espírita tiene un carácter definido que antes no poseía. Podemos establecer un formulario de profesión de fe, de modo que la adhesión por escrito a ese programa será un auténtico testimonio de la manera de considerar el espiritismo. Esa adhesión, al mostrar la uniformidad de los principios será, además, el vínculo que reunirá a los adeptos en una gran familia, sin distinción de nacionalidades, bajo la supremacía de una misma fe, de una comunión de pensamientos, de modos de ver y de anhelos. La creencia en el espiritismo ya no será un simple consentimiento, muchas veces parcial, a una idea indefinida, sino una adhesión motivada, hecha con conocimiento de causa y comprobada por un título oficial otorgado al adherente. A fin de evitar los inconvenientes de la falta de precisión en cuanto al calificativo de espírita, los firmantes de la profesión de fe tomarán el título de *espíritas profesos*.

Asentada sobre una base precisa y definida, esa calificación no da lugar a ningún equívoco, y permite que los adeptos que profesen

los mismos principios y transiten la misma ruta se identifiquen sin otra formalidad que no sea la declaración de su cualidad y, si fuera preciso, la presentación de su título. De ese modo, una reunión compuesta por espíritas profesos será necesariamente tan homogénea como lo admita la humanidad.

Un formulario de profesión de fe, circunstanciado y claramente expresado, será el camino trazado; el título de *espírita profeso* será la contraseña.

Con todo -se nos preguntará-, ¿será ese título una garantía suficiente contra los hombres de dudosa sinceridad? Diremos que una garantía absoluta contra la mala fe es imposible, pues algunas personas tratan con descuido los actos más solemnes; pero convengamos en que esa garantía es mayor que cualquier otra. Por otra parte, aquel que por falta de escrúpulos se hace pasar por lo que no es cuando la cuestión es sólo de palabras llevadas por el viento, muchas veces retrocede ante una declaración por escrito que deja vestigios y que puede ser presentada en caso de que él se aparte del camino recto. No obstante, si existiesen algunos que no se dejaran detener por esa consideración, el número de ellos sería mínimo y no tendría ninguna influencia. Además, ese caso está previsto en los estatutos, que le dedican un mecanismo especial.

Esa medida inevitablemente alejará de las reuniones serias a las personas que no merezcan ocupar un lugar en ellas. Si alejase a algunos espíritas de buena fe, sólo se trataría de aquellos que no se sienten bastante seguros de sí mismos, o de los timoratos que temen ponerse en evidencia, o incluso de los que nunca son los primeros en pronunciarse, sean cuales fueren las circunstancias, antes de haber visto el rumbo que seguirán las cosas. Con el tiempo, los unos se esclarecerán de modo más completo y los otros se llenarán de valor. Hasta entonces, ni unos ni otros podrán contarse entre los firmes defensores de la causa. En cuanto a aquellos cuya ausencia podría realmente llegar a lamentarse, el número será reducido y disminuirá cada día más.

Como nada es perfecto en este mundo, hasta las mejores cosas tienen sus inconvenientes. Si se rechazara todo lo que no esté libre de dificultades, nada se aceptaría. En todo es preciso evaluar las ventajas y las desventajas. Ahora bien, es más que evidente que aquí las primeras superan a las segundas.

Por cierto, no todos los que se califican de espíritas se someterán a la constitución; por eso mismo, esta existirá sólo para aquellos que la acepten libremente, voluntariamente, visto que ella no tiene la pretensión de imponerse a nadie.

Dado que el espiritismo no es comprendido de la misma forma por todas las personas, la constitución apela a aquellos que lo encaran desde su mismo punto de vista, con el objetivo de darles apoyo cuando se encuentren aislados y de fortalecer los lazos de la gran familia mediante la unidad de creencias. Con todo, fiel al principio de libertad de conciencia que la doctrina proclama como derecho natural, la constitución respeta todas las convicciones sinceras y no anatematiza a los que sustentan ideas diferentes de las suyas, ni dejará de aprovechar las luces que puedan brillar fuera de su seno.

Por consiguiente, es esencial que se conozca a los que van por el mismo camino. Pero ¿cómo saberlo con precisión? Es materialmente imposible conseguirlo por medio de interrogatorios individuales; además, nadie puede ser investido del derecho de escrutar las conciencias. El único medio, el más simple, el más correcto sería establecer un formulario de principios que resuman el estado de los conocimientos actuales que se destacan de la observación y que han sido sancionados por la enseñanza general de los Espíritus, enseñanza a la que cada uno es libre de adherir o no. La adhesión por escrito es una profesión de fe que dispensa cualquier otra investigación y deja a cada uno entera libertad.

La constitución del espiritismo tiene, pues, como complemento necesario, en lo que respecta a la creencia, un programa de principios definidos, sin el cual sería una obra sin alcance ni porvenir. Ese

programa, fruto de la experiencia adquirida, será el jalón indicador del camino. Para avanzar con seguridad a la par de la constitución orgánica, se hace necesaria una constitución de la fe, un *credo*, si se prefiere, que sea el punto de referencia de todos los adeptos.

Sin embargo, ni ese programa ni la constitución orgánica pueden o deben comprometer el provenir, so pena de que expiren tarde o temprano ante los embates del progreso. Fundado de acuerdo con el estado actual de los conocimientos, debe modificarse y completarse a medida que nuevas observaciones demuestren su insuficiencia o sus defectos. No obstante, esas modificaciones no deben ser introducidas livianamente ni con precipitación. Serán obra de los congresos orgánicos que, a la revisión periódica de los estatutos constitutivos, agregará la del formulario de los principios.

Tanto la constitución como el *credo*, avanzando constantemente acordes con el progreso, habrán de subsistir con el paso del tiempo.

IX

Procedimientos y medios

Es lamentable, sin duda, que debamos entrar en consideraciones de orden material para que alcancemos un objetivo absolutamente espiritual. Con todo, es preciso observar que la propia espiritualidad de la obra se relaciona con la cuestión de la humanidad terrenal y su bienestar, y que ya no se trata solamente de la expresión de algunas ideas filosóficas, sino de fundar algo más positivo y duradero en bien del desarrollo y la consolidación de la doctrina, a fin de que esta pueda producir los frutos que de ella se esperan. Imaginar que todavía estamos en los tiempos en que algunos apóstoles podían ponerse en camino con un cayado, sin preocuparse por saber dónde descansarían o dónde habrían de comer, sería una ilusión que rápidamente habría de ser destruida por una amarga decepción. Para que alguien realice algo serio debe someterse a las necesidades impuestas por las costum-

bres de la época en que vive, y esas necesidades son ahora muy diferentes a las de los tiempos de la vida patriarcal. El propio interés del espiritismo demanda, por consiguiente, que se consideren los medios de acción, a fin de que no estemos obligados a detenernos en medio del camino. Consideremos esos medios, pues, ya que estamos en un siglo en el que es necesario preverlo todo.

Como se ve, las atribuciones del Comité central son bastante numerosas, por lo que requieren una auténtica administración. Puesto que cada uno de sus miembros debe tener funciones activas y frecuentes, si los hombres que lo constituyeran sólo tuviesen buena voluntad, los trabajos podrían perjudicarse, pues nadie tendría el derecho de censurar a los negligentes. Para mantener la regularidad de los trabajos, así como para la normal atención de los asuntos, se requieren hombres con cuya asiduidad se pueda contar, y que no consideren a sus funciones como simples actos de cortesía. Cuanto mayor independencia tengan -por sus recursos personales-, tanto menos se dejarán comprometer por alguna otra ocupación; si no dispusieran de tiempo, no podrían consagrarlo a esas funciones. Por lo tanto, es necesario que reciban una retribución, al igual que el personal administrativo. Con ello la doctrina ganará en fuerza, en estabilidad, en eficiencia y, al mismo tiempo, constituirá un medio de prestar servicios a personas que estén necesitadas de ella.

Un punto esencial para la economía de toda administración previsoras es que su existencia no dependa de productos que circunstancialmente podrían faltar, sino de recursos seguros, regulares, de manera que su desarrollo, pase lo que pase, no sea obstaculizado. Es preciso, pues, que las personas convocadas a prestar colaboración no se sientan inquietas en relación con su futuro. Ahora bien, la experiencia demuestra que sean cuales fueren los compromisos contraídos, se deben considerar esencialmente aleatorios los recursos que sólo tengan como base el producto de contribuciones, invariablemente voluntarias y de cobranza a menudo difícil. Establecer gastos per-

manentes y regulares a partir de recursos eventuales sería una falta de previsión que más tarde habría que lamentar. Las consecuencias son de menor gravedad, sin duda, cuando se trata de fundaciones transitorias, destinadas a durar cuanto puedan; aquí, en cambio, se trata de una cuestión de futuro. El destino de una administración como esta no puede quedar subordinado a las vicisitudes de un negocio comercial; desde su inicio debe ser, si no tan floreciente, al menos tan estable como habrá de serlo al cabo de un siglo. Cuanto más sólida sea su base, tanto menos expuesta quedará a los golpes de la intriga.

En ese caso, la más elemental prudencia ordena que los recursos se capitalicen de forma intransferible a medida que se obtengan, para que se constituya una renta perpetua y protegida de cualquier eventualidad. Dado que la administración regula sus gastos según la renta que acredita, su existencia no puede en ningún caso hallarse comprometida, pues siempre dispondrá de medios para su funcionamiento. Sin perjuicio del desarrollo de los recursos y de las necesidades de la causa, al comienzo puede organizarse en una pequeña escala; la cantidad de miembros del Comité podrá ser limitada provisoriamente a cinco o seis, y el personal y los gastos administrativos reducidos al mínimo posible, pero aún así se requiere lo imprescindible.

Conforme lo hemos manifestado más arriba, hasta ahora hemos consagrado el fruto de nuestros esfuerzos a preparar el camino de esa instalación. Si nuestros recursos personales no nos permiten hacer más, al menos tendremos la satisfacción de haber colocado la primera piedra.

Supongamos, pues, que de alguna manera el Comité central, en cierto tiempo, esté en condiciones de funcionar, lo que presupone una renta fija de veinticinco mil a treinta mil francos. Si al comienzo se restringen sus gastos, los recursos de toda especie de que disponga, en capitales y productos eventuales, constituirán la *Caja General del Espiritismo*, que será objeto de una contabilidad rigurosa. Una vez regulados los gastos obligatorios, el excedente de la renta pasará

al fondo común. De conformidad con los recursos de ese fondo, el Comité proveerá a los diversos gastos en provecho del desarrollo de la doctrina, sin que jamás los utilice para su propio beneficio ni como una fuente de especulación para cualquiera de sus miembros. Además, el empleo de los fondos y la contabilidad serán sometidos a la verificación de comisarios especiales, designados a ese efecto por los congresos o las asambleas generales.

Una de las principales incumbencias del Comité será ocuparse de las publicaciones tanto como sea posible, sin esperar a que pueda hacerlo con el auxilio de las rentas. Los fondos destinados a ese fin no serán, en realidad, más que un adelanto, porque volverán mediante la venta de las obras, cuyo producto retornará al fondo común. Se trata de una gestión administrativa.

X

Allan Kardec y la nueva constitución

Las consideraciones que constan en el extracto que transcribimos aquí, tomadas del informe que Allan Kardec efectuó para la *Sociedad de París* el 5 de mayo de 1865, a propósito de la Caja del Espiritismo, son un anticipo de la nueva constitución del espiritismo que él estaba elaborando, así como la exposición de su modo de ver acerca de su posición personal. Por lo tanto, tienen necesariamente un lugar en este preámbulo.

“Mucho se ha hablado de los réditos que yo obtenía de mis obras. Por cierto, ninguna persona sería cree en mis millones, a pesar de la manifestación de los que decían saber de buena fuente que yo llevaba una vida principesca, que tenía un carruaje tirado por cuatro caballos y que en mi casa sólo se caminaba sobre alfombras de Aubusson (Véase la *Revista Espírita* de junio de 1862). Además, y pese a lo que ha dicho el autor de un libelo que conocéis, en el que pretende demostrar por medio de cálculos exagerados que mi presupuesto de

ingresos supera la lista civil del más poderoso soberano de Europa, dado que según él solamente en Francia veinte millones de espíritas son mis tributarios (Véase la *Revista Espírita* de junio de 1863), existe un hecho más auténtico que sus cálculos: nunca he pedido nada a nadie, y nunca nadie me ha dado algo para mí en lo personal; en una palabra, *no vivo a expensas de nadie*, puesto que de las sumas que voluntariamente se me confiaron en bien del espiritismo, ninguna porción fue desviada para mi beneficio.¹⁶

”Mis inmensas riquezas provendrían, pues, de mis obras espíritas. Aunque esas obras hayan alcanzado un éxito inesperado, basta con que alguien tenga alguna iniciación en el negocio de librería para saber que no es con libros filosóficos que se ganan millones en cinco o seis años, cuando sobre las ventas no se tiene más que los derechos de autor, que no pasan de unos pocos centavos por ejemplar. No obstante, grande o pequeño, ese beneficio es el fruto de mi trabajo, de modo que nadie tiene derecho a entrometerse en el empleo que le doy.

”En lo comercial, me encuentro en la posición del hombre que cosecha el fruto de su trabajo; corro el riesgo de todo escritor, que tanto puede tener éxito como fracasar.

”Si bien en ese sentido no tengo cuentas que rendir, considero conveniente, en beneficio de la causa a la que me he dedicado, dar algunas explicaciones.

”Quienquiera que antes haya visto nuestra casa y la vea hoy, podrá dar testimonio de que nada ha cambiado en nuestra manera de vivir desde que comencé a ocuparme con el espiritismo; mi casa es en la actualidad tan sencilla como lo era antiguamente. Así pues, no cabe duda de que mis ganancias, sean cuales fueren, no son tantas como para proporcionarnos los gozos del lujo. Entonces, ¿en qué se han invertido?

¹⁶ Esas sumas se elevaban en aquella época al total de 14.100 francos, cuyo empleo a favor exclusivo de la doctrina se halla justificado en la rendición de cuentas. (Nota de la primera edición francesa.)

”El espiritismo me sacó de la oscuridad y me colocó en un nuevo rumbo; en poco tiempo me vi arrastrado por un movimiento que estaba lejos de prever. Cuando concebí la idea de *El libro de los Espíritus*, era mi intención no ponerme en evidencia de ningún modo, y permanecer en el anonimato. Con todo, rápidamente superados los límites que había imaginado, eso no me fue posible; debí renunciar a mi preferencia por el aislamiento, so pena de renunciar a la obra emprendida, que crecía día a día. Tuve que ceder al impulso y tomar las riendas. A medida que la obra se desarrollaba, un horizonte más amplio se desplegaba delante de mí y prolongaba sus límites. Comprendí entonces la dimensión de mi tarea y la importancia del trabajo que me quedaba por hacer para completarla. Las dificultades y los obstáculos, lejos de atemorizarme, redoblaron mis energías. Vi el objetivo y resolví alcanzarlo con la asistencia de los Espíritus buenos. Sentía que no tenía tiempo que perder y no lo perdí, ni en visitas inútiles ni en ceremonias estériles. Fue la obra de mi vida. Le dediqué todo mi tiempo, sacrifiqué por ella mi reposo, mi salud, porque el porvenir estaba escrito delante de mí con letras incuestionables.

”Sin apartarnos de nuestro género de vida, esa posición excepcional nos creó necesidades a las que mis recursos personales, muy limitados, no me permitieron proveer. Sería difícil a alguien imaginar la multiplicidad de gastos que esa posición genera y que, a no ser por ella, habría evitado.

”Pues bien, señores, lo que me proporcionó un complemento para mis recursos fue el producto de mis obras. Lo digo con satisfacción, pues con mi propio trabajo, con el fruto de mis vigiliass proveí, en su mayor parte al menos, a las necesidades materiales de la implantación de la doctrina. Aporté así una amplia contribución a la Caja del Espiritismo; de modo que aquellos que contribuyen a la propagación de las obras no podrán decir que trabajan para mi enriquecimiento, porque el producto de la venta de cada libro, de cada suscripción a la *Revista Espírita*, redunda en provecho de la doctrina y no del individuo.

”Pero proveer al presente no era todo: importaba también pensar en el porvenir y preparar una fundación que después de mí pudiese auxiliar a aquel que habría de sustituirme en la gran tarea que tendría que desempeñar. Esa fundación, acerca de la que todavía debo guardar silencio, se relaciona con la propiedad que poseo, y en vista de eso aplico una parte de lo que gano para mejorarla. Como estoy lejos de los millones con que me gratificaron, dudo mucho que, pese a mis economías, mis recursos me permitan algún día dar a esa fundación el complemento que yo quisiera que tenga durante mi vida. No obstante, puesto que su realización está en los designios de mis guías espirituales, si yo mismo no lo logro, es probable que algún día se haga. Mientras aguardo, elaboro los proyectos.

”Lejos de mí, señores, la idea de envanecerme ni siquiera un poco con lo que acabo de exponer. Era necesaria la perseverancia de ciertas diatribas para que yo me decidiera, aunque contra mis deseos, a romper el silencio acerca de algunos hechos que están relacionados con mi persona. Más adelante, todos aquellos a los que la malevolencia les ha hecho desvirtuar las cosas, serán esclarecidos por medio de documentos auténticos, aunque todavía no ha llegado el momento de dar esas explicaciones. Lo único que ahora me importa es que quedéis informados acerca del destino de los fondos que la Providencia dispuso que pasaran por mis manos, sea cual fuere su origen. No me considero más que un depositario, incluso de lo que gano, y con más razón de aquello que se me confía.

”Cierta vez alguien me preguntó -sin curiosidad, por cierto, sino por mero interés en la causa- qué haría yo con un millón de francos si lo tuviese. Le respondí que en el presente el empleo de esa suma sería por completo diferente de lo que hubiera sido al principio. Tiempo atrás, con ella hubiese hecho la propaganda de la doctrina, mediante una amplia publicidad; pero ahora reconozco que eso no habría tenido utilidad, pues nuestros adversarios se han encargado de costearla. Al no poner a mi disposición grandes recursos para lograr

ese objetivo, los Espíritus han querido demostrar que el espiritismo debía su éxito a su propia fuerza.

”Ahora que el horizonte se ha ampliado y que se ha desplegado el porvenir, las necesidades que se hacen sentir son de un orden muy diferente. Un capital como el supuesto tendría un empleo de mayor eficacia. Sin entrar en detalles que serían prematuros, diré simplemente que una parte serviría para convertir mi propiedad en una casa especial de retiro espírita, cuyos habitantes recibieran los beneficios de nuestra doctrina moral; otra serviría para constituir una renta *intransferible* destinada: 1.º a mantener el establecimiento; 2.º a garantizar una existencia independiente a aquel que me suceda y a aquellos que lo asistan en el desempeño de su misión; 3.º a atender las necesidades corrientes del espiritismo sin tener que recurrir a productos eventuales, como me he visto obligado a hacer, dado que la mayor parte de los recursos proviene de mi trabajo, que habrá de tener un término.

”Eso es lo que haría; con todo, si no se me concede esa satisfacción, sé que de un modo u otro los Espíritus que dirigen el movimiento espírita proveerán a todas las necesidades en el momento oportuno. Por eso es que no me inquieto en absoluto y sólo me ocupo de lo que, para mí, es esencial: dedicarme a los trabajos que aún debo finalizar. Una vez hecho eso, partiré cuando Dios decida llamarme.”

A lo que Allan Kardec manifestaba entonces, hoy agrega:

Cuando el Comité esté organizado, formaremos parte de él como simples miembros, dándole nuestra colaboración sin reivindicar para nosotros ninguna supremacía, título o privilegio.

Aunque seamos miembros activos del Comité, no pesaremos de manera alguna en su presupuesto, ni por honorarios ni por gastos de viajes, ni por ninguna otra causa. Si nunca hemos pedido nada a nadie para nosotros, menos aún lo haríamos en esa circunstancia. Nuestro tiempo, nuestra vida, todas nuestras fuerzas físicas e intelectuales pertenecen a la doctrina. Por consiguiente, declaramos de

manera formal que ninguna parte de los recursos de que disponga el Comité habrá de ser desviada para nuestro provecho.

Por el contrario, le daremos nuestra contribución:

1.º con la renuncia al producto de nuestras obras, concluidas y por hacer;

2.º con la donación de valores muebles e inmuebles.

Cuando la doctrina quede organizada mediante la constitución del Comité central, nuestras obras se convertirán en propiedad del espiritismo en la persona de ese mismo Comité, que las administrará y se ocupará de publicarlas por los medios más adecuados para su popularización. El Comité también deberá disponer su traducción a las principales lenguas extranjeras.

Hasta ahora la *Revista Espírita* ha sido, y no podía dejar de ser, una obra personal, visto que formaba parte de nuestras obras doctrinarias que constituyen los anales del espiritismo. Por su intermedio los nuevos principios han sido elaborados y entregados para su estudio. Era necesario, pues, que conservase su carácter individual, a fin de que se estableciese la unidad.

En diversas ocasiones se nos ha solicitado hacerla circular con mayor frecuencia. Aunque ese deseo nos resultara muy halagüeño, no hemos podido satisfacerlo; en primer lugar porque el tiempo material no nos permitía ese incremento de trabajo, y en segundo lugar porque ella no debía perder su carácter esencial, que no es el de un periódico propiamente dicho.

Actualmente, cuando nuestra obra personal se aproxima a su término, las necesidades ya no son las mismas; la *Revista Espírita* se convertirá, como nuestras demás obras realizadas y por realizar, en propiedad colectiva del Comité, que asumirá su dirección para mayor conveniencia del espiritismo, sin que por eso renunciemos a prestarle nuestra colaboración.

Para completar la obra doctrinaria nos falta publicar algunos trabajos que no constituyen la parte menos difícil ni menos penosa.

Si bien ya contamos con todos los elementos para realizarlos, y el programa de cada uno está elaborado hasta el último capítulo, podríamos dispensarles mayor atención y activarlos en caso de que, cuando esté instituido el Comité central, nos encontremos libres de otros compromisos que absorben gran parte de nuestro tiempo.

El primer período del espiritismo ha estado consagrado al estudio de los principios y de las leyes que, en su conjunto, habrían de constituir la doctrina; en una palabra, a preparar los materiales al mismo tiempo que la vulgarización de la idea. Fue el período de la siembra de la semilla que, semejante a la de la parábola del Evangelio, no fructificaría del mismo modo en cada lugar. El niño creció, se convirtió en adulto y llegó el momento en que, amparado por adeptos sinceros y dedicados, debe avanzar hacia el objetivo que tiene establecido, sin que se lo impidan los rezagados.

Sin embargo, ¿cómo hacer esa selección? ¿Quién osaría asumir la responsabilidad de un juicio que incidiera sobre las conciencias individuales? Lo mejor era, pues, que esa selección se hiciera por sí misma, y el medio era muy simple: bastaba con enarbolar un estandarte y decir: ¡Síganlo quienes lo adopten!

Al tomar la iniciativa de la constitución del espiritismo, hemos hecho uso de un derecho común: el que todo hombre tiene de completar, según su entender, la obra que ha comenzado, y de ser juez de la oportunidad. A partir del instante en que cada uno es libre de adherir o no a esa obra, ninguno se puede quejar de sufrir una presión arbitraria. Nosotros creamos la palabra *espiritismo* para atender las necesidades de la causa, de modo que tenemos el derecho de determinar sus aplicaciones y de definir las cualidades y las creencias del verdadero espírita. (Véase la *Revista Espírita* de abril de 1866.)

Sobre la base de lo dicho hasta aquí, se comprenderá con facilidad que era imposible y prematuro establecer esa constitución desde

el comienzo. Si la doctrina espírita hubiera estado completamente formada desde el primer día -como en el caso de toda concepción personal-, nada hubiera sido más sencillo que constituirla. Sin embargo, como se formó gradualmente, a través de adquisiciones sucesivas, no cabe duda de que su constitución habría congregado a los amantes de las novedades, y en ese caso se habrían apartado de ella aquellos que no hubiesen aceptado todas sus consecuencias.

No obstante, habrá quien diga: ¿no estaréis provocando una escisión entre los adeptos? Al abrir dos campos, ¿no debilitaréis a la falange?

Los que se dicen espíritas no piensan todos de la misma forma sobre todos los puntos; la división existe, de hecho, y es mucho más perjudicial, porque puede ocurrir que no se sepa si en un determinado espírita hay un aliado o un antagonista. Lo que hace la fuerza es la universalidad; ahora bien, no podría existir una unión franca entre personas interesadas, moral o materialmente, en no ir por el mismo camino, y que no persigan el mismo objetivo. Diez hombres sinceramente unidos por un pensamiento común, son más fuertes que cien que no se entienden. En ese caso, la multiplicidad de puntos de vista divergentes quita la fuerza de cohesión entre los que desearían caminar juntos, exactamente como un líquido que, al infiltrarse en un cuerpo, se transforma en un impedimento para la agregación de las moléculas de ese cuerpo.

Si bien la constitución tiene el efecto de disminuir momentáneamente el número aparente de espíritas, tendrá como consecuencia inevitable conferir más fuerza a los que caminen de común acuerdo para la realización del gran objetivo humanitario que el espiritismo habrá de alcanzar. Ellos se reconocerán y se tenderán las manos de un extremo al otro del mundo.

Además, la constitución tendrá por efecto oponer una barrera a las ambiciones, que si llegasen a imponerse tratarían de desviarlo para su propio provecho. Todo está calculado con vistas a ese resultado, mediante la supresión de toda autocracia o supremacía personal.

Credo espírita

Preámbulo

Los males de la humanidad son el resultado de la imperfección de los hombres, que se perjudican unos a otros debido a sus vicios. Mientras sean viciosos, los hombres serán desdichados, porque la lucha de los intereses generará constantes miserias.

No cabe duda de que las buenas leyes contribuyen a mejorar el estado social, pero son impotentes para garantizar la dicha de la humanidad, porque no hacen más que sofocar las pasiones malas, sin eliminarlas. En segundo lugar, porque son más represivas que moralizadoras, y sólo reprimen los malos actos que más sobresalen, aunque sin destruir sus causas. Por otra parte, la bondad de las leyes guarda relación con la bondad de los hombres; mientras estos se encuentren dominados por el orgullo y el egoísmo, harán leyes en beneficio de las ambiciones personales. La ley civil apenas modifica lo superficial; sólo la ley moral puede penetrar en el fuero interior de la conciencia y reformarlo.

Una vez admitido que el disgusto originado por el contacto con los vicios es la causa de la desdicha de los hombres, el único remedio para sus males consiste en el mejoramiento moral de cada uno de ellos. Puesto que en las imperfecciones se encuentra la fuente de los males, la felicidad se acrecentará a medida que las imperfecciones disminuyan.

Por muy buena que sea una institución social, si los hombres son malos habrán de desvirtuarla y deformarán su espíritu para ex-

plotarla en su propio provecho. Cuando los hombres sean buenos organizarán buenas instituciones, que serán duraderas, porque todos tendrán interés en conservarlas.

Así pues, la cuestión social no tiene como punto de partida la estructura de tal o cual institución, sino que reside por completo en el mejoramiento moral de los individuos y de las masas. Ahí se halla el principio, la verdadera clave de la dicha de la humanidad, porque entonces los hombres ya no pensarán en perjudicarse unos a otros. No alcanza con cubrir de barniz la corrupción, es indispensable extirparla.

El principio del mejoramiento está en la naturaleza de las creencias, porque estas constituyen el móvil de las acciones y modifican los sentimientos. También está en las ideas inculcadas desde la infancia que se identifican con el espíritu, así como en las ideas que el desarrollo ulterior de la inteligencia y de la razón pueden fortalecer, pero nunca destruir. Es por medio de la educación, más que por la instrucción, que habrá de transformarse la humanidad.

El hombre que trabaja seriamente en su propio mejoramiento se garantiza la felicidad desde esta vida. Más allá de la satisfacción que proporciona a su conciencia, se libera de las miserias materiales y morales, que son la consecuencia inevitable de sus imperfecciones. Tendrá calma, porque las vicisitudes sólo lo rozarán levemente. Gozará de salud, porque no arruinará su cuerpo con excesos. Será rico, porque siempre es rico aquel que sabe contentarse con lo necesario. Tendrá la paz del alma, porque no experimentará necesidades ficticias, ni lo atormentará el ansia de honores y de lo superfluo, por la fiebre de la ambición, de la envidia y de los celos. Indulgente para con las imperfecciones ajenas, estas le causarán menos sufrimiento y le inspirarán piedad, en vez de cólera. Evitará todo lo que pueda ser perjudicial para su prójimo, en palabras y en actos, y procurará por el contrario todo lo que pueda ser útil y agradable a los demás, de modo que nadie sufrirá por su trato.

Ese hombre asegura su felicidad en la vida futura, porque cuanto más se purifique, tanto más se elevará en la jerarquía de los seres inteligentes, y pronto abandonará esta Tierra de pruebas a cambio de mundos superiores; porque el mal que haya reparado en esta vida no necesitará reparación en otras existencias; porque en la erraticidad sólo encontrará seres amistosos y simpáticos, y no será atormentado por la visión incesante de los que hubieran tenido motivo de queja contra él.

Quando los hombres vivan unidos y se dejen animar por esos sentimientos, serán tan felices como lo admita nuestra Tierra; cuando poco a poco todo un pueblo, toda una raza, toda la humanidad conquiste esos sentimientos, nuestro globo ocupará un lugar entre los mundos felices.

¿Será esto una quimera, una utopía? Así es para aquel que no cree en el progreso del alma; pero no para aquel que cree en su perfectibilidad ilimitada.

El progreso general es la resultante de todos los progresos individuales; pero el progreso individual no consiste tan sólo en el desarrollo de la inteligencia, en la adquisición de algunos conocimientos. Eso es apenas una parte del progreso, que no necesariamente conduce al bien, visto que hay hombres que hacen muy mal uso de su saber. El progreso consiste sobre todo en el mejoramiento moral, en la purificación del Espíritu, en la extirpación de los malos gérmenes que existen en nosotros. Ese es el auténtico progreso, el único que puede garantizar la dicha de la humanidad, porque es la negación misma del mal. El hombre cuya inteligencia esté más desarrollada puede hacer mucho mal; aquel que se haya desarrollado moralmente sólo hará el bien. Por consiguiente, el progreso moral de la humanidad es de interés para todos.

Pero ¿qué le importan el mejoramiento y la felicidad de las generaciones futuras a aquel que cree que todo se acaba con la muerte? ¿Qué interés tendrá él en perfeccionarse, en reprimirse, en domar sus pasiones malas, en privarse para beneficiar a los otros? Ninguno. La

propia lógica le dice que su interés está en gozar deprisa y por todos los medios posibles, puesto que mañana tal vez él ya no sea nada.

La doctrina del nihilismo es la parálisis del progreso humano, porque circunscribe la mirada del hombre al imperceptible punto de la presente existencia; porque restringe sus ideas y las concentra forzosamente en la vida material. Según esa doctrina, dado que el hombre no es nada antes ni después, todas las relaciones sociales cesan junto con la vida; la solidaridad es una palabra vana; la fraternidad es una teoría que no tiene base; la abnegación a favor del otro es un embuste; el egoísmo, con su máxima “cada uno para sí mismo”, es un derecho natural; la venganza es un acto de la razón; la felicidad es un privilegio de los más fuertes y astutos; el suicidio es el fin lógico de aquel que, por falta de recursos y de iniciativas, no espera nada más de la vida y no puede salir del lodazal. Una sociedad fundada en el nihilismo sería portadora del germen de su disolución a corto plazo.

Absolutamente distintos son los sentimientos del hombre que tiene fe en el porvenir; que sabe que nada de lo que ha conseguido, tanto en saber como en moralidad, estará perdido; que el trabajo de hoy dará sus frutos mañana; que él mismo formará parte de las generaciones venideras, más adelantadas y más felices. Sabe que al trabajar para los otros trabaja para sí mismo. Su visión no se detiene en la Tierra, sino que abarca la infinitud de los mundos que algún día le servirán de morada; entrevé el glorioso lugar que habrá de corresponderle, como a todos los seres que alcanzan la perfección.

Con la fe en la vida futura, el círculo de sus ideas se amplía; el porvenir le pertenece; el progreso personal tiene un objetivo, una utilidad *real*. De la continuidad de las relaciones entre los hombres nace la solidaridad; la fraternidad se funda en una ley de la naturaleza y en el interés de todos.

Así pues, la creencia en la vida futura es el elemento del progreso, porque estimula al Espíritu; sólo ella puede dar valor al hombre, porque le proporciona la razón de ser de sus pruebas; sólo ella pue-

de darle la perseverancia en la lucha contra el mal, porque le indica un objetivo. Por consiguiente, es necesario dedicarse a consolidar esa creencia en el espíritu de las masas.

Con todo, la creencia en la vida futura es innata en el hombre. Todas las religiones la proclaman. ¿Por qué, entonces, no ha dado hasta el día de hoy los resultados que debían esperarse? Se debe a que, en general, esa creencia es presentada según condiciones que la razón no puede admitir. Conforme se la describe, rompe todas las relaciones con el presente; a partir del momento en que deja la Tierra, el hombre se torna un extraño para la humanidad: no existe la solidaridad entre los muertos y los vivos; el progreso es puramente individual; si se trabaja para el porvenir, cada uno lo hace sólo para sí, sólo piensa en sí mismo y con un objetivo vago, que nada tiene de definido, nada de positivo sobre lo cual se pueda asentar firmemente el pensamiento; en fin, se trata más de una esperanza que de una certeza material. De ahí resulta para unos la indiferencia, para otros una exaltación mística que, al aislar al hombre de la Tierra, es esencialmente perjudicial para el verdadero progreso de la humanidad, porque no toma en cuenta la dedicación que demanda el progreso material, al cual la naturaleza le impone el deber de contribuir.

No obstante, por más incompletos que sean los resultados, no dejan de ser efectivos. ¡Cuántos hombres se han sentido alentados y sustentados en la senda del bien por esa vaga esperanza! ¡Cuántos se han detenido ante el despeñadero del mal, por el temor de comprometer su porvenir! ¡Cuántas virtudes ennoblecedoras ha desarrollado esa creencia! No despreciemos las creencias del pasado, por más imperfectas que sean, cuando conducen al bien, pues se hallaban en relación con el grado de adelanto de la humanidad. Con todo, como ha progresado, la humanidad reclama creencias que estén en armonía con las nuevas ideas. Si los elementos de la fe permanecen estancados y se encuentran distantes del espíritu, pierden toda influencia, de modo que el bien que han producido en cierto lapso no puede

proseguir, porque aquellos elementos ya no se encuentran a la altura de las circunstancias.

Para que la doctrina de la vida futura pueda dar, de ahora en adelante, los frutos que se deben esperar, es preciso ante todo que satisfaga por completo a la razón; que se corresponda con la idea que esa razón se forma de la sabiduría, de la justicia y de la bondad de Dios; que no sea desmentida de modo alguno por la ciencia. Es preciso que la vida futura no deje en el espíritu ni la duda ni la incertidumbre; que sea tan positiva como la vida presente, de la que es la continuación, del mismo modo que el mañana es la continuación del día anterior. Es preciso que sea vista, comprendida y, por así decirlo, palpada. Finalmente, es preciso que sea evidente la solidaridad entre el pasado, el presente y el porvenir, a través de las diversas existencias.

Esa es la idea que el espiritismo presenta de la vida futura. Lo que da solidez a esa idea es el hecho de que esta no es el producto de una concepción humana, cuyo mérito sería apenas el de ser más racional, aunque sin ofrecer mayor certeza que las demás. Es el resultado de estudios realizados sobre los testimonios ofrecidos por Espíritus de diferentes categorías que se presentaron en las manifestaciones, lo que ha permitido que se explorase la vida extracorporal en todas sus fases, desde el extremo superior hasta el límite inferior de la escala de los seres. Las peripecias de la vida futura, por consiguiente, ya no constituyen una teoría, una hipótesis más o menos probable, sino el resultado de observaciones. Son los propios habitantes del mundo invisible los que vienen a describir su estado, y hay situaciones que la más fecunda imaginación no habría podido concebir, si no se hubiesen hecho presentes a los ojos del observador.

Al darnos la prueba material de la existencia y de la inmortalidad del alma, al iniciarnos en los misterios del nacimiento, de la muerte, de la vida futura, de la vida universal, al hacer papables para nosotros las inevitables consecuencias del bien y del mal, la doctrina espírita hace resaltar, mejor que cualquier otra, la necesidad del me-

joramiento individual. Por medio de ella el hombre sabe de dónde viene, hacia dónde va, por qué está en la Tierra; el bien tiene un objetivo, una utilidad práctica. Esta doctrina no se limita a preparar al hombre para el porvenir, lo forma también para el presente, para la sociedad. Al mejorarse moralmente, los hombres prepararán en la Tierra el reinado de la paz y la fraternidad.

Así, la doctrina espírita es el más poderoso elemento moralizador, porque se dirige simultáneamente al corazón, a la inteligencia y al interés personal bien entendido.

Por su propia esencia, el espiritismo participa de todas las ramas de los conocimientos físicos, metafísicos y morales. Las cuestiones que abarca son innumerables, pero pueden resumirse en los puntos siguientes, los cuales, dado que son considerados verdades indiscutibles, constituyen el programa de las creencias espíritas.

Principios fundamentales de la doctrina espírita reconocidos como verdades adquiridas

La muerte corporal de Allan Kardec interrumpió las obras de ese eminente Espíritu. Este volumen concluye con un signo de interrogación, y muchos lectores desearían verlo respondido lógicamente, como sabía hacerlo el docto profesor en materia de espiritismo. Sin duda es porque así debía ser.

En el Congreso espírita y espiritualista internacional de 1890, los delegados declararon que, desde 1869, estudios sucesivos habían revelado cosas nuevas y que, según la enseñanza preconizada por Allan Kardec, algunos de los principios del espiritismo sobre los cuales el maestro basaba su enseñanza debían ser revisados y puestos de acuerdo con los progresos de la ciencia en general de los últimos veinte años.

Esa corriente de ideas, común entre los delegados de aquel Congreso, oriundos de todas las regiones de la Tierra, demostró que era preciso hacer un volumen nuevo para compatibilizar la enseñanza de Allan Kardec con lo que nos proporciona en forma permanente la investigación de la verdad.

Esa será la obra del *Comité de propaganda*. Mucho contamos con los buenos consejos de los hermanos que en el Congreso han demostrado su competencia acerca de las más altas cuestiones filosó-

ficas, para auxiliar al Comité en esa elaboración de un trabajo colectivo y sin cesar progresivo. Ese volumen tendrá, por su parte, que ser revisado cuando un nuevo Congreso así lo decida.¹⁷

Ha dicho Allan Kardec:

“La ciencia está llamada a constituir la verdadera génesis de acuerdo con las leyes de la naturaleza.”

“Los descubrimientos que realiza la ciencia, lejos de rebajar a Dios, lo glorifican; sólo destruyen lo que los hombres han edificado sobre las falsas ideas que se formaron acerca de Dios.”

“Al avanzar a la par con el progreso, el espiritismo jamás será superado, porque si nuevos descubrimientos le demostraran que está equivocado acerca de un punto cualquiera, habría de rectificarse en ese punto. Si alguna verdad nueva se revelara, él la aceptaría.” (Véase *La Génesis*, capítulo I, § 55 - “Caracteres de la revelación espírita”.)

P. G. LEYMARIE

¹⁷ Ese libro nunca se escribió. En la actualidad, a más de 150 años de la publicación de *El libro de los Espíritus*, los principios de la doctrina espírita, revelados por los Espíritus superiores y coordinados por Allan Kardec, se mantienen intactos, pues los descubrimientos de la ciencia los ratifican a diario. (N. del T.)

Índice

Consideraciones acerca de la traducción	5
Biografía de Allan Kardec.....	7
Discurso pronunciado junto a la tumba de Allan Kardec por Camille Flammarion	17
A los suscriptores de la Revista Espírita	27

PRIMERA PARTE

Profesión de fe espírita razonada	31
<i>I. Dios</i>	31
<i>II. El alma</i>	32
<i>III. Creación</i>	35
Manifestaciones de los Espíritus	39
<i>Carácter y consecuencias religiosas de las manifestaciones espíritas</i> ..	39
§ I. <i>El periespíritu: principio de las manifestaciones</i>	42
§ II. <i>Manifestaciones visuales</i>	45
§ III. <i>Transfiguración. Invisibilidad</i>	48
§ IV. <i>Emancipación del alma</i>	46
§ V. <i>Aparición de personas vivas. Bicorporeidad</i>	54
§ VI. <i>Acerca de los médiums</i>	55
§ VII. <i>Obsesión y posesión</i>	65

Hombres dobles y apariciones de personas vivas.....	73
Controversias sobre la idea de la existencia de seres intermediarios entre el hombre y Dios	85
Causa y naturaleza de la clarividencia sonambúlica	93
<i>Explicación del fenómeno de la lucidez.....</i>	93
La doble vista	99
<i>Conocimiento del porvenir. Previsiones.....</i>	99
Introducción al estudio de la fotografía y de la telegrafía del pensamiento	107
Fotografía y telegrafía del pensamiento	113
Estudio sobre la naturaleza de Cristo.....	121
I. Fuente de las pruebas sobre la naturaleza de Cristo.....	121
II. ¿Prueban los milagros la divinidad de Cristo?	123
III. Las palabras de Jesús, ¿prueban su divinidad?.....	127
IV. Palabras de Jesús después de su muerte	136
V. Doble naturaleza de Jesús.....	138
VI. Opinión de los apóstoles.....	140
VII. Predicción de los profetas referente a Jesús	145
VIII. El Verbo se hizo carne.....	147
IX. Hijo de Dios e Hijo del hombre	149
Influencia perniciosa de las ideas materialistas.....	155
<i>Sobre las artes en general y su regeneración por el espiritismo.....</i>	155
Teoría de la belleza	161
Música celestial	173
Música espírita	177
El camino de la vida	187
Las cinco alternativas de la humanidad.....	193
I. Doctrina materialista	194
II. Doctrina panteísta	196

III. Doctrina deísta.....	197
IV. Doctrina dogmática.....	198
V. Doctrina espírita.....	199
La muerte espiritual	203
La vida futura.....	209
Cuestiones y problemas.....	217
Las expiaciones colectivas.....	217
El egoísmo y el orgullo	227
Sus causas, sus efectos y los medios de destruirlos.....	227
Libertad, igualdad, fraternidad.....	235
Las aristocracias.....	241
Los desertores.....	249
Breve respuesta a los detractores del espiritismo	259

SEGUNDA PARTE

Compendios <i>in extenso</i> del libro de las previsiones relativas al espiritismo	265
Mi iniciación en el espiritismo	267
Mi Espíritu protector (11 de diciembre de 1855).....	276
Mi guía espiritual (25 de marzo de 1856).....	275
Primera revelación de mi misión (30 de abril de 1856).....	279
Mi misión (7 de mayo de 1856).....	280
Acontecimientos (7 de mayo de 1856).....	280
Acontecimientos (12 de mayo de 1856).....	281
<i>El libro de los Espíritus</i> (10 de junio de 1856).....	282
Mi misión (12 de junio de 1856).....	283
<i>El libro de los Espíritus</i> (17 de junio de 1856).....	286
<i>El libro de los Espíritus</i> (11 de septiembre de 1856).....	291

La tiara espiritual (6 de mayo de 1857)	288
Primer anuncio de una nueva encarnación (17 de enero de 1857)...	292
La <i>Revista Espírita</i> (15 de noviembre de 1857)	294
Fundación de la Sociedad Espírita de París (1.º de abril de 1858) .	295
Duración de mis trabajos (24 de enero de 1860)	297
Acontecimientos. Papado (28 de enero de 1860).....	298
Mi misión (12 de abril de 1860)	299
Porvenir del espiritismo (15 de abril de 1860).....	299
Mi regreso (10 de junio de 1860)	300
Auto de fe de Barcelona. Incautación de los libros (21 de septiembre de 1861).....	296
Auto de fe de Barcelona (9 de octubre de 1861)	303
Mi sucesor (22 de diciembre de 1861).....	305
<i>Imitación del Evangelio</i> (9 de agosto de 1863)	307
La Iglesia (30 de septiembre de 1863)	310
<i>Vida de Jesús</i> por Renan (14 de octubre de 1863)	312
Precursores de la tempestad (30 de enero de 1866).....	313
La nueva generación (30 de enero de 1866)	315
Instrucción acerca de la salud del señor Allan Kardec (23 de abril de 1866)	318
Regeneración de la humanidad (25 de abril de 1866).....	321
Marcha gradual del espiritismo. Disidencias y obstáculos (27 de abril de 1866).....	329
Publicaciones espíritas (16 de agosto de 1867)	330
Acontecimientos (16 de agosto de 1867)	331
Mi nueva obra sobre la Génesis (9 de septiembre de 1867).....	332
<i>La Génesis</i> (22 de febrero de 1868)	333
Acontecimientos (23 de febrero de 1868).....	334
Mis trabajos personales. Consejos diversos (4 de julio de 1868) ..	335

Fuera de la caridad no hay salvación.....	339
Proyecto - 1868.....	341
Comité central.....	343
Enseñanza espírita.....	344
Publicidad.....	344
Viajes.....	344
Constitución del espiritismo - <i>Exposición de Motivos</i>.....	347
I. Consideraciones preliminares.....	347
II. Cismas.....	349
III. El jefe del espiritismo.....	353
IV. Comité central.....	357
V. Instituciones accesorias y complementarias del Comité central.....	362
VI. Alcances de la acción del Comité central.....	364
VII. Los estatutos constitutivos.....	366
VIII. Programa de las creencias.....	369
IX. Procedimientos y medios.....	374
X. Allan Kardec y la nueva constitución.....	377
Credo espírita.....	385
Preámbulo.....	385
Principios fundamentales de la doctrina espírita reconocidos como verdades adquiridas.....	393

